

# EL AÑO DE LA NIEBLA

Begoña Abraaldes Parrado

2.<sup>a</sup>  
Edición

*Plumas de Actualidad*

# **EL AÑO DE LA NIEBLA**

**Begoña Abrales Parrado**

# EL AÑO DE LA NIEBLA

**Begoña Abrales Parrado**



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Título original: El año de la niebla

Copyright © Librando Mundos

Copyright © Begoña Abrales Parrado

Primera edición: Noviembre 2014

Segunda edición: Octubre 2015

Colección PLUMAS DE ACTUALIDAD para Librando Mundos

ISBN: 978-84-944595-2-8

Depósito legal:

Impresión:

Diseño de portada: María de la Riestra

Diseño y maquetación: agencia autores

*Era aún muy niña cuando escuché aquella historia referida a unas extrañas ráfagas de viento que aparecieron como por ensalmo y se esfumaron a continuación de igual manera, yendo a morir a la nada de la que parecieron venir; y de unos relámpagos, cuyo insólito fulgor era seguido de inmediato por truenos tan espeluznantes como el rayo que los precedía, que portaban consigo el presagio de que el cielo se desplomaría sobre las cabezas de la gente de un momento a otro. Y de las carreras que se sucedieron por las calles, mientras los niños salían atolondrados de los colegios y los tenderos apresuraban la hora del cierre de sus negocios. Y de la quietud que seguidamente acaeció, mientras aquellos nubarrones negros como ala de cuervo abandonaban nuestro pequeño trozo de cielo tan mansamente como habían aparecido, sin haberse desembarazado antes de la lluvia que parecía preñarlos.*

Debo aceptar, sin embargo, que los recuerdos que yo conservo de ese episodio son muy vagos, de modo que ignoro si me pertenecen en realidad o solo se trata de una colección de sensaciones inculcadas a base de insistir en su recuerdo, que después fueron recopiladas de forma inconsciente por mi cabeza. «Tienes que acordarte», insistían quienes porfiaban en hacerme cómplice de aquel suceso tan mentado por los vecinos del pueblo. «Tienes que recordar cómo te abrazabas a las piernas de tu madre, que te estrujaba contra ella entre una sacudida y la siguiente». Hasta que preferí admitir que me acordaba de aquello de lo que en realidad no sé si me acordaba o lo hacía solo a través de los recuerdos prestados que me alimentaron mientras fui creciendo. Después de todo, tanto da el recuerdo auténtico, el que es propio de uno y no consigue borrarse de ninguna de las maneras, como aquel con el que te obsequian, pues al final es fácil que lleguen a confundirse con la verdad, que acabará tan desdibujada como la versión original del primitivo recuerdo. Así

que convendré en admitir que las ráfagas de viento fueron tan contumaces y persistentes como me dijeron que habían sido, y que la tenacidad de los rayos y la excesiva sonoridad de los truenos resultaron en verdad estremecedores en los recuerdos de quienes me relataron ese episodio, al que mucho después de que yo dejara de ser niña alguien volvió a referirse, y en su opinión fue mucho más extraordinario.

# I

«¡LIBROS VIEJOS, PERIÓDICOS ATRASADOS, papeles inservibles!»

Aquella voz atronadora, como recién salida de una caverna antediluviana, se elevaba sin apenas dificultad sobre los ruidos de la calle.

«¡Busco libros viejos, periódicos atrasados, papeles inservibles!»

La cantinela de aquel viejo que tiraba de un destartado receptáculo con ruedas, con trazas de haber sido un verdadero carrito en algún momento demasiado alejado de este tiempo, me despertaba con frecuencia desde que me alcanza el recuerdo. A continuación, transcurridos apenas unos minutos, sonaba el timbre de la puerta de mi casa, invariablemente ignorado por mi madre. «¡Ábrele la puerta!», le pedía yo. «¿Para qué, si aquí apenas hay libros, y mucho menos que sean viejos?», respondía ella. «Pero sí hay periódicos atrasados», volvía yo a la carga. «Los necesito para envolver los bocadillos de tu padre por las mañanas», se justificaba ella. «¿Es que los necesitas todos?», insistía yo. Ya no había más respuestas.

Al cabo de un rato, que para mí transcurría algunas veces en un suspiro y las más demoraba en llegar una eternidad, las voces del viejo volvían a sonar en la calle, y después, paulatinamente, iban alejándose, hasta que se perdían por completo. Días más tarde regresaban de nuevo, con los bríos renovados y la ilusión intacta; se ve que no le importaba que le dieran con las puertas en las narices —quimérica posibilidad, por cierto, habida cuenta de la poca gente que se molestaba en abríselas siquiera—, para disculpar la ausencia de libros en desuso, y hasta la escasez de periódicos atrasados o de papeles viejos.

«¿Qué hará con lo que recoge, sobre todo con los libros?», me preguntaba yo desde el balcón, a cuya barandilla me encaramaba para ver al hombre alejarse empujando el viejo carrito, a veces rebosante de papeles que a saber adónde irían a parar, y otras tan vacío que se me encogía el alma solo de pensar en la desazón que le entraría al contemplar el exiguo fruto de su trabajo.

Desde que tenía memoria había visto al viejo que recogía papeles, y su imagen me era tan familiar como la de cualquier otro personaje de cuantos configuraban el decorado del barrio. Iba vestido siempre con un gabán descolorido que en su origen debió de ser marrón, y llevaba la cabeza abrigada con una gorra de cuadros que por delante le cubría buena parte de la frente hasta casi esconderle los ojos, y por los laterales le bajaba hasta cubrirle parcialmente las orejas. Siempre la misma indumentaria, aunque hiciera calor. Me sorprendía que no pidiera también ropa usada, para así poder renovar la que él traía tan desgastada.

Un día le seguí. Quería saber qué hacía con el producto de su trabajo —¿sería aquello un trabajo?—. Apenas alcancé a escuchar sus familiares gritos, bajé a la calle y me aposté en la esquina de la farmacia, cercadel recodo que albergaba los cubos de la basura donde los vecinos depositaban cada noche los desperdicios acumulados durante el día. El carrito no estaba ese día especialmente lleno. «Se ve que no había tenido suerte», me dije, y deseé que mi madre apartara algún periódico atrasado para dárselo, aunque los necesitara ella para envolver el bocadillo que mi padre se llevaba al trabajo cada mañana.

Mi padre trabajaba en una pequeña fábrica de metalurgia ligera que suministraba piezas menudas a otra más grande de ferrocarriles que había en Miravalles, que es un pueblo que está hacia el interior, casi en Álava. Se levantaba de madrugada, cuando la luz eléctrica que alumbraba las noches aún no se había apagado. Yo ni siquiera oía sus andanzas por la casa a esas horas, pero

sabía que se había marchado porque el bocadillo que dejaba mi madre por la noche sobre la mesa de la cocina ya no estaba cuando yo me levantaba.

El día que seguí al viejo en su deambular por las calles del barrio descubrí la cantidad de papeles inservibles que pueden acumularse, y no porque las vecinas de mi portal, pues eran las mujeres quienes se quedaban entonces en las casas, se mostraran pródigas en regalar aquello que para ellas eran solo desperdicios —en realidad se comportaban con una desconsideración de la que seguramente no eran conscientes, al no estar muy sobradas de situaciones que requirieran practicar la consideración con la soltura que da la costumbre—, sino porque cuando el viejo tenía la fortuna de ir a dar con almas caritativas solidarias con las necesidades ajenas a pesar de todo, incluso de ellas mismas y de sus propias carencias, abandonaba el portal al que hubiera accedido cargando un pequeño brazado de periódicos que depositaba en el carrito con una liturgia impropia de quien trata a diario con residuos ajenos. En cambio, el acopio de libros era más bien escaso, sin querer por ello decir que resultara del todo estéril. Estos recibían un trato especial, quizá por ser tan pocos, y no iban a parar al gran montón de papel al buen tuntún, sino a una esquina que estaba protegida por un plástico que el viejo destapaba y volvía a tapar con un esmero protocolario, casi zalamero, propio de quien se ha entregado a una tarea que acaso se haya convertido en una obsesión, si obsesión puede llamársele al cuidado excepcional que uno dedique a lo que más idolatre. Incluso descubrí cómo acariciaba el lomo de alguno de aquellos ejemplares, antes de colocarlos en la esquina resguardada por el plástico.

Seguí al hombre toda la mañana en su cansino peregrinar de puerta en puerta, hasta que entró en un bar donde se demoró especialmente. Me extrañó ver que al salir no llevaba periódicos, sino dos pequeñas botellas, una que parecía contener leche y otra vino, ambas sin marcas visibles en el vidrio, que guardó con mucha cautela en un bolsillo de su gabán; el otro parecía más abultado que cuando entró, así que algo más habría metido en él mientras duró su estancia en el establecimiento.

Tomó el carrito por las varas que descansaban en el suelo y siguió con su cantinela a voz en grito: «¡Libros viejos, periódicos atrasados, papeles inservibles! ¡Busco libros viejos, periódicos atrasados, papeles inservibles!»

Por momentos me impacienté, al comprobar la lentitud con la que iba llenándose aquel contenedor ambulante, y ya estaba al borde de la desesperación cuando el hombre se detuvo un instante, observó detenidamente el acopio de material conseguido y entonces decidió sujetar el hatillo de papeles con una cuerda que iba colgando por los laterales del carrito y que en un santiamén (¡lo que hace la fuerza de la costumbre!) anudó en la parte superior del montón; después giró hacia la derecha por el final de la calle Cordejuela, se metió por el paseo que discurre orillado a la ría y de nuevo giró, esta vez a la izquierda, hasta alcanzar un descampado en el que se decía que algún día —mañana, el mes que viene, en el plazo de un año, como mucho; ese era siempre el comentario— se empezaría a construir una residencia para la tercera edad. Así decían: la tercera edad, ignoro por qué mencionada de un modo tan eufemístico, si en privado se les despachaba comúnmente con el apelativo de viejos; en realidad lo que son quienes llegan a cumplir una edad avanzada, y lo que los humanos aspiran a ser a pesar de todo, también si corren el riesgo de ser tratados como se tratan los trastos viejos que a fuerza de andar por ahí dando tumbos molestan, incomodan, aburren, hartan, atosigan y llenan de pesar a quienes deben cuidarlos, en parte por el trabajo que dan, en parte por los remordimientos que ocasiona la conmiseración que a veces despiertan. Por el momento, sin embargo, allí solo había algunos barracones básicamente formados por cartones, cubiertos en las techumbres con placas metálicas y protegidos individualmente por diferentes trozos de alambres, abrazados entre sí de manera que

dieran sensación de unidad.

Un perro de gran tamaño, con el pelaje negro y muy brillante, que husmeaba por la zona emitió un rugido y entonces el viejo, alertado, miró hacia atrás. No dijo nada al principio. Yo me paré y decidí espiar sus movimientos desde la distancia a la que me encontraba —poca para lo que hubiera deseado en aquel momento—. El perro pasó en cuestión de segundos del rugido destinado a alertar al ladrido amenazante, y el viejo miró de nuevo hacia mí, pero tampoco entonces dijo nada. Se limitó a desligar las alambradas por un punto concreto, y cuando estas estuvieron separadas tiró del carro, empujó una pieza de cartón y fue como si hubiera abierto una puerta que conducía al interior de uno de aquellos habitáculos.

—¿Qué estás mirando? —preguntó entonces, aún sin girarse. No respondí.

—Te he preguntado qué estás mirando.

Seguí sin responder, y él siguió dándome la espalda, aunque me parecía que si emprendía una carrera él me vería a pesar de todo y, lo que es peor, seguramente el perro me iría detrás.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Entonces sí se giró, y me miró de arriba abajo. Después miró al perro, que pareció esperar instrucciones. No debió importarle mi silencio, así que hizo pasar el carrito lleno de papeles por el orificio recién abierto.

—Ven, acércate. No te voy a comer. Beltza tampoco te hará nada. Es manso como un cordero, ¿verdad, Beltza? Ven, anda, no te quedes ahí como si fueras un pasmarote.

—Tengo que irme a casa —me disculpé.

—Ya sé que tienes que irte a casa. Te estarán esperando para comer. Ya es muy tarde, ¿sabes?

—Por eso me voy.

—Antes quiero que veas una cosa. Has estado siguiéndome toda la mañana, ¿verdad?

—Solo andaba por ahí...

—Ya, ya. Ven, anda, si no quieres que te traiga Beltza de las orejas. ¿No querías ver lo que hay aquí?

—Ya no —dije, entre asustada y arrepentida por haber sucumbido a la curiosidad, y deseando marcharme.

—¿Dónde vives? —En la calle Orúe, cerca del parque —respondí.

—Pues hay un buen trecho para volver. Menos mal que los mocosos tenéis pilas en las piernas. Nunca os cansáis.

Retrocedí instintivamente y el perro volvió a rugir al tiempo que me enseñaba su poderosa dentadura. Me quedé esperando el ladrido que inevitablemente seguiría a ese rugido que me había paralizado. Contemplé su cabeza grande, redondeada como la de un peluche que invita a la caricia, y me asomé al ver que arqueaba el lomo y afirmaba en el suelo las grandes patas que parecían hechas para recorrer grandes distancias, como decía mi abuelo que hacían los perros de los pastores.

—Ya te he dicho que no debes asustarte. Es un buen perro, y no te hará nada... si tú no le haces nada a él.

—No quiero hacerle nada.

—Estás aquí. Y esto es su casa. Ve amenazados sus dominios. Es un buen guardián de las cosas de su amo. También su amo es bueno con él, ¿verdad, Beltza? —se dirigió entonces al perro, acarició su lomo con mucho cariño y sacó algo del bolsillo del gabán contrario al que todavía guardaba las botellas, lo desenvolvió y el animal se puso a comerlo con evidentes muestras de complacencia.

De nuevo entró el viejo en el habitáculo —o lo que fuera— hecho con ese curioso entramado de cartones y planchas metálicas, y yo entonces vi el cielo abierto y la oportunidad de salir corriendo, cosa que hice a tanta velocidad como me permitieron mis pies.

Ya había dejado atrás el descampado y logrado alejarme tanto como para divisar a cierta distancia la orilla de la ría cuando algo húmedo, caliente y rugoso rozó mi mano. Era la lengua del perro. Me quedé paralizada al ver sus grandes ojos negros clavados en mí, y enseguida escuché de nuevo la voz del viejo que me decía desde una proximidad que me heló la sangre:

—Te dije que no te haría nada. No le tengas miedo. Y a mí tampoco debes tenerme miedo, solo quiero saber por qué me has seguido.

—No le he seguido. Andaba por ahí, por la calle...

—¿Tú no vas a la escuela? —Sí, pero estoy algo mala. Tengo catarro.

—¿Y así quieres curarte, correteando por la calle? ¿Dónde está tu madre?

—En casa.

—En casa...

—Sí, en casa.

—¿Te has escapado?

—Me aburría y bajé a la calle.

—¡Buena te va a caer cuando vuelvas!

—Ya —reconocí—. Ya lo sé.

—¿Y no quieres que tu excursión sirva de algo? Ya que te van a castigar...

—Prefiero que no.

—Que no... qué.

—Que no sirva de nada —aclaré.

—Bueno, como quieras.

El perro agachó la cabeza y buscó mi mano, que me colgaba como desmayada, hasta que dio con ella, y haciendo un movimiento con el hocico trató de obtener alguna caricia, pero mis ojos se encontraron casi a la altura de los suyos y me asusté. Entonces el viejo emprendió rumbo al descampado, donde estaban aquellas extrañas construcciones que parecían pertenecerle. No sabía que alguien tuviera alguna propiedad allí. Los últimos habitantes conocidos eran gitanos que se adueñaron del lugar y después fueron desalojados —hacia casi tanto tiempo como la memoria de la gente podía recordar—, y a partir de ese momento no se consintió que hubiera nada en aquel paraje, al menos hasta que llegaran las máquinas excavadoras y las hormigoneras con la misión de empezar las obras de la residencia que acogería a los viejos que no pudieran ser atendidos por sus familias, o no tuvieran familiares que pudieran —o quisieran— atenderlos.

Estaba acertada cuando supuse que buena me caería cuando llegara a casa. Para compensar semejante regañina más me hubiera valido saber qué hacía el viejo con los papeles inservibles y los periódicos atrasados que recogía diariamente por las calles del pueblo. Y con los libros, también con los escasos libros que recolectaba y después guardaba tan celosamente en el rincón protegido con un trozo de plástico que para ellos había habilitado en el carrito. Al menos podría haber sacado algún provecho de mi curiosidad, me dije; así, el castigo que me impusieron, consistente en no salir de casa durante dos semanas enteras, hubiera merecido la pena.

Dos semanas. Exactamente durante dos semanas, cada día al regresar del colegio entraba en casa y no volvía a salir hasta la mañana siguiente. Ni siquiera el viejopasó durante ese tiempo por mi calle en busca de libros viejos, periódicos atrasados y papeles inservibles. Tal vez se debía a que se le había dado bien la recogida por otras calles y no necesitó en esos días llegar hasta la



parte alta del barrio. También me dije que a lo mejor no quería que yo volviera a seguir sus pasos, por si descubría el secreto que guardaba. El secreto que descubrí tras las dos semanas y dos días de condena que debí cumplir, porque a pesar de ser jueves cuando finalizó el plazo estipulado para purgar el castigo, mi madre me ordenó que estuviera de vuelta en casa nada más salir del colegio, sin demora alguna, igual que me obligó a hacer el viernes. De modo que debí esperar al sábado, el primer sábado de libertad, para volver al descampado.

Beltza andaba por allí, curioseando el suelo, olisqueando algo. Podía tratarse de cualquier cosa. Los perros parecen disfrutar oliendo, y el lugar se prestaba a las novedades, por haber tantos matojos y agujeros en los que se refugiarían animales más pequeños. Me acerqué con sigilo a los dominios del perro. No estaba segura de ser recordada. Me parecía que hacía mucho tiempo que no me veía, y cuando me vio la otra vez ni siquiera habría tenido tiempo —imaginé— de retener mi aroma.

Las alambradas estaban todas perfectamente ensambladas unas con otras, formando un entramado que, supuse, no me sería fácil desligar. Y estaba la complicación añadida del perro, que seguía husmeando con el hocico enterrado en un matorral. Finalmente levantó la cabeza y lanzó un gruñido que me hizo retroceder, casi echar a correr, desterrando la idea que llevaba de averiguar lo que había en aquellas casuchas hechas con tan pobres materiales y, sin embargo, tanto esmero. No hubo ladrido después del gruñido, solo agachó las orejas y siguió a lo suyo —que era una rata, según comprobé poco después—. Confiada por la familiaridad que me demostró el perro, me acerqué a una de aquellas pequeñas construcciones en las que imaginé que a duras penas cabría erguida una persona de cierta altura, y traté de separar alguno de los nudos que me darían acceso al interior de cualquiera de los habitáculos.

Desistí cuando los dedos comenzaron a sangrarme. Era imposible deshacer aquellos embrollos, mucho más seguros que candados, y más prácticos, al no necesitar llevar la llave encima. Solo el perro, que se mantenía cerca de mí, como si fuéramos compinches de una misma empresa o colegas entregados a idéntica misión, parecía invitarme a seguir. Imposible dejar de notar el dolor de las heridas que se me habían hecho en la estéril lucha contra los nudos de alambre. «No puedo. ¿No ves que no puedo? No seas pesado», le dije en voz baja. Él, sin embargo, me empujaba con el hocico. «Que no puedo, ¿lo entiendes?», insistí al mirar sus ojos negros, cálidos y locuaces en su mudez, como si por serlo —mudo— necesitara hacerse entender por otros cauces más elementales.

—¡Beltza!

La voz del viejo llamando al perro me dejó sin aliento. Ni siquiera me atreví a mirar hacia atrás. Temí convertirme en estatua de sal. No era la primera vez que la curiosidad excesiva había convertido en estatua de sal a una persona.

—¿Se puede saber qué haces aquí, condenada niña?

De nuevo pensé en la solución más sencilla: salir corriendo. Por mucho que el viejo corriera, seguro que yo corría más. Del perro ya no debía tener miedo.

—Te he preguntado qué haces aquí. ¿Estás sorda?

Entonces el perro se sentó a mi lado, pegado a mis pies. Podía escuchar su respiración apacible y sosegada. «Está de mi parte», recuerdo que pensé.

—Bueno, pues no me digas nada —pareció claudicar el hombre—, ya veo que la locuacidad no es la mayor de tus virtudes.

El tono de su voz, conciliador, me animó a darme la vuelta. Cuando me enfrenté a su rostro comprobé que me estaba mirando como quien siente mucha curiosidad, casi sonriendo con una

mueca apenas expresada por sus labios finos, o eso me pareció, al estar enterrados por la barba que cubría sus mejillas completamente, casi hasta llegarle a los ojos grises que brillaban como ascuas.

—¿Por fin me vas a contestar?

—Solo quería ver al perro —se me ocurrió decirle.

—¿Ver al perro? ¿Al perro? Bueno, está bien, si tú lo dices... Ver al perro —repitió en voz más baja—. ¡Qué cosas hay que oír!

—Cuando me ha visto ha venido corriendo —exageré el comportamiento del animal, que en realidad solo había tolerado mi presencia, aunque después me hubiera animado en mi pretendida exploración del interior de las peculiares construcciones.

—Tiene buena memoria, ¿verdad, Beltza?

—¿Por qué le dice siempre: «¿verdad Beltza?» —me interesé—. ¿Es que puede entenderle?

—No tengas ninguna duda. Me entiende, ¿verdad, Beltza? Me entiende más de lo que me ha entendido nunca cualquier persona. Le basta con mirarme para saber lo que pienso exactamente.

—Los perros no entienden a las personas.

—Eso lo dices porque tú nunca has tenido perro, ¿me equivoco? Si lo hubieras tenido no dirías una bobada tan grande. Mírale a los ojos —me animó a fijarme—. Tú míraselos bien, y dime si no ves en ellos mucha más comprensión de la que hay en las personas que andan por la calle, siempre mirando a nadie, empujándose unas a otras, como si se estorbaran. Él atiende, escucha, consuela, ¿verdad, Beltza? Él está siempre donde tiene que estar, que es cerca del corazón de su amo. Ya no quedan muchas personas que sepan estar cerca del corazón de las otras personas, a no ser que con esa cercanía obtengan alguna recompensa.

—Si usted lo dice...

—No es lo que yo diga. A la vista está. Dedícate a mirar el comportamiento de las personas, incluso de las que te sean más cercanas, y verás lo que quiero decir.

—Me marcho —le dije entonces, un poco aburrída por las cosas tan raras que decía, y algo desencantada por no haber podido averiguar qué había en las casuchas de cartón, ni qué hacía él en un descampado que estaba desocupado a la espera de la construcción de la residencia para ancianos.

—Tú has venido para algo más que para ver al perro, ¿verdad? Dímelo, no te voy a hacer nada —suavizó el tono de su voz, tan melodiosa que daba gusto escucharlo hablar.

Y se quedó parado, mirándome, tocado con la curiosa gorra de cuadros calada hasta las orejas que le tapaba las cejas y no dejaba apenas sitio para ver hacia dónde miraban sus ojos.

—Es por eso —señalé finalmente hacia las casetas rodeadas por trozos de alambres herrumbrosos.

—Por eso —dijo, y repitió mi gesto de señalar las casetas.

Asentí. Él sonrió torciendo ligeramente la boca. La barba blanquecina que cubría sus mejillas me impedía averiguar si la sonrisa exhibida era amistosa o solo irónica. El perro se levantó entonces, como si, efectivamente, hubiera entendido lo que dije —¿lo habría entendido?—, y meneó la cola en actitud —de eso sí estuve absolutamente segura— amistosa.

—Ven, anda. Acércate. Y ten cuidado, no te vayas a raspar con los alambres.

¿Rasparme con los alambres?, repetí para mis adentros. Entonces escondí las manos en los bolsillos del pantalón. Mi madre me regañó después, cuando, entre intrigada y desconcertada, me preguntó por las manchas de sangre que había en los forros. Yo, naturalmente, solo me excusé por el descuido, pero no le aclaré cómo habían llegado hasta allí. El viejo, sin embargo, sí se percató

de las desolladuras que herían mis dedos. Él me las curó cuando estuvimos dentro de una de las casetas, la de mayor tamaño.

—Es mi casa —dijo—. ¿Te gusta?

¿Gustarme? ¿Podía gustarle a alguien un lugar así? Allí solo había pilas de papeles viejos que apestaban a podredumbre (sería por la humedad de la ría, que estaba muy cerca), y trozos de madera de diferentes tamaños que formaban lo que aparentaba una mesa con sus correspondientes banquetas —en total pude contar hasta tres de aquellos asientos—, todo ello elevado escasamente sobre el nivel del suelo, de modo que habría que sentarse prácticamente en cuclillas cuando fuera necesario hacer uso de tan peculiar mobiliario, a lo mejor a la hora de comer, si es que el hombre comía allí y no lo hacía en el bar donde se detuvo el día que seguí sus pasos durante toda la mañana. En el rincón más alejado de la entrada se veía lo que me pareció un amasijo de ropa, apoyado contra la pared, que era lo que él extendía por las noches, según me explicó, para dormir. «Es una forma de evitar hacer la cama cada día, siempre una faena bien engorrosa, además de inútil», justificó. De la cubierta que hacía las veces de techumbre colgaba una vela de grosor considerable, cercada por incontables regueros de cera, cuidadosamente protegida por una lata de conservas vacía y desfondada. Inmediatamente sacó del bolsillo una caja de cerillas y prendió el cabo de la mecha, que al iluminar el recinto percibí con más aspecto de basurero. Miré hacia arriba y comprobé que cubriendo el techo había plásticos protegiendo las láminas metálicas que se veían desde el exterior, de igual modo que, al mirar hacia los lados, otros colgajos, también plastificados, forraban las paredes, pues eso debían ser, si estaban entre el techo y el entramado que debía llamarse suelo. Imaginé que las noches de lluvia serían muy penosas allí dentro. El hombre pareció leer mis pensamientos, porque dijo: «Cuando llueve, que es casi siempre, el sonido del agua se me mete hasta los huesos, y algunas veces algo más que el simple sonido, pero son solo unas horas, así que casi no lo noto; me he acostumbrado a este sitio y creo que ya no lo cambiaría por ningún otro». Después me hizo sentar en uno de los trozos de madera con aspecto de tocón al que le hubieran talado el tronco de su árbol a escasos centímetros del suelo, y abandonó el lugar con la recomendación de que aguardara unos minutos mientras iba en busca de algo para curarme los dedos de las manos. Regresó, en efecto, a los pocos minutos, con una bolsa de plástico arrugada de la que sacó una caja de gasas sorprendentemente limpias y dos botellas de plástico, una de agua oxigenada y la otra de alcohol.

—No vas a llorar, ¿verdad?

—Yo no lloro.

—¡Vaya! Pues me alegro. Eres valiente, por lo que veo.

Me encogí de hombros. No sabía si era valiente o cobarde, y en esos momentos me importaba bien poco.

—Si te escuece, grita. Nadie puede oírte, solo Beltza, y ya te conoce. Le has caído bien al perro. ¿Te gusta el perro? Sí, claro que te gusta el perro, ¡cómo no te va a gustar, si has dicho que has venido hasta aquí solo para verlo! Y, aunque no sea del todo verdad, que no lo es, algo te ha debido llamar la atención de él, cuando lo has mencionado en primer lugar. Los perros son buenos y listos. Los perros son mejores que las personas. De los perros puedes esperar cualquier cosa y nunca te defraudarán, justo lo contrario de lo que pasa con los seres humanos.

—¿Por qué vive aquí? —me atreví por fin a preguntarle, aprovechando que parecía especialmente feliz cuando hablaba del perro—. La gente vive en casas normales.

—¿La gente? ¿Qué gente?

—Pues la gente. Toda la gente.

—Ya. Toda la gente... ¿De verdad crees que toda la gente vive en casas normales?

—Sí... ¿no?

—Olvidas a los que no son normales, y por eso no tienen casas de las consideradas normales. O, a lo mejor resulta que la imposibilidad de tener casas que sean normales les impide a ellos esa normalidad de la que hablas... En fin, dejémonos de teorías y convengamos en que así será si tú lo dices. Por cierto ¿dónde me dijiste que vivías?

—En la calle Orúe —le dije.

—¡Ah! Ya recuerdo ¿Y te he visto alguna vez por ahí? —No sé.

—Yo tampoco lo sé. No me fijo mucho en las personas. No me gustan las personas. Las personas te miran de arriba abajo, y señalan con el dedo a quien no es convencional, como si tuvieran derecho a juzgar a los demás.

—Yo no.

—¿Tú no? ¡Cómo que tú no! Tú estás aquí ahora, ¿no?, y eso es porque el otro día me seguiste para espiarme. Estabas espiándome, luego te intrigó algo de lo que viste. O te intrigó aquello que no viste y solo imaginaste.

—No espiaba...

—Sí, claro que sí..., pero no me importa. Lo que importa es que no entiendes qué hago aquí, ¿verdad? Nadie lo entiende. Dicen que estoy loco. Los locos son ellos, que malgastan sus vidas.

—¿Cómo se malgasta una vida? —me atreví a preguntar. —Eres muy cría para saberlo. Algún día lo sabrás. Algún día recordarás mis palabras y sabrás por qué te digo lo que te digo.

Me escocían los dedos de las manos, manchados aún con la sangre reseca. Hubiera gritado de buena gana cuando sentí la gasa empapada en el alcohol tratando de desinfectar los rasguños que me había hecho trajinando con las alambradas.

—Ya está —dijo al fin—. Ya está desinfectado.

—¿Puedo marcharme?

—Nadie te retiene aquí. Nadie te pidió que vinieras. Claro que puedes marcharte, pero si te vas ahora no conocerás mi secreto. Tú crees que guardo un secreto, ¿no es así?, por eso me has seguido.

—No...

—No mientas. No está bien que una niña lista mienta. —No le miento.

—Bien. Pues entonces márchate, si es lo que de verdad quieres hacer.

Beltza estaba en la entrada de la casucha, tumbado cuan largo era, así que me obstaculizaba la salida. Al verme aparecer por la puerta se incorporó y restregó su lomo contra mis piernas. Pasé la mano primero por aquel cuerpo robusto y suave con tacto de terciopelo y después por la cabezota, que adelantó ligeramente para poder lamerme la cara. El viejo estaba detrás de mí.

—¿Lo ves? El perro sabe que mientes. También él sabe que viniste aquí buscando algo, por eso no quiere que te marches así.

—Solo quería saber qué hacía con los papeles viejos y los periódicos atrasados que va pidiéndole por ahí a la gente —confesé al fin.

—Y libros. Te olvidas de los libros. Los libros son lo más importante. Y lo que más escasea. La gente tiene libros y no les hace ningún caso. Algunos los compran para que adornen sus salones, otros porque los autores están de moda. La cuestión es que desperdician la sabiduría que encierran, por eso yo intento rescatarlos, para que tengan un destino que sea digno del trabajo que cuesta escribirlos y encuadernarlos.

—¿Un destino digno? —pregunté intrigada, pero sin atreverme a indagar acerca del paradero

de esos libros que, efectivamente, le daban con cuentagotas las personas a quienes se los pedía al mismo tiempo que los papeles viejos y los periódicos atrasados.

—Sí, un destino digno. Solo pretendo que sirvan como deben servir. Antes, como es lógico, los leo yo.

Libros, un destino digno... Ya no me cabía la menor duda acerca de la locura que había en aquel hombre con el que sin embargo me sentía tan confortada. Solo me preguntaba si él sería consciente de lo que le estaba pasando.

—Ven —me dijo, incorporándose con una agilidad que me sorprendió—. Hay más cosas en las otras casetas, aparte de lo que has visto en esta, que es la que utilizo para dormir.

El perro me tomó la delantera y se puso a la altura de su dueño. De nuevo me pregunté si, como parecía, entendía las conversaciones de las personas. Antes, cuando el viejo me lo había dicho había creído que solo eran las exageraciones de un chalado. Conforme transcurría el tiempo que estaba pasando con ellos dudaba acerca de la razón que acaso sí tendría, después de todo. Si lo decía con tanta seguridad, quizá estuviera en lo cierto. «Bonito», le dije, y añadí: «guapo», por si acaso; después acaricié su lomo, él giró la cabeza y pestañeó con sus grandes ojos oscuros. Me pareció que solo le había faltado decirme «gracias» en voz alta; en sustitución de las palabras que no estaba capacitado para pronunciar, aulló ligeramente, y entonces sentí un escalofrío que me recorrió instantáneamente la espina dorsal con una fuerte sacudida que me hubiera despertado algún instinto adormecido.

—Otra habitación de mi mansión —dijo el hombre—. ¿Te gusta? Esta está más cuidada. Aquí hay más cosas de valor. Entra, no temas.

La oscuridad era absoluta, hasta que la lámpara que pendía del techo (de hechuras idénticas a la de la otra caseta) se iluminó al contacto de la cerilla encendida aplicada al pábilo de la vela. En efecto, había más orden allí, y hasta el suelo estaba protegido por tablones de madera ligeramente elevados respecto del nivel que había en el exterior, y también las paredes presentaban una protección a base de ligeros paneles que, según me aclaró, había conseguido en una fábrica de cocinas cuyos desperdicios recogía de la basura cuando los dueños hacían limpieza en el taller. Incluso podía hablarse de estanterías, igualmente fabricadas a partir de esos finos paneles que él reforzaba uniéndolos entre sí para que aguantaran el peso de los libros que iba almacenando.

—¿Qué te dije? ¿No es cierto que es más bonita esta habitación? —Sí, es más bonita. ¿Y por qué no hace lo mismo con la otra, en la que duermo?

—Porque yo valgo menos que los libros. Además, allí, como bien has dicho, solo duermo. Son apenas unas cuantas horas cada noche, no me hace falta tener más de lo que ya tengo.

—¿Y qué hace con estos libros?

—Ya te lo he dicho: primero los leo y después les doy un destino digno.

—Pero no me ha dicho qué destino les da.

—Ya lo sabrás. A su debido tiempo lo sabrás. Ahora ya sabes muchas cosas de mí. Muchas más que yo de ti.

—Yo no tengo nada interesante que decirle —me excusé.

—¿Lo ves? ¡Ahí radica, precisamente, el gran problema del mundo!: la gente no cree tener cosas interesantes que decir. Parece que siempre está todo dicho, o sobrentendido. Y si uno no cree firmemente en lo que piensa, difícilmente podrá hacerlo pasar por interesante cuando lo transmita, si es que puede hacerlo. No es fácil transmitir lo que tenemos en la cabeza. Pensamos, pensamos, y otra vez volvemos a pensar, siempre sin orden ni concierto. Todo nos vale de mente

hacia dentro, pero no lo sacamos de ahí. La gente ya no se comunica, por si molesta o aburre a la concurrencia.

La mirada de aquel hombre me parecía la mirada de un loco, aunque quizá se trataba solo de un ser desubicado en el tiempo. De buena gana me hubiera marchado de allí a toda prisa, y sin más deseos de volver, pero desistí a causa de la actitud de Beltza, que pasó por mi lado rozándome las piernas, me pareció que deliberadamente, yo acaricié su cabeza y él cerró los ojos y se dejó hacer.

—¿Me tienes miedo? —preguntó entonces.

—No... Ya le dije que no tengo miedo.

—¿Me lo has dicho? No lo recuerdo. Es igual. La cuestión es que me tienes miedo. No estás acostumbrada a tratar con gente como yo. Y no te lo reprocho, no creas, pero esperaba que una niña lista tuviera algo más de curiosidad.

No entendí qué quería decir. Yo tenía mucha curiosidad. Siempre tuve mucha curiosidad.

—No lo entiendes, ¿verdad? Ya sé que no lo entiendes. Es lo que yo digo: que falta entrenamiento. Se traen niños a este mundo y se les deja crecer en medio de una vulgaridad que asusta. Da igual que salgan listos o tontos, solo se les viste, se les da de comer, se les encierra en la escuela unas cuantas horas al día y se espera de ellos que hagan exactamente lo mismo que antes hicieron sus padres. ¡Bah! No hay más que medianías. De vez en cuando nace alguien que parece merecer la pena, pero precisamente por merecer la pena y parecer diferente, inmediatamente se le cortan las alas y se le obliga a plegar velas, para que no se salga del redil y ponga en evidencia a los mediocres que inevitablemente merodearán a su alrededor, así todos parecerán iguales: seres fatuos, carentes de lucidez... ¡Bah!

Seguía sin entender nada, y a preguntar no me atrevía, al sentir que con cada una de mis preguntas su rostro afilado, sombreado por la barba, se afligía, evidentemente molesto por mi incompreensión.

—No hay solución. Ya no. Antes, hace muchos años, cuando empezaron a venir los adelantos, parecía que por fin habíamos salido de la nada en la que se vivía. Después, a pesar de todos esos adelantos, la gente siguió metida en sus casas, viviendo como si vegetaran —reparó entonces en mí, perdida en el laberinto de sus palabras, ignorante de casi todo cuanto estaba diciendo, y abrió de pronto sus ojos grises como el acero, que había mantenido entrecerrados tras las pestañas extrañamente largas y pobladas que tenía—. Ya veo que te estoy aburriendo. Es lo que pasa con los mocosos de hoy en día: que no saben nada y así quieren seguir: sin saber.

—Yo sí quiero saber cosas —me defendí—, y no soy una mocosa, ya tengo casi once años.

—Es posible que quieras saber cosas ahora. Tal vez, en efecto, lo quieras de verdad, o en realidad solo crees que lo quieres así. Lo que ocurre es que no tendrás fácil saber aquello que algún día tendrás verdadero interés por conocer. Te entrará el miedo y cerrarás los ojos y los oídos, para que no penetre en ti nada que pueda alterar la monotonía en que irá convirtiéndose tu vida poco a poco. En definitiva: te irás entonteciendo, como el resto del mundo.

—Estoy estudiando. Voy cada día al colegio —dije, y creo que me erguí un poco, para paliar mi estatura, demasiado pequeña para mi edad, eso es lo que decía mi madre, que de inmediato añadía que ya daría el estirón, y entonces me acariciaba el pelo que se resistía a cortarme y por eso me lo recogía en una coleta que me adornaba con lazos de colores.

—Ya, ya. Ya sé que vas al colegio. No es eso lo que quiero decir. —En el colegio es donde se aprende, lo dice mi padre —le expliqué.

—¿Tu padre te dice que en el colegio es donde se aprenden las cosas? ¡Otro ignorante! Que se

pregunte él qué es lo que de verdad aprendió cuando fue al colegio, y a la universidad. ¿Fue a la universidad?

—Creo que no. Trabaja en una fábrica.

—No importa —no me dejó continuar—. Tampoco en la universidad hubiera aprendido nada de fundamento, estoy seguro.

El hombre siguió hablando, dándole vueltas a su teoría acerca de la ignorancia que hay en el mundo, mientras yo hacía como que entendía lo que en realidad no entendía. Solo atendía a la pasión que ponía al decirme todas aquellas cosas, con aquella vehemencia que entonces me pareció locura.

—¿Me estás entendiendo?

—Sí, creo que sí.

—¿Crees? ¿Solo lo crees? No hay que creer, hay que estar seguro de las cosas. Hay que mostrar firmeza, determinación. El mundo es de los decididos, no de los cobardes que se esconden detrás de la pequeña comodidad que consiguen con sus trabajos mediocres. Hay que avanzar, aunque el avance y la curiosidad acaben por costarnos la vida.

No entendía cómo podía expresarse así alguien que no tenía nada. Por muy alto que hablara, por muy seguro que estuviera de sus palabras y de sus teorías, él no tenía más que un puñado de libros viejos, rescatados a la fuerza de las casas donde no los apreciaban, y papeles viejos y periódicos atrasados que almacenaba en cuchitriles hechos a base de cartones y planchas de metal recuperados de los desperdicios ajenos. Era imposible fiarse de quien se limitaba a teorizar en lugar de hacer algo para cambiar el orden de las cosas que, evidentemente, no le gustaba.

—¿Usted ha estudiado? —le pregunté en un rasgo de atrevimiento que me entró, animada como estaba por su propia teoría acerca de que el mundo es de los valientes y decididos que tengan el arrojo de indagar sobre aquello que ignoren.

—¿Yo? —me interrogó visiblemente sorprendido por mi pregunta—. ¿Que si yo he estudiado? ¿Y qué, si lo hubiera hecho? ¿De qué sirve estudiar? Ya te dije que la vida no se aprende en el colegio. La vida se aprende viviéndola, enfangándote en ella sin miedo al fracaso, interrogándote continuamente acerca de los conocimientos que se van juntando unos con otros y que en ningún caso satisfacen completamente la curiosidad que nos va hurgando por aquí —se señaló la sien y dibujó en el aire una cantidad ilimitada de círculos imaginarios con el dedo índice—. Te devanas los sesos dándole a la mollera para llegar a ser alguien el día de mañana, y resulta que no sirve de nada. Nunca se llega a saber tanto como se quiere. ¡Ay que joderse con la vida! Lástima que la gente no lo sepa. La vida te va poniendo donde merezcas estar, tanto si has estudiado como si no lo has hecho. Así de hijaputa es la vida. Si yo te contara... Si yo te contara mi vida a lo mejor no acababa nunca.

—Cuéntemela.

—¿De verdad te interesa conocerla?

—Claro. Dígame algo, lo que sea, aunque se trate solo de alguna cosa que sea pequeña —le animé.

—¿Qué quieres saber? A ver si lo adivino: quieres saber cómo acabé viviendo aquí, ¿me equivoco? —me observó más detenidamente—. Seguro que es lo que más te intriga. A todo el mundo le pasa lo mismo.

—¿A todo el mundo?

—A todo el mundo, sí. Todo el mundo se pregunta cómo fue que me quedé sin nada, habiendo tenido de casi todo.

—¿Sí? —me extrañé—. ¿Tuvo de casi todo?

—Prácticamente. Pero es una historia muy larga que no te voy a contar ahora.

—Es sábado, tengo tiempo.

—Tú sí, pero yo no. Hay muchas cosas que hacer aquí ¿Ves las otras habitaciones de mi mansión? —señaló hacia los otros habitáculos que completaban el conjunto de casetas destartadas que se arracimaban en ese lado del descampado—. Pues también ellas requieren de mi atención. Hay más libros esperando para ser limpiados y ordenados como se merecen, y, lo que es más importante: léidos. Ahí sí hay vida, la vida de verdad, la que rescataron los escritores de sus memorias, o de sus sueños, o solo de sus intenciones. Solo ellos supieron cambiar por palabras los padecimientos que les empujaron a escribir. Y, fíjate bien, aun sabiendo hacerlo, la mayoría de ellos acabaron medio muertos de hambre o incomprendidos, o las dos cosas a un tiempo, que es lo que suele pasar con la gente que hace pensar y se obstina en sacudir la conciencia del prójimo pretendiendo que de ella caiga algún tipo de fruta.

—Entonces me marchó —me rendí.

—Y no le digas a nadie que has hablado conmigo —me recomendó.

—¿Por qué?

Porque ellos piensan que estoy loco, o embrujado. Mi compañía no es lo más recomendable para una mocosa de tu edad. —¿Quién piensa que está loco?

—Ellos. Ya te he dicho que lo piensan ellos. Todos, en realidad, lo piensan.

—¿Y qué es estar embrujado?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo. Cuando crezcas. Ahora márchate.

Y me marché, preguntándome mientras si no tendrían algo de razón quienes pensaban que aquel hombre estaba loco. Yo, sin embargo, creí adivinar que solo estaba desencantado, quizá defraudado, o sería un fracasado, o un desengañado por algo, quién sabe si por la vida, que a lo mejor no lo había tratado bien. En cuanto a lo de estar embrujado, todavía menos podía juzgar esa posibilidad.

«¡A nadie! ¡No se lo digas a nadie!», me gritó cuando yo ya estaba ganando la salida que va a dar al paseo que transcurre por el margen izquierdo de la ría. «Ellos no saben, no entienden, y no quieren saber. Se tapan los oídos para no escuchar las voces del más allá, que en realidad pertenecen a un acá bien cercano, tan próximo a ellos que incluso se acongojarían si vieran lo pegado que lo tienen. Y se asustan... Sí, viven asustados, encerrados en su pequeño mundo de ignorancia... Están aterrados, y eso que en verdad no saben nada, ni siquiera lo que se esconde en los pliegues más elementales de la razón. ¿Razón? ¿Dije razón? Razón, sí, eso es, razón; o razón, al menos, habrá que llamarle, por llamarle de algún modo y que todos nos entendamos».

Me perdí las últimas palabras que me dedicó en el espacio que fue creciendo entre los dos a medida que yo avanzaba y él se quedaba allí, soltando aquel discurso apocalíptico del que no entendí nada y que, sin embargo, logró interesarme y hacer que el hombre me pareciera importante, a pesar de todo, entendiéndose ese *a pesar de todo*, por la opinión generalizada que había al respecto de su cordura.



## II

*NO ME GUSTA LA NAVIDAD.* No sé si alguna vez llegó a gustarme y después lo olvidé. Aborrezco las celebraciones que atiborran a la gente de buenos sentimientos imbuidos a la fuerza. Detesto la idea de dejar de ser lo que en esencia soy para llegar a convertirme en alguien con propensión a la apariencia y el disimulo, incluso si esta modalidad de comportamiento en desuso me provoca algún enfrentamiento con la corriente imperante, partidaria de no salirse del guion previamente escrito. Me produce una profunda aversión ver cómo se van aproximando esas fechas en el calendario, por eso procuro abstraerme y tiendo a escapar de ese halo contaminado que infecta a las personas con esa especie de tontuna que les impide saber dónde están escondidas sus verdaderas emociones, pero las que les son propias, no las prestadas a base de influencias externas que insisten machaconamente sobre lo que es conveniente hacer para que perdure una costumbre que, pasados los días, se evaporará a la espera de que la verdad que guarde cada cual en la recóndita intimidad de su ser reine de nuevo en su yo más sincero.

En eso andaba, en alejarme de la dichosa Navidad todo lo que me fuera posible, aquel año que fue denominado el año de la niebla, porque buena parte del invierno y hasta bien entrada la primavera vivimos envueltos en una bruma blancuzca y espesa como no se había conocido anteriormente otra igual, que llegó de pronto y no se disipó completamente hasta casi el inicio del verano. Andaba buscando, como siempre desde que se me llenó la vida de malos recuerdos, un lugar que se alejara razonablemente de los espumillones y de las bolas de cristal que decoraban casas y calles; de las luces intermitentes centelleando en cualquier escaparate, y de los lazos de colores brillantes anudando cualquier cosa que se dejara meter en una caja para después ser atado, antes de que el destinatario lo desatara con la falsa impaciencia de saber de antemano lo que defrauda recibir algo que no se desea y que, sin embargo, ha de fingirse tan deseado como si le hubiera sido pedido expresamente a los Reyes Magos que vienen de Oriente, seres extraordinarios a los que no pienso desmentir, ni mucho menos desenmascarar, por si acaso algún niño aún con las ilusiones intactas tiene la ocurrencia de asomarse a estas páginas.

Intuí que había encontrado una rendija por la que podría escaparme del odioso espíritu navideño después de ojear en el periódico del día un artículo que daba cuenta de una feria de artesanía que habían instalado en el muelle de La Merced, al otro lado de la ría, prácticamente a la altura del mercado de La Ribera. Además, según decía el artículo, los comerciantes que vendían sus productos gozaban de un escenario razonablemente fidedigno a lo que habían sido los mercados medievales celebrados en la antigüedad. Y como pensé que no estaría mal poder escapar del montón de colorines que engalanan la ciudad, huí de mi casa como si alguien me persiguiera, y eso que no había nadie más en ella, únicamente yo, que me había quedado sola después de la muerte de mis padres, ocurrida muchos años antes en circunstancias que trataba de no recordar para no emponzoñarme de rencor más de lo que ya lo había hecho. Notaba yo, a pesar de los esfuerzos que hacía por preservar la casa de cualquier manifestación externa que tuviera algo que ver con la Navidad, que los espumillones y bolas de colores de las Navidades de mi infancia aún seguían colgados en el árbol que compraba mi padre el día de Santo Tomás en la Plaza Nueva, mientras mi madre me ayudaba a colocar las figuritas que poblaban el portal de Belén. Después de todo, algo me quedaba de placentero en el rastro de la memoria, esa gran embaucadora que selecciona situaciones y amontona emociones de forma aleatoria, a pesar del

daño que acaso causaron.

Aunque no contaba con ello, y ni siquiera había pensado en esa posibilidad, no me sorprendió encontrarme a aquellas horas de la tarde ya mediada con aquel gentío formando una cola muy numerosa frente a la puerta del ascensor del metro, donde es habitual que en ciertas fechas propensas al movimiento popular se congreguen grandes cantidades de personas a la espera de tomar el cilindro acristalado que después de un breve recorrido completamente vertical, deposita a los usuarios del suburbano en las tripas que recorren los bajos de la ciudad, y más si la Navidad está cerca y las compras habituales se multiplican asombrosamente, como si en el barrio no hubiera tiendas suficientes para abastecer tanta demanda. Pensé desistir de la comodidad del ascensor y acercarme hasta la boca de acceso más próxima, situada unos metros más lejos, nada más bajar el primer tramo de la escalinata del Karmelo que comunica el barrio con la calle Iturrubide y desemboca en el Casco Viejo; o incluso llegar hasta la que hay calle Santa Clara abajo, en la intersección con Zabalbide, en ninguna de las cuales hay ascensor, solo tramos interminables de escaleras mecánicas que suben y bajan, haciendo que las caras de los que van, o vuelven, se miren como tratando de adivinar de dónde vienen, en qué estación tomarían el metro; desde qué punto de la ciudad regresan a casa, si regresan; si es que no se trata de hacer algún recado, porque no solo los habitantes del barrio se desplazan; también habrá residentes en otras zonas que nos visitan a nosotros. Pero esperé mi turno en el lugar donde ya estaba y me entretuve en adivinar si a las personas que formaban la cola les repatearía tanto como a mí la cercanía de esas fechas que parecen existir solo para evocar ausencias y añorar situaciones irrepetibles. Me fijé en una madre que empujaba un cochecito de niño con la capota subida para proteger al bebé, seguramente muy pequeño, pues apenas era visible el bulto abrigado bajo un cobertor mullido adornado con lazos — eran azules, sería niño—, y luego en otra madre, y en otra más, que se colocaron detrás de la primera, eso quería decir que el tiempo de espera sería largo (los ascensores se hicieron para facilitar el acceso al metro a quienes debieran empujar carritos de niños o de personas impedidas, así que los demás cedíamos nuestro lugar en la cola o, si teníamos prisa, utilizábamos los otros accesos).

Hacía frío, mucho más que de ordinario, y las bocas de la gente exhalaban un aliento blanco y pastoso parecido al algodón deshilachado, como si cada cual llevara consigo una pequeña porción de vaho y al juntarse con las porciones de los otros amenazara con formar una nube blanca capaz hasta de sepultar los contornos de las cosas, incluso una ciudad entera. Alguien pareció leer mi pensamiento, porque se atrevió a vaticinar una nevada para esa misma noche. Yo no lo creí, a pesar de desearlo. Casi nunca nevaba, solo algunas veces se le arrancaban al cielo astillas de hielo que durante algunos minutos, siempre muy escasos, nos hacían soñar con ver las calles de Bilbao cubiertas de blanco, una rareza deseada precisamente por rara. Ocasionalmente, eso es cierto, la nieve había conseguido adueñarse de la ciudad durante uno o dos días enteros, pero era un fenómeno tan extraordinario que había pasado a formar parte de un anecdotario que tenía bien poco que ver con la cotidianeidad.

Al salir del metro, una vez atravesada la plaza San Nicolás y cubierto el tramo de El Arenal que se junta con la calle de La Ribera, me encontré, a mi pesar, con un río de personas cargadas con bolsas, supuse que de comida, seguramente procedentes del gran mercado de abastos — llamado de La Ribera, que desconozco si debe su nombre a la calle o es la calle la que se lo debe al mercado, situado al principio de la avenida que transcurre paralela a la ría—, y paquetes envueltos en papeles brillantes, de los que se usan para hacer más agradable la presentación de los regalos, probablemente adquiridos en alguna de las mil y una tiendas de cuanto imaginarse

pueda que se desperdigan por el Casco Viejo. Dejé atrás el gentío que salía y entraba de las calles de ese querido Casco Viejo, formado por un mar de callejuelas caprichosamente entrecruzadas unas con otras, y en un santiamén me encontré al otro lado de la ría, creí que ya a salvo del maldito espíritu navideño, entre los puestos del mercado medieval que anunciaba el periódico.

En el primer tenderete que captó mi interés se vendían cachivaches relacionados con el mundo esotérico. Pero, mucho más que los objetos colocados sobre un tablero cubierto por una tela de color granate, llamó mi atención el curioso colgante que pendía del cuello de la mujer que atendía el pequeño negocio, que titilaba extraordinariamente al compás de sus movimientos. Al intentar acercarme más a la mujer para comprobar por qué atraía de ese modo mi atención, me percaté de que se trataba de una figura que representaba la imagen de un pequeño genio con las piernas cruzadas que, en el centro, coincidiendo con lo que sería el final de la barriga que se juntaba con el interior de los muslos, sostenía una bola irisada que lanzaba destellos de un vigor inusual. También la mirada de la mujer era extrañamente poderosa, casi inquietante, ignoro si potenciada deliberadamente por ella misma, en ese empeño que puso en pronunciar con cierta exageración el trazo de las rayas negras con las que había perfilado intensamente la parte de los párpados en contacto con las pestañas, o más bien a su pesar. Así que decidí alejarme de allí y separarme del extraño influjo que creí percibir. Entonces me propuse matar el tiempo husmeando en otros puestos en los que se vendían chaquetas artesanas confeccionadas con auténtica lana de oveja, así como calcetines y bufandas hechos asimismo de lana; zapatos y botas elaborados por manos esforzadas y expertas en el tratamiento del cuero, candelabros de coloridos cristales, rosas de cuyos pétalos refulgían destellos de plata, joyas hechas con piedras de colores —algunas preciosas, otras semipreciosas y las más en absoluto—, comestibles diversos elaborados a partir de productos naturales, profusión de velas aromáticas, y hasta una gran variedad de hierbas con la facultad de curar cualquier dolencia; o jabones y cremas cuyas composiciones tan ideales prometían en sus carteles anunciadores la posibilidad de alcanzar edades muy longevas sin menoscabo alguno en el exterior. Pero nada, sin embargo, logró mantener mi interés durante mucho tiempo, ni siquiera unas carpetas de diferentes tamaños hechas de cuero —llegué a acariciar dos de ellas, sopesando la posibilidad de comprar alguna; dudé entre una con un grabado del árbolde Gernika, y otra adornada con el escudo del Athletic—, capaces de mantener indefinidamente entre sus lomos protectores aquellos cuadernos necesitados de algún amparo extraordinario que los salvase del deterioro; ni los pequeños muebles auxiliares ideados para cobijar aquellos recuerdos que por resultar inútiles en sí mismos solo valen para añorar el recuerdo mismo. Nada. Mis ojos volvían una y otra vez al lugar donde se ubicaba el puesto de artículos esotéricos, y a la insistente evocación del colgante que pendía del cuello de la mujer: aquella figura sujetando una bola que parecía contener todas las tonalidades posibles, que albergaba en su interior el poder de atrapar con sus reflejos a cuantos incautos fijaran sus ojos en ella. Así, como si la luz irisada de la bola me llamara, del mismo modo que la luz de un faro se complace en tirar del rumbo de los barcos a base de fijar su destello en los caminos del mar, me fui acercando nuevamente al extremo del mercado, rechazando por el camino el amable ofrecimiento de una vendedora de perfumes con presuntos poderes curativos y capacidades afrodisiacas, y después sorteando a un grupo de danzantes que ejecutaban bailes ancestrales al cobijo de unas columnas de piedra rematadas por un arco, bajo cuyo abrigo el frío parecía un poco más cálido, y la humedad un poco más seca.

La mujer del colgante, que parecía esperar mi llegada, me hizo una seña para que entrara en un minúsculo habitáculo hecho a partir de una cortina de terciopelo azul colgada de un elemental entramado de listones de madera. «Sabía que vendrías», me dijo, y yo no me sorprendí al escuchar

esas palabras, pues también yo sabía que iría. «Toma el colgante entre tus manos», y yo dudé, pero sujeté la figura del mago y la sopesé distraídamente entre mis dedos ateridos por el frío. No había en su voz simpatía alguna o siquiera un poco de amabilidad, solo firmeza y determinación. «Puedes seguir manoseándolo, si quieres», me animó, y yo continué deleitándome con el contacto físico de la piedra que sobresalía entre los muslos del mago, frotando la superficie vidriosa, que me apaciguó aquella inquietud interior sin sentido que empecé a experimentar cuando avisté aquel puesto de cachivaches y mis ojos se prendieron, primero del colgante de la mujer, y después de su mirada.

Me pareció que una niebla cada vez más pastosa, como los alientos que salían de las bocas de las personas que hacían cola para bajar al metro en el ascensor, se había apoderado extrañamente de la ciudad. Apenas eran visibles las orillas de la ría desde lo alto del puente que debí cruzar para volver a la calle La Ribera, donde el gentío que poco antes había atestado sus aceras parecía haberse esfumado como por encanto. Dirigí hacia atrás la mirada, buscando los perfiles de los puestos del mercado, pero la niebla cada vez más espesa me lo impidió. De hecho, si no hubiera estado allí hacía apenas unos minutos, hubiera jurado que ya no había nada, salvo las fachadas desnudas de los edificios —algunos todavía vacíos y abandonados, otros ya rehabilitados y vendidos a precios exagerados— que miran a la ría. Era como si un vaho muy concentrado y tan espeso como una papilla de harina de maíz se hubiera adueñado del cielo tanto como ya lo había hecho de la tierra que pisaban mis pies. Calculo que hacia la mitad del puente de La Merced, una construcción de piedra y ladrillo que se abomba ligeramente en el centro como consecuencia de la ondulación inferior que dibuja el único ojo de que dispone, me detuve y traté de traducir los dígitos de uno de esos relojes que informan alternativamente de la hora y a continuación de la temperatura. No hallé forma humana de distinguir nada; ni siquiera hubiera podido decir si funcionaba o se había averiado, envuelto como estaba por aquella bruma albina que hacía desaparecer por momentos hasta la oscuridad de la noche que ya se había echado encima. Por lo que sabía, al frente debía discurrir el tramo de la calle La Ribera que hay entre el propio puente y el teatro Arriaga, pero llegué a pensar si no se habría evaporado todo por causa de algún hechizo. En realidad se me erizó hasta la piel cuando recordé algunas de las palabras que dijo la mujer del colgante: «Imagina que desaparece de tu vista todo lo que conoces, tal como lo conoces». En el momento de escucharla no hice caso, y lo tomé como una frase dicha para intimidar, dirigida a socavar mi confianza, o solo a contrarrestar la deliberada incredulidad que mostré cuando estuve con ella, mientras pensaba que no debía permanecer allí, en aquel habitáculo minúsculo al que quién sabe qué clase de encantamientos o artimañas, o solo restos de mi desesperación, me habrían conducido. «¿Y si llega a pasar aquello que tanto temor te produce?», dijo a continuación, aun cuando en ningún momento le había dicho qué me producía temor. Pero, a pesar de sus palabras premonitorias, o acaso pretendidamente intimidatorias, no me aclaró a qué creía que le temía yo, y solo divagó alertándome sobre determinados miedos convencionales, de esos que de vez en cuando asaltan a los seres humanos, más como precaución que como amenaza real.

Cuando finalmente alcancé el otro extremo del puente, frente a la calle de La Merced, creí vislumbrar la silueta que dibuja la parte trasera del teatro Arriaga, así que crucé decidida al otro lado, aprovechando aquel extraño silencio propiciado por la insólita ausencia de coches, y me puse a caminar casi a tientas, guiándome por el plano que hice en mi memoria del lugar, hasta llegar al principio de El Arenal, a la altura de la calle Bidebarrieta, cerca ya del café Boulevard, prácticamente enfrente de la fachada principal del Arriaga. Tanteé la pared y busqué cualquiera de las puertas —hay al menos tres de madera con aspecto de portalones protectores, normalmente

abiertas, que dan acceso a otras tres, decoradas éstas con cristales de colores— que llevan al interior del café, de normal abierto y habitualmente muy concurrido. Creí que había pasado de largo, pues ni las luces que iluminan el tejadillo que sostiene el rótulo se distinguían. Quién sabe si por la cercanía de las dichosas Navidades habían cerrado sus puertas como medida extraordinaria. Pero me pareció cuanto menos improbable. No importa que sean Navidades, Semana Santa o días de verano en los que muchos locales cierran sus puertas aprovechando la escasez de clientes. Para el Boulevard da igual qué día sea, ellos son de ordinario una referencia, por eso me extrañé y se me cogió a la garganta una clase de ahogo que atribuí a la densa niebla que no dejaba ver a más de dos pasos de distancia. Alguna explicación habrá, me dije, y seguí caminando sin ver nada, ni siquiera las barandillas del puente de Isabel II, el que una vez atravesado desemboca en la escueta calle Navarra que conduce a la plaza Circular, donde se ubica la estatua del fundador de la Villa, don Diego López de Haro, del que con esta niebla seguro que nada, ni siquiera la silueta de su figura, podría distinguirse en la cima de su pedestal. Lo intentaría en la cafetería de un nuevo hotel recientemente inaugurado, nada más pasar la calle Correo, antes de llegar a la plaza San Nicolás. Pero tampoco allí encontré luces que me guiaran, solo el sonido hueco de unos pasos que seguían a los míos, así que me giré instintivamente, suponiendo y deseando que acaso el dueño de esos pasos pudiera decirme qué pasaba para que no hubieran encendido las luces de El Arenal, las que alumbran el paseo cuajado de árboles llamado Campo de Volantín que sigue el curso de la ría y va a dar al ayuntamiento, y aún sigue a través del nuevo paseo de Uribitarte, que va a morir en la curva que describe el puente de Deusto y conduce a la vieja universidad. Pero no había nadie detrás de mí, ya ni siquiera ruido de pasos, que enmudecieron cuando yo detuve los míos.

Seguí caminando, poniendo todos mis sentidos al servicio de la orientación que esperaba no disminuyera completamente. Aún no estaba perdida, sabía dónde me encontraba, aunque no se pudiera ver nada, tampoco la iglesia de San Nicolás, y sabía que estaba muy cerca, quizá hasta pudiera tocarla si alargaba las manos. Lo hice, alargué las manos y no hallé nada palpable.

El eco de los pasos que me habían acompañado brevemente hacía unos instantes repiqueteó de nuevo sobre el asfalto, y el calor de un aliento de procedencia indefinida me alivió el frío de las manos que llevaba despegadas del cuerpo, extendidas todo cuanto me permitían los brazos, tratando de evitar cualquier obstáculo que me saliera al paso. «¿Hay alguien ahí?», pregunté, y por toda respuesta volví a sentir el mismo aliento. Instintivamente escondí las manos en los bolsillos del abrigo y entonces noté el calor del aliento en las piernas, que fueron a tropezar con aquello de donde parecía venir aquel hálito, que me hizo caer al suelo. Cuando traté de incorporarme, una lengua caliente y rugosa me recorrió la cara. Pude reconocer el lametón de un perro, que es lo que parecía ser aquello que me había hecho caer, y me vino a la memoria un nombre concreto que ni siquiera sabía que retenía en ella, tan enterrado lo tenía: Beltza. «¡Beltza!», dije en voz alta, y el aullido familiar del animal me encendió el ánimo. «¿Beltza?», pronuncié de nuevo — verdaderamente extrañada— el nombre del perro que había conocido siendo niña. No podía ser aquel Beltza este otro perro que también se llamaba Beltza, o solo respondió dócilmente al nombre que me vino a la mente y pronuncié en voz alta, incluso si él no se llamaba así, y solo reaccionó al tono de voz que le pareció amable, aunque no podía ser amable, por estar tan asustada que no era razonable que habitara en mí ningún tipo de cordialidad.

A pesar de todo, inicié una conversación con el perro. Si me había reconocido; si estaba allí para ayudarme a salir del laberinto que se escondía entre la blancura anómala de la niebla, debía ser el mismo. Eché cuentas y me pareció imposible. No sé cuánto vive un perro por término

medio, ni tampoco si hay casos de longevidad excepcional, pero ni siquiera hallándonos en ese supuesto podría tratarse del mismo.

—No puedes ser tú.... ¿O sí?... ¡Qué bobada, pensar que puedes ser el mismo!... ¿No me puedes contestar? Es igual, no te preocupes. Tanto si eres el mismo como si no lo eres, has venido en mi ayuda. ¿Sabes lo que ha pasado? ¡Qué raro!, ¿verdad?, todas las luces están apagadas, o a lo mejor no están apagadas y solo se esconden detrás de esta niebla tan extraña.

El perro siguió a mi lado. Podía sentir su calor y eso me confortaba.

—Ahora sí que no sé por dónde tirar. A lo mejor acabo cayéndome a la ría. No, no soy tan torpe —hablaba en voz alta para escucharme a mí misma, y no sé si también con la esperanza de que me escuchara el perro, quién sabe si para olvidar que estaba sola—. Será mejor que busque alguna pared que me oriente. Ven, vamos a tirar hacia la derecha, tal vez consigamos dar con la entrada del metro.

Alargué la mano derecha cuanto pude y tanteé el vacío. Noté a la altura de las rodillas la contundencia del cuerpo del perro impidiéndome ir hacia el lugar al que yo pretendía llegar. En aquel momento hasta podría jurar que me había empujado intencionadamente hacia la izquierda, como si pretendiera que variara el rumbo que había decidido tomar.

—No. Hacia la izquierda, no. Mejor hacia la derecha. Así...

El gruñido del animal interrumpió el razonamiento que iba a hacer, consistente en enumerarle los beneficios que obtendríamos de refugiarnos en la estación del metro. Sin embargo no estaríamos muy calientes, era imposible que lo estuviéramos, habiendo tantas corrientes por culpa del propio túnel del metro y de la estación de tren que hay en la planta de superior, la que alberga el andén que comunica la capital con las poblaciones del interior por las que todavía no pasa el metro. Allí se cogían antes de la construcción del suburbano los trenes con destino a Erandio, Las Arenas, Algorta, Larrabasterra, Plencia y en general todas las poblaciones costeras que quedan a ese lado del mar. Más adelante, cuando el metro cubrió ese servicio, debieron habilitar otro —este mediante trenes de cercanías— para mantener comunicados esos otros pueblos que latan entre los prados y las montañas que hay en el corazón del territorio: Derio, Sondika, Lezama...

—Vale. Está claro que no quieres que vayamos a refugiarnos a la estación. Dime, entonces, hacia dónde podemos ir. Si me alejo mucho de este lugar seguramente acabaré definitiva e irremediabilmente perdida.

A pesar de todo, el perro me empujó hacia la izquierda, y yo me dejé guiar. No tenía nada que perder.

—¿Sabes adónde vas? —le pregunté en voz alta—. Espero que sí. Espero que al menos lo sepas tú.

El leve gruñido —¿de asentimiento?— me tranquilizó. Incluso pensé que no me haría falta hablar en voz alta para hacerle llegar mis razonamientos. El viejo trapero, el dueño de Beltza, el Beltza de mi infancia, decía que los perros adivinan las intenciones de las personas, y que hablar con ellos en voz alta es una redundancia innecesaria de la que no somos conscientes hasta que no nos hacemos tan sabios como para despojarnos de todo lo superfluo que nos llena la vida.

—¿Eres tú? ¿Eres Beltza? —dije, para escuchar mi propiavoz, que es lo único que podía escuchar, pues ningún ruido, salvo las pisadas del perro y las mías, llegaban a mis oídos—. No, no es posible, y no hay forma de averiguarlo. No te puedo ver. Tú, al menos, tienes el olfato bien desarrollado, y supongo que la posibilidad de distinguir cerca de quién estás; lo dicen quienes han estudiado a los perros y han llegado a averiguar que pueden ver en la oscuridad; pero no es esto que nos envuelve una oscuridad al uso, sino una clase de claridad que... ¡Dios, qué desvaríos

estoy teniendo! Tampoco es claridad. La claridad es transparencia, y esto es en realidad una opacidad que se sale de cualquier norma conocida.

Caminamos sin encontrar obstáculos, aunque de vez en cuando el perro debía reconducir mi rumbo. Se pegaba a mis piernas y me empujaba haciendo una leve presión con el lomo. Entonces yo le buscaba la cabeza a tientas y acariciaba su pelo suave y, me pareció, un poco húmedo, me dije que por culpa de la niebla. Yo misma tenía el pelo mojado, y el abrigo, que había ido cogiendo tanto peso que a punto estuve de quitármelo para poder caminar más ligera con el objetivo de llegar más pronto al lugar al que fuéramos a parar.

—¿Sabes que me da miedo pensar en la mujer del puesto de cachivaches esotéricos con la que hablé en el mercado?... ¿Entiendes lo que te digo? Haz una señal —no la hizo, lo que no me impidió continuar, para desahogarme, fundamentalmente—. Vale, pues no la hagas, pero escúchame. Como te iba diciendo: me da miedo pensar en todas las cosas que me dijo. ¿Sabes que me llamó ingrata? Sí, como lo oyes, ingrata me llamó, y todo porque le dije que no me gustaba la Navidad, ni el puñetero espíritu navideño que se le pinta a la gente en la cara cuando llegan estas fechas.

El gruñido, me pareció que de asentimiento, me animó a seguir:

—No soporto las mentiras, ni las falsas muestras de afecto. Las personas no son como vosotros, los animales, que hacéis solo lo que os apetece. Nosotros, en cambio, tenemos normas que cumplir. No somos libres. O no lo somos todos, debo aclarar. Hay, sin embargo, gente muy poderosa que se comporta con absoluta libertad le pese a quien le pese. Pero tampoco me gusta ese tipo de personas, incluso te diría que son las que menos me gustan, porque para sentirse libres utilizan el amor propio y el orgullo de los que bailan a su alrededor y se pliegan a sus deseos aun a costa de sacrificar los propios por no tener otra salida. Los humanos somos complicados, ya lo creo que lo somos, llenos de contradicciones y sentimientos que se pegan unos con otros: unos valen para una cosa y no valen para otra, y cuando se complementan parecen estúpidos porque da la impresión de que se repelen en igual medida que se necesitan... No me entiendes, ¿verdad? Ya supongo que no me entiendes, y no eres el único, no te vayas a creer. Lo que quiero decir es que basta con ser rico, o gozar de cierto poder, para utilizar a quienes están cerca, sobre todo si tienen pocos medios y muchas necesidades por cubrir, de ahí que deban plegarse a los deseos del poderoso.

El empujón que me dio entonces me hizo tropezar y casi acabó conmigo en el suelo. Inmediatamente se detuvo y esperó pegado a mí a que reemprendiera el camino. Ya ni siquiera me intrigaba saber adónde me llevaría aquel amigo inesperado que había salido de la nada para rescatarme del fondo de la niebla. Ya solo pretendía llegar a algún lugar, el que fuera, desde el que poder volver a casa cuando se disiparan las densas telarañas que habían forrado el horizonte con una madeja blancuzca e impenetrable. Pero no tenía fe, la perdí coincidiendo con la desaparición de todas las cosas que me eran familiares. Si los escenarios que acostumbramos a ver con asiduidad, tanto si nos gustan como si no, pueden hacerse invisibles, dejando desprotegidos hasta los pensamientos, es imposible que una cosa tan endeble como la fe perdure. «Imagina que todo lo que conoces desaparece». Las palabras de la mujer que regentaba el puesto de objetos esotéricos que había en el mercado medieval retumbaron una vez más en mi cerebro.

—¿Tú crees que una ciudad puede desaparecer así, como por encanto, bajo un inesperado manto de niebla? ¿Verdad que es una bobada pensarlo siquiera?

El perro no emitió sonido alguno, se limitó a seguir su camino, que era también el mío. Y parecía un camino determinado, trazado de antemano. Al menos tenía algo a lo que aferrarme.

«Imagina que todas las personas que conoces desaparecen». También me dijo eso la mujer del colgante extraño.

—Otra bobada, ¿verdad, Beltza?

Seguí llamando Beltza al perro, como si en verdad pudiera serlo. Como si necesitara que lo fuera, para evitar pensar en las palabras de aquella mujer, o solo para asegurarme de que no podía tener razón porque no era posible que la tuviera, aunque en el momento de pronunciarlas me hubiera parecido bien la posibilidad de que ocurriera: «Imagina que todas las personas que conoces desaparecen», recordé la frase exacta. «Las personas», ella se había referido a las personas, y Beltza —si en verdad era él— no era una persona, sino un animal.

«Las personas», dijo. Y las personas en las que pensé, a las que hubiera podido recurrir de haberlo deseado, sí me parecía bien que desaparecieran, ¿para qué las quería, si estaban pero sin estar? Si desde la muerte de mis padres era como si nadie hubiera querido acercarse a mí, por si los contaminaba con mi pena. Prácticamente nadie se quedó conmigo entonces. Poco a poco fueron desapareciendo todos, cada uno viviendo para sí mismo. Poco valor tienen las palabras de consuelo si cuando ese consuelo por fin es requerido no llega a darse por mucho que se necesite. «Lo que haga falta, tú pide lo que te haga falta, que para eso estamos», suelen decir en el momento de máxima pena, pero poco a poco se van desentendiendo, separándose, apartándose, aunque de vez en cuando reaparezcan y te digan cuánto te quieren, cuánto piensan en ti, cuánto valoran tu existencia. Mentira. Todo es mentira. Nadie te quiere, nadie piensa en ti, a nadie le importa tu existencia, y entonces aparece el rostro de la soledad y se te enciende en el alma la luz de alarma que hace que te pongas en guardia contra las mentiras de quienes solo valen para contar sus penas, no para escuchar las ajenas. Yo antes escuchaba mucho, y escuchaba muy bien, eso me decían, hasta que me cansé de dar sin recibir nada a cambio. Así, opté por seguir sola, para evitar más decepciones, aunque no sé si se trató de una decisión firme o solo consentí que el tiempo transcurriera sin dar señales de vida intencionadamente, por ver cuántas de las personas por las que yo me había preocupado en algún momento extrañaban mi progresivo alejamiento. Y como no recibí llamadas telefónicas ni visitas, ni mucho menos regañinas por mi paulatino desinterés, decidí que probablemente quien no interesaba era yo. Fue lo mejor, porque entonces me sentí libre de verdad. Estaba sola, es cierto, pero era tan libre como deseaba ser.

—¿Qué pasa? —me extrañé al notar el cuerpo del perro empujándome en una dirección opuesta a la que hasta entonces habíamos mantenido—. ¿Hemos llegado ya a algún lugar? ¿Es eso?

La niebla se había vuelto ligeramente más rala, pero igualmente seguía imposibilitada para precisar dónde estábamos, si habíamos avanzado o solo dado vueltas alrededor de nada y para nada. De tanto caminar sin guardar un orden aparente había perdido hasta el sentido de la realidad. Supuse que habían transcurrido muchas horas, o eso era lo que deduje por los incontables pasos dados, empleados quién sabe en cubrir qué trayecto que me habría llevado a saber hasta qué lugar. Podía estar en cualquier sitio. Sin embargo, percibí cercano un olor que me resultó familiar.

—Estamos cerca del mar, ¿verdad, bonito? ¿Estamos cerca del mar? ¡Dime que sí, Beltza, dime que sí!

No, recapacité, no podemos haber andado tanto. ¿Tanto? ¿Cómo podía saber si habíamos andado mucho o poco? Íbamos a ciegas. Iba yo a ciegas, el perro no lo iría tanto si es que, efectivamente, podía ver a pesar de todo; o podía darse el caso de que, valiéndose además de su excepcional olfato, hubiera atinado con un rumbo conocido para seguir. También podía ser que nos



hubiéramos acercado extraordinariamente a la ría, que cuanto más próxima está a la desembocadura, más a mar huele. Ni siquiera pude comprobar la hora, por no poder distinguir el reloj en mi muñeca, solo tantearlo.

—Si pudieras hablar... Tu dueño decía que no necesitabas hablar, ¿lo recuerdas?, y yo creí que estaba chalado. Ahora pienso que realmente lo estaba, o lo estoy yo, por pensar que eres el mismo de entonces. No estaría mal que lo fueras. También decía el viejo, el que fue tu dueño, si realmente eres quien deseo que seas, que los animales ofrecen más compañía que las personas. Bien me lo has demostrado. Cuando no había nadie cerca, apareciste tú, y ni siquiera me importa saber adónde me llevas, a condición de que me lleves a algún sitio concreto, como parece que tienes intención de hacer. ¡Qué pena, que no puedas hablar!... ¡Espera! ¡Párate! ¡Mira!: ¿No estás adivinando tú también la silueta del puente colgante? Yo juraría que es el puente colgante. Entonces... Entonces estamos en Las Arenas. ¡No es posible! ¿Tanto hemos andado? ¡Qué más da! Si lo hemos hecho, hecho está, no importa cómo lo hayamos hecho... cómo lo hayas hecho tú. Ven aquí, bonito, ven, deja que te acaricie, es la única forma que se me ocurre de darte las gracias.

No sé si soñaba o imaginaba, o solo deseaba. No sé si habíamos llegado adonde yo creía que habíamos llegado. No podía aventurarme siquiera a decir que era posible llegar a ese lugar habiendo partido de otro que estaba tan alejado, al menos para cubrir semejante trayecto caminando sin ver.

### III

*DE NIÑA ME PREGUNTABAN* qué quería ser de mayor, y yo respondía invariablemente que médico, o enfermera en su defecto. En mi descargo diré que entonces no sabía nada de las miserias que llenan los cuerpos humanos, pero al ir creciendo fui sabiendo, de modo que se esfumó la vocación que en verdad no llegué a sentir como deben sentirse las vocaciones que son capaces de atrapar las almas. Después de todo, los médicos nada pueden hacer cuando la muerte decide cobrarle peaje al destino arrebatándole una vida que no parece estar lista para abandonar el mundo. Como nada pudieron hacer por mis padres cuando aquella marquesina se desplomó cerca del cine al que habían ido a ver una película. «Llévame al cine, anda, que echan una película muy bonita, llevan anunciándola en la radio toda la semana», le dijo mi madre a mi padre aquel nefasto día, cuando él llegó a casa del trabajo. Era sábado, un sábado inusual que él decidió emplear en echar en la fábrica unas horas extraordinarias que le permitieran redondear el sueldo que de normal era tan exiguo. Se acercaba la Navidad, y con ella los gastos excesivos por culpa de las comidas y las reuniones con los miembros de la familia, la misma que el resto del año parecía ignorarse, o casi, sin que ninguno de ellos buscara momentos para verse en un tiempo que fuera neutral y que no le costara a nadie más de lo que se pudiera gastar, ni en dinero ni en sentimentalismos exagerados.

A mi padre nunca le apetecía salir, siempre estaba agobiado, seguramente del puro cansancio que arrastraba, y no sé si añadir también que un poco atosigado. Ir a la fábrica de madrugada y volver a casa pasada la media tarde se le había comido literalmente la vida, tan escasa que apenas le alcanzó para pagar la entrada del piso en el que vivíamos y los plazos posteriores que fue abonando religiosamente durante los años siguientes. Ni siquiera tuvo la satisfacción de ver más niños correteando por la casa, después del primer parto de mi madre, que casi le cuesta la vida, del que resulté yo. Le gustaban los niños, yo lo sabía, se lo notaba en la cara cuando los domingos por la mañana me llevaba con él a pasear por el barrio y nos cruzábamos con niños pequeños. «Si Dios hubiera querido...», decía, y después añadía: «No tendrías que haber crecido sola». Pero yo entonces no le veía nada de malo al hecho de crecer sola, bastándome como me bastaba mi propia compañía. Es más: agradecí esa soledad, que me entrenó para afrontar aquella otra clase de soledad con la que al crecer debí convivir obligatoriamente, sin saber entonces que así sería, sin duda porque en algún lugar alguien escribió que exactamente así, y no de otro modo, debería suceder.

Estaba en aquel fatídico sábado, cuando mi madre escuchó en la radio el anuncio del estreno de una película que haría experimentar en los espectadores esa clase de emociones que solo en el cine pueden experimentarse. Todo el mundo comentaba cosas de la dichosa película, de la que borré de mi memoria hasta el título, y no sé si algún día querré solventar ese olvido, así que fue llegar mi padre del trabajo y trasladarle ella las ganas que tenía de ir a Bilbao a ver esa maravilla de la que tanto hablaban en la radio. «La estrenan en el Astoria», le dijo, y allá se fueron, sin barruntar siquiera que ya nunca más los vería. «Si cuando vuelvas a casa no hemos regresado esperáanos en casa de los abuelos, que no tardaremos», merecomendó ella. Yo hubiera querido ir también, pero no me llevaron, porque la película no era tolerada para menores, y me quedé en Portugalete, haciendo lo que hacía cada tarde de sábado: vagar por ahí con la cuadrilla de amigas y dar vueltas y más vueltas, hasta que llegaba la hora de volver a casa, a la espera del domingo, el

día que echaban cine en la sala de la parroquia, donde podíamos ver dos películas seguidas mientras nos llenábamos la barriga de chucherías.

Poco podía imaginar que al llegar a casa de mis abuelos —después de haber ido previamente a la mía y llamar al timbre con resultados infructuosos— me encontraría con el estupor que había dejado la triste noticia que allí ya se había recibido. Una noticia que había congregado a la mitad del barrio delante del edificio en el que vivían en compañía de mi tía Delfina, una modesta costurera que aspiraba a dejar de serlo cuando su novio, con el que andaba en relaciones desde hacía más años de los que yo tenía entonces, pudiera hacer uso, por fin, de la casa de su madre, que se resistía a la boda del hijo para así evitar la presencia de la nuera, que sin duda la despojaría del poder que ostentaba en el domicilio que compartía con el hijo único que le proporcionaba consuelo desde muerte de su marido.

Recuerdo vagamente y como de pasada aquellas primeras impresiones que me fueron embotando los sentidos, casi preparando el camino para asimilar el extraordinario dolor que estaba a punto de sentir, y no es extraño que así fuera, pues difícilmente podía adivinar el alcance de lo que había ocurrido. Sí sé que inicialmente me extrañé por la desmesura de la concurrencia, así que subí corriendo —como siempre fue costumbre en mí— los seis tramos de escaleras de madera que llevaban al tercer piso, cuyos crujidos ya conocía de memoria y hasta sabía en qué momento justo se iban a producir. Como también me pareció extraño el hecho de que la puerta de la calle estuviera abierta, y que igualmente allí hubiera mucha gente, algunos murmurando y otros llorando, labor que interrumpieron al verme; y el absoluto silencio que se hizo inmediatamente en aquellas personas, que a medida que se percataban de mi presencia iban abriéndome el camino que me condujo directamente a la habitación de mi abuela, a la que vi medio recostada en la cama, aunque se levantó para abrazarme y ponerse a llorar más fuerte de lo que ya lo estaba haciendo, hasta que mi abuelo me arrancó de sus brazos y me llevó al salón presidido por la máquina de coser, atestado de hilos y retales, donde me explicó que mis padres ya no volverían nunca más, y que debía ir a casa a recoger la ropa y los libros del colegio, mi tía Delfina me acompañaría, para trasladarme a vivir con ellos desde ese momento en adelante.

De los detalles que rodearon la desaparición de mis padres me enteré poco a poco. Fue al ir creciendo cuando fui sabiendo y llenándome de odio. Odiaba a los responsables de que la marquesina estuviera en mal estado, y a los que se salvaron porque pasaron por allí unos segundos antes o ni siquiera habían pasado todavía y nunca llegaron a pasar. También a quienes no tuvieron nada que ver y solo fueron culpables de vivir. Ellos vivían, todos vivían, menos mis padres. Y la casa, mi casa, se cerró para mí. Que algún día volvería para abrirla otra vez, me decía. Seguro que lo haría, lo deseaba con todas mis fuerzas. Y así podría escuchar de nuevo los gritos del viejo ataviado con el gabán descolorido, con trazas de haber sido marrón algún día, y la gorra de cuadros calada hasta las orejas, cuando por las mañanas pasara por la calle pidiendo a gritos libros viejos, periódicos atrasados y papeles inservibles. Quien ya no estaría para obviar sus peticiones sería mi madre, pero sí estaría yo, que quizá para entonces ya habría conseguido reunir muchos libros que le regalaría después de haberlos leído, para que él les diera un destino que resultara digno. Es cierto que aún no sabía en qué consistía lo del destino digno. Acaso lo supiera ya cuando volviera a mi barrio para abrir la casa que se acabó cerrando, a pesar de todo.

## IV

*LLEGÓ HASTA MÍ CON UNA NITIDEZ* extraordinaria el aroma del salitre que sazona el aire cuando está muy cerca el mar. De buena gana hubiera saltado de alegría y hasta gritado, al suponer que tal vez habíamos llegado a un destino familiar y cercano. Seguía sin ver casi nada, solo intuyendo —en realidad deseando hacerlo—, la silueta del puente colgante, y eso ya era mucho más de lo que había llegado a adivinar desde que abandoné el mercado medieval, donde la mujer del puesto de artículos esotéricos me advirtió de los peligros que tiene desear algo, lo que sea, no vaya a ser que el sueño se cumpla y se nos rompa el orden de la vida bien conocida y por ello ya sabida al cabo de mucho tiempo de andar por ella; de normal dueña de un orden establecido que raramente se tuerce y las más de las veces ni siquiera llega a desviarse.

Necesité manotear sobre la nada, en realidad sobre un vacío que me tenía atemorizada, hasta que di con Beltza, que seguía allí, muy cerca, pese al pánico que de pronto me paralizó cuando ante mí se dibujó un inmediato futuro en el que llegó a escenificarse su desaparición, tan súbita como lo fuera su providencial aparición. No tendría nada en ese caso, ni sabría adónde ir, ni hacia qué lugar encaminar mis pasos, aunque hubiera olido el salitre del mar.

El perro se acercó aún más a mis piernas cuando percibió el roce de mis manos acariciando su lomo mojado. Me sentía segura con el animal cerca y elevé los ojos al cielo para agradecer su existencia.

—¡Si al menos pudieras hacerme alguna indicación! —le dije al fin, cuando creí que también él se había despistado, pues no parecía tener la menor intención de moverse del lugar en el que se había detenido.

Me equivoqué: sí se movió, lo hizo para empujarme con su hocico hacia la orilla de la ría —si en verdad procedía de la ría el olor a salitre que llenaba mis pulmones—, hasta que con un nuevo parón hizo que también yo me detuviera.

—¿Qué quieres? ¿Qué me quieres decir? —le pregunté en vano.

Con tanto silencio alrededor llegué a sentir miedo. Mientras caminamos, aunque fuera sin rumbo, tuve esperanza, mas no cuando nos detuvimos y quedamos embarrancados en medio de la nada. Hasta que un nuevo empujón del perro, este más decidido, me hizo volver a caminar, y de nuevo a pararme a continuación, siempre a remolque de sus decisiones, como si quisiera hacerme partícipe de alguna dificultad que quizá interrumpiera el camino que debíamos seguir. Efectivamente, cuando extendí una pierna con precaución, en previsión de algún obstáculo, esta no encontró enseguida un punto de apoyo, que es lo que ocurre cuando hay un escalón de bajada que no se ha previsto. Una escalera, me dije, se trata de una escalera, y busqué alguna clase de sujeción para evitar rodar y caer quién sabe a qué lugar. Una pared fría y viscosa, supuse que de piedra —¿mojada, húmeda o solo tan fría como aquella noche tan blanca?—, situada a mi derecha, me sirvió de ayuda, hasta que después de haber descendido diez o doce escalones resbaladizos fui a toparme contra un obstáculo que a punto estuvo de hacerme caer. Me agaché, tanteé el objeto y creí descubrir un armazón de madera que fui recorriendo ávidamente con las yemas de los dedos hasta dar con una imagen que en mi cerebro tenía la forma de una barca de pequeñas dimensiones, de las que se usan para pescar en la orilla del mar cuando en sus cercanías existe algún muro o la protección de un espigón o una dársena. Mi abuelo tenía una que utilizaba para ir en busca de jibias cuando mi tía Delfina se despistaba y le quitaba la vista de encima. Ella

no quería que él saliera solo al mar, aunque se quedara al abrigo del espigón del puerto y ni siquiera cruzara la escollera que separa el brazo de ría de la desembocadura por donde las aguas dulces se juntan con las saladas y acogen a los grandes barcos que transportan mercancías y hasta personas, como ocurría cuando algún buque de recreo atracaba despertando la admiración del común de la gente, que acudía a verlo como si fuera una atracción turística. Temía mi tía por la integridad de mi abuelo al suponer que algún golpe de mar podía vapulear primero y sepultar después, sin dificultad alguna, la pequeña embarcación con él dentro. No quería sufrir otra pérdida que la dejara más sola de lo que ya estaba, a pesar de la presencia intermitente, pero tenaz por interesada, del novio eterno con trazas de ser para siempre las dos cosas: novio y eterno. Con sus tres hermanos mayores casados y haciendo sus vidas al margen de las nuestras, y mi madre, que era su hermana pequeña, muerta en trágicas circunstancias, se había vuelto miedosa, mucho más desde que también partió mi abuela hacia ese paraíso imaginario que yo empecé a dudar que en verdad existiera, dejándonos a los tres tan solos y desamparados como solo pueden estarlo los niños. Mi abuelo, sin embargo, le decía que se iba a morir, sí, pero de asco si se quedaba en casa, y que no había nada de malo en ir a pescar de vez en cuando, para que el aire del mar le recordara que seguía vivo, a pesar de todo. Algunas veces salí con él, y me enseñó el manejo de los remos.

—¿Es una barca, Beltza? ¿Tú la puedes ver? —el perro no respondió de ninguna manera, ¿cómo iba a hacerlo?—. Yo creo que sí. Yo creo que es una barca.

Y me dediqué a buscar los remos que debían andar no demasiado lejos. Antes me despojé del abrigo, que me daba más frío que calor, estando tan mojado como si le hubiera caído un aguacero encima; lo volví del revés y lo deposité en uno de los escalones que quedaban más elevados, y así me puse manos a la obra. La blancura de la niebla seguía haciendo impenetrable lo que hubiera al otro lado de la densa cortina que ocultaba cualquier cosa del alcance de mi vista. Decidí subir al bote y, una vez dentro de la pequeña embarcación, tanteé en busca de cualquier cosa que pudiera recordarme el contorno familiar de unos remos. «Tienes que apretarlos con firmeza, pero sin llegar a aprisionarlos», me decía mi abuelo. «No hace falta que los aferres demasiado, porque si lo haces impedirás que hagan su trabajo con libertad». Y yo recordaba esas palabras, y el tacto de la madera en mis manos, mientras tanteaba lo que había en el fondo de la barca: nada, si me atenía a la falta de resultados que obtuve en mi primera incursión.

—A lo mejor la madera tiene un olor que te resulta familiar por algún motivo —le dije al perro—. Si pudieras husmear por ahí, por si acaso hay algo que parezcan unos remos...

Esperé alguna reacción por su parte, ya que poco podía hacer yo por la mía, al hallarme cada vez más despistada y, por tanto, más impedida. El leve aullido tranquilizador que escuché pasados unos instantes que no podría cuantificar con precisión, me hizo suponer que el perro había oído mis súplicas, de lo contrario no se hubiera acercado a mí para tirar de una de las mangas de mi jersey hasta conseguir que la mano que la acompañaba llegara al suelo, donde había un palo que cogí y recorrí por un extremo, para comprobar con absoluta desolación que al final no había nada. Estaba a punto de llorar de impotencia cuando inicié el recorrido hacia el otro lado, donde lo que me pareció una lengüeta de pequeñas dimensiones podía hacer la labor de un remo, si es que en realidad no lo era.

—¡Buen chico! ¡Sí señor, eres un buen chico! Eres mucho mejor que una persona, ¿lo sabes? —le dije abrazando su cabeza, una cabeza muy grande—. Sí, lo sabes.

Busqué el abrigo a tientas y cuando di con él le dije al perro que subiera a la barca. Mi intención era remar siguiendo la línea trazada —en realidad, apenas insinuada en esas circunstancias— por el entramado metálico del puente colgante que sostiene el transbordador y

cruza la ría —suponiendo que lo fuera realmente—. Beltza no protestó y eso me animó a seguir. Si no hubiera resultado conveniente que hiciera lo que pretendía hacer, él me lo hubiera impedido. No sé cómo, y mucho menos por qué, pero si antes evitó que tomáramos los rumbos que yo quería tomar, empujándome en la dirección que él deseaba que siguiéramos, en ese momento no podía dudar de la conveniencia de lo que me proponía hacer.

—No te muevas, ¿eh? Sobre todo, no te muevas. Échate en el fondo y no se te ocurra hacer movimientos bruscos, ¿vale? Sí, sí, ya sé que me entiendes.

Es lo que me decía mi abuelo cuando íbamos de pesca, que no me moviera bruscamente cuando estuviéramos en el agua, por si desequilibraba la barca y la hacía zozobrar. El gruñido del perro me hizo suponer que pensaba obedecer. De hecho, una vez dentro, se tumbó cuan largo era, como aquella otra vez, cuando también se tumbó a la puerta de una de las casuchas construidas por su amo con los cartones y las planchas de metal, cuando yo estaba a punto de marcharme sin averiguar el secreto que se escondía en aquel enjambre de habitáculos edificadas en el descampado, que el viejo hacía pasar por su casa.

—¿Te acuerdas de aquel día, Beltza? Entonces te levantaste y me miraste, y después te restregaste contra mis piernas, él dijo que lo habías hecho para que no me marchara, porque tú también sabías que mentía cuando dije que no buscaba nada concreto.

No sé si entendió mis palabras, ni si las oyó siquiera, habiéndolas dicho en voz baja, casi para mí misma, mientras buscaba a tientas la forma de librar la barca de cualquier atadura que le impidiera alejarse de la orilla y navegar por aquella oscuridad, tan blanca y sin embargo opaca como si el espacio estuviera lleno de brochazos de cal. Lo cierto es que no se movió y solo escuché su respiración algo jadeante, acompañada ocasionalmente por algún aullido que yo traduje por asentimiento o confirmación de que estaba haciendo lo que debía hacer.

—Allá vamos. Ojalá estemos donde creo que estamos. Lástima que solo tengamos un remo. Un remo es poco. Además es muy pequeño. Veremos si es suficiente.

Debía ser suficiente, no teníamos nada más. Solo un remo muy pequeño para bogar tratando de alcanzar la otra orilla, cuidando al mismo tiempo de no dejarnos llevar por la pequeña corriente que tiende a arrastrar hacia el mar cualquier cosa que flote, y era evidente que estábamos muy cerca de la desembocadura, donde la fuerza del agua es mayor. Pero no había más salidas, y, si las había, las desconocía. Por alguna razón estábamos allí, y también por alguna razón debíamos cruzar hasta la otra orilla. Entonces pensé si no hubiera sido más razonable avanzar algunos metros, tratando de llegar hasta el entramado del puente colgante, donde tal vez funcionara el transbordador. Naturalmente estaba desvariando, pues durante todo el tiempo que duró la odisea de localizar la barca primero y el remo después, no escuché el sonido característico de la gran cesta avanzando por encima de las aguas de la ría en su frecuente ir y venir, ese arrullo tan familiar que llevaba metido en lo más hondo del cerebro desde siempre; desde que al nacer me hicieron dormir en la cuna que pusieron mis padres en su habitación, la única de la casa que daba a la ría. Y si no funcionaba el transbordador, como así parecía ser, no había más esperanza que la sugerida por Beltza —¿no la había?—. ¡Vaya por Dios, cuántos desvaríos! Beltza no había dicho nada en realidad, ni siquiera puedo asegurar que lo hubiera sugerido, quizá fui yo quien buscó en las acciones del perro las indicaciones que creí percibir cuando él hacía algún movimiento y yo estaba tan cerca como para notarlo. Tan sola me encontraba, tan desvalida, como para suponer que el perro me había llevado hasta allí. Más desvaríos, estos tratando de encontrarle sentido al caso —¿demasiado caso?— que le hice al animal, en lugar de seguir mis propios deseos de refugiarme en la estación del metro, cerca de casa, de mi casa, la casa que era mía desde que me hice mayor y

dejé de vivir en Portugalete. Daba igual, para qué lamentar nada, hallándome en una situación tan dramática, solo suavizada por la presencia del perro, que, si en verdad no me había hecho conscientemente las indicaciones que yo creía que me había hecho, ya no importaba en absoluto, estando donde estábamos, remando con un solo remo, tratando de llevar la barca a la otra orilla, como si en aquella otra orilla que no se veía, y ni siquiera se adivinaba, hubiera algo que hacer, algo que buscar, algún sitio al que llegar.

La corriente era fuerte, mucho más fuerte de lo que supuse que sería cuando en otras circunstancias había contemplado el agua desde la orilla en su calmada carrera hacia el mar, de modo que me sentía imposibilitada para mantener el rumbo y además avanzar. «Sujeta los remos», escuchaba en mi memoria la voz de mi abuelo. «Sujeta los remos y no te dejes ganar por las caprichosas corrientes del mar, que en un momento te querrán llevar por un lado y al siguiente querrán hacerlo por el contrario. Tienes que ser firme, imponerte a su voluntad. Demuéstrale que mandas tú». Así lo hice, o creí hacerlo: imponiéndome, o tratando de hacerlo, no sabía si con algún resultado. ¿Cómo saberlo, si el remo parecía una cerilla meneándose en el contenido de una taza de café, y no percibía el menor movimiento del avance que pretendía conseguir? Tampoco el perro se movía, no podía hacerlo, yo se lo ordené, casi supliqué, para no caer al agua, tan contaminada, y seguramente tan gélida que quizá hubiéramos muerto ateridos de frío. Me servía de poco su intuición en aquellas circunstancias.

Busqué entre la blancura que se cernía sobre nuestras cabezas algún resquicio por el que pudiera colarse el cielo. Ni siquiera sabía si ya era de día o seguía siendo de noche. Continué remando con todas las fuerzas de que fui capaz, siempre por estribor, pues a nuestra derecha estaba la desembocadura y hacia ella tiraba de nosotros la corriente.

—¿Tú crees que hemos conseguido avanzar algo? —le pregunté al perro, a riesgo de que al escucharme quisiera levantarse, con el catastrófico resultado que ese movimiento podía traer consigo.

El aullido lastimero con el que expresó sus dudas hizo crecer las mías, y a punto estuve de tumbarme yo también en el fondo de la barca, a su lado, para dejar que el destino hiciera con nosotros lo que sin duda ya tenía previsto hacer, quién sabe desde cuándo. De poco vale luchar contra los elementos, si en algún lugar siempre se está jugando una partida para la que ya se han repartido las cartas aun sin aguardar la presencia de los jugadores.

—¡Beltza! ¿Qué haces? —me exalté cuando percibí que el perro se había movido briosamente—. ¡Para, por favor! ¿No ves que si sigues así acabaremos por irnos al fondo de la ría, que más que ría parece un estercolero? ¡Qué asco!..., se me ponen los pelos de punta solo de pensar lo que puede haber ahí abajo.

Los movimientos nerviosos del perro siguieron por espacio de unos segundos más, sin que mis palabras causaran en él efecto alguno, y con los movimientos de Beltza los de la barca, que oscilaba de babor a estribor peligrosamente, mientras yo me sujetaba al asiento pringoso y escurridizo que me sostenía en la popa. Creo que me puse a rezar, o solo a pedir en voz alta que alguno de los muertos que debían velar por mí desde donde estuvieran —por si en verdad había un paraíso; ¿lo habría, después de todo?—, hiciera el milagro de empujarnos hasta el otro lado sin más percances que los ya sufridos. Entonces escuché claramente un ruido procedente de algún lugar que, evidentemente, estaba alejado de la barca, quizá en alguna de las dos orillas. No pude identificar qué clase de ruido era, ni quién, o qué lo producía. Agucé el oído y volví a reclamar del perro un poco de paciencia. Deseé que no fuera algún animal que nos amenazara aprovechándose de nuestra precaria situación y diera al traste con nuestras esperanzas.

—¿Tú no lo has oído, Beltza? Parecía venir de ahí —señalé hacia al frente según nuestra posición—. Venga, bonito, tú también has tenido que oírlo. Ladra un poco, haz un poco de ruido, pero solo un poco, y, a poder ser, sin moverte mucho.

El perro ladró una y otra vez, y de nuevo escuché algo, no sabía qué podía ser, como si la pérdida de la visión hubiera conseguido que también perdiera el sentido del oído, siendo que debería ser justo lo contrario: que al perder la vista se agudiza el oído. O tendría que ver, supuse, con el hecho de hallarme desorientada y temerosa.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté en voz alta, casi gritando, sin poder disimular el temor, por si además del miedo me había asaltado alguna clase de alucinación. Y aún volví a gritar, a pesar de mis temores, haciendo la misma pregunta: —¿Hay alguien ahí? ¡Por favor, por favor! —supliqué.

—¿Quién va? —respondió una voz masculina, y entonces me puse a llorar y me distraje en el cuidado del remo, que se me escurrió de la mano.

—¡Estamos aquí! —dije, gritando tan alto como me fue posible. —¿Dónde? No distingo nada —respondió la voz de hombre.

—No lo sé. En la ría, pero no sé dónde. Yo tampoco puedo distinguir nada.

—Nadie puede ver nada. Es por esta maldita niebla.

¡Cómo me alegró el sonido de aquella voz pronunciando esas palabras!: «Es por esta maldita niebla». Nada que ver, entonces, con las otras palabras que me habían perseguido durante las últimas horas, las de la mujer del puesto de artículos esotéricos del mercado medieval advirtiéndome acerca de los peligros que pueden derivarse de desear algo fervientemente: «Imagina que desaparece todo lo que conoces, tal como lo conoces».

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Remar. Tienes que remar con fuerza —respondió. —No tengo remos —le hice saber.

—¿Cómo que no tienes remos? ¿Entonces, cómo has cometido la estupidez de meterte en el agua?

—Tenía uno, pero lo perdí.

—Bueno, no importa, no parece estar a mucha distancia. Los ladridos del perro no parecían venir desde muy lejos. Porque, al menos estará contigo el perro que ha ladrado.

—Sí, está aquí, conmigo.

—Voy a lanzarte un cabo. Ten cuidado, no vaya a darte en la cabeza. Trata de mover los brazos hacia arriba, para intentar cogerlo. —No puedo ver nada —me excusé.

—Nadie puede ver nada, ya te lo he dicho. Tú solo alza los brazos y muévelos hacia todos los lados. ¿Preparada? ¡Allá va...! ¿Lo tienes?

—No.

—Tranquila, lo haré otra vez. ¡Allá va...! ¿Y ahora?

—Tampoco.

—¿Al menos lo has tocado?

—No —respondí. —Pues seguiremos intentándolo hasta que lo consigamos.

Entonces la barca se movió bruscamente, como si algún resorte la hubiera catapultado unos centímetros hacia arriba, y debí agarrarme con más fuerza al asiento. A continuación un chapoteo en el agua me sobresaltó y gateé hacia el centro del bote para descubrir que el perro no estaba.

—¡Mi perro! —grité—. ¡Es mi perro, se ha caído al agua! ¡Beltza! ¿Dónde estás? ¡Beltza!

—Creo que oigo cómo se acerca a la orilla —dijo la voz—. Espera un poco... Sí, aquí viene... ¡Está bien...! ¿Me has oído? Ya está aquí, lo he tocado, y está bien...

—¿Y yo qué hago?

—Nada. El perro ya lo ha hecho. Es listo este animal. En un momento lo tienes ahí con el cabo en



la boca... ¿Ya ha llegado? —Todavía no... Ahora. Ahora oigo el chapoteo... ¡Beltza, bonito! ¿Qué hubiera hecho yo sin ti?

Metí un brazo en el agua helada y ayudé al perro a subir de nuevo a la barca, tratando de sujetar su barriga mientras él hacía uso de las patas. Me costó mantener el equilibrio y un par de veces creí que también yo acompañaría a Beltza en su zambullida. No me hubiera importado, teniendo ya él el cabo en la boca que de cualquier forma nos llevaría a la orilla, donde por fin encontramos a un ser humano. Llegué a pensar que también los seres humanos habían desaparecido de la superficie terrestre, o habían sido absorbidos por la niebla pastosa que no dejaba ver absolutamente nada, ni siquiera en distancias muy cortas, pues ni la hora en el reloj me permitió ver ninguna de las muchas veces que lo intenté.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso? ¿No sabes que podías haberte ahogado? Bueno, ahogado no, teniendo en cuenta cómo nadáis los perros, pero seguro que hay mil peligros en el agua, que, por cierto, está helada... ¿Tienes frío? Seguro que tienes frío. Lo tengo yo, y no he metido en el agua más que un brazo... ¡Qué bueno eres, Beltza!

Hablé con el perro mientras éramos arrastrados hacia la orilla. Hablé con él para no volverme más loca de lo que creía haberme vuelto desde que apareció la niebla para sepultar las cosas conocidas que ya no utilizaba, y los paisajes que no sé cuándo dejé de mirar, y las personas que en algún momento olvidé frecuentar. Hablé con el perro mientras flotábamos sobre las aguas de la ría, sin saber si podría hablar con alguien más cuando llegáramos al destino que nos esperaba en algún lugar. La voz del hombre que nos arrastraba me parecía tan extraña como la súbita aparición de la niebla. Imposible adivinar quién podía ser, o qué hacía allí. Solo el cabo resbaladizo que Beltza llevó hasta la barca tenía un tacto real. Me recordó a los cabos que le lanzaban a mi abuelo cuando regresaba de pescar jibias. En algunos tramos de la diminuta franja de cemento existente entre al agua y la pared que guía el cauce de la ría, utilizado a modo de plataforma por las barcas más pequeñas cuando la marea está baja, era frecuente la presencia de cabos sueltos, algunas veces utilizados por los pescadores ocasionales y otras por quienes debían transportar algún pasajero hasta cualquier barco que por su calado no pudiera traspasar la desembocadura de la ría. —¿Hay alguien ahí? —pregunté llena de miedo, por si acaso aquella presencia providencial era una alucinación.

—¡Pues claro! ¿Quién crees que está tirando del cabo que os arrastra hacia la orilla, a ti y al perro que va contigo?

Debí experimentar alivio, sin embargo aquella respuesta solo consiguió que aumentaran mis temores. ¿Por qué había una persona allí, precisamente allí? No habíamos encontrado ni una sola alma en todo el recorrido que hicimos desde El Arenal hasta Las Arenas. Incluso el solo hecho de pensar en que habíamos completado ese recorrido me ponía los pelos de punta. ¿Tanto caminamos? Y, si en verdad lo hicimos, ¿cuánto tiempo empleamos?

—Vamos, vamos, que ya estáis cerca... ¿Va todo bien por ahí? —Sí. Sí, va todo bien —traté de aparentar serenidad. —¿Estás asustada? —No. Bueno, un poco —me rendí.

—Lo que no me explico es lo que haces aquí. Con esta niebla...

—Me perdí..., nos perdimos y no encontramos el camino de vuelta a casa.

—Ahora me lo cuentas. Ya casi estáis...

—No puedo ver nada.

—Ya te dije antes que nadie puede ver nada.

—¿Qué hace usted por aquí? No nos hemos encontrado con nadie por el camino...

—Paciencia. Un poco de paciencia —dijo, al tiempo que seguía haciendo fuerza para remolcarnos

hasta la orilla.

Por fin sentí la sacudida de la barca al topar con lo que seguramente sería la plataforma que hay adosada al muro de piedra que encauza la ría. Iba a decirle al perro que no se moviera, por si acaso, pero llegué tarde. Beltza abandonó mi compañía con la seguridad de haber llegado al destino.

—Ya he tocado al perro. Está bien. Ahora salta tú. Con cuidado, con mucho cuidado. ¿En qué lado de la barca estás?

—Al final —respondí.

—No te levantes todavía. Voy a hacer que gire la barca, así tú no deberás moverte. Creo que ya está... —y estaba, pues sentí un golpe en el brazo izquierdo y después otro, como si el hombre anduviera tanteando el vacío para ubicarme.

—Me ha tocado —le advertí.

—Sé que te he tocado. Ahora alargá una mano para que pueda asirte.

Obedecí. Alargué mi mano izquierda y enseguida encontré la suya, que al sentir el contacto me aferró con mucha determinación.

—Aquí estás. Sujétate y no tengas miedo. Solo cerciórate de que cuando eches un pie a tierra no hay espacio entre la barca y el muro del muelle.

—¿Dónde está el perro? —pregunté.

—Aquí, cerca de mí. No debes preocuparte por él.

—¿Seguro que no se ha marchado?

—Seguro. ¿Crees que va a marcharse sin ti?

Evité responderle. No podía explicarle aún que ni siquiera había visto el aspecto que tenía, a no ser que en verdad fuera el auténtico Beltza que había conocido, en cuyo caso sí podría decirle que se trataba de un magnífico ejemplar de color negro, tan negro como la noche más oscura que pueda darse, tal vez un mastín o raza similar, pero de un tamaño muy grande.

—Igual se asusta.

—No creo. Por aquí anda, olisqueando algo, seguro que a ti. —La barca se mueve mucho —me asusté.

—Es normal que se mueva. Lo mejor será que te sujetes al cabo del que he tirado, por si acaso. Y salta de una vez.

Lo hice. Salté de una vez y me escurrí en el cemento rugoso y resbaladizo de la pequeña franja que hacía las veces de muelle cuando la marea descendía y el caudal de la ría disminuía. Enseguida sentí arder la rodilla que se me había estrellado contra el suelo, pero no dije nada, aguanté el dolor y evité exteriorizar queja alguna. Beltza, sin embargo, sí supo del percance, porque se pegó a mí y comenzó a lamer mis manos primero y la pierna dañada después, a pesar de la tela de los pantalones que la cubría.

—¿Estás bien? —me preguntó el hombre, seguro que por preguntar algo.

—Ahora sí. Bueno..., todo lo bien que puede estar alguien que no ve absolutamente nada y ni siquiera sabe a ciencia cierta dónde se encuentra, aunque lo suponga.

—Así estamos todos desde ayer. Y, créeme si te digo que algunas veces es preferible cierta ceguera. Total, para lo que hay que ver... —¿Ayer?

—Sí, ayer. A última hora de la tarde, cuando ya oscurecía, empezó a clarear como si fuera a amanecer en lugar de anochecer, hasta que todo quedó como ahora: sepultado por esta blancura tan opaca. Por suerte estábamos preparados para tan inopinada contingencia, gracias a las emisoras de radio que dieron la noticia de una niebla muy cerrada que iba a dificultar de este modo la

visibilidad, aunque no creímos que fuera para tanto.

—Yo no oí nada de la niebla. Salí de casa para hacer algunas compras y de pronto se me perdió todo de vista.

—Y no pudiste volver a casa. ¿Es eso?

—Eso mismo pasó. Cuando quise volver, ya no pude. Sabía que estaba cerca de la estación de metro de San Nicolás, pero no la encontré.

—Vamos, te acompaño a tu casa. ¿Dónde vives? —se interesó. —En Santutxu.

—¿En Santutxu? —se extrañó—. ¿Sabes lo que estás diciendo? Santutxu es un barrio de Bilbao que está pegado al de Begoña, si no me equivoco. ¿Sabes dónde estás ahora?

—Por un momento me pareció ver la silueta del puente colgante. Fue un instante apenas, pero creí verla.

—Estás en lo cierto. Ahí está el puente, un poco más atrás. —Yo lo vi delante.

—Seguramente la corriente arrastró la barca. Suerte que andaba yo por aquí y evité que fuerais a dar al mar ¿Te imaginas lo que hubiera sido de vosotros, perdidos en el mar?

—¿Y qué hacía usted por aquí, si puede saberse? Si nadie ha salido de su casa...

—Me aburría. Toda la tarde de ayer encerrado, y ahora toda la mañana..., así que me aventuré a caminar un poco, a pesar de todo. Conozco las calles del pueblo tan bien que puedo recorrerlas incluso a ciegas.

—¿Qué hora es?

—Cuando salí eran cerca de las 12 del mediodía. Pero no soy yo quien interesa ahora, sino tú. ¿Qué te ha traído tan lejos de tu casa? Me dijiste que andabas cerca de la estación de metro de San Nicolás. Es la del Casco Viejo, ¿no? Sí, sí —se respondió a sí mismo—. Lo que no entiendo es por qué no te quedaste por allí.

—Lo intenté, pero el perro me empujó todo el tiempo. No sé por qué quería que viniera hasta aquí.

—¿Que el perro te empujó? ¡Cómo va a hacer el perro algo así! Seguro que fueron solo apreciaciones tuyas. De ninguna manera se hubiera impuesto un animal a los deseos de su dueña —concluyó, y ya no me atreví a contradecir sus impresiones, aunque bien podría haberme arriesgado a hacerlo, pues no me pareció que utilizara mucha convicción para exponerlas. Es más, por un momento creí notar cierta guasa en el tono de su voz.

—Hemos caminado mucho.

—¿Mucho? Yo creo que habéis batido un récord de caminatas absurdas.

—Tengo frío. El perro también lo tendrá. Está mojado.

Entonces noté su cuerpo aproximándose y sentí miedo. Pasado el momento álgido de la euforia que me dominó cuando comencé a escuchar su voz mientras estábamos en mitad de la ría, empecé a notar el temor de lo que es desconocido, y más si lo desconocido está envuelto en una niebla tan densa que no permite visibilidad alguna. Podía tratarse de un loco, pues solo un loco se hubiera aventurado a salir a la calle habiendo tenido previo conocimiento de la inminencia de una niebla que sería tan cerrada como para llegar a ocultar los contornos del paisaje. Ojalá hubiera escuchado yo el aviso ese, que me hubiera impedido salir de casa, aunque la casa se me estuviera cayendo encima por culpa de la maldita Navidad que lo contagia todo de estúpida alegría dulcorada con artificios.

—¿Tú también estás mojada? A ver, déjame que te toque —palpó mi cabeza, después bajó sus manos hasta posarlas en mis hombros y acabó el recorrido por mi espalda.

Me quedé paralizada, y más que frío comencé a sentir pavor.

—También tú estás mojada, sí, muy mojada —concluyó—. Vamos, anda, a ver qué podemos hacer por vosotros antes de que cojáis una pulmonía.

—¿Quiénes, su mujer y usted? —le pregunté, principalmente para tener la seguridad de que habría una mujer esperando en su casa, cuestión que me tranquilizaría.

—¿Mi mujer? No, no hay una mujer..., una sola, quiero decir.

Creo que deseé echar a correr, aunque no supiera hacia dónde dirigir mis pasos. Hacía mucho tiempo que había dejado el pueblo, y no tenía tan fresca en la memoria la configuración de sus calles. Por otra parte, antes debía acertar a subir las escaleras de piedra para abandonar el muelle. ¡Beltza!, recordé urgida por los acontecimientos. El perro no podía consentir que aquel hombre me hiciera daño.

—...hay muchas mujeres, en efecto. Me refiero a las monjas de la residencia.

—¿Monjas? ¿En qué residencia hay monjas? No lo recuerdo. —¿Por qué tienes que recordarlo?

—Yo soy de aquí. Nací aquí, aunque ahora vivo en Bilbao, y no hay ninguna residencia —le expliqué.

—¡Ah! Así que eres de aquí. Ya entiendo por qué el perro te empujó en esta dirección. Seguro que él recordó en esos momentos de angustia el lugar del que procedéis.

—Sí, seguro que por eso me trajo hasta aquí —si él lo entendía así, no pensaba rebatirlo yo de ningún modo.

—Me refiero a la residencia Nuestra Señora de Begoña. Yo trabajo allí.

—¿Dónde está esa residencia?

—Aquí, muy cerca, nada más subir las escaleras del parque. Antes había un descampado. Tú no te acordarás del descampado. Hace muchos años que desapareció aquella extensión de terreno que parecía no pertenecerle a nadie, pues nadie mostraba el menor interés porque se adecentara el lugar y se le sacara algún provecho.

—Recuerdo el descampado.

—¿Lo recuerdas? ¿Tú lo recuerdas? —preguntó, se veía que halagado.

—Pues claro que lo recuerdo.

—Pues ahí, precisamente ahí.

—Por fin la hicieron.

—Sí, por fin —concluyó.

## V

*EL PERRO VOLVIÓ A TOCARME* las piernas con su lomo y yo caminé siguiendo su ritmo, como venía haciendo desde que iniciamos el trayecto que nos condujo desde la plaza San Nicolás hasta Las Arenas, y después, cuando cruzamos la ría, a Portugalete. Además de estar empapada, el cansancio apenas me permitía tirar de mi cuerpo. Quería sentarme en cualquier sitio y reposar de tantos miedos. El hombre, sin embargo, caminaba a buen paso. No podía verlo, solo escuchar sus pisadas precediendo a las mías, estas guiadas por Beltza. ¿Cómo podía caminar tan deprisa?, me pregunté. Por muy bien que conociera el lugar, no me parecía posible la ausencia de dudas o titubeos, considerando la nula visibilidad existente.

—Vamos, vamos —dijo entonces.

—No puedo seguir sus pasos —respondí.

—Caminaré más despacio.

—¿Cómo puede orientarse en mitad de esta opacidad que no permite ver absolutamente nada? —me atreví a preguntarle.

—No veo. Nadie puede ver. Si ahora camino tan deprisa es porque estamos siguiendo el paseo marítimo, que no tiene obstáculos. Podríamos haber ido por otro sitio, pero en ese caso nos costaría más avanzar.

—¿Y los árboles? En el paseo marítimo hay árboles.

—Ya no. Los talaron todos. Van a poner bancos de madera y juegos para los niños a lo largo de todo el paseo, así que está despejado —razonó.

—Sí, pero no se puede mantener la línea recta con tanta seguridad. —Será que por conocer tan bien el recorrido que hago cada día al anochecer, he automatizado el rumbo a seguir.

No me convencieron sus explicaciones. Por muy bien que se conozca un lugar, es imposible orientarse tan perfectamente como para evitar los obstáculos cuando no hay forma humana de ver. Ni siquiera la ayuda de Beltza permitía que el rumbo de mis pasos fuera siempre el adecuado, y de tanto en tanto se veía obligado a reconducirlo haciendo presión con su lomo en mis piernas. Era entonces cuando aprovechaba para hacerle alguna caricia.

—Ahora vamos a cruzar la calle. Déjame coger tu mano.

De nuevo sentí miedo, y también un poco de repulsión. El tacto de las manos es personal, muy íntimo, pese a parecer tan familiares y accesibles por tratarse de miembros que están tan expuestos a cualquier influencia externa. Mejor hubiera sido conservar el cabo que le sirvió para remolcar la barca con la que cruzamos la ría, para no perder el contacto y evitar mi extravío. Debí, sin embargo, dejar que su mano tomara la mía. Y ocurrió que su tacto era tan cálido que inmediatamente rechacé las desconfianzas expresadas tan arbitrariamente para mis adentros. O sería que el frío de mi cuerpo echaba en falta el calor —cualquier clase de calor, a ser posible humano—, se hallara este donde se hallara.

—Estás helada. Y tiembles. Será mejor que nos apresuremos. Sí, ya sé que estás cansada, pero debes hacer un esfuerzo. Ya falta muy poco. Si recuerdas el descampado sabrás que está muy cerca de aquí.

Beltza siguió pegado a mí. Sin duda sentía que debía continuar guiándome, incluso si ya tenía otra clase de guía tirando de mi mano. Y después de un corto trayecto en cuesta que cubrimos rápidamente, el hombre se detuvo bruscamente.

—Espera —dijo, y me soltó la mano—. Déjame que suba los escalones para que al abrir la puerta tengas una referencia que seguir.

Me quedé en medio de la nada, esperando la referencia anunciada por el hombre. El perro se tumbó sobre mis pies y estos agradecieron el momentáneo abrigo que les proporcionó. No sé si sabía que tenía frío, o si ya estaba tan cansado como lo estaba yo misma, y por eso no dudó en dejarse caer en el primer sitio que encontró, incluso si el sitio en cuestión ya estaba ocupado por mis pies.

Un rectángulo de luz se encendió entonces ante nosotros. Me tapé la cara con las manos para proteger mis ojos y solo al cabo de un rato empecé a despegarlas lentamente, hasta que el resplandor dejó de herir mis pupilas. Esperé la reacción del perro, que con su actitud debía avisarme sobre el hipotético peligro que hubiera en aquella luz que parecía llamarnos. Beltza se incorporó y después de rozar insistentemente mis corvas con su hocico acabó haciendo una considerable presión sobre ellas.

—¿Crees que debemos entrar ahí? —le consulté en voz baja.

El perro siguió invitándome a ir hacia la luz y yo obedecí. Si hasta entonces me había protegido, no veía razón alguna para que de pronto dejara de hacerlo.

Tropecé con unos escalones que no había podido ver —solo la luz era absolutamente evidente — y a punto estuve de caer, situación que me recordó el dolor que aún sentía en la rodilla que se me dañó al saltar de la barca. Al incorporarme vi una figura humana en medio del rectángulo luminoso. «Será el hombre que nos ha ayudado», pensé. Deseé haberle preguntado su nombre cuando tuve oportunidad.

—Vamos, bonita, entra sin miedo —dijo la voz que venía de la figura humana, y era una voz femenina.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Dónde está el hombre que nos trajo hasta aquí?

—¿El hombre? No sé a qué hombre te refieres.

—Al hombre que nos trajo hasta aquí —insistí.

—No sé a qué hombre te refieres —volvió a decir—. Al abrir la puerta solo estabas tú.

—Un hombre nos trajo hasta aquí...

—¿Nos trajo? ¿Has dicho «nos» trajo?

—Sí, al perro y a mí.

—¿Y dónde está el perro?

—Aquí... —miré hacia atrás, buscando a Beltza, que acababa de empujar mis corvas con su hocico.

—No lo veo... Será por la niebla. Entra, anda, que el perro ya vendrá después.

—Pero, si estaba aquí...

—Ya, pero ahora no está. Se habrá ido.

—¡No puede haberse ido! Me ayudó a llegar... sin él seguiría perdida por ahí... Y después el hombre...

—Estás asustada. No me extraña. Es una imprudencia salir de casa en estas circunstancias. ¿No escuchaste las noticias en la radio? No importa, el caso es que has llegado hasta aquí, ¡loado sea Dios!, y aquí te puedes quedar mientras dure la niebla.

—No sé dónde estoy. ¿De quién es esta casa? —pregunté más intrigada que asustada.

—Es la casa de todos aquellos que la necesiten. Aquí encuentran cobijo los seres descarriados y desorientados que no tienen otro lugar al que ir. Pero ven ya, o acabarás por coger una pulmonía con esta dichosa humedad que se le mete a uno hasta el tuétano —insistió ella.

—¿La casa de todos aquellos que la necesiten? —traté de que hubiera más claridad en sus palabras.

—Así es, hija. La casa de quienes necesiten un techo bajo el que cobijarse.

Volví a buscar con la mirada alguna evidencia que delatara la presencia del perro. Con la ayuda del resplandor blanquecino y más cegador que alumbrador, que venía de la puerta abierta, tendría que verlo. Giré varias veces sobre mí misma y me agaché para tantear lo que pudiera haber a mi alrededor. Temía entrar en aquel lugar del que solo era posible ver el rectángulo iluminado, en el que había aparecido la mujer, por si tampoco era de verdad, como no parecían serlo el perro ni el hombre del muelle. Y sin embargo, ellos —hombre y perro— eran ciertos, pues ambos fueron tocados por mí y ambos me devolvieron el tacto de alguna forma. No me hubiera sido posible llegar hasta allí sin su ayuda, y esa circunstancia no admitía ninguna duda. Dijera lo que dijera aquella mujer de voz amable, el hombre me había conducido hasta allí tirando de mi mano, y el perro me había guiado durante toda la noche a base de empujones más o menos decididos, impidiendo que me dejara vencer por el desánimo.

—¡Vamos! —me animó la voz femenina—. Sube las escaleras de una vez, con cuidado, no vayas a tropezar y tengamos un disgusto.

Al fin decidí que no había otra cosa que yo pudiera hacer, así que subí las escaleras y entré en el rectángulo de luz, a pesar de los recelos que me inspiraba.

—¡Por fin! Ya estás a salvo —dijo la mujer cuando estuve a su altura—. Ahora mismo te quitas esa ropa tan mojada que llevas y te vistes con lo que buenamente pueda encontrarte por ahí. Antes, como es lógico, te darás un buen baño, para que te recuperes.

¿Bañarme? ¿Bañarme en un sitio extraño? Miré el recibidor con detenimiento, y también con mucha curiosidad, segura de hallar alguna rareza que me haría arrepentirme de haber entrado, de igual modo que, supongo, me hubiera arrepentido de no haberlo hecho. No había nada anormal, salvo luz, mucha luz, proporcionada por una lámpara de bombillas de esas estilizadas que simulan velas, todas encendidas, y unos metros más allá de la puerta, un espacio más amplio y sumido en la penumbra, en el que distinguí el esbozo de varias puertas, al menos cinco, todas cerradas; y también se veían en la parte derecha, a continuación de un armario que ocupaba gran parte de la pared, un par de escalones que anunciaban el arranque de una escalera que conduciría al piso superior, pues el edificio parecía albergar más de una planta. De algún lugar, sin embargo, surgió un revuelo de voces que alteraron la momentánea paz que me procuró recuperar de nuevo el sentido de la vista.

—¡Vamos, que vas a enfriarte!

—¿Qué sitio es este? —insistí.

—Te lo dije antes: la casa de todos los que la necesiten. Tú, ahora, también la necesitas, así que ya es un poco tuya.

—Sí, pero, ¿qué clase de lugar es, exactamente?

—¿Te duele la cabeza? ¿Tienes fiebre? No me extraña, con lo mojada que llevas la ropa, y el frío que está haciendo —fue su respuesta, que en absoluto respondió a la pregunta que le había formulado.

—¿Y todo ese lío de voces que se oyen por ahí dentro?

—¡Ah! Las voces... Ni te preocupes. Todo es culpa de la Navidad, que altera a las personas. Algunas se ponen tristes, otras se emocionan, pero la mayoría pretende que cada Nochebuena sea especial, la más especial de sus vidas. Por ahí andan todos como locos, decidiendo la decoración del comedor para la cena.

—¿Quiénes andan decidiendo la decoración del comedor? ¿A quiénes se refiere?

—A los viajeros perdidos que llegaron un día a las puertas de esta casa, como tú has llegado hoy. Tampoco ellos tenían un lugar al que ir, así que se quedaron aquí. Todos se han ido quedando poco a poco, aunque también se han marchado algunos.

—Yo no llegué —traté de explicarle—, a mí me trajeron.

—Bien, como sea que ocurriera, el caso es que estás aquí. Cuando sonó el timbre y abrí la puerta estabas fuera, aguardando por el cobijo que esperabas encontrar.

—¿Cuántas personas hay?

—Ahora tenemos recogidas a veintidós, pero hemos llegado a tener alguna más.

—¿Hay que pagar?

—Solo pagan los que tienen dinero. Los que tienen dinero pagan por los que no lo tienen, que son la mayoría.

—¿Es una residencia?

—¿A qué vienen tantas preguntas? ¿No te he dicho que lo primero que debes hacer es quitarte esa ropa empapada, y darte un baño bien caliente, para que te recuperes?

—¿Y no puedo ver antes algo de este lugar?

—Ya. Tienes miedo. Tienes miedo, ¿verdad? No tengas miedo, bonita, no hay ninguna razón para tenerlo. Es por la niebla, que da miedo. Yo no había visto nunca una niebla tan espesa. Figúrate que no hemos podido salir a comprar nada para la cena, así que no sé cómo nos las arreglaremos. Menos mal que algunos tenderos del barrio nos trajeron con mucha antelación cajas con turrónes, mazapanes y otras viandas.

—¿Les traen comida los tenderos?

—¡Pues claro! ¿Te imaginas que no nos trajeran comida? ¡No sé de qué viviríamos, si no fuera así!

—De la gente que paga. Porque hay gente que paga, ¿no? Usted lo ha dicho antes.

—Sí, pero nunca tanto como para poder subsistir completamente sin la caridad de la buena gente.

—¿Quién hizo un lugar así, donde no es posible sobrevivir sin la caridad?

—Eres muy curiosa, ¿no crees? Anda, vamos arriba para que te des un baño. Ya hablaremos después —insistía ella en la cuestión del baño, que, a decir verdad, parecía ser la panacea para los problemas que se me habían planteado con el extravío que me llevó hasta ese lugar del que no lograba averiguar otra cosa que no fuera aquella continua referencia a «la casa de todos los que la necesitan, como ahora tú...».

Las voces que alborotaban siguieron haciéndolo, pero no pude ver enseguida las caras de las personas que ocasionaban semejante alboroto. La mujer que me hacía de guía no dejó que lo hiciera, empeñada en empujarme hacia las escaleras que subí, pese a mis dudas, escoltada por ella, para desembocar en un descansillo que nos condujo hasta un gran pasillo que recorrimos hasta el final, y entrar en una habitación donde había seis camas pequeñas, alineadas bajo un gran ventanal protegido por cortinas blancas. Enfrente, en el lado opuesto a la hilera de camas, había un gran armario que la mujer abrió y revolvió a conciencia, hasta que pareció hallar lo que buscaba, pues emitió una risita que acompañó con una expresión de satisfacción y puso en mis manos unas prendas de ropa en las que no reparé hasta que no estuve en la intimidad del cuarto de baño. Antes de entrar me instó a darme prisa, para evitarme un enfriamiento mayor, dijo.

—Encontrarás todo lo que precises ahí dentro. Lujos no hay, pero sí, espero, todo lo necesario.

Y empujó una puerta que había a la derecha del armario. —¿Se va a quedar usted aquí, esperándome?



—Sí, si quieres. ¿Quieres que me quede?

No sabía si quería que se quedara. En su rostro no había nada que me hiciera temer, pero lo que me estaba ocurriendo no era normal; era entendible, pues, que observara cierta precaución. Antes de responderle inspeccioné el baño, o, más exactamente, la parte trasera de la puerta del baño, para comprobar que había un pestillo que me procurara cierta intimidad. Por lo demás, la bañera era grande, protegida por una mampara blanca, y al lado había una ducha con agarraderos y protectores de los que necesitan las personas impedidas. Entre ambas, una balda sostenía frascos de plástico que, según comprobé después, contenían jabón, gel y champú, además de algunas esponjas ya usadas.

—¿Me quedo? —insistió.

—Si quiere...

Cerró la puerta tras ella y me quitó la ropa mojada que ya se me había pegado al cuerpo. Sentí mucho frío y estuve temblando mientras el agua humeante llenaba la bañera. Antes de meterme dentro acerqué una de las toallas que se apilaban en un mueble en el que había, además, una buena cantidad de rollos de papel higiénico, más botellas de gel y champú, y algunas cajas con gasas, esparadrapos y otros elementos básicos de un botiquín convencional.

Me metí en la bañera con precaución, temiendo quemarme con el agua caliente, y sentí que mi cuerpo recobraba una parte de la vida que se le había ido quedando a trozos por el camino mientras duró la caminata nocturna. Solo después, cuando salí del agua, ya reconfortada, comprobé que la ropa que me había dado la mujer era de hombre: unos pantalones verdes de pana bastante gastados y una camisa de cuadros verdes y marrones, también muy ajada por el uso, aunque las dos prendas estaban suaves y limpias y resultaban agradables al tacto.

Traté de ver el aspecto que presentaría con semejante atuendo valiéndome del espejo que había colgado en la pared, sobre el lavabo, pero solo pude llegar hasta la cintura. De cualquier modo, lo que había era lo que llevaba puesto. De haber existido otra posibilidad, la mujer me la habría facilitado, supuse.

—A ver... —dijo cuando abrí la puerta del baño—. No está tan mal, después de todo. Lo siento, no tenemos nada más apropiado. En cualquier caso, está seco, y limpio. Te servirá de momento. Es mejor que andar por ahí con la ropa empapada.

—¿De quién es?

—Ahora, tuyo. Todo es de todos, aquí. Todo está a disposición de quien más lo necesite.

—¿Qué hago con mi ropa? —Déjala donde está, después subo a recogerla para lavarla y secarla.

—No hace falta que la lave.

—Sí hace falta. Necesitarás ponértela en algún momento.

—Seguro que la niebla levanta pronto —dije, deseando acertar en mi predicción.

—Por si acaso. Además, también cuando te marches la necesitarás, y entonces con más motivo. Ahora vamos abajo para que conozcas a la gente. No falta mucho para la comida y...

Unos gritos emitidos por boca de mujer que parecían venir del pasillo, no dejaron que terminara la frase:

—¡Madre, madre...! ¿Dónde está, madre?

—¡En la habitación del fondo! Ya voy.

—Madre... —al verme, la anciana que gritaba se detuvo extrañada— ¿Quién es esta chica? No la conozco. ¿Es nueva?

—Es nueva, sí. Ahora vamos al comedor, allí hago las presentaciones... Por cierto —se dirigió a mí—, ¿cómo te llamas? No me has dicho tu nombre.

—Maite.

—Bonito nombre —dijo la mujer—. Yo soy la madre Esperanza. —¿Es usted monja?

—Sí, soy monja, ¿no lo parezco?

—Así, vestida como va, sin hábito...

—El hábito no es cómodo cuando se tiene que andar trajinando de acá para allá, cuidando de gente que en muchos casos no puede ni siquiera valerse por sí misma.

La madre Esperanza se detuvo. Entonces miró a la anciana que había irrumpido en la habitación y sonrió.

—Ella es Charo. Lleva con nosotros desde siempre. «Siempre» quiere decir desde que se abrieron las puertas de esta casa hace... ¿cuántos años hace, Charito? Yo ya ni me acuerdo ¿Te acuerdas tú?

—Hace seis años, tres meses y siete días —respondió la mujer.

—¡Vaya precisión! Después quieres convencernos de que andas mal de la memoria —le dijo la madre Esperanza, y Charo se ruborizó y agachó la cabeza en un gesto que me recordó al que hacen los niños cuando son pillados en falta por sus mayores.

—De una cosa así es normal que me acuerde, pero solo porque es importante. Cada día doy gracias por tener un techo para vivir. Es malo andar por ahí, sin un lugar fijo donde echarse a dormir.

La anciana se ruborizó cuando terminó de hablar, y volvió a agachar la cabeza.

—¿Tú tampoco tienes un techo para dormir? —me preguntó a continuación.

—Ella se perdió. Se perdió por culpa de la niebla —le aclaró la madre Esperanza—. Y, ya ves lo que son las cosas, dio con nuestra casa.

Pude explicarle que yo no di con la casa, ¿cómo hubiera podido hacerlo entre la blancura de aquella niebla!, y que el hombre que me ayudó cuando estaba en la barca en mitad de la ría, acompañada por Beltza, me había llevado hasta allí, pero desistí. Ya antes lo intenté, y no admitió mi explicación, asegurándome que no había nadie conmigo cuando abrió la puerta, ni siquiera el perro.

—¿Tú tienes casa? —insistió Charo.

—Sí, la tengo.

—Aquí nadie tiene casa, por eso estamos recogidos en esta, que es de todos.

—Bueno, bueno, déjala ya, ¿quieres? ¿No ves que estará hambrienta?

—Tu pelo es bonito —dijo entonces la anciana, y se acercó a mí para tocarlo, a pesar de estar todavía mojado—. Yo también tenía el pelo bonito cuando era joven. Todos admiraban mi pelo.

—Sí, Charito, sí, tu pelo era muy bonito. Todo era bonito en ti cuando eras joven y ahora también lo es, y no pasa nada por hacerse mayor, ¿no te parece? ¿Te imaginas que no te hubieras hecho mayor? Entonces estarías muerta o congelada.

La mujer empezó entonces a gemir, y era como si no tuviera lágrimas en sus ojos tristes. Gimió y gimió, pero las lágrimas no salieron, por más que ella intentó forzar su aparición.

—No te pongas triste ¿quieres? Siempre te pones triste cuando te acuerdas de lo guapa que eras —intercedió la monja, que hizo un ademán con la mano que yo interpreté como si quisiera quedarse a solas con ella.

Abandoné la habitación y esperé en el pasillo. Seguían escuchándose las voces de las personas a las que aún no había tenido ocasión de ver, las que dijo la monja que discutían por la decoración del comedor para la cena de Nochebuena. Después de todo, pensé con cierta ironía, me resultaría imposible sustraerme al espíritu navideño que tanto deploraba. Avancé unos pasos y

empujé la puerta que había a continuación de la habitación en la que me había bañado y cambiado de ropa. La distribución era idéntica, pero solo había tres camas allí. Unos pasos más y otra puerta, que también abrí, para hallar lo mismo que en las anteriores, en esta ocasión de nuevo con seis camas alineadas bajo el ventanal cubierto por cortinas blancas. Igual que en la siguiente, y también en la de enfrente y en la que había al lado, estas con solo dos camas cada una de ellas, y aún una más, la última de nuevo con seis camas. En total contabilicé siete habitaciones, cuatro con seis camas, una con tres y las otras dos con dos cada una. Pero aún había dos puertas más, que también empujé. La primera estancia tenía aspecto de salita de estar, equipada con un par de sofás de considerable tamaño y varios sillones individuales, mesitas bajas y un gran mueble lleno de libros; la segunda, tan espaciosa como la anterior, parecía una especie de taller con utensilios de bricolaje y cajas de madera apiladas junto a las paredes. Todo estaba en orden y el lugar, en conjunto, parecía acogedor, de no ser por la dichosa niebla, tan densa y blanca, perceptible a través de las ventanas, tan persistente que parecía poder traspasar incluso las persianas, si es que había persianas, dato que desconocía, igual que desconocía todo lo demás que pudiera haber en los alrededores de aquel lugar.

Los pasos de las dos mujeres repiqueteando sobre el entarimado hicieron que me girara. Venía la anciana llamada Charo casi arrastrándose, agarrada al brazo de la monja, y no era ese aspecto de derrotada el que presentaba cuando irrumpió en la habitación, poco después de que yo hubiera terminado de vestirme con aquellos pantalones que me estaban grandes —tres vueltas debí darles a las perneras—, y la camisa de cuadros que remetí por dentro de los pantalones para hacer bulto y evitar, de paso, que estos se me escurrieran por las caderas.

—Parece que ya se ha serenado un poco —justificó la monja. —¿Está enferma? —me interesé.

—No se puede decir que esté enferma. Porque enferma, lo que se dice enferma, no está. Es como si viviera en el pasado y la cabeza se le hubiera quedado en los años de su mocedad.

—¿Y por qué no está en alguna residencia especializada?

—Porque no está tan mal como para que la admitan en uno de esos sitios que solo pueden acoger a las personas que están verdaderamente desquiciadas —me explicó la madre Esperanza.

—¿No hay derecho! —protesté.

—No hay derecho, no. No lo hay. Esta mujer tendría que estar bien atendida por personal adecuado y, en cambio, ya lo ves: está aquí, donde solo las monjas que nos hemos hecho cargo de este sitio podemos dar cierto consuelo a esta gente, pero no facilitarles todos los cuidados médicos que necesitan.

—Ya. Y... ¿de quién depende este lugar? —pregunté, ya verdaderamente intrigada.

—Este lugar, hija, depende de la caridad de la gente que tiene a bien ayudarnos. Y de nosotras, que de vez en cuando conseguimos algún tipo de ayuda oficial, de esa clase de ayudas que dan los gobernantes como si fueran limosnas, sobre todo en épocas de elecciones y situaciones propicias para el autobombo y la propaganda institucional. Y de algunas personas buenas que vienen a echarnos una mano regularmente.

—¿Quién lo construyó? El hombre que me trajo hasta aquí dijo... —¿Qué hombre? Yo no vi a nadie —dijo, perseverando en la inexistencia del hombre que yo sabía que sí existía.

—Es igual, pero el caso es que había un hombre, se lo aseguro. Yo sé que lo había, lo que no puedo explicar es qué hizo exactamente, ni cómo fue que desapareció después de llamar al timbre... Y no importa eso ahora. Lo que quiero decirle es que el hombre ese, el que fuera, y puede ser que a lo mejor solo se tratara de una quimera —ironicé—, me dijo que trabajaba en la residencia que por fin habían construido en el descampado.

—Sí, eso es cierto: esta casa está construida en un descampado que estuvo muchos años en desuso, esperando la edificación de una residencia de ancianos que en verdad no llegó a hacerse nunca. En su lugar, ¡ya ves!, se levantó esta casa, y no es una residencia propiamente dicha, aunque podría llamarse así, si quien quiera definirla de algún modo, así la ve. En cuanto a lo del hombre... Me pregunto quién puede ser y no hallo una explicación razonable que arroje algo de luz sobre el asunto.

—¿Entonces...? —pregunté extrañada.

—Entonces debe haber algún tipo de equivocación. No sé, se me ocurre que a lo mejor entendiste mal. Quizá, en verdad, se tratara solo de una quimera, como bien has reconocido tú misma.

¿Reconocer? No creí haber reconocido nada. Me limité solo a ironizar. Pero ignoro si ella así lo entendió o, si aun entendiéndolo tal y como le fue dicho, quiso dar por buena mi ocurrencia, que en absoluto pretendió serlo. Así, para evitar seguir polemizando al respecto de una situación irresoluble, evité hacer más comentarios que pudieran enrarecer mi recién iniciado trato con ella.

—Dijo que se llamaba Nuestra Señora de Begoña —añadí. —Bueno, la casa se llama así, efectivamente, pero ya te he dicho que no es una residencia...

—Sería una forma de hablar —concluí.

—Sería. Ahora vamos abajo, a ver si por fin se ponen de acuerdo y se hace la paz.

Caminaba la monja llevando del brazo a Charito, que en un principio se negó a bajar las escaleras. Debí ponerme yo al otro lado, sujetando el brazo que le quedaba libre, por ver si así se sentía más segura. Solo entonces aceptó descender los peldaños, aunque lo hizo muy lentamente, insegura al posar los pies en cada escalón que se iba encontrando.

—Y tú, ¿quién eres? —me preguntó cuando estábamos a punto de completar el descenso, como si no me hubiera visto nunca y solo en ese preciso instante tuviera consciencia de mi presencia junto a ella.

—Yo...

—Es una buena amiga que ha venido a echarnos una mano. Y también a verte —me interrumpió la madre Esperanza—. ¿No dices siempre que ya nadie se acuerda de ti? Bueno, pues ella sí lo ha hecho. Ella sabe quién eres, y también lo guapa que fuiste de joven.

Interrogué con la mirada a la monja, que al principio no reparó en mis ojos, preocupada solo por satisfacer la curiosidad de Charito.

—Ella sabe muy bien quién eres tú, ¿verdad? —siguió diciendo, y entonces sí reparó en la perpleja mirada que yo le estaba dedicando—. Sabe muy bien quién es La Bella Charito. Todo el mundo sabe quién es La Bella Charito.

—¿Lo sabe? ¿Ella lo sabe? —pareció la mujer recuperar de golpe toda la luz que le había visto en los ojos cuando entró en la habitación momentos antes, llamando a la monja a gritos, solo interrumpidos por la sorpresa que le causó mi presencia.

—¿Pues claro que lo sabe! ¿Verdad? Pero, dime, Charito, ¿qué querías de mí cuando subiste buscándome? —trató la monja de recuperar la atención de la anciana.

—No sé...

—No importa, ya te acordarás más tarde.

—¿Y se va a quedar con nosotros? —le preguntó entonces la mujer dirigiéndose a la madre Esperanza.

—Sí, se quedará, al menos un rato.

Miré hacia la puerta de la calle, visible desde el final de la escalera, donde ya estábamos, y

observé el ventanuco acristalado de la parte superior, que mostraba el color del exterior, todavía tan blanco como si alguien le hubiera propinado un brochazo de cal al cielo. Suspiré entonces, y la monja pareció hacerme una súplica con la mirada.

Las voces alteradas procedentes de algún lugar que aún no había llegado a ver, seguían en un punto álgido, según me pareció notar por el considerable guirigay que se escuchaba. Reparé entonces en lo desértico que se veía el espacio que comunicaba la entrada con las puertas que debían conducir a las otras estancias. Solo era bien visible, incluso diríase que así debía ser, aunque yo antes no hubiera reparado en ella, una barandilla de madera que bordeaba cada tramo de pared. La monja debió percibir mi extrañeza, pues inmediatamente me aclaró que se trataba de un agarradero para quien lo necesitara. Y añadió:

—Y también verás que no hay alfombras en el suelo, para evitar tropezones indeseados.

Conforme nos acercábamos a una de las estancias que, deduje, debía ser nuestro inmediato destino, Charito fue recuperando la luz en sus ojos negros. Incluso se deshizo del apoyo que le proporcionaba mi brazo, y hasta se irguió considerablemente, para deshacerse después del brazo de la madre Esperanza. Se atusó el pelo, recogido en un escuálido moño adornado con un deslucido lazo de terciopelo negro, que sin duda había conocido tiempos mejores, y se sacudió la falda a base de enérgicos manotazos propinados a la altura de los flacos muslos que se le adivinaban bajo la ropa.

—A ver si se aclaran de una vez. Llevan toda la mañana dándole vueltas a la dichosa decoración del comedor y no hay forma de llegar a un acuerdo —dijo muy resuelta, como si de ella dependiera que se solventara el conflicto, y empujó con un decidido y contundente manotazo la puerta, que atravesó a continuación sin tenernos en cuenta.

La madre Esperanza tiró de la manga de la camisa de cuadros que colgaba exageradamente de mi codo, y me sonrió.

—Ya está. Ya ha terminado su crisis.

—¿Así? —Me extrañé por la facilidad con la que había pasado del llanto más desesperado a la absoluta desenvoltura que mostró a continuación, sin que apenas mediara transición entre uno y otro estado.

—Así ocurre siempre. De pronto le pesan las piernas y dice que no puede dar ni un paso más. Después llora un poco, se lamenta de su suerte y en un santiamén se recompone, como si ni siquiera fuera consciente de haber estado descompuesta.

—¿Padece algún tipo de demencia?

—No, exactamente. Yo diría que se trata de algún tipo de depresión, agravada un poco por los años y otro poco por la situación de abandono que padece.

—Pero no está abandonada...

—Ahora no. Antes, sin embargo, sí lo estuvo. Y, en mi opinión, creo que duró demasiado ese abandono. Sí, ya sé que mucha gente está sola —procedió a explicarme, aunque no hubiera dado muestras de necesitar explicación alguna; bastante bien sabía yo lo que era estar sola y los estragos que causa en la mente de algunas personas—, pero no toda la gente es igual, y hasta hay quien de pura sensibilidad se vuelve loca.

—¿Por qué lo de la Bella Charito? —me interesé.

—Porque *es* la Bella Charito. Tú ya no te acordarás. La verdad es que se acuerda muy poca gente, pero esta mujer, que fue una auténtica belleza, es la misma que aparece en las fotografías con la cesta de sardinas en la cabeza. La de la canción, ya sabes...

—¿Ella...? ¿Es ella? Pero... ¿es de verdad? ¡Pero si yo creía que esa mujer no existía. Creía

que se trataba solo de un dibujo hecho por alguien que no pretendió retratar a nadie en concreto, sino a una idea general, algo abstracto...

—Lo cree mucha gente. Hay hasta quien ignora la existencia de la estatua que hicieron de ella. Pero dejemos ahora esa cuestión y entremos, anda, ya te contaré su historia más adelante.

Al otro lado de la puerta por la que había desaparecido La Bella Charito apareció un comedor espacioso en el que bullía un número indeterminado de personas, enfrascadas todas en diferentes actividades. Una gran mesa rectangular situada justo en el centro ocupaba buena parte de la estancia. Solo algunas sillas la rodeaban, otras estaban pegadas a las paredes. Conté la cantidad decemensales que podrían caber y calculé un número que estaría muy cercano a la veintena, probablemente algunos más, a condición de pasar por alto las apreturas que inevitablemente se sufrirían si se diera el caso. Aquellas personas, distraídas en las diversas actividades que las mantenían atareadas, de pronto se detuvieron y fijaron sus miradas en la puerta de entrada, entreabierta en tanto la cruzamos. El silencio fue entonces absoluto, hasta que uno de los hombres, que había abandonado la escalera de tijera en la que hasta ese momento estaba encaramado, tratando de colgar tiras de espumillón de color dorado chillón en los brazos de la lámpara, se acercó a nosotras y dijo en un tono de voz airado:

—¿Otra boca más? ¿No le parece que ya somos suficientes, madre?

—¡No seas ingrato, Daniel! Ella es una persona en apuros, como todos vosotros. Ya sabes que todos los seres que se encuentran en apuros y llaman a las puertas de esta casa encuentran refugio en ella.

—No me gusta. Cada vez somos más. Y la comida no abunda —rezongó el hombre, amargamente.

Se giró entonces y deshizo el camino andado, para volver de nuevo a encaramarse a lo alto de la escalera. Desde allí aún me contempló con sus ojos asustadizos, que le hacían tener la mirada torva y esquiva de quien ha pasado mucha necesidad o ha sido muy despreciado, o las dos posibilidades a un tiempo.

—No se lo tengas en cuenta, hija. Es un hombre difícil, y con un carácter algo retorcido, pero a pesar de todo, noble en el fondo de su alma, y solo se comporta como le han enseñado a comportarse. Debes saber que cuando en algún momento se ha tenido algo que después se ha perdido, hasta el punto de verse en la calle, donde se pasan muchas necesidades, es normal que, una vez llegados y en cierta manera establecidos aquí, sientan que lo que hay les pertenece un poco. Por eso se asustan si vienen otras personas, por si nuevamente desaparece aquello que por fin han encontrado —justificó la madre Esperanza el comportamiento poco acogedor del hombre.

—¿Es peligroso? —me dio por preguntarle, reconozco que un tanto irreflexivamente.

—¿Peligroso? ¡Pues claro que no! No hay nadie aquí que sea peligroso. Al principio, cuando llegan, observamos detenidamente su naturaleza, por si pudiera ser conflictiva y no fuera recomendable su permanencia en la casa, más que nada para evitar contiendas innecesarias. Pero he de reconocer que solo en un par de ocasiones debimos intervenir con firmeza, y únicamente para aclararles dónde estaban y lo que se esperaba de ellos, que no es más que un poco de consideración.

—Pero su mirada...

—Su mirada es la mirada de quien un buen día perdió todo lo que llegó a tener, y después, cuando se ha visto con cierta seguridad, ha temido volver a perder de nuevo. Tú no puedes entenderlo, al no haberte hallado, seguramente, en esa situación.

—Yo he conocido a gente que no tenía nada, y que parecía haberlo tenido todo en algún momento de su vida, y no miraba así. —¿Qué es no tener nada después de haber tenido algo? ¿Tú sabes, en

verdad, qué es no tener nada?

—No tener nada es... no tener nada —dije, y me pareció muy pobre el razonamiento que en absoluto definió mi verdadero sentir.

—No tener nada, hija, es tener el cielo como techo y la tierra como cama. No tener nada es andar con lo puesto sabiendo que si alguien te lo quita quedarás desnudo, o deberás quitarle tú la ropa a otro para suplir lo robado. No tener nada es levantarse por la mañana con el estómago vacío y la cabeza clara solo para saber que no será fácil conseguir comida —me explicó, como si estuviera recitando una letanía mil veces repetida—. Ahora, imagina por un minuto que todas esas carencias se dan después de haber tenido una vida razonablemente normal, incluso acompañada por cierto éxito en alguno de sus tramos.

—Ahora, sin embargo, tienen comida. El hombre ese tiene comida.

—Daniel. Se llama Daniel. Y sí, ahora la tiene, pero ¿hasta cuándo?

—Hasta siempre, ¿no? Usted me dijo que se quedan mientras lo necesitan... Y, por cierto, yo también he conocido a gente verdaderamente necesitada. Cuando era pequeña conocí a un señor que tampoco tenía nada, y que pedía por la calle libros viejos, papeles inservibles y periódicos atrasados. Vivía en el descampado, aquí mismo, si es que se trata del mismo descampado que yo recuerdo. Tenía varias casetas hechas con cartones, planchas metálicas y paneles que le daban en una fábrica de cocinas...

—¿Lo conociste, o solo te hablaron de él? ¿Tú conociste a ese hombre? —me interrumpió, y parecía visiblemente emocionada la monja, y también un poco extrañada.

—Sí, lo conocí. Desde que me alcanza el recuerdo, su cantinela me alertaba muchas mañanas antes de que mi madre entrara en mi habitación para despertarme.

—¡Virgen Santísima! ¿De verdad conociste a ese hombre? —volvió a preguntarme.

—Ya le he dicho que sí —le repetí.

—¡Bendito sea por siempre! —se santiguó—. ¡Bendito sea su corazón, a pesar de los muchos pecados que cometió! Sí, bendito sea, pese a todo.

—Bueno. —Me disponía ya a rectificar, o solo a dudar en voz alta, por si no hablábamos de la misma persona, excepcional a todas luces, si me fiaba de las manifestaciones de la monja—. A lo mejor me equivoco y no se trata de la misma persona.

—Tiene que ser él —me interrumpió—. Por lo que me dices, tiene que ser él, no puede ser otro.

—Si usted lo dice...

—Seguro. Seguro que es el mismo. Por lo que sé, pedía por las casas libros en desuso, periódicos atrasados y papeles varios, para almacenarlos primero y venderlos después. Y también sé que vivía en una casucha hecha con cartones y paneles metálicos, así que tiene que ser el mismo —aseguró.

—¡Qué coincidencia! —dije, pero ya no obtuve respuesta alguna, ni más explicaciones al respecto.

La monja se precipitó sobre una esquina de la mesa, donde una mujer flaca y despeinada merodeaba por los alrededores, sin duda atraída por el contenido de una enorme sopera que alguien había depositado allí.

—¡No toques lo que después nos comeremos! —le dijo la monja a la mujer, que agachó la cabeza y se apartó de la sopera—. Siempre tengo que decírtelo, Rosa, ¡siempre!

La mujer flaca y despeinada empezó a gimotear y entonces otras personas, casi todas mujeres, se acercaron a ella.

—Vamos, vamos, no llores, mujer, que no es para tanto. Enseguida comemos. ¿Tienes hambre?

¿Es que tienes hambre? Bueno, bueno, no llores más, anda.

La madre Esperanza dejó a la mujer enjugándose las lágrimas y sorbiéndose los mocos, que le caían como hilillos acuosos sobre el labio superior, al tiempo que era consolada por quienes se le habían acercado, empujó una puerta batiente que había en el lado opuesto al lugar por el que habíamos entrado minutos antes y desapareció de mi vista. Inmediatamente regresó, acompañada de dos mujeres más, bien vestidas ambas. De una, que llevaba el pelo recogido en una coleta y se cubría parte de la cabeza con un pañuelo anudado en la nuca, podía decirse que era muy joven; de la otra, en cambio, solo pude sacar en claro que era mayor, de una edad indefinida, de esas edades que no pueden adivinarse salvo haciendo mención a lo difícil que resulta precisar en qué edad se encuentran, y con una cofia tapándole la cabeza completamente. Las tres se dirigieron a mí con resolución.

—Mire, hermana, esta es la chica que llamó a la puerta. La llevé arriba, para que se bañara. La pobre estaba empapada por culpa de la dichosa niebla, que no levanta ni a tiros, y ni traza tiene de que vaya a hacerlo próximamente. Le dejé esos pantalones y esa camisa, fue lo único que encontré que podría servirle, estaba en el armario de la habitación del fondo.

La mujer mayor, la de la cofia en la cabeza, me tendió la mano.

—Soy la hermana Lourdes. Normalmente hago la comida. Bienvenida a esta casa, hija. Y deseo, por tu bien, que no tengas que quedarte mucho tiempo. ¿Qué te pasa? ¿Te han hecho algo? —se interesó.

—¡No, mujer, ni Dios lo quiera! —respondió por mí la madre Esperanza—. Bueno, que yo sepa, porque... no te han hecho nada, ¿verdad? —Negué yo con la cabeza y ella sonrió—. Solo se perdió por culpa de la niebla.

—Aquí te vamos a cuidar bien. Aquí cuidamos a todos los que necesitan ser cuidados.

La mujer más joven, la del pañuelo anudado en la nuca, también me saludó, pero esta con dos besos:

—Yo soy la hermana Salvadora. Pero hermana —se dirigió entonces a la madre Esperanza—, yo tengo ropa más apropiada para ella. Debió preguntarme.

—No lo pensé. La pobre estaba muy mojada, y tan asustada... y solo se me ocurrió prestarle auxilio con urgencia, a la espera de lo que se nos fuera ocurriendo.

—Ya sabe —continuó la hermana Salvadora— que tenemos mucha ropa de la que nos trae Marco.

—¡Es verdad! ¡Qué cabeza tengo! —Se palmeó la frente la madre Esperanza—. Enseguida resolvemos esa cuestión.

—No importa, así estoy cómoda —mentí—. Es ropa seca que está limpia, y es de lo que se trata.

—Por la limpieza ni te preocupes —terció la hermana Lourdes—. Yo me encargo también de la colada, ayudada por la hermana Teresa, que anda por ahí, enseguida la conocerás, así que puedes estar tranquila al respecto.

—Ya se ve —traté de elogiar a la monja de más edad, acariciando a la altura del pecho la enorme camisa que llevaba puesta. —Ahora, si no te importa, vuelvo a mis fogones. Hoy el personal parece revolucionado. Será por la niebla...

—Y por el hambre. También por el hambre, que hace estragos a estas horas —apostilló la madre Esperanza.

Así debía ser, pues el trote emprendido por la madre Lourdes fue seguido con una expectación indisimulada por casi todas las personas que alborotaban en el comedor. Solo quienes colgaban espumillones y bolas de colores en cualquier sitio que admitiera un colgajo, o pegaban en la pared figuritas de papel con imágenes alegóricas al Nacimiento, que trataban de montar en plan mural, se



mantuvieron ajenos.

—¡Cómo va a estar este pastorcillo en ese lado del Belén! ¿No ves que por ahí vienen los Reyes Magos? —trataba de explicarle un hombre relativamente joven, aunque con signos evidentes de haber sido zarandeado por la vida, a otro de más edad, armado este con un gran rollo de papel adhesivo, que lo observaba como si no entendiera nada de lo que decía, o no le importara lo que dijera, tan convencido parecía de la correcta ubicación del pastorcillo—. Ya te he dicho un millón de veces que todas las cosas tienen un orden, y si se altera el orden de las cosas, estamos abocados al más estrepitoso de los fracasos.

—¿Y si lo cambiamos después? Ahora, de momento, puede ir ahí, ¿no? Aún no han llegado los Reyes Magos, ¡y lo que tardarán en llegar!, ¿no ves que no han salido todavía? —replicó el que sostenía el rollo de papel adhesivo.

—Es por precaución —replicó el otro—. ¿Qué tal si se nos olvida moverlo del sitio y lo aplastan los camellos?

—Pues que los Reyes se desvíen un poco —terció una mujer que había estado observando la escena desde la lejanía con mucho interés.

—¡Pero, hombre, cómo van a rodear los Reyes Magos! ¡Qué sabrás tú de organización! ¿No ves que los Reyes llevan ya trazado de antemano un plan con la ruta a seguir? —argumentó el más joven, el que vestía una chaqueta a la que se le habían desdibujado hasta los cuadros que debió tener en algún momento de su existencia.

—En eso tienes razón. —Se añadió otro más a la discusión, este de edad incierta, y tan escaso de carnes como si nunca hubiera podido llenar la barriga a satisfacción, que iba tocado con una pintoresca gorra negra—. Ellos vienen ya con el camino marcado, y si se les varía, es fácil que se pierdan.

—¡Eso nunca! ¡Nunca en un Belén organizado por mí! Los Reyes llegarán por donde deben llegar. Ya lo sabes: aparta al pastorcillo y colócalo junto a esa lavandera —pretendió concluir el debate el de la chaqueta con los cuadros desdibujados.

—¿Junto a la lavandera? ¿No ves que es un pastor? La lavandera lava, y el pastor cuida del rebaño —dijo el que sostenía el rollo de adhesivo.

—Pues que se lleve las ovejas que pastorea a beber agua al arroyo —sentenció el más joven.

Siguió aún la discusión entre los organizadores del Belén, tan preocupados por la distribución de las humildes figuras de papel, a pesar del enorme espacio que había en la pared para su ubicación, hasta que los platos empezaron a salir de la cocina, y solo cuando les tocó el turno de recoger el suyo callaron, pero se mantuvieron cerca los unos de los otros, me figuro que dándole vueltas al asunto que capitalizaba su atención, mientras hacían cola frente a la gran sopera que a punto había estado de rodar por los suelos a causa de la excesiva atención que le había prestado la mujer despeluchada a la que la monja llamó Rosa.

Las cucharas rozando el fondo de los platos fue a continuación el único sonido que se dejó oír en el comedor. Las cabezas de los comensales, apiñados estrechamente en torno a la mesa, se mantuvieron agachadas mientras hubo motivos para que así ocurriera.

## VI

*OBSERVÉ LARGO RATO EL DELICADO* proceder de un hombre que permanecía sentado en el centro de la mesa, prácticamente aplastado por quienes lo flanqueaban. Sus modales exquisitos y suaves, como de alguien acostumbrado al trato con mucha clase de gente, me hicieron suponer que tal vez la suerte le había cambiado bruscamente, casi sin avisar, y entonces sentí mucha pena por él, que trataba de mantener una apariencia en absoluto concordante con el ambiente variopinto en el que debía desenvolverse en esa mesa. Sus ojos, atentos al contenido del plato, apenas llegaban a interesarse por algo que estuviera alejado de su radio de acción. Me fijé en sus manos de dedos finos y flexibles, aunque no exentos de una fuerza que parecía dotarlos de vida propia, como si estuvieran habituados a ejercitarse de alguna manera, y entonces alzó la vista y sus ojos fueron a posarse en los míos, como si mis pensamientos a propósito de las circunstancias que habrían hecho que diera con sus huesos en aquella casa hubieran conseguido arrancarle de su ensimismamiento.

Intenté dejar de mirarlo, hacer como que mi interés por su persona había sido casual, y que me había ido a fijar en él como podría haberme ido a fijar en otro comensal cualquiera. Pero creo que no logré desprenderme de la mirada de conmiseración que, a mi pesar, asomó a mis ojos. Entonces él agachó los suyos, pero no su cabeza, que mantuvo erguida por encima de sus deseos de agacharla, igual que antes había agachado la mirada, y me reafirmé en la idea inicial sobre la parte amarga de su destino, responsable, seguramente, de su perra suerte.

Hubiera querido acercarme a él, de igual modo que hubiera querido acercarme a los otros seres que lo rodeaban, probablemente tan desgraciados como él. Bastaba con repasar detenidamente los rostros de aquellas personas, algunas ya ancianas y otras relativamente jóvenes aún, aunque prematuramente avejentadas por las circunstancias que las habían reunido allí, para desear acercarse a ellas a fin de llevarles un poco de consuelo que les hiciera sonreír. Hasta me descubrí un resto de remordimiento teñido de cierta vergüenza por toda la pena que llegué a sentir por mí misma a causa de mi circunstancial soledad, de ordinario tan buscada, a pesar del peso que me hacía arrastrar de tanto en tanto, cuando se daban circunstancias que obligaban al rito de rodearse de los seres queridos. Tanto me había alejado yo de los míos, o ellos de mí, desde que enterramos a mi abuelo, nuestro último nexa afectivo. Justo entonces supe también que mi tía Delfina se casaba —¡por fin!— con su novio eterno, lo que significaba quedarme sola, aunque me hizo saber que podría comer en su casa los fines de semana, o simplemente ir de visita cuando me sintiera necesitada de afecto. ¡Como si los sentimientos de soledad que asaltan a traición pudieran programarse para hacerlos coincidentes con el fin de semana! Y, sería por todos los recuerdos que se me atascaban a mi pesar a la altura de la garganta, o solo por el mimetismo con las circunstanciales situaciones que parecían concurrir en aquellas personas, que removían mis entrañas, pero en ese momento decidí que quizá, después de todo, también yo podía hallar un poco de consuelo en el variopinto grupo de seres que había ido a encontrar por casualidad, que desconocían la existencia de otros seres aún más solos que ellos, incluso si no lo parecían, o se negaban a reconocerlo, para ocultar una evidencia que acaso hiriera su amor propio.

La madre Esperanza se acercó a mí cuando finalizó la comida y se interesó por mi familia. Que estarían preocupados por mí, suponía, y que podía llamar por teléfono para tranquilizarlos. No usaban normalmente el servicio telefónico, algo que consideraban un lujo, salvo si había

alguna emergencia que mereciera una atención extraordinaria, y mi extravío parecía retratar esa excepcionalidad.

—Ven, acompáñame al despacho. Está ahí mismo, cerca de la puerta principal, así podrás decirles dónde te encuentras, y hacerles saber que estás a salvo.

—Gracias, pero no hay nadie a quien deba avisar —le advertí, pero igualmente la seguí.

—¿Nadie? —miró hacia atrás, incrédula, mientras caminaba muy despacio hacia el despacho.

—Nadie.

—Vaya... Así que también tú estás sola. Pero, ¿sola, lo que se dice sola? —repitió la palabra sola tratando de pasar por encima del significado del vocablo que pareció dejarle cierto regusto amargo en el paladar.

—Así es.

—Entonces, eres huérfana.

—Desde los doce años.

—Pero... alguna familia tendrás.

—Alguna sí. Pero solo tíos y primos a los que casi no he visto desde que enterramos a mi abuelo, el único nexo de unión que había quedado entre nosotros al cabo del tiempo.

—¿Un novio, quizá? ¿Alguna amiga? —No quería darse por vencida.

—Nadie importante. No hay nadie que me eche de menos. —¿Ni siquiera en Navidad?

—Ni siquiera en Navidad.

Estuve a punto de confesarle que precisamente en Navidad se daba esa circunstancia menos que en cualquier otra época del año, pero desistí al suponer que quizá ella fuera del tipo de personas que se amparan en las tradiciones para contar el discurrir del tiempo ordenadamente, sin sobresaltos. Hay quienes se agarran al calendario y, según por dónde transcurran sus hojas, suponen que la vida debe vivirse de un modo determinado, sujetos a emociones y acciones establecidas de antemano. Cada vez es menos frecuente que alguien destierre tradiciones y costumbres para encerrarse en el devenir de su propia existencia, apartada de cualquier lógica. Después de todo, pensé, no iba muy desencaminada la mujer del puesto de artículos esotéricos del mercado medieval instalado en el muelle de La Merced, al sugerirme que imaginara que desaparecía todo lo que conocía, tal y como hasta ese momento lo había conocido, pues sin duda el mero hecho de imaginar algo así debía reportarme el beneficio añadido de otro tipo de vida que, por desconocida, a lo mejor me resultaba más placentera. Deshacer la memoria para armarla de nuevo, llenándola de situaciones que pudieran reparar las ausencias de lo que dejó de existir. Olvidar también la tradicional visita que hacía mi padre al mercado de Santo Tomás, donde compraba comida en los puestos de los *baserritarras* que acuden a vender en los soportales de la plaza Nueva de Bilbao el producto de su trabajo en los caseríos. Olvidar, igualmente, los canturreos de mi madre ayudándome a montar el Belén, mientras esperábamos la llegada de mi padre portando las viandas más tradicionales, y también un árbol que llenaríamos de tiras de espumillón y bolas de colores. Olvidarlo todo para hacer un mundo nuevo donde no hubiera dolores que sanar, como parecían hacer las personas que habitaban en el hogar que encontraron cuando creían que ya lo habían perdido todo.

—¿Y el trabajo? ¿Tú trabajas? Lo digo porque si no despeja la niebla...

—Trabajo en casa. Soy modista. Aprendí el oficio de mi tía Delfina.

—Entonces, no debes decir que estás sola. Tienes familia. Tu tía Delfina.

—Ya no. Desde que se casó casi nunca la veo. Antes, cuando murieron mis padres, vivía con ella y con mis abuelos. Después, al morir mi abuela, nos quedamos los tres solos y entonces debí

ayudarle en su trabajo, y así le cogí gusto al oficio.

—Bonito oficio, por cierto —alabó la madre Esperanza.

—Sí, está bien poder crear algo prácticamente de la nada. Yo la veía a ella afanarse sobre los retales, dándole al pedal de la máquina de coser, y encontraba que aquella actividad era una buena forma de ocupar la vida. Después, cuando las clientas venían a probarse el resultado de su trabajo, a mí me parecía que era un milagro armar a base de los trozos de las telas que antes habíamos cortado, hilvanado y respunteado, aquellos vestidos con los que ellas se iban tan satisfechas.

No le conté que la satisfacción más grande la experimentaba gracias a la soledad de la que por fuerza disfrutaba gracias a mi oficio. Era coser en silencio, sin necesidad de hablar por hablar, ni gastar ideas; solo acompañada por el sonido de las voces que salían del aparato de radio que presidía el salón donde había instalado el taller de costura, igual que había visto siempre en casa de mis abuelos.

—¿Dónde vives?

—En Bilbao. Cuando ella se casó, decidió que era mejor vender la casa de mis abuelos, algo en lo que sus hermanos estuvieron de acuerdo, y además llevaron a cabo la venta a toda prisa. Entonces pensé que tal vez yo podía volver al piso de mi propiedad que quedó vacío cuando murieron mis padres, pero me dio mucha pena imaginarme allí sola, así que lo vendí también y con ese dinero, y con el que me correspondió de la venta del de mis abuelos, pude comprar otro más pequeño en Bilbao, y además dejar unos ahorros en el banco por si venían mal dadas.

Intencionadamente obvié mencionar otra cuenta que mantenía en otro banco, esta intocable, que obtuve como una macabra compensación por haberme quedado sin padres.

—¿Y no visitas a tu familia?

—Al principio sí lo hacía. Algunas veces hasta comía en casa de un tío o de otro. Poco a poco, sin embargo, me di cuenta de que me tenían lástima, y no me gusta que me tengan lástima. Se empeñaban en recordar la desgracia de mis padres, insistiendo en mi desamparo, y en que si no hubiera sido por mis abuelos a saber lo que hubiera acabado siendo de mí... Me harté de darles pena, y de recibir, con el paso del tiempo, más y más disculpas cada vez que los llamaba por teléfono. En cambio, cuando demoraba mi contacto con ellos, me reclamaban por la prolongada ausencia de noticias. Mi relación con ellos se convirtió en una esquizofrenia absoluta, plagada de reproches hechos por quienes no tenían derecho a hacérmelos, quizá para ocultar la falta de atención que en realidad tenían conmigo o habían tenido en el pasado, cuando más los necesité. Era... ¿cómo definirlo...? Era como si mi pena amenazara con ser eterna forzosamente, y ellos no quisieran contagiarse de ella, o no supieran qué decirme para compensar la parte de desapego de la que no querían hacerse responsables. Como si sabiendo que no habían actuado bien quisieran demostrar que sí lo habían hecho, pero ante la falta de argumentos que esgrimir en su defensa no encontraran más salida que reprocharme, quizá para evitar que yo les reprochara, cosa que no pensé hacer nunca, pero ellos no podían saberlo.

—Vaya... —Me pareció que no sabía qué decir—. ¿Y no serán imaginaciones tuyas? Lo de la pena, y todo eso.

—No. O sí. En realidad no sé muy bien qué sentir ni qué pensar. Pero sí sé que eso es lo que siento, y si lo siento así tiene que ser por algo.

—Tal vez seas tú misma, que a lo mejor no te recuperaste nunca por completo, quien desea estar lejos —razonó ella.

—Puede —concedí—. No me importa. No crea que me importa. Vivo bien sin ellos. Vivo bien

sola. Tengo mi trabajo, y eso es suficiente.

—¿Seguro? ¿Estás segura de que el trabajo sirve para llenar una vida por completo? Mira que todos los años que dura una vida no son fáciles de llenar. Y ahora eres joven todavía. Ya verás cuando te sientas sola y no tengas a quién recurrir.

—Pues será como ahora. Ahora tampoco tengo a quién recurrir.

Y, además: ¿importa que la soledad se sienta con más o menos años? ¿Le parece que la soledad de una persona joven es menor que la soledad de un viejo?

La monja guardó silencio. Cerró los ojos y levantó la cara, como si quisiera mirar hacia algún lugar al que obviamente no podía mirar, por tener los ojos cerrados. Al cabo de unos segundos suspiró y los abrió de nuevo.

—Estaba rezando —dijo—. Le pedí al Altísimo que te iluminara las tinieblas que traes en el corazón.

—Se equivoca, madre. No traigo tinieblas en el corazón. Solo miro a la vida del mismo modo que ella me mira a mí: de reojo, como si no me viera, o no quisiera hacerlo.

—Tú te equivocas. Dios no desampara a nadie. Mira a tu alrededor y dime qué ves. Y razona cómo es posible que el milagro de este lugar llegara a darse sin su concurso.

—¿Está segura de que este lugar es fruto de un plan de Dios? ¿De verdad cree que solo sus deseos levantaron estas paredes? Yo más bien creo que es obra de personas. De personas buenas, como usted, como las otras hermanas, y como quienes hacen posible que siga adelante para acoger a los seres desamparados que lo necesiten, pues seres especialmente necesitados y desamparados parecen ser quienes se sentaron en la mesa para compartir la comida que yo misma he disfrutado.

—Estás muy equivocada. Si hay un lugar fruto de un hecho sobrenatural, ese lugar es este.

Entonces fue cuando me contó la curiosa historia de un viejo que llevaba un carrito, que de tanto en tanto pasaba por delante de una residencia de enfermos en la que ella prestaba entonces sus servicios junto a otras hermanas de su congregación.

—Ocurrió hace muchos años, ya no recuerdo cuántos —dijo.

—Alrededor de veinte —le indiqué, haciendo cuentas sobre los años que tendría yo misma cuando fui consciente de que el hombre del carrito pasaba por mi calle—. Tengo bien grabado que, en mis primeros recuerdos a propósito de esa presencia, la barandilla del balcón de mi casa todavía me sobrepasaba en altura, y la primera muesca que hizo mi padre en la pared rebasándola coincide con mi noveno cumpleaños.

—Seguramente. Sí, seguramente serán todos esos años. El caso es que —siguió diciendo— yo escuchaba sus canturreos cada vez que pasaba por delante de la residencia, y cuando podía, salía a la puerta para ver si había alguna cosa que pudiera hacer por él. Pero solía rechazar mis ofrecimientos, alegando que no me hallaba yo precisamente en las mejores condiciones para dar. Tenía razón. No estaba entonces la situación para milagros. A pesar de todo, procuraba guardar todos los papeles que caían en mis manos, por si a él le servían para llenar el carrito y hacerle el avío del día.

—Lo que más le gustaba... bueno, si es que hablamos del mismo hombre, eran los libros. Decía que eran lo más importante de sus pertenencias, y que le parecía penoso que la gente no les hiciera ningún caso. Que mayormente los compraban para adornar las casas, o porque sus autores estaban de moda, y que se desperdiciaba alegremente la sabiduría que había encerrada en ellos...

—Debe ser el mismo hombre. Con lo que estás diciendo, ya no me cabe ninguna duda. Seguro que hablamos de la misma persona: Telmo Barandiarán.

Al pronunciar ese nombre, un revoltijo de emociones, en las que parecieron sobresalir por

encima de las demás una gota de admiración y otra de ternura, a punto estuvieron de hacer brotar de sus ojos unas lágrimas que, contra todo pronóstico, se le quedaron estancadas en el borde de los lagrimales, formando una pequeña pared transparente, como una diminuta catarata a punto de saltar y despeñarse pendiente abajo. Y yo seguí desgranando las palabras que recordaba haber oído cuando el hombre me enseñó sus posesiones:

—Que los rescataba, decía. Que los rescataba para que tuvieran un destino que fuera digno del trabajo que cuesta pensarlos, escribirlos y hasta encuadernarlos.

—Así era él, a pesar de todo. Porque era bueno. No debe importar que sucediera aquello que se convirtió en un escándalo y además le costó el porvenir. ¡Y qué porvenir!

—¿Qué sucedió? —me interesé.

—Es una larga historia. Yo la conocí cuando ya había dejado de pasar por la puerta de la residencia. Un buen día echamos en falta sus gritos, y así ocurrió al siguiente, y al otro, hasta que nos acostumbramos a su ausencia.

—¿Se murió?

—Entonces supusimos que sí. No teníamos idea de qué podía haberle ocurrido, si es que le había ocurrido algo. Solo sabíamos que de buenas a primeras había desaparecido, así que todos los que lo conocíamos y además teníamos algún trato con él, dejamos de verlo.

—¿Y ocurrió hace mucho? Lo de la desaparición, digo.

—Esto que te cuento ocurrió hace ocho años, aproximadamente. Sí, algo así. Tienes que disculparme, pero soy muy mala para recordar fechas. Se me hacen un lío en la cabeza.

—Entonces yo ya no vivía aquí —le informé, como si me estuviera excusando por haber olvidado con tanta facilidad la existencia de ese hombre que me llenaba las mañanas de vida con sus gritos de pedigüño, empeñado en hacer que las personas vaciaran sus casas de los papeles inservibles que a él, sin embargo, tanto le servían.

—Ya te habías quedado sola.

—Ya me había quedado sola.

—Y ya no regresaste al pueblo nunca más.

—Alguna vez, sí. Ya le dije antes que al principio comía en casa de alguno de mis tíos con cierta frecuencia, hasta que esas visitas fueron espaciándose. Lo que siento es haberme olvidado del hombre que me descubrió un mundo que no creí que existiera.

—Así era Telmo Barandiarán: un ser con un extraño magnetismo que hechizaba a quienes tenían el privilegio de gozar de su cercanía —dijo la monja con mucha emoción.

—Mi madre decía que tuviera cuidado con aproximarme a él, por si me pegaba alguna clase de infección, porque a saber por dónde andaría, ni dónde viviría. —Sonreí al recordar aquellas prevenciones que no entendía.

—¿Por qué te advirtió eso tu madre?

—Porque un día que esperé su llegada asomada al balcón agité la mano en señal de saludo. Ella supuso que había hablado con él y me regañó.

—¿Ya habías hablado con él?

—Entonces sí, y también me había enseñado ya lo que guardaba en las casuchas que se había construido con cartones y láminas metálicas. La primera vez, por cierto, me castigaron por llegar tarde a casa. Me escapé para seguirle y saber qué hacía con todo lo que recogía. Ocurrió un día que no fui al colegio porque estaba acatarrada, así que bajé a la calle y anduve toda la mañana detrás de él, tratando de desentrañar el misterio que me causaba su constante deambular por las calles del pueblo.

—No me extraña que te encandilara. Cualquier ser medianamente sensible notaría en el acto una irresistible atracción hacia su persona. Era un hombre muy peculiar, quién sabe si por lo que le ocurrió. Lástima que su apariencia, siempre tan descuidada, impidiera un acercamiento más natural a él.

—¿Por eso me dijo mi madre lo de la infección que podía pillar?

—Seguramente. Y tiene su lógica, al menos desde el punto de vista de una madre. Claro que, imagínate si nosotras negáramos el auxilio a las personas que llaman a nuestra puerta vestidas pobremente, sucias las más de las veces, y con un aspecto de desaliño que hasta dan un poco de miedo al primer golpe de vista.

—¡Pobre gente! Da mucha pena verlos —le dije, pues en verdad había sentido mucha pena por todos ellos, aunque algunos me hubieran llegado más hondo que otros en el sentimiento.

—Tú también me diste mucha pena cuando abrí la puerta y te vi aterida de frío.

Pena... Pena... Me repetí esa palabra varias veces ¡Qué sentimiento tan triste! Yo no quería dar pena, aunque entiendo que se la diera a ella por causa de mis circunstancias.

—¿Y por qué hablaste de un hombre que te había ayudado, y también de un perro? —me preguntó entonces.

—Porque me ayudó un hombre. Fue al cruzar la ría... —¿Cruzaste la ría? ¿Sabes lo que estás diciendo? —se extrañó.

Dudé en seguir hablando para contarle lo que me había ocurrido desde que salí de casa la tarde anterior con mi pena acuestas. Dudé sobre la conveniencia de hablar de un perro que surgió de la nada y me empujó durante toda una noche y buena parte de la mañana siguiente, hasta conducirme a un lugar que había sido mío en el pasado, aunque ya no lo fuera en el presente. No tenía mucho sentido narrar una aventura que parecía irreal cuando la imaginaba primero y trataba de ponerla en palabras después.

—Crucé la ría, sí, es un hecho. Y si ahora estoy aquí es porque crucé la ría —le dije, saltando sobre los temores de parecer desequilibrada ante los ojos de quien me escuchaba.

—Pero... no se ve nada. Es de todo punto imposible ver nada. Tú misma puedes comprobarlo, si solo te asomas a una de las ventanas...

—Ya lo sé. Y sé también que fue el perro el que me condujo hasta aquí. De haberme encontrado sola dudo que lo hubiera conseguido, aunque seguramente no lo hubiera intentado —dije—. De hecho —continué—, no sé si se me hubiera ocurrido.

—Entiéndeme, hija, y discúlpame, pero tengo que dudar. Un hombre no puede aparecer de la nada para esfumarse a continuación. Y tampoco un perro. Y puedo asegurar que cuando abrí la puerta solo estabas tú.

—Pues... se irían... —dije, aunque yo misma dudaba también de que pudiera despacharse la cuestión con una explicación tan sencilla. —O se trata de un milagro. Los milagros se dan cuando alguien los necesita mucho...

—¿Milagros? Yo no creo en los milagros.

—¿No tienes fe? —preguntó, pero no esperó mi respuesta—. No importa, mucha gente pierde la fe en algún momento de su vida y después la recupera.

—¿Qué es la fe? Y, discúlpame ahora usted, madre, pero si la fe es creer en lo que no se ve, más vale que me dé una explicación más convincente.

—La verdad... no sé muy bien qué responderte. Si no se tiene fe, es muy difícil explicarla. Aunque bien podría decirte que no importa que no se sienta, sino el hecho de estar en disposición de recibir los hechos inexplicables que nos sucedan cuando sea menester que así ocurra.

—Hace mucho tiempo que no espero nada de nadie.

—Pues, ya ves: sin esperar nada, resulta que te encontraste con un lugar que te salió al paso cuando más lo necesitabas, con personas dispuestas a ampararte, y tan alejado del lugar en el que ahora resides...

—Fue el perro —repetí con la obstinación de quien sabe fehacientemente lo que ocurrió, aunque no le sea posible explicarlo, o no pueda darle un sentido que resulte convincente o solo entendible.

—El perro. Vuelves al perro. Me pregunto qué perro tuvo que ser ese, tan especial como para guiarte en mitad de la noche, estando como estabas rodeada por la blancura de la niebla.

—Beltza. Se llama Beltza.

—¿Beltza? —abrió sus ojos exageradamente—. Ahora sí que empiezas a preocuparme, ¿sabes quién tenía un perro llamado Beltza?

—El hombre del carrito: Telmo Barandiarán —pronuncié su nombre, en mi caso por primera vez.

—¿Y no te parece un poco extraña la coincidencia, o más extraño aún, que se trate del mismo perro?

—Un poco sí —me rendí a medias—, pero si era él, pues era él. Aquí sí sería lógico hablar de milagros, ¿no está usted convencida, según me ha dicho, de que existen los milagros?, pues bien puede tratarse de uno, y quién sabe si por haberse dado luego a adquirir un poco de la fe que he ido perdiendo por el camino.

—Beltza —repetió de nuevo el nombre del perro—. Beltza, ¡ese sí sería un buen milagro!

—El mejor.

—Y muy grande —dijo ella.

—Veo que también usted conoció al perro.

—¿Y quién no, que le hubiera conocido a él? Al fin y al cabo, fue el perro lo único que pudo conservar cuando lo perdió todo. ¡Y qué perro! Tenía la nobleza dibujada en la cara. Era como una persona muy sabia, siempre examinando detalladamente las intenciones de quien se le pusiera delante. Pero no siempre iba con él. Algunas veces lo dejaba en el descampado, decía que cuidando de sus pertenencias. ¡Que era su socio! ¿Te imaginas? ¡Su socio! —Rio de buena gana la monja.

Me abstuve de hacer comentarios que pudieran desviar los pensamientos que parecían estar alborotándole la memoria. Dejé que se recreara en los recuerdos que le habían venido al presente, viajando quién sabe desde qué momento del pasado. Ni siquiera se alertó cuando las voces procedentes del comedor, distante escasos metros del despacho donde se hallaba el teléfono, sobre una mesa llena de papeles escoltada por dos hileras de cajones en los laterales, arreciaron en un claro indicio de que las discrepancias acerca del montaje del Belén —¿o existiría ya otra clase de interés en los habitantes de la extraña casa?— se habían reavivado.

De nada sirvió que yo guardara silencio, esperando que alguna revelación de reciente aparición en el consciente de la monja viniera a facilitarme más datos que ilustraran la personalidad del viejo del carrito, y, sobre todo, de las circunstancias que habían tenido la culpa de que su destino fuera el que yo conocí, en lugar del otro que hubiera debido ser, de haber seguido la línea recta de su vida, en vez de desviarse por el ramal que fue su perdición. Es lo que deduje de las pocas explicaciones que recibí de la monja.

—Discúlpame, hija —dijo al fin—, en otro momento seguimos hablando. Ya estás oyendo el jaleo que tienen montado ahí dentro. ¡Dichoso Belén! Total, si son solo unos dibujos hechos por ellos mismos..., y no tendrían por qué pegarlos en la pared con un orden tan obsesivo. Se trata



únicamente de un pequeño adorno que, mira tú por dónde, los trae de cabeza.

—Seguramente no estarían tan alborotados si no fuera por la niebla. También yo empiezo a ponerme nerviosa, y apenas acabo de llegar.

—Es cierto... Y, a propósito: ¿qué te parecen las personas que has visto?, ¿te gustan? —me interrogó de pronto.

—Pues... no lo sé... Casi no las conozco. Apenas me he fijado en algunos rostros, fundamentalmente en los que me han parecido un poco más tristes que los demás. ¿Por qué quiere saberlo?

—Por curiosidad. Solo por curiosidad.

—¿Curiosidad? —Pretendí que añadiera algo más.

—Sí, curiosidad. Aunque debo reconocer que la mía es una curiosidad interesada. Me gusta la gente compasiva. Me gusta la gente que es capaz de ponerse en la piel del prójimo. Telmo Barandiarán decía que no era bueno juzgar a nadie hasta que no se hubiera andado un buen trecho del camino calzando sus propios zapatos y rumiado sus mismos pensamientos. En fin, es solo curiosidad, nada más. Y no creas que te estoy examinando. No me importa cómo sean las personas que necesitan ayuda, aunque debo confesarte que prefiero que quien la recibe sepa apreciarla.

Salimos del despacho, ella caminando por delante de mí, muy decidida, y yo resignada forzosamente, que es una de las peores formas de resignación, hasta que llegara el momento de escuchar las revelaciones que me permitirían conocer la verdadera personalidad del viejo del carrito, el que me despertó la curiosidad por los libros y por quienes los escriben. Supuse que iríamos al comedor, para ver si era capaz de poner paz, pero de pronto se paró y me miró de arriba abajo con mucho detenimiento, casi escrutando lo que hubiera latíendome por dentro.

—Estoy pensando... que los de ahí pueden esperar. No creo que llegue la sangre al río si los dejo discutir un poco más. Antes quiero que conozcas a una persona a la que aún no has tenido oportunidad de ver. Se trata de la hermana Teresa.

No respondí, ni pregunté nada. Solo asentí paciente, pues el hecho parecía decidido. Pero sí me intrigó su mirada, vidriosa, casi doliente, y solo cuando abrió la puerta de la habitación que había a la derecha del comedor, prácticamente bajo la escalera de acceso al piso superior, entendí el porqué de ese dolor dibujado en sus ojos.

Allí, efectivamente, había una mujer reclinada en una butaca que apenas se movió cuando escuchó el roce de la manilla de la puerta chirriando al ser accionada. La penumbra que envolvía la estancia no impidió que también distinguiera la aquietada silueta de alguien que yacía en una de las dos camas que prácticamente componían el mobiliario de la habitación al completo.

—Empezaba a quedarme dormida —dijo la mujer que descansaba en la butaca.

—Ya pronto vendrá la hermana Salvadora para relevarla. Anda un poco atareada ayudando a la hermana Lourdes en la cocina. Es por la cena de Nochebuena.

—Ya, ya, ya lo supongo, y no veo la necesidad de hacerla venir todavía. Si acaso más tarde, o después de la cena...

—También usted debe descansar —interrumpió la madre Esperanza las palabras de la mujer—. Pero, en realidad, ahora solo he venido para que conozca a esta chica que apareció por aquí poco antes de la hora de la comida.

—¿Ya ha despejado la niebla? —dijo, haciendo ademán de incorporarse del sillón.

—No, ni mucho menos. Llegó a pesar de la niebla, que no ha levantado, ni parece que vaya a hacerlo próximamente.

—¿Y... cómo...?

—Eso mismo me pregunto yo: ¿cómo? Y seguramente ella se lo pregunta también, ¿verdad? —Me miró entonces—. Se llama Maite. —Yo soy la hermana Teresa —dijo, y me dedicó una sonrisa angelical que parecía brotarle de un interior sin fondo conocido. —Ya me hablaron de usted.

—No demasiado mal, espero —me dijo, dejando escapar una risita inocente.

No sé por qué no le dije que cómo podría alguien hablar mal de personas como ellas, entregadas a las necesidades de seres que nadie más querría cuidar a cambio de casi nada, por no decir nada en absoluto, salvo el sustento. Encerradas en aquella casa, esperando a que el timbre sonara de tanto en tanto, para ver qué clase de desgracia traía consigo la persona que hubiera acertado a dar con ellas.

—Bueno, ya conoces a todas las hermanas encargadas del funcionamiento de la casa. Ahora vamos al comedor, a poner esa paz que tanto parecen necesitar los organizadores de la fiesta. ¿No ha escuchado la algarabía? —se dirigió entonces a la hermana Teresa.

—¿Cómo no hacerlo! Lo que espero es que no la escuche ella. —Señaló al bulto que yacía en la cama.

—Ojalá pudiera hacerlo, siquiera para saber que al menos puede molestarse por algo —dijo la madre Esperanza—. Y ahora, sí, ya nos vamos.

Mientras transcurrió el instante que empleó en cerrar la puerta con todo el sigilo de que fue capaz, su rostro se alzó suplicante hacia el hipotético cielo que obviamente no se podía ver por estar bajo techado, aunque ni siquiera de haber estado en la calle hubiera podido hacerlo por culpa de la dichosa niebla.

—La perversidad de la gente no conoce límites. Figúrate que encontraron a esa pobre mujer, a la que acabas de ver en esa cama, ahora al cuidado de la hermana Teresa, durmiendo en la calle, sentada en la silla de ruedas de la que no puede prescindir —me explicó—. Tres días con sus noches llevaba en esa situación, con las necesidades de todos esos días aplastadas bajo el peso de su cuerpo. Y, lo que es peor: bañada en sudor a causa de la fiebre que le produjo un fuerte enfriamiento por estar tanto tiempo al raso, sola y desprotegida...

—¿En la calle? —Me extrañé—. ¿Y en una silla de ruedas?

—Así es, hija, así es. En la calle. La bajaron a la fuerza de su casa, que estaba en la cuarta planta de un edificio sin ascensor que van a rehabilitar, y allí la dejaron, sin preocuparse por si tendría un sitio en el que instalarse. Por lo visto llevaban varios meses avisando a los vecinos, casi todos necesitados, para que buscaran otro lugar en el que vivir, pero ella no pudo hacerlo, ni el hijo que vivía con ella..., porque no tenían adónde acudir. Pero más grave me parece la dejadez de la asistenta social que los visitaba de vez en cuando. Sinceramente, no sé qué clase de ayudas prestan ciertas instituciones, ni qué criterios siguen a la hora de movilizarse para acomodar a quienes en verdad no tienen absolutamente nada. O será que ya no dan abasto, con tantas necesidades como hay pendientes de cubrir... ¡Quién sabe! Quizá ellos mismos se ven sobrepasados por tantas situaciones desesperadas que no se ven capacitados para resolver.

Traté de imaginar la estampa que presentaría la silla de ruedas ocupada por la mujer, abandonadas ambas en la calle, con las personas que pasaran por su lado cuidando de bordear la escena agachando la cabeza y mirando hacia otro lado para no contaminarse de pena. Porque nadie quiere contaminarse con penas ajenas. Las miradas agachadas, humilladas por causa de la pena, van haciéndose más y más frecuentes en las calles de las grandes ciudades. No, nadie quiere asistir a un espectáculo que acogota el orgullo herido, a veces por dejadez y a veces por impotencia.

—Y lo peor no es lo que te he contado —siguió hablando la monja después de haber tomado

aliento—. Lo peor es que había alguien más a su lado. Alguien en su misma situación... que no aguantó. Tendría que haber sido al revés, que fuera ella quien no aguantara, pero fue su hijo, también inválido, el que se llevó la peor parte. Él ya estaba muerto cuando dos de las personas que nos prestan ayuda ocasionalmente llegaron hasta ellos, después de haber sido alertados por gentes que seguramente no podrían soportar la crudeza de la escena que mostraba impudicamente a dos seres abandonados a su suerte en plena calle.

—¡Joder...! —exclamé, y de inmediato tapé mi boca con la mano—. Perdona, madre...

—Está bien. Está bien, no te disculpes. A saber qué diría yo si no me debiera a los hábitos, los que ya no visto por comodidad, pero que van conmigo por dentro.

—¡Qué mundo! Todos vamos cada vez más a nuestros intereses. Miramos hacia el lado contrario cuando vemos alguna necesidad. La pena nos asusta, y las desgracias parecen empujarnos a correr en dirección contraria —dije en voz alta.

—Será el progreso. Digo yo que será cosa del progreso. Otra cosa no me cabe en la cabeza. El progreso, que trae consigo tanto distanciamiento.

—¿El progreso? ¿De verdad cree que el progreso consiste en huir de la necesidad del prójimo?

—Es una idea. Antes, cuando había más necesidad, o menos opulencia, quien más y quien menos tenía un corazón que se le removía, aunque solo fuera por miedo. Bien es cierto que era un miedo interesado; un miedo a verse en una situación parecida y que no hubiera nadie cerca que lo auxiliara. Ahora, sin embargo, con tantos adelantos es más fácil esconder la necesidad, pasar por su lado caminando a toda prisa, huyendo si es preciso, para refugiarse cada cual en su casa, seguramente cómoda, a la que habrán llegado conduciendo un coche que aísla del barro de la calle.

En absoluto me pareció una teoría acertada; más bien traté de adivinar en sus palabras una necesidad de hablar, solo por el deber de verbalizar de algún modo aquello que no podía explicarse de ninguna de las maneras. Pero tampoco yo disponía de teorías que sirvieran de algo ni pudieran proporcionar el menor consuelo. A mí me educaron en la necesidad de mirar a la desgracia con valentía, sin miedo, para que la conociera bien, por si alguna vez yo me veía en las mismas. Y si conoces algo es más fácil enfrentarlo, también si el conocimiento no logra privarte absolutamente del miedo.

## VII

*UNA GRAN FUENTE DE PATATAS FRITAS* cortadas en cuadraditos, que parecían haber sido medidos con una regla por la minuciosidad de sus proporciones, presidía la mesa. Muy cerca, había otra fuente con patatas cocidas sobre judías verdes, y al otro lado, otra fuente más, esta con patatas que habían sido asadas con su piel. Más cerca de los lugares que ocuparíamos los comensales se distribuían pequeños platillos con trozos de carne guisada, aderezada con el vino al que todavía olía, y guisantes que nadaban en una curiosa salsa que tenía el color de los caramelos de café con leche que mi padre simulaba sacarme de las orejas. Y sopa, una gran soperita llena a rebosar de sopa hecha con pescado del que solo pareció quedar la sustancia, pues eran escasos los tropezones que nadaban en ella. El pan que salteaba la mesa, cortado en pequeños trozos, parecía racionado, como si hiciera falta aguantar el aislamiento a que obligaba la obstinada presencia de la niebla. Los embutidos, por contra, eran abundantes gracias a la gentileza de los tenderos del barrio, que junto a los clásicos turrónes y mazapanes los habían incluido en cantidad en las cajas que enviaron como era su costumbre, y era evidente que estaban a la libre disposición de quienes quisieran llenar la barriga, a falta de otras exquisiteces que, por supuesto, prácticamente ninguno de ellos echaba en falta. Ni siquiera yo, más habituada a elegir los alimentos que me apetecían cuando hacía la compra sin cortapisas de ninguna clase que me impidieran adquirir lo que en cada momento se me antojara. Se ve que es fácil acostumbrarse a lo más elemental cuando la necesidad aprieta.

—¡Alegría! ¡Alegría! Es Nochebuena y tenemos cena de sobra y un techo bajo el que cobijarnos. ¡Somos afortunados!

Lo dijo el hombre de la chaqueta con los cuadros desdibujados. El que se erigió en ingeniero de caminos a propósito del montaje del Belén adherido a la pared. Entonces un enjambre de manos levantó los vasos que habían llenado con vino unos —los más— y con agua los otros.

—¿Y no es mejor que bendigamos antes la mesa? —sugirió la hermana Rosario, la monja que se encargaba fundamentalmente de la limpieza y algunas veces vigilaba el pasillo del piso superior.

—¡Que lo haga Daniel! —sugirió una voz femenina procedente del otro extremo de la mesa.

—¡Eso! ¡Pero tiene que recitar una poesía! —Afinó más todavía otra voz, también femenina, situada esta cerca de mí.

—¿Una poesía? —Se levantó el aclamado Daniel—. ¿Queréis una poesía? ¡Vaya! Pues debéis de ser los únicos. Ya sabéis que la gente se cansó de mis poemas, los olvidó, porque no eran alegres. Empezaron a querer cosas alegres, y sosas, de las que no dicen nada... Nada que sea de verdadera enjundia. La gente no quiere pensar, ni sufrir. Por lo visto ya no se sufre por nada, y cuando se sufre es porque quien lo hace es un desgraciado que no tiene dónde caerse muerto. Ahora andamos todos sumergidos en una felicidad artificial que acabará derivando en tontuna, ya lo veréis. Y si no, al tiempo —concluyó antes de volver a sentarse.

—Deja de quejarte y recita algo —sugirió el hombre de la chaqueta de cuadros desdibujados—. No nos importa lo que piensa la gente de la calle, ni lo que opinen de tus poemas. Aquí solo estamos nosotros, los apestados o lo que quiera que seamos, y resulta que a nosotros sí nos gustan.

Volvió a levantarse Daniel. Todos los ojos estaban puestos en él. Y el mismo hombre que me recibió de niñas, temeroso por si la aparición de una boca más hacía escasear la comida que

tenían, el mismo que no dudó en descender de la escalera en la que se hallaba encaramado cuando irrumpí en el comedor acompañando a la madre Esperanza, sin duda espoleado por esa clase de egoísmo que se da cuando acucia la necesidad, me pareció en ese momento un ser muy diferente. Porque el rostro de ese hombre ahora poco tenía que ver con el otro rostro que anteriormente había visto de él, cuando se bajó de la escalera aún una vez más, para contemplar con cierto detenimiento y mucho embeleso la artística composición hecha a base de coloridas trenzas de espumillón que consiguió armar aprovechando los brazos torneados de la lámpara del comedor.

—Si así lo queréis, así será —dijo, y entonces cerró los ojos, carraspeó suavemente y apretó los puños—. Estoy herido de muerte / manchado de indiferencia, / cansado de ser sobrante / en este mundo indecente / que no se conforma nunca / con herir al caminante / que lo transita indolente, / pleno de tantos pesares / por más que haya puesto infinidad de sueños / en cruzarlo sin mancharse / con el tizne del olvido / que no es posible quitarse.

Calló Daniel y el silencio se hizo tan denso como la niebla misma que atisbaba por cada resquicio que comunicaba con el exterior. Los ojos del hombre me miraron entonces, antes de volver a sentarse, y yo solo pude morderme el labio inferior en un gesto que pretendió evitar que las lágrimas rodaran por mis mejillas.

—Es bonito eso que has recitado, Daniel —dijo la hermana Rosario—. Sí señor, es muy bonito. Triste, pero bonito. —Gracias hermana, pero, ¿cómo quiere que se me ocurra algo que no sea triste?

—No es un reproche —trató de disculparse la monja—, ni mucho menos. Yo entiendo las cosas, y también las sufro. No olvides dónde estás, ni quiénes están contigo. No olvides que somos como tú. Y no olvides, sobre todo, que estamos de tu parte.

—Sí, sí, seguro que eso ya lo sabe, ¿verdad Daniel?, pero recuerdo que la mesa sigue sin ser bendecida —reclamó la madre Esperanza—. ¿Algún voluntario?

Nadie se movió. Supongo que se impresionaron por el poema de Daniel, cada cual pretendiendo hacerlo suyo, a pesar del hambre que parecían sentir en su mayoría, o al menos aquellos cuyos rostros podía ver desde la perspectiva que me proporcionaba el lugar que ocupaba en la mesa. O sería que veía en las caras de los demás el reflejo de lo que sentía mi propio estómago, tan vacío, a causa de los pocos alimentos que había ingerido desde el día anterior —exceptuando el plato de sopa de la comida, y entonces ya no fueron muchos—, atareada como estaba en terminar la confección de un traje de chaqueta encargado por una mujer que pensaba utilizarlo durante la noche siguiente en la cena familiar (reparé entonces en que en ese mismo momento debía estar embutida en él). Por suerte fue a recogerlo antes de que me diera por abandonar la casa para huir del empalagoso espíritu navideño. Ella tenía familia, y motivos para vestirse con un traje hecho a partir de una tela carísima. De ahí la prisa que se dio en recogerlo. Yo, sin embargo, casi nunca debía preocuparme demasiado por la ropa que me pondría. El destino parecía haber decidido por mí desde que el proyecto de mi persona se había puesto en marcha.

—Que Dios bendiga a todos los de esta casa —se arrancó finalmente la hermana Rosario—. Y que no nos ponga más trabas de las que seamos capaces de soportar.

—A comer —dijo entonces la madre Esperanza.

Unos gemidos que me resultaron familiares se iniciaron entonces en algún lugar de la mesa. Me giré instintivamente hacia el lado derecho, de donde parecían venir. Y todos los rostros siguieron la estela de los gemidos que salían de la boca de la Bella Charito.

—¡Pero bueno, Charo!, ¿se puede saber qué te pasa ahora? —se elevó la voz de la madre Esperanza por encima de la llantina de la mujer.

—Déjela, madre. Déjela llorar si quiere hacerlo.

La autora de la petición, la mujer flaca y despeinada a quien la madre Esperanza llamó Rosa, la que lo miraba todo con los ojos tan abiertos como si lo que veía no le cupiera en ellos, estaba sentada junto a la Bella Charito, y parecía haberse erigido en su protectora. Curiosa situación, siendo ella misma un ser digno de recibir tanta protección como lo era la propia Charito.

—Después te contaré la historia de esa mujer —me susurró la madre Esperanza—. Se llama Rosa, no sé si ya te lo he dicho, y siempre tiene miedo, por si vuelve a quedarse sola. Ahora es mejor no mirarla, para que no se azore más.

Muy cerca, sin perder detalle de cuanto acontecía, estaba el hombre de buenos modales que cruzó su mirada con la mía a la hora de la comida; el poseedor de las manos de dedos finos y delicados.

—Es Carmelo —volvió a susurrar la monja a mi oído—. Fue pianista, y de los buenos. Daba muchos conciertos en sitios importantes y conocía a gente de mucha categoría. Pero ya ves: también acabó aquí.

Recorrí los rostros que abarrotaban la mesa, algunos tristes, creo que demasiado para estar celebrando una circunstancia agradable en sus vidas; los otros risueños, también demasiado, teniendo en cuenta lo efímera que podría ser la duración de su felicidad. Y me dio por suponer que la tristeza de los cariacontecidos tenía que estar relacionada con aquello a lo que seguramente debieron renunciar, en tanto que la risa de los más gozosos debía escenificar la satisfacción por tener un cobijo del que habrían carecido antes, en las otras circunstancias de las que fueron rescatados. Siempre sucede que es más desgraciado quien ha tenido más, acaso por recordar y lamentar aquello que tuvo y después perdió; mientras que quien ha vivido sin tener, malamente puede echar de menos lo que nunca poseyó y solo soñó que lo tenía o podría tenerlo algún día.

Los gemidos de la Bella Charito se fueron apagando, ahogados por las voces que empezaron a elevarse gradualmente, hasta que se formó un murmullo en el que difícilmente podía nadie llegar a ser entendido cabalmente.

Miraba Daniel, el poeta, hacia el lugar que ocupaba yo, junto a la madre Esperanza. Me miraba también Carmelo, el pianista, igual que hizo durante la comida. Y pugnaba yo por desterrar de mí el sentimiento de compasión que me inspiraban todos, fundamentalmente ellos dos, porque antes fueron afortunados —¿los más afortunados?— y después dejaron de serlo, convirtiéndose, por tanto, en seres quizá más desgraciados que los otros.

—¿Quedan más patatas asadas? —preguntó el hombre de la chaqueta con los cuadros desdibujados, alzando la voz—. Están buenas mojadas en la salsa de la carne.

—Parece que andas todavía con hambre atrasada —replicó la voz de alguien en quien aún no había reparado.

—¡Mira quién habló! ¿Has matado tú completamente el hambre que traías encima cuando llegaste?

—le respondió el aludido. —Yo no traía hambre ninguna. Solo me quedé en la calle. A mí no me echaron de mi trabajo —replicó.

—¡Haya paz! Es Nochebuena. Es una noche de buena voluntad. Ya os he dicho muchas veces que aquí no se toleran los reproches, ni las insinuaciones acerca de quién pasó más necesidad y quién menos. ¿Somos o no somos todos iguales?

Las palabras de la madre Esperanza apaciguaron el ambiente. De nuevo el silencio fue sepulcral; hasta que los murmullos volvieron a elevarse progresivamente.

—¿Se puede repetir sopa?

La pregunta la hizo un hombre al que le faltaba un brazo. Ya antes, en la primera incursión que

hice en el comedor, cuando vi por primera vez aquella amalgama de rostros contemplándome como si fuera alguien a punto de unirse a la extraña hermandad que parecían formar, creí detectarle esa anomalía. Después, mirado con más detenimiento, solo pude certificar la ausencia de la mano, no así del resto de la extremidad. Fue la madre Esperanza quien me confirmó que le faltaba el brazo entero, casi hasta el hombro, perdido en la embarcación de pesca en la que faenaba hasta que le sucedió el percance.

—Se puede repetir de todo hasta que se acabe —dijo la hermana Lourdes, muy satisfecha por la excelente acogida que tuvieron sus guisos.

—¿Hasta que se acabe? —rezongó Daniel.

—Sí, hijo, hasta que se acabe —repitió ella.

—Pues mejor nos iría si guardáramos algo, por si acaso. ¿Qué tal si esta maldita niebla no despeja y tenemos que racionar la comida porque nadie puede llegar hasta aquí, ni nosotros salir en busca de ayuda? —añadió el poeta.

—¿Qué pesimista eres! Se diría que no tienes fe en la Divina Providencia —le reprochó la cocinera.

—¿Y no será que es la Providencia esa, de la que usted habla siempre, la que no tiene confianza en mí? Más de una vez me ha dejado esperando. Venga a esperar y a esperar, haciendo de tripas corazón, confiando en el mañana, ya ve para qué.

—Para estar aquí, con nosotros, y traer un poco de luz a muchos corazones que vivían en la oscuridad —sentenció la madre Esperanza.

—¿Y mi luz? Porque yo también necesito luz. ¿Quién me trae a mí la luz que me falta? Y a ese. —Señaló al pianista—. Y a todos los demás.

No hubo respuesta, y de nuevo cayó el silencio sobre los presentes. Y me imaginé las vidas de esos seres, algunos desgraciados, otros amargados, los más desterrados de su mundo, cuando se acostaban por la noche sin una gota de ilusión que llevarse al corazón, con la sensación de estar en un periodo de su existencia que ya no podría repararles alegría ninguna.

Por suerte, la llegada de las bandejas llenas de turrónes y mazapanes sumó alegría a sus corazones, ávidos de conquistar un gramo de felicidad de vez en cuando. Y no hubo durante un rato muy grande voces alzándose para demandar más de lo que ya tenían. Tampoco protestaron cuando las bandejas se vaciaron. Solo hubo entonces una petición: «Que alguien cuente algo, lo que sea». Lo propuso la hermana Salvadora, habitual contadora ella misma de las historias con las que solía entretener muchos de los ratos de aquellas personas.

—Pero hermana, si es usted la que habitualmente nos cuenta las historias —dijo el hombre manco, de nombre Cecilio.

—Por eso lo digo, para que esta noche exista alguna diferencia con las otras noches.

Instintivamente los ojos de aquellas personas se volvieron hacia mí, y me sentí desarmada. ¿Qué podía contar yo, que no sabía de historias atractivas, ni de cuentos o leyendas que pudieran interesar a nadie?

—Cuéntenos algo, anda —pidió la joven monja—. Lo que sea. —No sé contar cuentos, y no conozco historias interesantes —me disculpé.

—¿Y por qué estás aquí? —se interesó el hombre de la chaqueta de cuadros desdibujados.

—Me perdí. La niebla me sorprendió en la calle y me perdí. —Pues dínos qué hacías en la calle, y cómo fue que diste con nuestra casa —insistió.

—Es una larga historia, muy poco interesante. Simplemente me despisté y ya no pude regresar a casa.

—¿Y dónde vives? ¿Ya saben en tu casa que te perdiste? —Trató el hombre de sacar, a pesar de todo, una narración en toda regla acerca de mi extravío.

—Aquí todos cuentan historias referidas a sus vidas —intercedió la hermana Salvadora—. Todos en algún momento han explicado en voz alta por qué están aquí.

Sentí entonces el impulso de decir que quizá todos los que contaron en algún momento la historia de su vida, o la circunstancia que los llevó a la casa, solo necesitaban justificarse para hacerse merecedores de los favores que allí recibirían. Yo, por contra, solo me había perdido, y no necesitaría quedarme allí cuando ya no hubiera impedimentos para regresar a mi casa. Que había una diferencia muy grande entre ellos y yo, supuse; ellos tan desgraciados y yo tan... ¿afortunada? Me asusté al pensar en el calificativo que estuve a punto de otorgarme.

—¡Pues que Daniel diga algo...!

—¡Sí, sí, que diga algo Daniel...!

Y las otras voces siguieron a las dos primeras, sin que el aludido pareciera tener intención alguna de complacer a la concurrencia. —Vamos Daniel, no te hagas el interesante. Recítales algo —sugirió la madre Esperanza.

—¿Otra vez? ¿Por qué siempre tengo que ser yo el bufón que alegre sus noches tristes? —respondió el poeta—. ¿Por qué yo? ¿Es que no hay nadie más?

—No eres un bufón, y lo sabes. Un poco gruñón, si acaso —trató de bromear ella.

—Los poemas se hacen para ser leídos, no para contarlos en voz alta —se defendió.

El hombre de la chaqueta de cuadros desdibujados se levantó en ese momento. Creí que él aceptaría contar alguna historia, pero se limitó a caminar muy despacio, hasta cubrir completamente el trecho que lo separaba de la puerta de entrada, y desapareció sin decir una palabra. El silencio se hizo más denso, casi doloroso, salpicado apenas por frases vacías que no consiguieron redondear completamente aquella noche que en mi fuero interno imaginé más cálida que las otras noches —también «Buenas»— que todavía recordaba con bastante fidelidad, estas —las mías— rodeada por los miembros de mi familia, cuando todavía se reunían con propósitos de buena voluntad y entendimiento, a pesar de todos los reproches que se guardaban durante el resto del año para espetárselos unos a otros aprovechando el achispamiento que les proporcionaba el exceso de vino que solían ingerir.

—Se llama Ricardo —me dijo la madre Esperanza—. Y trabajó durante muchos años en la biblioteca municipal del pueblo. Fue antes de que su mujer abandonara la casa que compartían sin darle ninguna explicación. Después, simplemente, perdió el rumbo.

El rumbo, dijo. Que perdió el rumbo. Ya no era una novedad saber que todas aquellas personas perdieron el rumbo, «su» rumbo, el que hubieran tenido en algún momento, antes de que cualquier golpe de viento los hubiera desviado de su destino, si existía un destino al que fiar el porvenir de cada cual. Y el hombre de la chaqueta de cuadros desdibujados no era una excepción.

También me dijo de él la monja que llegó un día a la puerta de la casa porque así se lo había recomendado un hombre que recogía por la calle libros viejos, periódicos atrasados y papeles inservibles. Telmo Barandiarán, pensé. Otra vez él, tan presente en aquella casa que parecía haber surgido de la nada para albergar a personas que también parecían surgidas de la nada, o más bien convertidas en nada después de haber vivido una vida que tenía toda la pinta de parecerse mucho a la nada.

Ricardo regresó al comedor portando un libro en las manos. —Pues lee de aquí —le dijo a Daniel, ofreciéndoselo.

El poeta contempló el ejemplar traído por Ricardo. Acarició el lomo viejo y lo apretó contra su



pecho.

—No me hace falta leer en sus páginas —dijo.

—Tú has dicho que la poesía es para leerla —replicó Ricardo.

—En silencio. Es para leer en silencio. La poesía se lee para uno mismo, paladeando sus palabras como quien paladea un manjar exquisito.

Se levantó el poeta, llevando todavía apretado contra el pecho el ejemplar que le proporcionó Ricardo. Recordé que en el piso superior había un gran mueble repleto de libros. De allí debió traerlo.

—¿Tú sabes leer? —me preguntó.

—Claro que se leer.

—No me refiero a leer sobre las palabras, solo acariciándolas en la superficie, apenas lamiendo las aristas de las letras que las forman. Me refiero a leer desde sus mismas entrañas, manchándose con ellas como si aún estuviera fresca la tinta que las garabateó.

Me extrañé. Leer, lo que se dice leer, si sabía. En el colegio sacaba buenas notas, y de haber vivido mis padres, es seguro que hubiera seguido estudiando al terminar el colegio. Ellos siempre sostuvieron que yo tenía que ser algo grande, y hasta mi abuelo estaba empeñado en que llegaría a ser la alcaldesa de Bilbao, por lo menos. Pero ya era inútil volver sobre lo que pudo haber sido y después no fue. Con su muerte todo se volvió del revés, incluso mi rumbo, el que seguramente hubiera tomado de haber estado ellos presentes para guiarlo.

—¿Qué...? ¿Sabes, o no sabes leer? —insistió el poeta. —¿Desde las entrañas de las palabras? —traté de asegurarme de haber entendido lo que quiso decir.

—Desde allí mismo —ratificó él, mirándome fijamente a los ojos.

Dudé. ¿Qué serían las entrañas de las palabras? Me esforcé por recordar las recomendaciones de Telmo Barandiarán, la primera persona que me habló de libros, de ideas, de palabras, de expresiones interesadas, de pretensiones exageradas, de tergiversaciones endemoniadas... y de tantas otras cosas relacionada con los libros. Pero no me vino a la cabeza nada que se refiriera a las entrañas de las palabras.

—No sabes. Me lo figuraba. Ya no se leen cosas que tengan que ver con los sentimientos, ni siquiera se piensa demasiado en ellos —concluyó.

Traté de sobreponerme. Intenté forzar la memoria. Nada. Eché de menos entonces la promesa no cumplida —supongo que a su pesar, y ahora también al mío— por Telmo Barandiarán de enseñarme a leer con los ojos del alma. Todo se fue al traste con la muerte de mis padres, cuando debí trasladarme a casa de mis abuelos. Entonces dejé de ver al viejo del carrito y perdí su pista. Más tarde creo que hasta me olvidé de él. Quisiera saber por qué en su diario deambular no incluyó nunca la calle de mis abuelos. Más aún: por qué yo no di algún paso que me condujera a donde él estaba. Si tan solo hubiera recordado su existencia cuando me quedé sola.

—Puedo intentarlo —dije, a pesar de todo.

—No basta con intentarlo. Hay que hacerlo —me animó él, o fue en realidad un envite que me lanzó.

—Yo sé que los libros tienen vida propia, y que es vida de verdad porque la rescataron los escritores de sus memorias, o de sus sueños, o solo de sus intenciones... —Me detuve, no recordaba nada más al respecto, y debería hacerlo, pues sé que Telmo Barandiarán abundó más en la cuestión.

—¡Vaya! No está mal. Nada mal. ¡Resulta que la jovencita sabe que la vida de verdad está escondida en las páginas de los libros...! Sabe que está mezclada con los sueños, a menudo

disimulada para hacer más llevaderas las vivencias que resultaron dolorosas.

Me pareció que se burlaba. Inmediatamente me arrepentí de mi alarde, hecho por pura soberbia, quizá para curar mi orgullo herido. —¡Ya basta, Daniel! —intervino Ricardo.

—¡Déjala! Ella sabe. ¿Verdad que sabes? —Volvió a taladrarme el poeta con su mirada—. Ella sabe mucho, ¿no es cierto?

—¡Daniel! —Fue la voz de la madre Esperanza la que se alzó esta vez por encima de las palabras del poeta—. Ella no tiene la culpa de tus desgracias. Nadie tiene la culpa de tus desgracias, ni de las desgracias de todos los demás.

—¡Nadie tiene la culpa de tus desgracias...! —el poeta elevó y afinó deliberadamente su voz, supongo que pretendiendo hacer también burla de la monja.

—¡No, nadie! —se reafirmó ella.

—¡Oh...! Habló la sabiduría ataviada con hábito ¿Y me quiere decir por culpa de quién estoy yo ahora aquí, en lugar de estar en otro lugar, el que sin duda me corresponde?

—¿En otro lugar, dices? ¿Crees que no es este el lugar que te corresponde? ¡Valiente sucesión de inconveniencias estás diciendo hoy, querido Daniel! —atajó la monja.

—¿Inconveniencias? ¿Le parece que son inconveniencias? ¿Intenta decirme, entonces, que encuentra normal el hecho de que existan personas que necesiten el abrigo de esta casa para salir adelante? ¿Es eso justicia, en su opinión?

La monja se quedó callada un instante, como esperando alguna clase de inspiración, para ofrecerle a Daniel alguna respuesta que resultara adecuada a sus preguntas.

—No hablo de justicia, y lo sabes. Ni siquiera discuto que tengas una parte importante de razón...

—¿Entonces...?

—Ni siquiera considero justo que debas estar aquí, pero el hecho es que lo estás, y es una circunstancia que por el momento no se puede variar, así que no estaría de más que mostraras un poco de agradecimiento, y algo de humildad.

—La humildad del maltratado por la vida, ¿verdad? Se refiere a esa clase de humildad, ¿no? O el agradecimiento de quienes no tienen nada y por eso han de estar permanentemente en deuda con quienes les tienden una mano por pura lástima. Se trata de eso, ¿verdad madre? Olvidaba que los que estamos aquí somos gente sobrante del mundo, de la que se puede prescindir sin que a nadie le ataquen los remordimientos.

—Tú no eres menos que nadie. Nadie es menos que nadie. No importa que debáis estar aquí porque no tenéis otro lugar al que ir. —¿Entonces...? —Hizo una mueca el poeta, como si estuviera muy extrañado.

—Se trata del poco agradecimiento que demuestras hacia quienes te han tendido la mano. Y no pretendo que se borre tu amargura de un plumazo. Al contrario, entiendo que sientas un poco de amargura, o mucha. Solo te reclamo buena voluntad. Y comprensión.

—No puedo, madre. Lo intento, pero no puedo —reconoció.

—Inténtalo aún con más ahínco. Solo te pido que lo intentes. Y que no pagues tu amargura con quienes nada tienen que ver con tu situación —dijo la monja, y se sentó nuevamente.

Fue en ese momento cuando entró en escena la Bella Charito, solicitando música para bailar.

«¡Que baile...! ¡Que baile...! ¡Que baile!», corearon muchas voces juntas. Por lo visto importaba poco el hecho de que no hubiera música y debieran ser ellos mismos los que tararearan las melodías que acompañarían a quienes quisieran bailar.

Y la Bella Charito bailó. Y también bailó Encarni, la viuda de un trabajador de una conservera que tras la muerte del marido debió abandonar la casa que pagaba la fábrica. Y lo hizo igualmente

Rosa, la mujer flaca y despeinada, de la que supe que fue dejada de lado por sus hijos, circunstancia que le amargó el carácter, hasta el punto de dejarse morir, y casi lo logró, pues un buen día los vecinos debieron derribar la puerta de su casa a empujones, alarmados a causa del hedor nauseabundo que salía de allí, propiciado por los vómitos y las heces que llenaban la cama en la que estaba acostada, ya muy débil, entregada del todo a la muerte que deseaba para sí como única solución al mal que la aquejaba.

También Koldo, un hombre de aspecto melancólico del que a esas alturas ni siquiera había escuchado el timbre de su voz, bailó. En realidad bailaron todos, acompañados con la música que salía de sus propias gargantas, hasta que finalmente se agotaron. Pero se resistían a concluir la velada, como hacen quienes se divierten exageradamente y se niegan a parar, por si ya no encuentran nunca más ese estado de lucidez que los condujo a la diversión que tal vez ya no podrán volver a saborear a poco que se crucen con circunstancias menos propicias.

Debió ser la monja de mayor edad, la hermana Lourdes, quien propusiera dar por finalizada la fiesta cuando aún no parecían dispuestos a terminarla, pero le hicieron caso, pese a las iniciales negativas a que concluyera el jolgorio, y todos fueron retirándose pausadamente al piso de arriba para refugiarse en los dormitorios que yo ya había visto, los de las pequeñas camas alineadas unas junto a las otras. Antes, sin embargo, algunos pasaron brevemente por la habitación situada junto al comedor, donde la hermana Teresa cuidaba a la mujer desahuciada.

## VIII

*LOS VI ENFILAR EL CAMINO* a los dormitorios como lo que en verdad eran: un grupo compacto, homogéneo e inseparable en el destino que compartían a pesar de las muchas diferencias que en realidad los separaban. Yo aún permanecí en el comedor, contemplando el desorden que había resultado después de la cena, con las figuritas de papel pegadas en la pared formando el caótico Belén como única compañía. No sabía qué debía hacer, hacia dónde encaminar mis pasos. Nadie me había dicho qué espacio me estaba destinado. Con tanto convencimiento llegué a creer que se habían olvidado de mí, que solo se me ocurrió considerar mi presencia como un accidente que les había sucedido a los moradores de aquel extraño lugar en mitad de tanta necesidad irremediabilmente compartida. Lo creí firmemente, hasta que los pasos decididos de la madre Esperanza me sacaron de la incertidumbre que me consumía, para entonces acompañada únicamente por las tiras de espumillón dorado colgadas aleatoriamente, pero con pretensiones artísticas, de los brazos de la lámpara.

—No me he olvidado de ti —dijo, como si hubiera adivinado o solo presentado mis temores.

Ni siquiera esboqué un amago de disculpa por pensar lo que llegué a pensar sobre el abandono que sentí cuando me vi sola y extraña por culpa de la situación —igualmente extraña— en que quedé cuando todos abandonaron la reunión, conociendo cada uno el lugar al que tenían que ir, ya sabido al cabo de mucho tiempo frecuentándolo, en tanto yo solo podía confiar en el recuerdo que de mí tuvieran personas que apenas me conocían y que por tanto difícilmente se habrían acostumbrado a mi presencia.

—Son como niños, ya los has visto. Algunos necesitan ayuda para todo, incluso para ponerse el pijama. Cualquiera día hasta nos piden que les contemos un cuento.

—No todos, espero.

—Casi todos. También los que parecen más despiertos. Será porque disfrutan obteniendo lo que creen necesitar, aunque en realidad no lo necesiten en absoluto.

No me extrañé. Solo imaginé los cuerpos viejos y gastados de aquellas personas, cuando fueran desnudados para ser vestidos de nuevo con la ropa de dormir, y me entristecí al recordar a mi abuelo cuando se quejaba porque mi tía Delfina se empeñaba en meterlo regularmente en la bañera para frotarle el cuerpo, «como si fuera un inútil», decía él, y ella restregaba en silencio sus carnes ya blandas y vencidas, pero pensaba que lo era —inútil— a su pesar. Aquella mirada de dependencia de mi abuelo, que acompañaba la evidencia de su declive, se me representaba con frecuencia mientras ayudaba a mi tía a hilvanar los vestidos que confeccionaba en el salón de la casa, un lugar permanentemente ambientado por el ruido acompasado de la máquina de coser y las voces que salían del aparato de radio, siempre encendido, colocado sobre un aparador lleno de cajones, atestados estos de hilos, retales, papeles con patrones y útiles de costura que se amontonaban en un desorden del que siempre, a pesar de todo, extraíamos lo que necesitábamos con una precisión impropia de semejante barullo.

—En los dormitorios de arriba queda poco sitio para acoger a alguien más —se excusó la monja.

—Me vale cualquier lugar —respondí aliviada, pues me angustiaba imaginarme rodeada de cuerpos arrugados y vencidos.

—Es lo bueno que tenéis los jóvenes: os acomodáis en cualquier sitio. —Amagó ella una sonrisa.

Y desapareció de nuevo, dejándome otra vez sola o, peor aún: tristemente acompañada por un

desconsuelo intangible; irremediablemente atrapada en una maraña de emociones enhebradas por los cuantiosos hilos de seda que tejieron aquella pertinaz niebla de forma intensiva hasta formar un tapiz marmóreo como una gigantesca losa funeraria. Las palabras de la mujer que regentaba el puesto de artículos esotéricos en el mercado medieval retumbaron una vez más en mi cerebro, atronando mis sentidos como quien se obstina en golpear la piel de un tambor solo por el gusto de golpearlo, sin intención alguna de extraerle cualquier clase de compás que sirva para alinear las notas de alguna melodía: «Imagina que desaparece todo lo que conoces, tal como lo conoces».

¿Cómo puede desaparecer lo que se conoce? Es imposible. ¿Imposible? Me puse a pensar, y no era del todo imposible. De hecho, todo lo que yo conocía había ido desapareciendo lenta y pausadamente, como si una inmensa garganta hubiera ido tragándose gradualmente. Primero fueron mis padres, y con ellos la casa que fue mi hogar hasta su muerte; más tarde el viejo del carrito, Telmo Barandiarán, igualmente perteneciente al paisaje de aquella casa, o al menos al paisaje que se divisaba desde la ventana de mi habitación o desde la terraza que daba a la cocina; a continuación mi abuela, y poco después mi abuelo. Todo desapareció, efectivamente, porque lo poco que me quedó también se esfumó con el tiempo, y debí fabricarme otra clase de vida que estaba lejos de la vida que había conocido. De mis tíos, primos y demás parientes mejor no hablar. Ellos no desaparecieron físicamente, pero no estaban, así que era como si también lo hubieran hecho. Digo más: ojalá lo hubieran hecho, para no tener que pensar en ellos con este rencor que fue volviéndose enfermizo.

Debo aclarar, sin embargo, que por causa de tantas desapariciones pude vivir una vida diferente de la que tal vez me había sido adjudicada. Que de alguna manera había tenido otra oportunidad de explorar nuevas sensaciones, provocadas estas por las consecutivas situaciones que fueron apareciendo en mi camino. Quizá no era la vida que para mi habían soñado mis padres, ni la vida que soñé yo misma, sobre todo desde que gracias a mis encuentros con Telmo Barandiarán aprendí que no todo lo que es convencional es bueno; que también lo es aquello que no se conoce, y que basta con querer saber, con acercarse a las cosas y a las personas, para aprender a valorar lo que de bueno tiene cualquier situación aunque sea desconocida. Después de todo, no estaba tan mal que desapareciera todo lo que conocía, tal como lo había conocido. En realidad no perdía nada, pues lo que de bueno hubo en mi vida ya había desaparecido antes de que las palabras de la mujer del puesto del mercado medieval instalaran un extraño desasosiego en mi corazón.

—¡Ya puedes venir! —Llegó hasta mí la voz de la madre Esperanza, supuse que procedente del otro lado del recibidor, cerca de la puerta de entrada, lo que debía significar que se hallaría en los alrededores del cuarto que utilizaban como despacho.

No acudí inmediatamente a su llamada. Antes quise dar por concluida la tarea que había emprendido solo por el gusto de hacer cualquier cosa que me permitiera pensar en algo que no fuera la angustiada circunstancia que me afectaba. Así, me dispuse a recoger platos, vasos y demás enseres de los que componían el variopinto menaje, con el fin de adecuar el aspecto desaliñado que presentaba el comedor. Y en esa labor estaba cuando de nuevo escuché la voz de la monja reclamando mi presencia. Una vez más, pensé, solo un viaje más. La puerta batiente que comunicaba el comedor con la cocina quedó oscilando, como hacía siempre que se la empujaba, con el sonido característico de los goznes emitiendo un leve chirrido, que con el último empellón aumentaron de intensidad.

—¿Vienes? ¡Ya tienes lista la cama! —insistió la monja.

«Ya voy», estaba a punto de decirle, cuando al normal crujido de los goznes se le unió otro

sonido bien diferente, mucho más humano, como de lamento. Instintivamente detuve el ir y venir de la puerta, obligándola a pararse, tratando de evitar que las charnelas gimieran de nuevo, pero el sonido se sobrepuso al silencio y se hizo más evidente. ¿Sonido? ¿Dijesonido? Sí, supongo que se puede decir que era un sonido, pues sonido es todo aquello que suena, pero más bien debería decir que lo que escuché tenía toda la apariencia de quejido o aullido, o casi lamento.

Ya me hallaba al otro lado de la puerta, pisando suelo perteneciente al comedor, pero decidí regresar a la cocina para revisar más detenidamente los espacios que pudieran albergar cualquier cosa susceptible de quejarse, lamentarse o solo moverse. Se me ocurrió que podría tratarse de algún animal herido en el que no hubiera reparado. No sería extraño que un refugio para personas lo fuera también para algún animal que alguien se hubiera encontrado por ahí, quizá abandonado.

—¿No me has oído?

La pregunta de la monja, que irrumpió de pronto en la cocina, cuando yo ya estaba dentro, a punto de emprender una búsqueda más concienzuda, en la que pensaba incluir la apertura de las puertas de todos los armarios, sin descartar la alacena, me sobresaltó más de lo que ya lo estaba.

—Sí, sí, la he oído. Pero también he oído algo procedente de aquí —le hice saber—. Algo parecido a una queja.

—¿Una queja? ¿Estás segura? —me miró extrañada—. Ya no queda nadie aquí abajo, solo tú y yo. Bueno, y la hermana Salvadora, que relevó a la hermana Teresa junto al lecho de la pobre Rosalía.

—Estoy segura —me reafirmé—. Estaba recogiendo los platos de la cena cuando escuché un lamento que venía de aquí.

—Pues ya ves que aquí no hay nada —dijo, y se revolvió una y otra vez, girando sobre sus pies y meneando la cabeza en señal de incompreensión hacia lo que yo le estaba diciendo.

—No tengo dudas, madre.

—Y yo no dudo de ti, hija. Yo no dudo. Si dices que has escuchado algo, seguro que lo has hecho, pero aquí no hay nada ni nadie que provoque sonido alguno. Tú misma puedes verlo. —Estiró un brazo y señaló un lugar cualquiera con la palma de la mano extendida.

—¿Y si hubiera alguien ahí... afuera?

—¿Ahí, en el jardín, quieres decir? ¡Imposible!

—Alguien que se ha perdido, quizá. Alguien extraviado que ha dado con la casa —insistí.

La monja se dirigió con mucha determinación hacia la puerta de la cocina que daba al exterior, la que yo supuse que sería otra entrada. Giró la llave que atrancaba la cerradura y asomó la cabeza.

—Ojalá se pudiera ver algo. Ojalá, pero ya ves que ahí solo hay una blancura cegadora, tanto como cuando tú misma llegaste y llamaste al timbre de la entrada principal.

—¿Algún animal, quizá? —me resistía a dejar sin solución el misterio del quejido.

—Lo siento, hija, pero no se ve absolutamente nada. Si hay algo, o alguien que necesita ayuda, no podemos ofrecérsela sin verlo, al menos mientras persista esta niebla que no tiene trazas de levantar.

De nuevo atrancó la puerta de un empujón, giró la llave dos veces en la cerradura, me empujó suavemente fuera de la cocina y me condujo a través del comedor hacia el despacho de la entrada, donde había habilitado una pequeña cama plegable, escasamente elevada sobre el suelo, que ya estaba hecha, esperando ser ocupada.

—La hermana Salvadora está ahí al lado, cuidando de Rosalía. Si necesitas algo solo tienes que pedírselo.

—¿Y usted? —Me interesé. Ella me daba más seguridad que cualquier otra persona de las que había visto en aquel lugar. —Arriba. Yo estaré arriba.

—¿Puedo ir a buscar algún libro? —Traté de alargar el inevitable momento en el que me quedaría sola.

—¿Ahora? ¿Tú sabes qué hora es?

—Necesito leer. No sé dormir si antes no leo un poco. —¿Algo en particular?

Dudé unos instantes. En realidad hubiera querido ir yo misma a buscar algo, pero ella sacó del bolsillo de su bata el ejemplar que bajó Ricardo para que lo leyera Daniel.

—¿No te vale con este? Es de poesía. ¿Te gusta la poesía? —Me va gustando. Antes no la entendía. Ahora sí. ¿De quién es? —De Daniel. ¿Ves? Aquí pone su nombre: Daniel Arana.

Acaricié el pequeño ejemplar de tapas verdes, un poco brillantes ya, seguramente a causa de los roces de las manos que lo habrían leído, o al menos sostenido para ser contemplado, o solo acariciado, y demoré el tacto en las letras doradas que formaban el nombre.

Daniel Arana, nacido en Bilbao en el año 1941. Lo ponía en la solapa de la cubierta. Y a continuación una serie de títulos que daban cuenta de otros libros que también había publicado.

—Es el último que le editaron. A partir de aquí se acabó su carrera. Es como si se le hubiera apagado la estrella que le daba luz —me explicó.

—¿Es bueno? —me interesé.

—¿Qué es ser bueno? Yo no sé qué es ser bueno. Yo leo y disfruto de la lectura, o no, depende.

—¿Y él le gusta?

—Me hace llorar —respondió rápidamente, como si hubiera estado aguardando para hacérmelo saber.

—Entonces es bueno.

—Depende. Hay quien no considera buena una cosa que hace llorar. —Trató de prevenirme, seguramente.

—Yo sí. Yo considero que es bueno todo lo que mueve los sentimientos de la gente.

—¿También si son sentimientos que provocan lágrimas? —Mucho más en ese caso. —¿Lees mucho?

—Poco. Mucho menos de lo que me gustaría. Me paso el día cosiendo, y cuando termino la jornada mis ojos ya están muy cansados.

—Pues disfruta esta noche, aunque solo sea un rato. Al menos durante el día de hoy no se te han cansado los ojos con la costura —dijo, y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Entonces me quedé sola, mucho más sola de lo que me quedaba habitualmente, cuando me acostaba en la cama de mi habitación con la única compañía de algún libro que tardaba varios días en terminar, y de la radio. Siempre estaba la radio encendida en mi casa, como lo estaba en casa de mis abuelos, cuando mi tía Delfina y yo cosíamos hasta el agotamiento.

Con el libro de Daniel entre las manos, quizá tratando de acostumbrarme a su tacto, o solo temiendo leer lo que allí había escrito, por si me adentraba en sentimientos que no me correspondía conocer, observé con más detenimiento lo que sería mi habitación esa noche. La mesa estaba llena de papeles que me abstuve de mirar, a pesar de mi curiosidad por saber qué clase de burocracia sería necesaria para gestionar aquel lugar. Y mucho menos se me ocurrió husmear en las estanterías, igualmente llenas de papeles, estos ordenados cuidadosamente en archivadores de distintos colores. Me fijé en la lámpara que había sobre la mesa, era de tipo flexo, de las que pueden orientarse para alumbrar en cualquier dirección que se desee, y pensé en acercarla a la cama, algo separada, aunque no demasiado por ser tan reducido el despacho, pero

desistí al comprobar la largura del cable, poco más de un metro, la longitud justa para conectarla al enchufe de la pared. Entonces decidí sentarme en la mesa con la intención de apagar la luz del techo, en esos momentos excesiva para el ambiente de recogimiento que creí necesitar para acometer la lectura del libro.

*«Quién eres, cuando ya no soy; dónde estás, ahora que no estoy. Busco, imagino, labro memoria de ti. Se me borran los sueños, y se me ocultan los caminos, ¡ay! que conducen a la semblanza que de ti tengo. Solo ojos extraviados en el ardor del desconsuelo, yermos de tu presencia, esclavos de tu recuerdo altivo y hermético, cofre sin fondo, siempre estéril de misterio, guardián de secretos ayer esperados, hoy tan denostados, ajados como el camino pisoteado por almas dolientes, pedernales insondables, amigos de esa memoria mía grabada a fuego en mi infierno.»*

¿Se podía llorar con aquel poema? Seguramente se podría, y aún con más sentimiento si se conocía al autor, un ser dolorido y oscuro a quien un buen día abandonó la estrella que iluminaba su camino. Pero, ¿cuándo se le habría apagado la estrella, antes o después de aquellos escritos? Porque había más dolor encerrado en aquellas páginas del que nunca imaginé que pudiera existir. Lo supuse sin recapacitar mucho; quizá no me había parado a pensar demasiado en mi misma y en la circunstancia de mi propia vida, por más que fuera elegida, o dijera yo que había sido elegida. Nadie, me confesé entonces, puede elegir vivir así. No era relevante que el trabajo me fuera bien, ni que me ganara la vida con cierto desahogo, ni siquiera que tuviera esa vida prácticamente resuelta si la vivía con orden. Por otro lado, podía seguir haciendo lo que hacía, y lo hacía aceptablemente, según decían mis clientas, y mucho mejor que lo podría hacer si me aplicaba a ello y seguía estudiando y observando para evolucionar. Sí, sin duda se podía llorar con el primer poema de Daniel que leí esa noche, y también con los que leí a continuación, tanto como con el que recitó antes de la cena, del que me hubiera gustado tener constancia por escrito. Pero no estaba en aquel libro, y quién sabe si lo estaba en alguno de aquellos otros títulos que se mencionaban en la solapa del que yo tenía entre las manos, y no se trató de una improvisación que hizo, o de algún proyecto aún no materializado. Lo sé porque busqué y rebusqué las palabras recordadas entre las páginas sobadas de aquel pequeño ejemplar que deseé poder conservar en propiedad, para consolarme cuando necesitara ponerle nombre a alguna aflicción que me asaltara, de las muchas que me asaltaban entre respunte y respunte. Tener algo a lo que aferrarme, en definitiva.

Cuando finalmente apagué la luz, incapaz de mantener un minuto más los ojos abiertos, el sonido que había escuchado anteriormente en la cocina volvió a esparcirse por aquel lugar de irrealidad. El lamento regresó, si era un lamento, y lo sería, pues lo parecía. Me revolví en aquella cama extraña, tan pequeña que el simple gesto de intentar darme la vuelta constituía una aventura que acaso acabara con mi cuerpo en el suelo. Traté de obviar el miedo que crecía en mí, como crecen las malas hierbas en los sembrados que se cultivan con esmero, que a pesar de todo crecen y se multiplican; pues igual le pasaba en ese momento a mi miedo, que desbordaba mi resistencia a pesar del cansancio que apenas me permitía mantener la consciencia. Hasta que el roce de algo, diríase que arañando la pared por el exterior, hizo que me cubriera por completo para tratar de protegerme con la única posibilidad que tenía al alcance de las manos: las mantas



de la cama. Poca protección, sin duda, pero ya cuando era pequeña me sentía amparada por las mantas de la cama. Extraña confianza la que me proporcionaba el hecho de enterrar la cabeza en la oscuridad, tratando de resguardarme, incluso si había ruidos amenazantes que no dejaban de escucharse por mucho que me empeñara en ocultar la cabeza.

El lamento que venía del exterior se hizo más evidente, casi presente, como si un llanto contenido estuviera apagándose después de que alguien hubiera vertido muchas lágrimas en el desahogo. Pero al rato no era lamento ni quejido lo que se escuchaba, sino una respiración agitada, propia de quien se ha cansado mucho después de haber cubierto corriendo un trecho muy largo. Y seguí oculta bajo las mantas, rezando a ratos, como me enseñó a hacer mi abuela tras la muerte de mis padres, cuando las primeras noches que pasé en su casa me levantaba para ir a su dormitorio y situarme a los pies de la cama, desde donde miraba las siluetas de ellos dos —los cuerpos de mis abuelos respirando tranquilamente, tan ajenos a mi sufrimiento—, que siempre tardaban mucho tiempo en descubrirme, y cuando lo hacían era para conducirme de nuevo a mi habitación, con la recomendación de que rezara con mucha devoción para que el ángel de la guarda que siempre me acompañaba distrajera mis malos pensamientos hasta que se hubieran disipado y con las luces del alba las penas se desdibujaran con los quehaceres de cada día.

Fue mi último recuerdo de esa noche: el rostro de mi abuela cerca del mío, recomendándome los rezos que debía utilizar hasta la completa disolución de los malos pensamientos que me hubieran invadido el espacio destinado al descanso, que debe reparar y no descomponer. Si hubo más roces arañando la pared por el exterior, lo ignoro. Si hubo más lamentos tratando de captar por todos los medios que le hubieran sido dados la atención de alguien, cualquiera elegido al azar o no tanto al azar como de forma premeditada, también lo ignoro.

## IX

*EL DÍA DE NAVIDAD POR LA MAÑANA* la niebla seguía siendo blanca y espesa como un vómito de leche. Incluso palpé el aire con las manos, tan segura estaba de que lo que se me mostraba a través de la ventana, que abrí para comprobar la evolución de aquel fenómeno tan persistente, solo era una pared muy liviana de cal que podría traspasar si me lo proponía con mucho ahínco.

—No te desesperes. Desesperarse es la peor de todas las soluciones posibles.

La voz de la hermana Salvadora, que entró en el despacho con mucho sigilo, sin duda temiendo que aún estuviera dormida, me sobresaltó.

—Estás a tiempo de tomar el desayuno, la hermana Lourdes acaba de sacar las jarras del café recién hecho a la mesa —dijo—. Pero antes, si quieres, puedes probarte algunas de estas prendas de ropa. Las traje hace unos días Marco, un chico que viene por aquí de vez en cuando y nos ayuda.

Observé las piezas de ropa que llevaba entre las manos, que aparentaban buena calidad, y me extrañó que alguien las hubiera regalado de buena gana.

—Seguro que te valen. Escogí solo algo de lo que creí que podría irte mejor, pero tengo más posibilidades, así que no dudes en decirme si en verdad te sirven o no, para cambiártelas por otras si así lo deseas. Y no temas que sean antiguallas o harapos, que ya ves que no lo son en absoluto.

—Es lo que me extraña: que no se trata de antiguallas —expuse mi extrañeza en voz alta.

—Cosas de la gente rica, que se cansan de todo.

Cuando se marchó lo hizo con el mismo sigilo con el que había entrado, y yo me dispuse a mirar lo que me había dejado, de lo que escogí un pantalón vaquero apenas usado y un jersey negro de cuello vuelto, de lana muy suave, probablemente cachemir. Repasé, además, con las yemas de los dedos una camisa blanca de popelín, de corte entallado, con pequeños bordados, también blancos, en el cuello y los puños, y una falda negra de pana fina, casi de tacto aterciopelado, con dos bolsillos laterales sujetos por pequeñas trabillas plateadas. Encontré anormal el regalo de aquella ropa, casi un despilfarro de quien la hubiera poseído un tiempo tan escaso como para hacer que se conservara prácticamente impoluta por el poco uso que le había dado. Se trataba, sin duda, de una persona con holgura económica suficiente como para desechar aquello que podía sustituir con relativa facilidad; alguien con tanto dinero como para poder comprarse todas las novedades que exponían cada temporada los escaparates de las tiendas más reputadas de Bilbao (¿solo de Bilbao?) en cuanto a los vientos de la moda les diera por virar y se marcharan por donde habían venido. Pero enseguida olvidé la supuesta holgura económica de quien tanto tenía o parecía tener, para recrearme en las caras de felicidad que pondrían quienes recibieran la dádiva, que podrían disfrutar de todo aquello sin necesidad de haberlo comprado; siempre personas, sin duda, con menos fortuna que la primitiva poseedora de aquellas prendas que rápidamente pensé utilizar para hacer copias que después vendería a algunas de las clientas que acudían a mi casa para hacerse la ropa a medida.

Nadie pareció fijarse en mí cuando entré en el comedor, tan concentrados estaban todos degustando el desayuno, compuesto por café con leche o leche con cacao, y panecillos tostados regados con aceite o untados con mantequilla, además de boles con pequeñas cantidades de la

compota sobrante de la cena anterior, que algunos extendían sobre el pan y otros se comían a cucharadas. Fue el pianista quien antes reparó en mi presencia, y se hizo a un lado en la mesa mientras me señalaba con un gesto de cabeza el lugar que había dejado libre para que yo pudiera ocuparlo.

—Hoy estás mucho más mejorada que ayer —me dijo hablando muy bajito.

Le respondí que sin duda se debía a que por fin había dormido unas cuantas horas seguidas después de mi aventura, a pesar de los lamentos, quejidos o lo que fuera aquello que escuché en el exterior de la casa, como si pidiera auxilio, aunque me abstuve de mencionárselo, por temor a estar imaginando o exagerando cualquier sonido que siendo normal para ellos yo hubiera tomado por anormal o extraordinario. No podía saber qué había en los alrededores de la casa, ni qué era razonable que se escuchara cuando se hacía el silencio en el interior y ya solo quedara la posibilidad de escuchar lo que llegara del exterior.

—O será por la ropa que llevas puesta. ¿Te la han dado? —añadió.

Que sí, le dije, que me la habían dado, aunque yo tomaba aquellas prendas de ropa como un préstamo, y que las devolvería cuando por fin pudiera marcharme, para que alguien con más necesidades que yo pudiera disfrutarlas. Pero no me creyó, y hasta se permitió aleccionarme acerca del comportamiento que debería adoptar desde ese momento en adelante, y que en su opinión tendría que estar muy alejado de la actitud que habían mostrado la mayoría de las personas que se encontraban allí, pues ellos —dijo— también trataron de esconder sus necesidades, absolutamente todas ellas, tanto las económicas como las emocionales; y que no pasaba nada por ser un náufrago de la vida; y que no era un demérito apartarse del carril central de la carretera cuando la vida que transitaba por nuestro lado alcanzaba tal velocidad que no era de extrañar que algunas personas sufrieran mareos y vahídos de mucho calibre, tanto como para ser capaces de desviarlos de la circulación. No le importó mi explicación acerca del extravío real que sufrí por culpa de la niebla. Ni que le asegurara que mi estancia allí era circunstancial. Se limitó a decir: «Sí tú lo dices...», en un tono más bien de incredulidad. Y yo me sentí como deben sentirse los locos que no lo están tanto como para ser considerados locos de remate, de los que en verdad son apartados de la vida convencional. Que no tenía grandes necesidades, le insistí; que de verdad acabé allí solo porque me perdí por culpa de la niebla; y él, de nuevo: «Si tú lo dices...», tan descreído como antes.

Hubiera deseado indagar en los pormenores de su vida, conocer mucho más de lo que hasta el momento conocía de él a través de la monja —muy poco, en verdad—. Tenía curiosidad por saber cómo se puede llegar a la cumbre y cómo se ve el mundo desde allí arriba; y cómo se puede bajar de la cima hasta caer en el fondo de la nada; y qué se siente estando en el fondo de esa nada después de haber morado en las alturas. Pero me pareció que tras su interés inicial, que traduje por mera cortesía, se cerró en un mundo particular, el suyo de ese ahora, en el que parecía hallarse tan cómodo como para no desear abandonarlo bajo circunstancia alguna. Es innegable que todos tenemos un mundo que nos es propio, en el que creemos estar a salvo de los peligros que acechan el exterior que algunas veces nos negamos a habitar, quién sabe si a causa de la hostilidad exagerada que se ha adueñado de la vida cotidiana, tanto como para que llegue a dar miedo, o solo para proteger lo que somos y no deseamos exponer a la vista de los demás. Tal parecía ser el caso del pianista, del que hasta el momento solo sabía que se llamaba Carmelo.

Y no está mal exponerse de vez en cuando, y visitar paisajes extraños o solo diferentes, alejados de la rutina y al margen de la amable cordialidad que desprende lo que es entrañable y conocido, y aun repetitivo, también si por repetirse tanto y conocerse tan exhaustivamente amenaza

con el hastío. No está mal dejar la seguridad para ir al encuentro de las emociones. Ni fingir que se hace por ese afán de aventura que en mayor o menor grado quizá asalta después de todo, incluso si solo se trata de la lectura de una novela de aventuras, o del disfrute de una película, como pretendió, supongo, mi madre cuando le pidió a mi padre que la llevara al cine, durante mucho tiempo creí que a ver *El resplandor*, o solo lo imaginé o en realidad lo deduje porque entonces estaba tan de moda, o creo que lo estaba. Después, sin embargo, reflexioné, y no creo haber llegado a saber nunca cuál fue la película en cuestión. Mi pobre madre tenía miedo de lo que podía verse con los ojos y de lo que solo podía imaginarse, hasta el punto de creer que el pensamiento de las personas podía traer al presente situaciones del pasado que no se hubieran resuelto adecuadamente. Incluso llegué a suponer que quizá fuera ese temor atávico el activador de la curiosidad que la llevó a querer ver precisamente esa película, cuando todavía creía que había sido esa película la que habían ido a ver. Después de todo, qué más da qué película vieran, si ya no podía influirles de ningún modo lo que hubieran visto ni mucho menos lo que hubieran querido ver. No había manera de que nada influyera en ellos, ni siquiera si lo que vieron les emocionó o alegró, o solo distrajo momentáneamente de su normal tedio.

—¿No quieres comer nada? —La madre Esperanza me sacó de mis pensamientos.

—Déjela, madre, ¿no ve que parece ser de las que se arregla con poco condumio? —respondió por mí Daniel, que estaba sentado al otro lado de la mesa, prácticamente frente al pianista.

—A ti no te he preguntado —replicó ella.

—Perdón, no quería ofender a su majestad —se excusó el poeta con cierta sorna.

Su voz hosca y carente de sensibilidad, como si la persona que la emitía usurpara de tanto en tanto el corazón de quien escribía versos como los que la noche anterior me emocionaron hasta las lágrimas, me hizo desear conocer los motivos que lo habían endurecido tanto. En realidad se trataba de saber cuáles fueron sus miedos, cuáles sus temores, y cuáles los activadores de su desencanto. Se trataba de husmear en el trastero de las emociones de aquellas personas que un día se extraviaron y acabaron en una casa repleta de amarguras. ¿Amarguras?, me sorprendió reparar en aquella palabra, tan gráfica a la hora de ilustrar lo que seguramente debían albergar preferentemente aquellas personas en sus corazones: amargura ¿No serían los lamentos que se escuchaban en el exterior de la casa las amarguras que se habían quedado fuera y pugnaban por entrar de nuevo; o que lo hacían —quedarse fuera— solo durante la noche, para preservar el descanso de quienes las portaban durante todo el día como una condena? ¿No sería que aquel sentimiento tan intenso y duradero de pena y aflicción se rebelaba contra el deseo de todos ellos por librarse de aquella angustia? Sí, sin duda se trataba de eso, y por ese motivo arañaba la pared tratando de volver a entrar, para colgarse de sus cuellos con el fin de estrangular la esperanza que les creció cuando hallaron el lugar que les restituyó la confianza perdida, recuperada parcialmente gracias a los cuidados prodigados por las personas que velaban por ellos. ¡Qué extraño! Amargura, aflicción y pena, mezcladas todas esas posibilidades con la virtud teologal llamada esperanza, pero esta impregnada de esa fe que propone Dios, a la espera de que lleguen los bienes que él mismo ha prometido repartir cuando sea menester que así ocurra, si en verdad llega a ocurrir y no se trata solo de un consuelo para evitar la desesperación, bajo cuyo manto se cometen tantos desatinos

—¡Vamos, vamos! ¡Llegó el momento de arreglar las habitaciones...! —gritó de pronto la madre Lourdes—. No quiero perezosos rondando por aquí a estas horas... ¡Vamos, vamos...!

—Pero madre, ¡que es Navidad! —protestó Rosa.

—¿Y qué pasa en Navidad, que las camas se hacen solas? ¡Vamos, vamos, que no estoy pidiendo tanto!

Desfilaron todas aquellas personas por el recibidor de regulares dimensiones, formado alrededor de las puertas de acceso a las estancias principales de la planta baja de la casa, solo roto por los escalones que giraban al principio de la escalera, para enfilarse a continuación los peldaños que conducían directamente al piso superior. Lentamente fueron perdiéndose de vista y entonces el vocerío pasó a dejarse sentir por encima de mi cabeza, flotando en algún lugar que parecía el paraíso de mis pensamientos.

—Si quiere, yo también puedo echar una mano —le propuse.

—No es necesario. A ellos se lo digo para que no se amodorren aquí, que cuando terminan cada comida y no tienen otra cosa mejor que hacer parecen pretender que enseguida se les sirva la siguiente. Ya sabes: se trata de matar sus horas, de llenárselas con quehaceres que estén a su alcance, cada uno al ritmo que le permitan sus fuerzas. Y como hoy es fiesta y los días de fiesta no trabajan en sus cosas, pues les hago colaborar en las tareas de la casa.

—Aún así. Si quiere ayuda en algo. Yo también debo matar mis horas.

—En ese caso, ven, acompáñame. Ya se me ocurrirá algo.

No parecía, pese a mis deseos y sus palabras, ocurrírsele nada que yo pudiera hacer. Ella trajinaba en la cocina, sacaba cazuelas de los armarios, guardaba otras que estaban escurriendo en las inmediaciones de las pilas, tratando de dejar sitio para acomodar los cacharros del desayuno que a continuación se fregarían. Mientras, yo miraba cómo cruzaba una y otra vez una pequeña puerta situada en el lado opuesto a la entrada que comunicaba con el comedor, apaciguada por sus palabras recomendándome paciencia, y que ya se le ocurriría algo que yo pudiera hacer. De cada una de aquellas incursiones traía algo diferente en la mano: ya patatas, ya zanahorias, ya cebollas, ya un par de cajas envueltas en plásticos que no dejaban vislumbrar su contenido... Hasta que se me ocurrió formularle una pregunta que inicialmente traté de hacer pasar por inocente, aunque no podía serlo del todo, andando como andaba obsesionada por las sospechas que me asaltaron a propósito de los quejidos o lamentos, o lo que fuera aquello que escuché durante la pasada noche tan claramente como solo pueden escucharse los sonidos que son ciertos:

—¿Hay animales por aquí?

—¿Animales...? ¿Vivos, quieres decir?

—Sí vivos. Animales que puedan hacer algún tipo de ruido — aclaré.

—No, que yo sepa... Pero, ¿quieres decir aquí, dentro? ¿Te refieres a animales que vivan en el interior de la casa?

—O en el jardín... Por cierto, ¿hay jardín? Cuando llegué la niebla lo cubría todo, y sigue haciéndolo, así que no sé qué hay exactamente en los alrededores de la casa.

—Hay jardín, sí. Hay un hermoso jardín. No es muy grande, porque no es posible mantener en condiciones uno que sea muy grande, pero creo que es suficiente para que las personas que viven aquí estiren las piernas de vez en cuando, o den largos paseos, si pueden permitírselo, claro. Y, por qué no, para que alegren sus ojos con la contemplación de las flores que conseguimos hacer crecer, y de los árboles que ya empiezan a dar una agradable sombra.

—Entonces sí puede ser —dije casi para mí misma, pero ella no lo sabía, así que consideró que la afirmación le iba dirigida. —¿Sí puede ser, qué? ¿Qué es lo que se supone que sí puede ser? — Que algún animal ronde la casa. Que se esconda en el jardín y se acerque a cualquiera de las dos puertas cuando se hace de noche. —Es posible, en efecto. Claro que, dudo mucho que lo haga con esta niebla... Lo de acercarse, quiero decir.

—Anoche escuché ruidos extraños —le confesé.

—¿Ruidos? ¿Qué clase de ruidos? —se interesó.

—Más bien quejidos, o lamentos —aclaré.

—Lamentos. Dices que escuchaste lamentos.

¿Podría seguir preguntando sin ser tomada por una chalada, si le aclaraba, además, que los lamentos parecían humanos, aunque al principio de percibirlos, en los primeros compases, hubiera creído que se trataba del sonido emitido por algún animal? Sin duda me arriesgaba a ser tomada por un ser desequilibrado, como pareció suponer la madre Esperanza cuando le hablé del perro Beltza y del hombre que me ayudó a cruzar la ría para conducirme hasta las mismas puertas de aquella casa. Aun así me arriesgué. Quería saber si, en efecto, estaba desequilibrada, o si solo era aquel lugar, lleno de gente desubicada, el que había cambiado mi interpretación de las cosas, que allí se percibían con una densidad comparable a la niebla que cubría todos los paisajes que me fueron tan familiares antes de que se me ocurriera aceptar la invitación de la mujer del mercado medieval para entrar en la reducida estancia salvaguardada del exterior por la cortina azul sujetada al elemental entramado de madera. Si fue mi propia soledad la causante de aquella ocultación que dirigió mis pasos ciegos hasta dar con un refugio que me curara de tanto desapego.

—¿Qué clase de lamentos? —insistió ella sin dejar de ir y venir, cruzando la puerta de la despensa (pues eso parecía ser aquella dependencia, por todo lo que sacaba de ella).

—Lamentos. Solo lamentos. Y quejidos. Era como si alguien se quejara, pero sin decir nada concreto. Y después arreciaban los lamentos, y a continuación alguien parecía arañar la pared, a la altura del despacho.

—¿También arañazos? No te privas de nada, ¿eh? ¡Vaya por Dios! También arañazos —dijo con un tono evidentemente burlesco.

—Por eso he preguntado por algún animal que pudiera vivir aquí, o en las cercanías. —Traté de mantener la compostura a toda costa, para que percibiera la seriedad de mis sospechas.

—Mira, si te digo la verdad, no creo que prácticamente ningún animal sea capaz de llegar a un lugar concreto debiendo caminar a ciegas. Bueno, quizá un gato, ¿no dicen que los gatos ven también en la oscuridad? —me respondió distraídamente.

—¿Y los perros? ¿Usted cree que los perros son capaces de orientarse en mitad de una niebla tan densa?

—No tengo conocimientos tan amplios, pero lo dudo. Aunque, quién sabe, después de todo.

Y entonces le dije que yo sí creía que había animales capaces de orientarse incluso si había niebla, aunque fuera una niebla tan densa como aquella que nos mantenía incomunicados; y le conté que fue un perro el que me guió desde El Arenal, aproximadamente a la altura de la plaza San Nicolás, hasta Las Arenas, frente al puente colgante; y que un hombre nos ayudó a cruzar la ría; y que ambos me condujeron hasta la casa, aunque después desaparecieron sin decirme nada y no supe por qué lo hicieron, ni por dónde se fueron; y que por eso la madre Esperanza ya no pudo verlos cuando abrió la puerta y me encontró aterida de frío de tan mojada como estaba. Todo eso le conté, sin obviar ningún detalle, y no me arredré a pesar del gesto desabrido de su cara, que durante mi relato manifestó sin disimulos un torrente de incredulidad que parecía manarle de un corazón demasiado habituado a las cosas materiales, con las que tenía que bregar a diario para sacar adelante a las personas que dependían de que ella estuviera bien afirmada con los pies en el suelo, lejos de quimeras o sentimentalismos ilusorios, de esos que arrastran por territorios de los que tal vez ella ya no podría regresar si se alejaba demasiado de su lógico mundo de orden y disciplina.

—¿Estás bien, hija?

No me gustó el tono de su pregunta, intuí que muy cercano a una lástima que me trajo el recuerdo de personas que ya me habían manifestado una lástima parecida en otros momentos. Y quizá fue ese recuerdo que me vino a la memoria el causante de que le respondiera como lo hice:

—¡Pues claro que estoy bien! Y no se preocupe, que estaré aún mejor cuando la niebla despeje y pueda marcharme de aquí. No es este, por lo que veo, un lugar proclive a dar pábulo a la existencia de aquello que no es posible tocar con las manos.

—Te olvidas de Dios. También está Dios —dijo ella con un tono que me pareció deliberadamente conciliador—. Y Dios no se puede tocar con las manos. No ahora, al menos, y no aquí, en esta vida. Nosotras, no te confundas, tenemos el deber de cuidar de estas gentes que se han quedado solas y desamparadas, tan desasistidas que dependen únicamente de nuestra fortaleza. No podemos extraviarnos en sentimientos o sensaciones que, si nos encantáramos alegremente en otras distracciones, tal vez acabarían por disuadirnos del verdadero objetivo que debemos cumplir.

—¿Y no hay nada más en el mundo? ¿De verdad le parece que no puede haber nada más?

—Lo habrá, si tú lo dices. Seguro que lo hay, pero nosotras no tenemos tiempo de comprobarlo. Vemos lo que vemos, y lo que vemos está aquí, expuesto a la evidencia. ¿Qué necesidad hay, por tanto, de buscar más?

—¿Y qué pasa con lo que me ocurrió a mí?

—No tiene que pasar nada —concluyó.

Por alguna razón intuí que solo trataba de calmar un quimérico ataque de irrealidad que a su práctico entender me había asaltado. Un hablar por hablar, propio de quienes sienten el deber de ayudar, pero no de adentrarse en laberintos que obliguen a comprender o solo sugieran que puede haber otras posibilidades detrás de la evidencia. Y quise huir de allí, volver a mi casa, donde al menos podría ocupar las manos con alguna de las labores que tenía tan atrasadas. ¡Dios mío, qué hacer con los encargos que no podría entregar a tiempo! Y mientras estuviera trabajando —me dije— al menos podía escuchar la radio, en lugar del silencio que a ratos se escuchaba en esa casa que estaba llena de gente y a continuación parecía tan desierta como si quienes la habitaban solo fueran fantasmas que no habían podido abandonar este mundo, quizá por alguna deuda que aún mantenían con la tierra.

¿Y si yo también estaba muerta? ¿Habría fallecido ahogada en la ría, o antes, mucho antes de llegar —o creer que lo hacía: llegar— allí? Me toqué la cara primero, y después las piernas, aún doloridas por la caminata de hacía dos noches. Me tranquilizó suponer que los fantasmas no deben sentir las mundanas agujetas ni los dolores terrenales que atacan a los vivos. Me miré los pies y separé las manos del cuerpo para comprobar que eran las mismas manos familiares de siempre, llenas de pinchazos y peladuras, averías derivadas del habitual trato con agujas y tijeras, y con la máquina de coser y el consiguiente entramado que requiere su correcto funcionamiento. Tenía que salir de allí enseguida, sin dilatar más la decisión, para hacer el mismo camino que ya había hecho, pero a la inversa. Si Beltza estuvo entonces conmigo, seguro que volvía a estarlo de nuevo. Que solo hacía falta para que regresara en mi auxilio desearlo mucho, supuse. Pero no lo había deseado mucho cuando la niebla empezó a cubrir la ciudad con su insolente insistencia, recapacité. Ni siquiera lo deseé un poco. Tampoco llegué a pensar entonces en él, tan olvidado lo tenía, hasta que su hocico húmedo me rozó por sorpresa y el aliento de su boca me reconfortó con su calor.

Seguí pensando en el perro cuando llegué a la salita del segundo piso, la que tenía como

mobiliario principal dos grandes sofás, varios sillones individuales y un mueble lleno de libros, al que me acerqué mientras continué pensando en el animal, aunque entonces compartí ese pensamiento con otro que tenía que ver con el tiempo que necesitaría una persona para leer todo el saber que allí había ordenado tan cuidadosamente. No sé si también pensé en la frecuencia con la que ya en otras circunstancias me había preguntado por las dificultades que entrañaría para alguien empeñado en llenarse de historias escritas por otros, el deseo obsesivo de leerlas todas, por la falta de tiempo que sin duda le impediría cumplir su objetivo. No me molestaron para seguir con mis curiosos pensamientos los ruidos provocados por los habitantes de la casa que entonces comencé a percibir, procedentes de la habitación de al lado, en la que recordaba haber visto cajas ordenadas, bancos de trabajos manuales y utensilios para llevar a cabo aquellas manualidades. Que los habrían puesto a trabajar, supuse; para ocuparles el tiempo libre, supuse; «Para matar sus horas», dijo la madre Lourdes. Y volví a pensar con más ahínco en la idea de abandonar aquel lugar que me hacía tener sensaciones extrañas, como si ya las hubiera vivido o me las hubieran contado o las hubiera imaginado. Todo tan familiar, incluso los peculiares moradores de la casa, a los que bien podría haber conocido en cualquier otro sitio y en cualquier otra circunstancia, bastaba con que de vez en cuando hubiera mirado con más atención hacia cualquier esquina de las que acogen a esos seres necesitados que parecen sobrar en el mundo convencional, donde nadie es nadie si antes no ha enseñado su poder, o al menos se ha molestado en ocultar sus carencias. En realidad, solo había que posar la vista en las personas que pasaban por la calle con el abandono grabado en los ojos, para encontrar lógico que existieran lugares de acogida donde poder ampararlos a todos, o solo a algunos, sin duda a los que fueran más afortunados (¿realmente puede sentirse alguien afortunado solo por el hecho de saberse amparado?; ¿tan triste puede volverse una vida en la que solo cuenta el grado de protección de que se disfruta?). Sí, es posible que existan más lugares similares al que fue construido en el descampado de mi infancia, del que lo ignoré todo hasta que necesité de él, como seguramente ignoran que existen otros sitios así quienes no llegaron a necesitar de ellos y ni siquiera conocieron a nadie que sí los precisó en algún momento de su vida. Solo los muy apurados estarán en el secreto que esconden los lugares que son refugios, de los que ocasionalmente se escucha alguna noticia que aparece en los periódicos, en los últimos tiempos casi todas relacionadas con mujeres que deben abandonar la casa familiar para defenderse del comportamiento irracional y violento del compañero de su vida, cuando no extremadamente cruel y en ocasiones reincidente en las agresiones que ellas sufren como quien está destinado a soportar un destino que es el que es: uno, y les ha tocado a ellas. Me extrañó, por ello, que no hubiera ningún caso entre aquellas personas relacionado con esa clase de sufrimiento. Pero había otros malos tratos, ya fuera por omisión, dejación o solo desidia, y no podría decidir cuál de todos los tratos de los considerados malos era el peor que podría brindársele a un ser humano. Y no descarté que fuera esta la razón de la ausencia de brillo que había en la mayoría de las personas que allí vivían. Todo está relacionado con todo, y todo guarda relación con todo, se quiera o no, y es un hecho que las vidas de algunas personas desprenden luz, pero también existen otras que la absorben y se la quedan para sí, aunque acaban desperdiciándola; y quienes no la tienen y tampoco pueden absorberla; y quienes solo aciertan a aprehender una parte pequeñísima de esa luz que los hace vivir escasamente iluminados. De tantas personas, qué pocas brillaban en aquella casa. Por eso deseaba marcharme. Y también porque tenía miedo. Quizá solo era miedo a la ausencia de luces para iluminarme, debido, me decía, a la clase de vidas que se daban allí, tan apagadas.

Siempre me ha dado miedo la oscuridad. Me aterra desconocer lo que hay próximo a mí y sin



embargo no alcanzo a tocar. Es el temor que infunde aquello que no se puede dominar, de lo que no sería posible defenderse con antelación suficiente ni siquiera a condición de prever su peligrosidad. Y la sensación de no poder ver todo lo que allí había, escondido en los corazones heridos de aquellas personas, me atemorizaba, pese a la hipotética ayuda que podría reclamar si creyera que podría necesitarla. Nada me producía consuelo. Tampoco la presencia de los libros aguardando ser abiertos para otorgar su protección a quienes no tuvieran nada más a lo que aferrarse. Me maravillaba recordar la seguridad que Telmo Barandiarán (ya no era para mí el viejo del carrito, no podría serlo nunca más; ya tenía un nombre y un apellido para distinguirlo) sentía rodeado por las pertenencias que iba almacenando en el suelo que se esmeró en proteger para salvar lo que otras personas con más posibilidades desecharon de sus vidas. Envidié en esos momentos la paz que él encontró entre las paredes destartadas de las casuchas que construyó para preservar el saber encerrado en los libros que rescató a base de patear las calles y pedir en las casas, cuyos moradores se protegían de su presencia como de una temible epidemia.

—Puedes coger todos los libros que quieras. Están ahí para eso.

La madre Esperanza me observaba desde la puerta. Ignoro cuánto tiempo había permanecido allí, mientras yo trataba de vencer el miedo que me hacía débil y quebradiza, como si fuera una rama recién brotada de una planta escasamente crecida. Cuesta hacerse a los sitios, como debe costarles a las ramas jóvenes hacerse fuertes en los troncos de las plantas a cuyo abrigo viven.

—Están ahí para ser leídos sin miedo —repetió de nuevo, suponiendo, quizá, que no había escuchado sus anteriores palabras. Asentí por fin, más por hacerle saber que ya sabía que me había hablado, y lo que me había dicho, que por querer hacerlo.

—Se trata de una parte muy pequeña correspondiente a una biblioteca muy extensa y muy valiosa que él evitó que fuera malvendida.

Dijo él y no necesitó explicar a quién se refería.

—En cierto modo podría decirse que gracias al primitivo propietario de esa biblioteca, de la que hemos conservado solo una parte muy pequeña, estamos aquí ahora.

No pregunté nada, a pesar de mi curiosidad. Me limité a observar la cara de la monja, que distrajo sus ojos del presente tratando de ir hacia atrás en el tiempo, como pretendiendo llegar cuanto antes a la altura deseada.

—A Telmo Barandiarán no le permitían la entrada en las casas. Tú eso ya lo sabrás...

Ni siquiera le abrían muchas de las puertas a las que llamaba, recordé. También mi propia madre, que era tan buena, lo hizo muchas veces: negarle la cortesía del saludo directo, incluso para disculpar la ausencia de las dádivas que le escatimó con insistencia, siempre a mi pesar, que deseaba ver de cerca a la persona que se interesaba de forma tan obsesiva por cosas que para los demás no pasaban de ser estorbos, basura en realidad, que normalmente se tiraba al contenedor más cercano al cabo del tiempo. «Ábrele la puerta», le decía yo; y ella: «¿Para qué, si aquí no hay libros, y mucho menos que sean viejos?»; y yo: «Pero sí hay periódicos atrasados». Siempre peleando porque le diera algo, siempre decepcionada porque no sucedía nunca que se lo diera.

—Ni siquiera era frecuente que pasara de la puerta de entrada, y eso cuando se la abrían —añadió la monja—. Pero un día se encontró con un niño que le invitó a pasar al interior de la casa a la que había llamado. Digo yo que no sabría que no debía abrir la puerta, y mucho menos para dejar entrar a alguien que fuera extraño... El caso es que el niño en cuestión le consintió inocentemente el paso, y hasta lo condujo a una habitación espaciosa pero hedionda, en la que había una cama donde vegetaba un viejo más viejo que él mismo, y por eso más acabado. «Que dice que busca libros», le hizo saber el niño al viejo. «Pues dáselos todos», respondió el viejo,

«Dáselos todos, y que le aprovechen, y así tal vez alguien llegue a apreciarlos verdaderamente». El niño no supo qué hacer, ¿cómo iba a saberlo? Seguramente pensó en la reacción que tendrían sus padres cuando volvieran y se encontraran con la nutrida biblioteca que había en la casa de pronto vacía, pero no se atrevió a protestar. Y Telmo Barandiarán dudó entonces entre hacer caso de las palabras del viejo y aprovechar la coyuntura que se le presentaba, o dejarse guiar por su sentido común, el que le decía que en aquel hombre más derrotado que él mismo latía algo más hondo que una rabieta destinada a fastidiar a quienes no hacían caso de los libros que él atesoraba con mimo. Se dijo que tal vez solo se trataba de un demente que no tenía otra cosa mejor que hacer, sino dejarse notar entre sus familiares más cercanos, normalmente alejados de la casa, demasiado ocupados para prestarle la atención que sin duda él creía merecer. «Dáselos ya; dáselos todos, sin dudar, y que se los lleve... si puede hacerlo, y si no puede con todos, que elija los que mejor le parezcan», repitió el hombre que estaba recostado en la cama. Y el niño, que según me dijo no pasaría de los diez años, volvió a mirar con una mezcla de curiosidad y extrañeza hacia el lecho, tratando de cerciorarse absolutamente respecto a lo que debía hacer, y de nuevo recibió idéntica indicación: «Que se los des todos, sin dejar uno», y siguió mascullando: «Mucho hablar del tesoro familiar, mucho agradecer que exista, pero la realidad es que solo saben hacer cuentas y más cuentas, para ver el beneficio que les reportará su venta cuando yo me muera y ya no pueda estorbar sus planes; y no está lejos el momento, bien sabe Dios que no lo está. Tienen razón al suponer que ya ando exprimiendo el último aliento, pero alguna compensación tenía que recibir de la vida como premio por aguantar todas sus insolencias. Bien está que haya venido alguien solicitando lo que ellos tanto ansían». Entonces Telmo Barandiarán estuvo a punto de darse la vuelta y dejar al hombre cargando con toda la amargura que parecía llenarle el corazón, al fin y al cabo no creía que le correspondiera a él impartir justicia en semejante lance, pero sintió lástima, o eso me dijo, y también por el niño, su nieto, según supo después, que cuidaba de él a ratos sueltos, cuando la servidumbre debía abandonar la casa para hacer algún rápido recado en la calle, y eso sucedía al llegar el niño del colegio, algunas veces poco antes de comer y otras a media tarde; no podían dejar solo al hombre, tan enfermo ya, de quien esperaban de un momento a otro un desenlace que los librara a todos de la tiranía de su enfermedad. A saber quiénes de todos cuantos vivían en aquella casa estarían más atados al dolor que había en aquella cama —un dolor mucho más profundo que aquel que solo afecta a las partes del cuerpo que llegan a doler físicamente, y por tanto pueden dejar de hacerlo en algún momento, cuando ya se hace imposible soportar más y entonces se inunda el alma de pena por sentirse ya inservible—, si el hombre doliente o las personas que presenciaban a diario los estragos de ese dolor. Peor aún: debía saberse un estorbo, o solo sentirse como tal, aunque no lo fuera en realidad y únicamente lo supusiera él así, por haberlo visto muchas veces reflejado en los ojos que lo mirarían con algo de la lástima y mucho del hastío que se trasmite cuando se cree que ya se ha pasado el límite, pero no se ha hecho, no se ha pasado, y entonces ya solo queda la espera; una espera que amenaza con eternizarse, llena de horas que siempre están vacías, porque no se espera nada de ella, solo el transcurrir hueco del tiempo. Así, Telmo Barandiarán pasó de frotarse las manos por el imprevisto hallazgo a darse la vuelta, tratando de desoír las palabras del viejo, para no dejarse vencer por la tentación que lo empujaba a la recogida de los libros que se le ofrecían, o solo algunos, a lo mejor en verdad valiosos, como parecía haber insinuado el hombre yacente. No quiso aprovechar la oportunidad que se le presentaba como caída del cielo, y ni siquiera inspeccionó con detalle los volúmenes que se apretujaban en las estanterías de la biblioteca, enorme, según me dijo, tan repleta de ejemplares como solo era normal en las bibliotecas públicas; o será que nunca llegó a

ver tantos libros juntos en otro lugar que no fuera una biblioteca pública. El caso es que trató de hacer lo que en su fuero interno consideró un deber: marcharse para no sacar un provecho deshonesto de aquella singular circunstancia, y lo hubiera hecho de no haber escuchado la llamada del viejo que lo reclamaba cerca de la cama que lo sostenía. Y allí, en la soledad de la habitación que tenía toda la pinta de ir a ser su mortaja a poco tardar, Telmo Barandiarán escuchó las confidencias de su inesperado benefactor referidas a los desencuentros que mantenía con sus hijos desde que por el avance inmisericorde de su enfermedad dejó de valerse por sí mismo, relatándole que antes, cuando corrían tiempos favorables para los negocios de que era poseedor, los hijos no tenían más remedio que acatar sus órdenes y aceptar sus manías de coleccionista de libros, algunos muy caros y otros tan asequibles que hasta un insulto le pareció que se los hubieran vendido por un precio más bien irrisorio, casi simbólico, en alguna de las librerías de viejo que solía frecuentar en cualquiera de las ciudades a las que debía viajar de vez en cuando por asuntos laborales. Que prácticamente la vida entera había estado juntando libros, leyéndolos, cuidándolos, almacenándolos como quien almacena tesoros, le dijo, hasta que sus hijos se hicieron adultos y pasaron de considerar divertidas sus extravagancias a temer por la suerte de la herencia que les dejaría, sin duda escasa, si seguía gastándose cada vez más dinero en ejemplares extraordinarios, y a juicio de ellos, inútiles. Que no entendían para qué invertir sumas tan elevadas en objetos sin sentido, le decían, a pesar de alegar él el derecho que tenía de utilizar su capital en lo que más le complaciera; y abundaba el hombre, además, en lo mucho que ya había hecho, manteniendo a aquellos parásitos hasta más allá de lo que podría considerarse razonable, debiendo soportar, para más ahondar en su desgracia, la escasa rentabilidad intelectual que logró con los carísimos estudios que les procuró.

Se detuvo entonces la monja y quedó pensativa, para añadir poco después:

—Esta es, a grandes rasgos, la historia que me relató Telmo Barandiarán referida a los libros el día que volvió a pasar por la residencia de ancianos, aquella en la que servíamos antes de estar aquí. Hacía mucho tiempo que no le habíamos visto. Ya te dije que incluso llegamos a temer por su salud. Mucho antes, al principio de todo, cuando empezó a pasar por allí, yo le decía que aguardara, mientras trataba de juntar todos los papeles que podía, para ayudarle a llenar su inseparable carrito, pero ese día ya no fue necesario.

—¿No pidió nada entonces?

—No, y yo me extrañé, por eso me contó lo que le había pasado, que él consideraba una dádiva de la Providencia.

—¿Y qué fue del viejo de los libros? —me interesé, pues no había conseguido entender qué tenía que ver la historia que me había contado con el hecho de que ahora estuvieran allí parte de esos libros, y menos aún la presencia de las personas que gracias a ellos se vieron beneficiadas por su existencia, circunstancia a la que no le encontraba relación.

—Murió. Al poco tiempo murió. Telmo Barandiarán aún lo visitó un par de veces más, fundamentalmente por saber de él, por consolarle al ver cómo iba menguando su salud, y porque había sentido mucha pena de aquella soledad en la que parecía vivir, a pesar de la gran casa que habitaba y de la familia que tenía, que, por cierto, apenas le hacía caso. Figúrate que hasta le escatimaron en el personal sanitario dedicado a su cuidado que durante un tiempo lo atendió... Creo que me habló de un par de enfermeras que al principio estuvieron pendientes de él, turnándose tanto de noche como de día, y que acabaron por desaparecer de la casa, creyó él que al no considerar sus hijos necesario el gasto que suponían, teniendo en cuenta lo poco que le quedaba ya de vida al hombre y el poco provecho que le reportaría a esas alturas recibir ciertos

cuidados, que para ellos ya estarían de más. Incluso un dispendio innecesario considerarían que era.

—Pero aún vivió un tiempo.

—Poco, por lo visto. Después de aquellas dos primeras visitas, hechas a pesar de los hijos, extrañados por la amistad que de pronto había entablado su padre con un mendigo, ya no pudo verlo más.

—¿Eran muy ricos?

—Mucho. Muchísimo, en realidad. El caso es que los tres hijos, dos chicos y una chica, dejaron de permitirle la entrada en la casa, lo supo cuando se disponía a realizar la que hubiera sido su tercera visita. Ni siquiera pudo decirme si en aquella ocasión seguía todavía con vida. Lo siguiente que supo de él fue a través de un abogado que se personó en el descampado, aquí mismo, pero cuando todavía estaba ocupado por las chabolas que él mismo había construido, que le entregó una citación para que acudiera al juzgado en fecha y hora determinados. Figúrate el susto que se llevó, suponiendo que quizá había cometido alguna falta por la que le reclamarían quién sabe qué.

—No me parece a mí que pudiera asustarse fácilmente —dejé escapar la suposición alentada por el recuerdo que conservaba del hombre que más bien tenía aspecto de intimidar él a quien lo tuviera delante.

—Cuando uno se topa con un documento oficial, por muy al margen que se esté de la oficialidad, es fácil creer que algo se nos reclama, ¿no te parece? No hace falta haber hecho nada incorrecto, basta con que alguien crea que así ha ocurrido para que le compliquen la vida a uno. Además, no era muy normal que quisieran algo de él, viviendo como vivía fuera de la normalidad. Pero, al mismo tiempo, no era difícil dar con su paradero, por ser un mendigo conocido al que era fácil ubicar en el peculiar refugio que se había construido, del que sin duda informó a su amigo en alguna de las charlas que mantendrían cuando aún no le había sido prohibida la entrada a la casa.

—Visto así...

—Así hay que verlo. Así debía verlo él. Y por eso no durmió mientras esperó la llegada del día convenido. Afortunadamente, para lo que se le requería tenía que ver con el viejo de la casa rica, que le dejaba todos los libros de su magnífica biblioteca en herencia.

—¿Todos?

—Todos. Como ya le había dicho que hiciera al niño que le abrió la puerta aquella primera vez, le daba los libros de la biblioteca para que los aprovechara, ya que no creía que sus propios hijos pudieran hacerlo como él deseaba.

—¿Y los hijos?

—¡Ah, los hijos...! Pues hechos una furia, como te puedes figurar. Rabiando y tratando por todos los medios de que el documento firmado por su padre fuera revocado, para lo cual hablaron con toda suerte de médicos con la esperanza de que certificaran la demencia del hombre, así como la posibilidad de que la presencia del mendigo hubiera obrado como influencia interesada en los últimos tiempos de vida del padre.

—¿Puede hacerse eso?

—¿El qué?

—Que se certifique la demencia de alguien que voluntariamente ha querido dejar sus pertenencias a quien ha considerado más oportuno que las tenga —le aclaré.

—¿En qué mundo vives tú?

«En este», estuve en un tris de decirle. En este mundo que debería dejar que la gente viviera la

vida conforme quisiera hacerlo. —¿Es que no sabes cómo es la gente? —insistió.

—Creí que solo en mi familia se daban esa clase de instintos que hacen desear abandonarlo todo para evitar que alguien pueda relacionarnos con las conductas observadas por ciertas personas que llevan nuestra misma sangre, tan ruines que parecen impropias de seres humanos salidos de antepasados que nos son comunes.

—Ya ves que no solo en tu familia se dan esos instintos que a mí también me disgustan tanto. Incluso me molesta profundamente el simple hecho de saber de la existencia de esa clase de conductas. Y también a ti, por lo que me dices.

—Si usted supiera...

—Yo sé muchas cosas. De casi nada puedo asustarme ya.

Probablemente no. O sí. Y me dije que sin duda sí podría hacerlo —asustarse— de mi familia, formada ya únicamente por los hermanos de mi madre y los hijos de estos, tan avariciosos como aquellos, sin duda por haber heredado su mala voluntad. Tan preocupados por hacer que se vendiera la casa de mis abuelos con una celeridad que yo consideré excesiva. Tan veloces a la hora de deshacerse del lugar en el que nacieron y crecieron, al que volvían con frecuencia mientras todavía existía allí la vida de quienes formaron aquel hogar construido a base de muchos esfuerzos. El mismo que ellos se empeñaron en hacer desaparecer de su memoria con el fin de apoderarse a toda costa de las migajas que resultaron de la precipitada venta que acabó por diluir hasta la memoria de sus años de infancia. Ya no podía pensar en ellos con cariño, ni siquiera con algo de apego, después de haberlos visto discutir acaloradamente y con un celo exagerado por minucias, entre las que se contaban en qué medida debía correr cada uno de nosotros con los gastos notariales que generaron las gestiones de las últimas voluntades que debimos formalizar, después de comprobar que ninguno de nuestros muertos llegó a testar en vida. De ahí que yo me viera obligada a abonar más dinero que mis tíos, al deber asumir en solitario el gasto que generó el testamento de mis padres, obviando que todo el papeleo tenía como objetivo satisfacer intereses comunes, a pesar de que yo no tenía intención ninguna de vender nada y solo acaté sus deseos para satisfacer su avaricia. No tuvieron la decencia de solidarizarse conmigo en algo tan pequeño que, sin embargo, hubiera significado tanto para mí, en tanto yo sí hice causa común con ellos y pagué la parte que me correspondió de las herencias de mis abuelos. Por ello, después de que todo hubiera finalizado, solo me quedó el resquemor de sentirme estafada también en la parte sentimental de la historia, que por culpa de ese lamentable broche dejó de tener razón de ser.

—Puede que se asustara del comportamiento de mi familia —dije, sin querer entrar en otros detalles.

—Son ellos quienes pierden más —respondió—. No es posible que nadie sea más feliz solo por tener un poco más de dinero, y si en toda su vida no lo han averiguado aún, es que solo merecen lo que tienen, y no debe ser mucho, si solo es dinero.

—Ellos creen que sí. Suponen que una migaja más o menos los hará ser más felices... Pero, si no le importa, prefiero no contarle nada ahora.

—Sabes que puedes hacerlo... si quieres. Como sabes, también, que respeto tu silencio.

—Mejor siga contándome usted lo de la herencia que recibió Telmo Barandiarán —añadí.

—Como deseas, aunque ya no hay mucho que contar al respecto. —¿Era tan valiosa la colección de libros?

—Lo era. Era muy valiosa, en efecto. Había muchos ejemplares de los considerados excepcionales por los especialistas. Incluso algún incunable de valor prácticamente incalculable.

—¿Y cómo se resolvió la cuestión legal?

—De esa parte no puedo hablarte mucho, porque solo sé que el resultado final benefició a Telmo Barandiarán en aquello que le atañía directamente. Por lo visto, en las herencias hay una parte de libre disposición, o algo así, y a esa disposición no pueden oponerse ni los familiares más directos de quien haya otorgado el testamento. Lo que sí sé a ciencia cierta es que cuando supo del valor real de la herencia, donó la totalidad de lo que había recibido a las autoridades a cambio de que edificaran, por fin, una residencia para los ancianos.

—Que no se levantó. Porque esto no una residencia para ancianos...

—No exactamente. Por lo que yo sé, las autoridades responsables estimaron más oportuno dejarlo en una especie de casa de acogida, y Telmo Barandiarán aceptó que así fuera, a condición de que durante el día sirviera también de lugar de encuentro para personas que se encuentren solas por cualquier circunstancia, para que puedan pasar aquí algunas horas.

—Un centro de acogida —traté de simplificar.

—Llámalo como quieras. El caso es que se hizo lo que ves, todo lo grande que permitió el dinero conseguido, porque había que dejar un fondo importante, a fin de soportar su mantenimiento durante el máximo tiempo posible. Así fue como se dio la posibilidad de que muchas personas que no tienen familiares a los que recurrir hallaran un refugio, y también que las que se sienten solas vengan durante el día a leer en la biblioteca y a encontrarse con gente con la que poder hablar, o a trabajar en el taller que tenemos en la habitación de al lado, donde pueden coser, pintar, hacer pequeños objetos con los materiales de que disponemos...

—Por eso me dijo que aquí pagan las personas que tienen dinero, y que lo hacen también por aquellas que no pueden hacerlo.

—Es una forma de alargar los fondos: los que se lo pueden permitir dan su dinero a cambio de la compañía y el sustento que aquí reciben por tiempo indefinido, mientras que los más pobres no tienen obligación alguna de abonar nada, pues nada tienen.

—Es bonito —dije, sintiendo de pronto que mis miedos recientes se alejaban.

—Lo es. Y más bonito aún es saber que quien lo hizo posible pudo haberse beneficiado personalmente, y en cambio optó por hacer que el beneficio obtenido fuera para los demás.

—¿Es que él no lo disfrutó nunca?

—Solo unos días. Después se marchó. Una mañana, creo que un par de semanas después de la apertura, ya no desayunó en la mesa con las personas que había en aquel momento, no más de quince por entonces, y nadie supo cuándo se marchó exactamente, y mucho menos por qué.

—Quizá se sintió encerrado. De andar por ahí, libre como un pájaro, a tener que convivir con personas, guardando unas normas... —Es un misterio. Y sí, puede que se sintiera encerrado, otra razón no le encuentro a su extraña desaparición.

Guardó silencio entonces la monja, y me pareció que no me estaba diciendo toda la verdad. Acaso no creyó que yo pudiera llegar a entender aquello que hubiera debido decirme, si es que había algo más que decir, como yo suponía. O puede que no considerara adecuado contarme más de lo que me había contado, muy poco, por otra parte, solo esbozos; unos cuantos pespuntos capaces apenas de hilvanar parcialmente el dobladillo principal de la pieza. Demasiado bien sabía yo que los hilos de prueba no son tan fuertes como los que definitivamente pasan a sujetar una prenda de ropa cuando está bien acabada.

—¡Virgen Santísima! ¡Es tardísimo! —dijo de pronto, quizá al darse cuenta de que efectivamente era tan tarde, o solo tratando de escaparse de la ratonera en la que temía haberse metido, seguramente sin querer hacerlo—. Y la comida a punto de servirse. La pobre hermana Lourdes estará volviéndose loca en la cocina. Voy a ver si necesita alguna mano más, ¿vienes

conmigo? Si quieres puedes quedarte un rato aquí, ojeando los libros, bien se ve que te gustan. Porque te gustan los libros, ¿verdad?

—Sí, me gustan los libros.

—Solo hay que ver cómo los miras. ¿En tu casa había muchos libros? Seguro que sí —se respondió sola—, y claro, la fuerza de la costumbre...

—Ninguno —corregí—. En mi casa no había libros. —Y esa afición, ¿de dónde te viene?

—De él. Fue él quien me contó lo que se encierra en los libros. De la vida que hay detrás de cada ejemplar y de todas las ventanas que son capaces de abrir en las vidas de quienes se asoman a ellos.

—¿No resulta extraño, que hayas venido a parar precisamente aquí, donde tanto se conserva aún de su espíritu?

—Es extraño, sí —admití.

## X

*CIERTOS CAMINOS NOS CONDUCEN* a lugares sobradamente conocidos, tan cercanos como los gestos que vemos cuando nos asomamos a un espejo en el que se refleja nuestra familiar imagen, incluso si esa imagen aparece distorsionada por la mirada interesada (¿una pose, en realidad?) que le ofrecemos, a fin de vernos tan agraciados como deseáramos, sin los pliegues que se nos forman alrededor de la cara cuando gesticulamos con el modo característico que a cada cual nos es propio, ni los velos que nos ensombrecen la mirada si acaso descubrimos algún contratiempo que entorpece el discurrir de la placidez perdida súbitamente por causa de algún suceso inoportuno. Otros, en cambio, son imprevisibles, desconocidos, tan sorprendentes como los rostros que descubrimos en las fotografías que un día hallamos por casualidad olvidadas en algún cajón. Decimos entonces: «¿Quién es este, y por qué está en este lugar, y cómo llegó hasta aquí?»; y aún podríamos seguir preguntándonos más cosas, del mismo modo que nos preguntamos hacia dónde conduce el camino que hemos emprendido, nuevo y desconocido, imprevisible en su discurrir y más aún en el destino a que nos conducirá.

Todo, en realidad, es imprevisible, hasta el camino que invariablemente seguiremos, tan irreversible como el destino final. Bien lo saben quienes por causas ajenas a sus propios deseos se desvían de la senda natural por la que en condiciones normales hubieran debido pasar. Lo sabía muy bien Lenin, el hombre llamado en realidad Andrés Madariaga; el mote le venía porque vivió en la Unión Soviética mucho más tiempo del que vivió en su tierra, que dejó de serlo cuando apenas había aprendido a verla con la autonomía de su recién estrenado uso de razón, días después de tomar la primera comunión en contra de los deseos de su abuelo, comunista convencido, luchador en las filas del ejército republicano y partidario de hacer de su nieto —ya que no pudo hacerlo con ninguno de sus hijos— un ferviente seguidor de las izquierdas recién desbancadas por el golpe de estado que desencadenó la guerra civil (glorioso alzamiento, dijeron algunos que había sido, invalidando así el deseo mayoritario de quienes votaron con la libertad que perdieron a continuación, cuando no también la vida).

Según sus compañeros de residencia, Lenin solo hablaba cuando quería, y eso sucedía cuando le venía bien, sin que hubiera mucho sentido en ello y aun menos motivo o razón, algunas veces a horas intempestivas —podía ser madrugada o anocheada cuando le diera por soltar la lengua—. Así que yo me pregunté qué pasaría por la cabeza de un niño de la guerra que estudió en la Unión Soviética la carrera de ingeniería aeronáutica, pero que perdió su identidad emocional mientras esperaba el momento de volver a casa. Y también me interrogué acerca de lo que habría pasado por esa misma cabeza el día de su regreso, cuando de nuevo pisó la tierra que había abandonado prácticamente sesenta años antes y no encontró ya en ella a nadie que le fuera cercano. Todo eso tuve ganas de saber el día de Navidad, cuando después de la comida me acerqué a él, que parecía especialmente perdido en sus recuerdos —o solo en el resentimiento almacenado en su cofre de las emociones rotas—, tan distraído me pareció como para centrar mi atención por encima de todos los demás en ese momento; por encima de los que anteriormente ya lo habían hecho, incluidos el pianista Carmelo, el poeta Daniel o la antigua reina de la belleza llamada Charito. Porque Andrés Madariaga pasó de estar físicamente en aquel comedor a no estar allí realmente, y ni siquiera puedo decir que entre medias hubiera experimentado estado de ánimo alguno; más bien al contrario: su gesto se disolvió en un cúmulo de emociones que, de parecer absolutamente



intensas, pasaron a evaporarse a continuación, antes de abandonar definitivamente la comisura de sus labios enteramente cercados por la maraña de arrugas que los envolvían.

Los escasos comentarios que intercambié con su vecino de mesa, el pescador manco llamado Cecilio, no parecieron capaces de distraer su atención, probablemente muy lejos de allí a pesar de los animosos intentos que hacía por permanecer en el sitio que ya era suyo aunque en verdad no lo fuera del todo; ningún lugar podía ser suyo completamente, si el que le correspondía por haberlo habitado prácticamente la vida entera estaba lejos, y el que ansiaba recuperar para llenar su vacío emocional había dejado de existir de igual modo que habían dejado de existir las personas que lo sustentaron con sus recuerdos. En verdad no somos nada si no hay nadie cerca para atestiguarlo, para dar fe de nuestra naturaleza, yo lo sabía bien y lo sufría con una amargura impropia del futuro que tenía por delante. Pero no tenía mucho futuro Andrés Madariaga, extranjero de su propia tierra, emigrante a la fuerza en un país que fue suyo sin serlo realmente, de modo que el vacío tendría que ser mucho más grande en él de lo que aún lo era en mí.

Contemplé a distancia durante largo rato la curiosa conversación que no acababan de entablar de manera fluida los dos hombres. Uno, el manco, convertido en un ser solitario y algo despótico después de sufrir el grave accidente que le costó la pérdida del brazo. En realidad nunca aceptó su nueva situación y solo siguió adelante consolado por el exceso de bebida que empezó a consumir en los bares del puerto, en un deambular que se volvió una constante en su vida. No se sabía que tuviera familia, así que solicitó el ingreso en una residencia y al denegárselo por ser todavía relativamente joven y por tanto capacitado para trabajar y ganarse la vida —¿con un solo brazo? — se acrecentó su afición por el alcohol, hasta el punto de que en una ocasión llegó a caer en un coma etílico que lo mantuvo más muerto que vivo por espacio de dos días con sus correspondientes noches. La madre Esperanza supo del caso por uno de los tenderos que suministran comida a la casa y acudió al hospital con el objetivo de rescatarlo. El otro, el extranjero de su tierra, esforzándose por seguir una conversación que parecía no importarle en absoluto, por muchos esfuerzos que gastara en aparentar un interés que de lejos se veía que en realidad le suponía un estorbo.

—¿Qué miras? —me preguntó entonces el manco Cecilio, con el gesto de quien se ha visto desagradablemente sorprendido. —Perdone —fue todo lo que se me ocurrió decir para tapar la falta provocada por mi curiosidad.

—¿Que perdone, dices? No pidas perdón por algo que no has hecho, ¿o sí crees haber hecho algo malo? Mirar a los demás por encima del hombro no está bien, ¿lo sabías? —acabó por decirme.

Su reacción me sorprendió y por ello recapacité. Quizá sí había hecho algo que podía considerarse una falta: suponer cosas que no tenían más sustento que mi propia imaginación, ayudada por los datos suministrados precipitadamente por la madre Esperanza. O no había hecho nada indigno, salvo tratar de aproximarme a alguien que no quería tener a nadie cerca. No es fácil acertar con el comportamiento que debe seguirse con personas que están excluidas del modo de vida que es considerado convencional.

—No sé —dije, tratando de dejar en el alero de su tejado mi compasión, para que la aceptara solo si así lo deseaba.

—Pues entonces deja de mirarnos como si fuéramos bichos raros —añadió el manco Cecilio.

—No pienso que sean bichos raros —respondí.

Busqué con la mirada alrededor, tratando de encontrar algún aliado, pero ninguna de las personas que estaban cerca parecieron darse cuenta de mi apuro. Tampoco la madre Esperanza,

que en ese momento estaba sentada al otro extremo de la mesa, al lado de la Bella Charito, situada esta frente al poeta Daniel, se percató de mi aflicción.

—Por cierto: ¿hasta cuándo vas quedarte aquí? —me preguntó entonces Lenin.

—Hasta que se vaya la niebla —respondí.

—¡Ah! La niebla. ¿Te asusta la niebla?

—Esta sí. Es muy densa. No se puede ver nada.

—Para nieblas las que soporté yo cuando vivía en Rusia. Además, estaban acompañadas de nieve, siempre la nieve cubriéndolo todo. El blanco sobre el blanco le cegaba a uno los ojos.

—¿Vivió mucho tiempo allí? —le pregunté entonces, animada por las frases que salieron de su boca, que tomé por confidencias teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Qué es mucho tiempo? —Me sorprendió con su pregunta—. Todo es relativo. El tiempo es relativo. Los años de las personas son relativos, porque las personas vivimos muy poco si nos comparamos con la edad del Universo, y aún así creemos que cuando tenemos muchos años es porque hemos vivido mucho, fijate si somos ignorantes.

—Mucho tiempo para tratarse de una persona —aclaré.

—Bueno... No sé si fue mucho o fue poco. Seguramente fue mucho, porque cuando volví ya no quedaba aquí nadie vivo de los que yo había conocido; aunque también es posible que fuera poco, porque todavía me queda algo de memoria para recordarlo todo como si hubiera pasado ayer mismo.

—¿Cómo hablas! ¡La hostia!, eres la hostia —dijo el manco Cecilio, que lo miraba embobado.

—Eso es por los estudios que le dieron. Porque mucho penar por la ausencia de la tierra, pero allí estudió lo que yo no pude, y eso que quería hacer algo más que trabajar como un burro en la puta fábrica a la que regalé los mejores años de mi vida —se añadió otro hombre a la conversación, del que no sabía nada, ni siquiera el nombre.

—Comamos ahora, no vayamos a lamentar después no haberlo hecho cuando se presentó la ocasión —zanjó Lenin.

Ya no me atreví a seguir preguntando, y confié en que se me presentara otra posibilidad, aunque desconocía si la habría, si me atení a al escaso tiempo que permanecería en aquel lugar, unido a las dificultades que entraña el acercamiento a personas que han estado apartadas del normal discurrir de la vida. Por suerte para mí, la lengua de Andrés Madariaga quiso soltarse de nuevo antes de que terminara el día, cuando ya había creído que mi forma de mirarlo durante la comida le había causado una mala impresión que acaso no pudiera hacer desaparecer de ningún modo. Es sabido que cuando una persona se le atraviesa a otra al primer golpe de vista, después resulta difícil que logre enderezar la opinión inicial, aunque lo intente con todas sus fuerzas y ponga todo el empeño de que disponga.

Ocurrió que la soledad de mi circunstancial dormitorio se me cayó encima esa segunda noche que debía pasar en él, así que decidí ir en busca de la siempre benéfica ayuda de un libro con el fin de apaciguar todas las inquietudes que me impedían conciliar el sueño. Sin embargo tuve miedo. Al abrir la puerta y hallar el recibidor completamente a oscuras, cambié de opinión y, con el corazón latiéndome aceleradamente, atranqué la puerta sin haber llegado siquiera a traspasarla, con el instintivo gesto de protección frecuentemente más utilizado: darle la espalda a aquello que nos haya infundido ese temor. Lo dejaría correr y trataría de apañarme con el libro de poesías de Daniel que aún seguía en mi poder. Hasta que recordé la cercanía del cuarto en el que Rosalía se recuperaba, siempre atendida por alguna de las monjas que la cuidaban de noche y de día. Si me atrevía a cruzar el espacio que me separaba de ellas, la mitad del problema estaría solucionado,

por no decir el problema completo; raro sería que la monja que estuviera al cuidado de la inválida que fue desahuciada de su casa y dejada en la calle como si fuera un trasto inservible me negara el auxilio de acompañarme a la biblioteca.

En efecto, la hermana Salvadora, que era quien esa noche estaba de guardia, velando por la recuperación de Rosalía, no tuvo inconveniente en procurarme la ayuda que le solicité, no sin antes hacerme saber lo benéfica que resulta siempre la compañía de Dios, y más en los casos de indefensión absoluta.

—Tengo la impresión de que no rezas mucho —dijo, y a continuación me sermoneó a propósito de mi aparente desidia en cuestiones de fe.

No, no rezaba mucho, estaba en lo cierto. En realidad ya no rezaba nada. De poco me sirvieron los rezos que me enseñaron de pequeña, perfeccionados después a instancias de mi abuela, según ella con el propósito de aplacar la tristeza que se me quedó en el alma tras la muerte de mis padres. Y yo, entonces espoleada por mi abuela, rezaba y rezaba, mientras el mundo que había conocido se iba al garete. También después de su propia muerte seguí rezando, pidiéndole que no me dejara sola, anhelando con mucho ardor que volviera de la otra vida —ella estaba tan convencida de la existencia de esa «otra vida» a la que tanta propaganda le hacía, que yo misma creía que así sería— para que su compañía me ayudara a quitarme las penas que me tenían cercada. Pero nunca volvió, ni siquiera cuando le solicitaba con mucho fervor alguna señal que me confirmara que no estaba sola, que ella velaba por mí, de igual manera que velarían mis padres, si hacía caso de las enseñanzas relativas a la inmortalidad de las almas que según la creencia católica siempre se ocuparían de atender las necesidades de los que hubieran dejado en este lado de la vida.

—Es bueno encomendarse a su cuidado. —Levantó los ojos, como si en verdad pudiera ver más allá del techo de la vivienda.

—¿Usted cree que hay alguien allí arriba que pueda vernos? —le dije yo, deseando escuchar una respuesta que no me dejara lugar a la duda.

—Lo creo. Lo creo firmemente. —Fue su contestación. —¿Quién le enseñó a creer así?

—Él. Él mismo lo hizo. Si te pones en sus manos y aceptas su presencia entre nosotros, es fácil creer.

—Pero yo estoy sola, a pesar de lo que usted diga, o al menos así me siento. No hay nadie quevele por mí. Mi abuela decía que ella me cuidaría, igual que harían siempre mis padres. Ahora sé que mintió.

—Si te lo dijo, seguro que lo hace. —Pareció muy segura, y yo envidié su seguridad.

—No ha vuelto. Yo creí que volvería, o que me enviaría alguna señal —le expliqué.

—Confía en ella. No todo es tan sencillo como parece. Debes confiar, aunque no la veas, seguro que está contigo —insistió.

¿Dónde?, me pregunté. ¿Dónde está? ¿Y de qué manera me cuida? ¿Y por qué consintió que sus hijos hicieran lo que hicieron, permitiendo que se desgajara su propia familia? No podía seguir creyendo en cuentos tan mal resueltos. La trama estaba bien, incluso el argumento, pero no había ninguna resolución convincente.

—Bueno, ya puedes escoger el libro que quieras —dijo la monja cuando llegamos a la biblioteca, después de subir las escaleras que esa noche me parecieron especialmente empinadas.

—No sé... Hay mucho donde elegir.

—Si quieres te espero, pero ya sabes que no puedo estar mucho tiempo lejos de la cama de Rosalía.

No escuché sus pasos, ni sé cuándo llegó, si inmediatamente detrás de nosotras o unos minutos más tarde, pero la voz de Lenin sonó entonces en la habitación.

—¿Tienes miedo y necesitas escolta? —preguntó de un modo que me resultó algo impertinente.

—No conoce bien la casa —justificó la monja.

—Y está oscura, ¿verdad? Y silenciosa. Está muy silenciosa. Se diría que está habitada por almas en pena —añadió el hombre, me pareció que un poco maliciosamente.

—No la asustes, ¿quieres? —salió ella en mi defensa. —No parece ser de las que se asustan.

—No, no me asusto —mentí—. Solo quería evitar armar un escándalo tropezándome con algo.

—Ya. —Fue la única palabra que salió de su boca, rodeada esta por una maraña de arrugas que cubrían sus mejillas y bajaban hasta el pronunciado mentón que ya había perdido toda su firmeza, no así la arrogancia, que hacía juego con una frente ancha y altiva y una nariz prominente.

—Entonces... ¿me quedo contigo? —se dirigió a mí la monja— ¿Te vas a quedar tú? —le preguntó a continuación a Lenin. —Sí, estoy algo desvelado.

—Puedes bajar a la cocina a tomar un vaso de leche caliente, si quieres —le sugirió, pero él denegó la oferta y ella insistió, a lo que él volvió a rehusar.

Entre tanto, yo me había sentado en uno de los sillones individuales con un libro entre las manos. Había escogido una edición del *Fausto* de Goethe con las tapas negras y rugosas, de un peso considerable teniendo en cuenta su reducido tamaño.

—Cúidalo bien. Es muy caro. Y peligroso —sonó la voz de Lenin como si hubiera proferido una amenaza.

—¡Andrés! No le metas miedo.

—Solo he dicho que es peligroso, y es verdad. Da ideas. Las ideas son peligrosas si uno deja que vuelen por encima de la razón y les permite que se hagan sitio en algún rincón del cerebro —explicó él.

No me gustó el tono de voz que empleó Andrés Madariaga, así que me levanté del sillón y le comuniqué a la monja que ya estaba lista para volver a la planta baja.

—¿No tendrás pesadillas con semejante lectura? —insistió él.

Volví a inquietarme. Poco conocía entonces de la trama de *Fausto*, salvo que había un diablo que tentaba a un hombre. El diablo me daba miedo. Saber que el mal existía y podía manifestarse me alarmaba más que la posibilidad de que el bien hiciera de contrapeso y equilibrara la balanza de mis temores. En realidad no es lógico temer al mal cuando no se acaba de creer absolutamente en el bien. «¿No tendrás pesadillas?», escuché de nuevo las palabras de Andrés Madariaga, y dudé acerca de la idoneidad del libro elegido. Por otra parte, sentí cierta vergüenza del miedo que aún no había hecho su aparición, pero que seguramente acabaría por hacer acto de presencia cuando estuviera sola en la habitación que me habían asignado, tan alejada de todo.

—¿Por qué no coges otro libro que sea más liviano? —La madre Salvadora vino en mi ayuda—. No sé... algo más llevadero. —¿Te ayudo? —se ofreció Lenin.

Al adivinar mis dudas se adelantó y anduvo toqueteando varios ejemplares que primero extraía de las estanterías rápidamente y después volvía a introducir en el mismo lugar con idéntica rapidez. Hizo esa operación varias veces y solo al cabo de un buen rato se giró, sonrió y me mostró un libro.

—Este —dijo—. Este es el adecuado.

Me tendió un ejemplar de *Miguel Strogoff*, de Julio Verne.

—Es razonablemente aceptable. Y así conocerás la Rusia que describe Julio Verne. Igual también se la inventó, como se inventó los lugares que describió en sus otros libros, incluso la

Luna, y hasta el centro de la Tierra, y también el fondo del mar. ¿Conoces algo de Rusia? Antes llamada la Unión Soviética, tan grande... Después solo una sucesión de países que se desgajaron y con tanto desgarró se volvieron más míseros. Tan inmenso aquel país...

—¿Cuánto tiempo vivió allí? —le pregunté, suponiendo que en aquel momento estaba en una disposición adecuada para hablar.

—Cuánto tiempo no he vivido allí, querrás decir. Porque todo mi tiempo parece pertenecerle a Rusia, excepto algunos recuerdos que ni siquiera puedo cuantificar en años.

—Yo debo bajar ya —se disculpó la monja—. Te dejo en buena compañía.

—No le hagas caso. Seguramente yo soy la peor compañía que podrías tener en esta casa.

—No pienso contradecir tus propias palabras. —Me pareció que bromeaba la hermana Salvadora con Lenin.

Cuando nos quedamos solos yo hice ademán de abrir el libro que había puesto Andrés Madariaga en mis manos. Siempre me ha gustado descubrir qué hay en la primera línea de un libro nuevo, para saber si quiero seguir leyendo la segunda, y así sucesivamente, hasta que los ojos me demanden una tregua. Pero él se adelantó a mis intenciones y siguió hablándome de Rusia:

—El lugar más frío del mundo, y también el más inhóspito, pero seguramente por eso se te mete en los huesos, como ocurre con los lugares que son húmedos por culpa de los ríos que los cruzan. Siempre tiritando, echando vaho por la boca, como trenes de vapor atravesando una llanura inmensa; allí todo es inmenso, excepto las casas de los obreros, que apenas pueden acomodar a quienes viven en ellas.

—Pero usted estudió. Y allí la gente con estudios será importante, como pasa aquí.

—Allí, bonita, la gente carece de todo menos de educación. La educación es fundamental para el sistema, pero después no se paga en los trabajos en consonancia con lo que se ha estudiado.

—¿Entonces...?

—Entonces no sabe uno lo que es mejor, ni cómo acertar. Si me quedé allí y pude estudiar, fue renunciando a parte de la vida que hubiera podido tener aquí. Ahora bien, de haber regresado a tiempo, en el hipotético caso de que hubiera podido hacerlo, la vida que hubiera tenido aquí seguramente hubiera sido parecida a la que tuve, pero sin todo lo que aprendí allí.

—Un dilema —sugerí.

—Un dilema, sí señorita. Todo un dilema.

—Pero ser ingeniero aeronáutico, digo yo que le valdría para algo.

—Para trabajar en proyectos espaciales. ¿Tú sabes lo que es un proyecto espacial? Pues eso mismo —se respondió sin mi concurso—: todo lo relacionado con los viajes al espacio, que entonces se reducían solo a la conquista de la Luna, aunque últimamente la cosa se ha ampliado y andan buscando nuevos horizontes, empecinados en el más difícil todavía. A mí, si quieres que te sea sincero, me parece que no hace falta ir tan lejos para encontrar respuestas. La Luna ya me parece un lugar suficientemente alejado. Claro que, una vez visitada se acaba el misterio... ¿Verdad que es bonita la Luna? A mí me hubiera gustado poder haber hecho algún viaje como astronauta, pero la cosa estaba jodida... por culpa de la competencia. Allí hasta el más tonto hace relojes.

—Estaría bien poder ir a la Luna.

—Estaría bien, sí. Me hubiera gustado llegar a la Luna, claro que sí.

Seguimos hablando durante mucho rato acerca de la Luna y de todos los viajes que le hubiera gustado hacer a Andrés Madariaga y no logró, aunque lo deseaba mucho. De cualquier forma, llegué a la conclusión del orgullo que debe experimentarse cuando uno se sabe partícipe de la

realización de proyectos entre los que se incluyen la puesta en marcha de cohetes que han viajado por el espacio, donde supe por Lenin que no existe sonido alguno. Por el contrario, me aseguró que en las grabaciones de las conversaciones que escuchó tantas veces, las que mantenían los astronautas que salían al espacio y los que permanecían en el interior de la nave, el sonido consistía en una especie de rumor que se parecía al sonido que debe tener el vacío; y que el vacío que imaginaba él se asemejaba a un gran agujero del que era imposible ver el fondo, pero aún así se adivinaba, y que al final de ese agujero tenía toda la pinta de existir un espacio inmenso, capaz de tragarse todos los planetas conocidos y todas las estrellas que es posible ver desde la Tierra, y aun las que no pueden verse.

—Seguramente te estoy aburriendo.

—¡No! ¡Claro que no!

—A la gente joven de hoy día no parecen interesarles esas cosas, propias más bien de películas de ciencia ficción que ya estarán hasta pasadas de moda.

—A mí sí.

—¿Y qué más cosas te interesan? —preguntó.

—Pocas, en realidad. Y cada vez menos, pero sí me gustan los libros y todas las maravillas que han conocido quienes han viajado por el mundo haciendo averiguaciones relacionadas con las civilizaciones que ya no existen. Y también lo que puede haber en el Universo, y todo lo que se oculta detrás de la luz de las estrellas — resumí, reconociendo de inmediato que en realidad me interesaban más cosas de las que yo misma había creído, hasta que me puse a enumerar solo unas cuantas, apenas las que se me fueron ocurriendo sobre la marcha.

—¿Qué crees que se oculta?

—Misterios —respondí.

—Misterios... —se quedó pensativo—. Así que misterios... Pues no vas muy desencaminada, porque todo lo que se sabe del Universo es un misterio, aunque se crea que ya se sabe tanto. Ya ves, tanto estudio para llegar a la conclusión de que todo es un misterio, todo está por saberse.

—Y también me interesan las personas, y lo que piensan; y por qué piensan lo que piensan.

—Eso es más complicado todavía que llegar a desentrañar los misterios que se encierran en el Universo.

Calló entonces Lenin. No sé si los lamentos que percibimos con total claridad desde la biblioteca llegaron a pisar alguna de las últimas palabras que pronunció Andrés Madariaga, pero sí sé que no le permitieron seguir hablando.

—Usted también los ha oído...

—Oír... ¿qué?

—Los lamentos.

—Sí, pero solo parecen los quejidos de algún animal extraviado.

—¿Le parece que un animal es capaz de emitir semejante sonido? Yo más bien le encuentro cierto parecido con el quejido de alguna persona que se lamentara por algo.

—¡Imposible! ¿No has visto que la niebla sigue sin levantar? Ninguna persona podría andar por ahí.

—Yo sí. —Lo tuyo es distinto. Tú te perdiste. —Pues... quizá... quien ande por ahí también ha podido perderse.

—¿Tú crees? —preguntó, me pareció que un poco más convencido de mi teoría acerca de la naturaleza humana de los dichosos quejidos.

—Anoche también los escuché —le informé, y a continuación añadí un dato más:— pero

estaban acompañados de arañazos en la pared.

—¿No lo soñarías? Mira que este lugar algunas veces parece muy solitario, y no es extraño que alguien que haya venido de nuevas tenga pesadillas, sobre todo una persona joven que de pronto se ve encerrada en compañía de una cuadrilla de vejestorios a cada cual más pirado y más inútil.

—Sé que escuché lo que escuché. Ya antes de meterme en la cama anduve buscando en la cocina, desde donde parecieron llegar hasta el comedor unos quejidos iguales a los que acabamos de escuchar ahora.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo se supone que los escuchaste? —Cuando ustedes abandonaron el comedor y subieron a los dormitorios.

La luz de la lámpara que permanecía encendida y descansaba sobre la mesita que había entre los dos sillones que ocupábamos, tembló una vez, y después otra, hasta que en el siguiente tremolar la oscuridad le ganó ostensiblemente la partida a la claridad.

—Estará floja la bombilla —se le ocurrió a Andrés Madariaga. Otra vez se escucharon los quejidos. A continuación se transformaron en aullidos.

—¿Lo ves? Son aullidos de animal, lo que yo decía —trató de tranquilizarme.

—¿Y los arañazos? ¿Ha escuchado los arañazos? Es como si alguien quisiera atravesar la pared a la fuerza.

—Te dije que no te convenía leer según qué cosas.

Sonaron entonces unos pasos. Venían del pasillo y se arrastraban suavemente. Yo cerré los ojos y comencé a desgranar una serie de rezos desordenados que me vinieron a la cabeza atropelladamente. No es que siguiera los consejos de las monjas porque pensara que hallaría algún consuelo en las oraciones que se me fueron ocurriendo sobre la marcha, ni siquiera me detuve demasiado eligiéndolas, pero hay costumbres que ayudan a saberse amparados por quienes, tal vez, después de todo, sí habitan al otro lado de la frontera de la vida que conocemos, incluso si no creemos fervientemente que en verdad haya otra vida.

—¡Vaya! Se ve que no soy el único desvelado esta noche. ¡Jodida oscuridad! Se cree que puede confundirme, pero está lista si piensa que me voy a dar por vencido. De peores hemos salido, ¿verdad Lenin, camarada? —dijo el autor de las pisadas que nos habían alertado.

—¡Eres tú! ¡Buen susto nos has dado! Figúrate que esta pobre criatura había creído que los ruidos venían de abajo... Quele parecían quejidos, ha dicho... Hasta arañazos en la fachada ha llegado a escuchar.

—Natural —respondió Daniel, el poeta, el hombre que había aparecido por sorpresa en la biblioteca—. Aquí hay una gama muy amplia de sonidos, a cada cual más extraño, ¿no los has escuchado nunca? ¡Claro! Tú duermes como un bendito. Yo sí oigo ciertas cosas con mucha frecuencia. Algunas veces me parece que se trata de cosas naturales, pero otras, en cambio, no tienen pinta de serlo tanto. Ya sabes: es como si estuvieran incrustadas en el movimiento de los objetos, o en el aliento de personas que no parecen ser reales.

Entonces se enzarzaron en una discusión que derivó en una competición acerca de quién dormía peor, quién mejor y quién se desvelaba con más frecuencia. Ambos esgrimieron razones suficientes como para ganar la disputa, pues el cruel olvido a que fue relegado el poeta después de haber alcanzado la gloria parecía hacerle conservar tanto dolor como para haberle hecho macerar un resentimiento capaz de quitarle el sueño al más pintado. Y tampoco resultaba agradable haber perdido la mayor parte de la vida habitando a la fuerza un país extranjero, como le ocurrió a Lenin, a pesar de las ventajas de que disfrutó, no tantas, en cualquier caso, como para

considerarse beneficiado por la buena suerte que le deparó la circunstancia de haber sido alejado de los bombardeos de la guerra.

«Duermo mal porque me aterra la posibilidad de perder la memoria de todo», llegó a decir Andrés Madariaga cuando la disputa bajó de intensidad, y a partir de ahí, más que discutir parecieron intercambiarse confidencias referidas a sus miedos más ocultos. «Menos mal que todavía no se me han ido del todo las expresiones que había en las caras de mis padres mientras me acomodaba en el tren que me llevaría primero a Francia y después a la Unión Soviética». Y siguió hablando Lenin, bajando el tono de su voz a veces, mientras Daniel Arana serenaba el gesto y parecía compadecerse sinceramente a medida que iba escuchando las confidencias que le ofrecía su camarada: «No supe que mi destino sería el que acabó siendo hasta que llegamos al lugar previsto. Recuerdo que pensé muchas veces durante el trayecto: ¡qué lejos debo estar ya! Figúrate, todo era visto por la mirada de un niño que lo más alejado que había estado de su casa era la playa de Bermeo».

En aquel momento tuve la impresión de no contar en absoluto para los dos hombres, que ya solo parecían tenerse el uno al otro, ambos protegiéndose a sí mismos y lamiéndose las heridas que nadie más parecía poder sanar.

—Aquella era una excursión en toda regla —continuó Andrés Madariaga—. Aquella sí era una excursión, y no la otra, la que hice cuando mi abuelo me llevó desde Durango hasta la playa de Bermeo para que viera el mar. Lo supe cuando empezó a hacerse de noche y una de las mujeres que nos cuidaban, una de las más jóvenes, empezó a repartirnos mantas viejas y apolilladas para que nos tapáramos las piernas. Todos íbamos con pantalones cortos. Algunos afortunados llevaban calcetines largos, otros ni calcetines llevaban. ¡Qué guerra más cabrona, Daniel! Tú no te acordarás. Tú eres más joven, y no pasaste lo que pasamos quienes la vivimos.

—¡Qué sabrás tú!

—¿No lo voy a saber?

—Pues no. No parece saber mucho, Lenin, porque quienes vivimos la posguerra, que fue tan larga y trajo tanta desgracia, tampoco tuvimos mucho a lo que agarrarnos.

—¿La posguerra, dices...? Bueno, quizá sí; quizá, después de todo, también eso fue una putada, pero ¿crees que una posguerra puede ser como una guerra?

—¡Algo tendrá que ver, digo yo! —exclamó Daniel.

—Algo sí, eso no te lo voy a discutir, pero no es lo mismo pasar hambre escuchando las bombas caer casi encima de uno, que pasar hambre a secas.

—Bueno... Ahí llevas algo de razón.

—La llevo, Daniel, la llevo. Que no te quepa duda. Y, además de las bombas, está lo del exilio, que no tiene perdón de ninguna clase. Nos dejaron sin nada —me pareció que su voz se quebraba, como si le hubieran aprisionado la garganta—. Nos sacaron de nuestras casas para protegernos y nos quitaron la vida. Porque la vida vivida en un lugar que no es el tuyo, el que te corresponde por naturaleza, es menos vida. Menos mal que en algún momento, mientras viajaba en aquel tren desvencijado me encargué de fijar en la memoria las fotografías de los que aquí dejé, intuyendo ya que sería lo único que conservaría de ellos. Y mira que me dijeron muchas veces que volvería pronto. Pero, no sé por qué, el caso es que no me lo creí del todo.

—Al menos volviste —pareció el poeta querer consolar al exiliado.

—Sí, volví. Una vida entera tarde.

—No sé por qué. Podías haber seguido allí. Lo que no me explico es cómo no olvidaste el idioma.

—Eso nunca. Perdí muchas cosas, pero nunca olvidé el idioma, porque me encargué de



practicarlo con otros que, como yo, siguieron allí. Fue como agarrarme a lo único que me quedaba. Figúrate que hasta lloré como un niño una vez que escuché cantar una jota aragonesa... Fue presenciando la actuación de un grupo de coros y danzas que anduvo de visita por la Unión Soviética y otros países del Este.

—¿Aragonesa? ¡Todavía si hubiera sido navarra...! —pareció burlarse el poeta, que paulatinamente había ido abandonado el tono desabrido de su voz para ir endulzándolo a medida que surgían los recuerdos entrañables, por más que estuvieran tan cubiertos de melancolía y amenazaran con hacerles brotar lágrimas de sus ojos ya resecos.

—¿Y qué importa de dónde fuera la jota? Si hasta las sevillanas y las muñeiras nos encendieron los ánimos, con aquellos sonidos de casa... ¿Crees que alguno de nosotros, de los que allí quedamos, podíamos albergar algún sentimiento de esos que han venido en derivar en los actuales nacionalismos de bolsillo? Esas divergencias o consideraciones o particularidades, o llámalas como quieras, solo germinaron en los que permanecieron aquí, que pudieron pensar en las singularidades existentes entre las distintas regiones del país, pretendiendo para cada una de ellas una identidad que entendían legítima, y lo sería, no digo yo que no lo fuera, ¿eh? Pero nosotros nos quedamos en las diferencias más elementales, las que existen entre las izquierdas y las derechas tradicionales, sin pararnos en otras reflexiones más específicas.

—Para algo te sirvió el exilio, ¿ves?, y fue para algo fundamental, si hemos de atenernos a este peculiar y aleatorio albedrío a que nos hemos visto abocados en pos de una identidad que cada cual pretende constreñir a voluntad.—Me pareció que, una vez más, Daniel Arana trataba por todos los medios de consolar a Lenin de sus pesares.

—Y para quedarme solo. Solo en los dos sitios. Solo allí desde que murió mi mujer, mi pobre Irina, que no podía tener hijos y ni siquiera ese consuelo me dejó. Y solo aquí, cuando decidí acogerme al programa ese que permitía que los niños de la guerra regresaran, al principio solo de visita, después definitivamente. Porque apenas hube tomado la decisión de volver, supe que aquí tampoco estaba mi sitio, pero ya era tarde. Y, después de todo, ya qué más me daba.

—Es malo estar solo, sí, muy malo —certificó Daniel Arana—. Se le pone a uno cara de melancolía, y hasta se le distancia la mirada, que ya solo acierta a enfocar lo que está lejos.

—Al menos aquí no estamos solos del todo... Por cierto: ¿a ti te gusta estar aquí?

—Ni me gusta ni me disgusta —respondió el poeta—. Todo es malo y todo es bueno. Lo bueno que tiene este sitio es que sé que al levantarme de la cama tendré con quien hablar. No es agradable estar en casa y coger el teléfono para tratar de hablar con alguien y saber que no hay nadie a quien llamar porque no hay nadie que tenga el menor interés en escuchar lo que tienes que decir.

—Pero tú has vivido siempre aquí. Tendrás familia. Y además eres un poeta insigne...

—¡No me hagas reír! ¡Poeta insigne!

—Lo eres —insistió Andrés Madariaga.

—En todo caso, deberé admitir que lo fui. Todo es pasado. Si alguna vez fui algo, ya dejé de serlo. Ya sabes: la distancia en la mirada, Lenin, esa mirada que solo enfoca al ayer.

—Sigues vivo, y con la cabeza lúcida.

—Vuelves a hacerme reír, camarada —dijo Daniel Arana. —No es mi intención.

—Pues lo parece.

—El ingenio no desaparece.

—Pero sí desaparece el favor de la gente. Quienes un día te admiraron, al día siguiente te dan la espalda. Nada es eterno, querido amigo. Nada dura casi nada. Hoy eres y mañana dejas de ser.

Así es la vida y así hay que tomarla, aunque se te atraviese y te joda bien jodido.

Me pareció que había mucha amargura en el tono de voz que empleó Daniel. Y no entendí por qué el valor de un poeta dejaba de tenerse en cuenta de un día para otro. Hasta quise preguntarle si acaso se le había agotado el ingenio o lo que sea que alumbró los pensamientos de los poetas, pero preferí no interrumpir aquella conversación que me estaba llevando a conocer los entresijos de dos seres que un día fueron —lo dijo Daniel Arana refiriéndose a sí mismo, y también podía aplicársele a Andrés Madariaga— y al siguiente dejaron de ser.

—La vida te pasa factura por todo —añadió Daniel—. Si algún día te ha dado algo, se lo cobra al siguiente arrebatándotelo. Y si no te ha dado nada, piensa que como ya te habrás acostumbrado a no tener nada, no es preciso que se esmere en otorgártelo después.

Si la hubo, ya no escuché la respuesta de Andrés Madariaga, y al día siguiente me desperté en el sofá de la biblioteca cubierta por una manta. Tenía entre las manos el libro de Julio Verne recomendado por Andrés Madariaga: *Miguel Strogoff*, pero no lo había abierto y no sabía si después de leer la primera línea querría seguir leyendo la segunda, y así sucesivamente, hasta llegar a conocer el final de la historia.

## XI

*NINGÚN HABITANTE DE LA CASA* supo exactamente cuándo levantó la niebla. Nadie estuvo pendiente de las ventanas que dan a la calle, y después del primer día de desconcierto, que se extendió también al siguiente, la normalidad pareció acomodarse a la extraña situación que nos vimos obligados a vivir, a la que nos acostumbramos con bastante celeridad pese al encierro que nos llevó a la incomunicación con el exterior, que se hizo una costumbre y a buen seguro hubiera derivado en rutina de haber durado más tiempo. Fue como si el hecho de sabernos a salvo entre las paredes de aquella casa nos hubiera evitado la molestia de pretender obtener la libertad que presumiblemente tanto ansiábamos, si bien debo decir que en verdad solo yo parecía desear obtenerla, pues solo yo tenía un hogar al que regresar, y sin embargo también me dejé llevar por la costumbre de aquel lugar que cada vez más fue pareciéndome una isla en mitad de la nada, de ahí que esa mañana, después de librarme de la manta que me abrigó durante la noche, ya no mirara por la ventana. Sencillamente: lo olvidé.

—¡Ya abro yo...!

Escuché claramente la voz de la madre Esperanza retumbando en mis oídos, como si un trueno hubiera entrado en ellos, todavía llenos de las palabras de Andrés Madariaga y Daniel Arana, intercambiadas entre susurros durante aquella madrugada: «¡Ya abro yo...!», repitió una vez más.

¿La puerta? ¿Querría decir que iba a abrir la puerta? Sí, seguro que es lo que quería decir: que iba a abrir la puerta, a la que tal vez hubiera llamado alguien. Imaginé la estampa que presentaría la monja, iluminada su silueta bajo el dintel de la entrada principal de la casa, tal y como la había visto yo misma cuando llegué. Ahora serían los ojos de quien hubiera llamado a la puerta —si había llamado alguien y no habían llamado en su lugar, como lo hizo en el mío el hombre que nos ayudó a cruzar la ría a Beltza y a mí— los que verían exactamente la misma imagen que había visto yo, tan cercana a una benéfica aparición en aquellos momentos de necesidad y abandono extremos.

Tras las voces de la monja, otras voces, estas proferidas en un tono más elevado de lo que allí era costumbre, interrumpieron todas mis cavilaciones, pues empecé a escuchar otras exclamaciones, enterradas en murmullos que iban en aumento, que lograron confundir las expresadas por la monja. Cuando alcancé la parte superior de la escalera, después de cubrir corriendo el tramo de pasillo que me separaba de ella, divisé la congregación que se había ido dando cita en el recibidor, como si hubieran atendido a un zafarrancho, y aún acerté a ver a los que todavía estaban descendiendo los últimos escalones. En unos minutos se llenó por completo aquel espacio que siempre había visto oscuro y prácticamente desierto, y pronto todas las almas que se habían juntado en aquella casa para hacerle burla al destino que les cerró todas las salidas, incluidas las de emergencia, parecieron recuperar la luz que antes había echado en falta en ellos.

—¡Pero cuándo fue que ocurrió el milagro! —exclamó intrigada la hermana Lourdes, que iba tocada con el gorro que utilizaba cuando faenaba en la cocina.

—Sí, sí, un milagro ha sido. Eso ha sido: un milagro —escuché la voz de la hermana Rosario por encima de la algarabía.

—Sería durante la noche —le respondió un muchacho al que no había visto nunca, alrededor del cual parecía haberse materializado alguna clase de milagro que él trataba de relatar alzando la voz por encima de los murmullos de quienes lo tenían cercado—, pero en verdad no se sabe a

ciencia cierta.

—Esto es cosa de la Naturaleza, que se ha vuelto loca de remate y nos quiere cobrar por lo que le estamos haciendo entre todos.

Daniel Arana trató de quitarle cualquier clase de misterio a lo ocurrido, explicando de ese modo tan elemental la persistencia de la niebla que aquellos días con sus noches había emborronado el cielo. Ni antes, cuando todo se cubrió de blanco, quiso atender las sugerencias de quienes trataban de explicar el suceso de un modo anormal, ni después pareció rendirse a la rareza que resultó de una situación que en sí misma era más bien extraordinaria.

—Déjalo hablar. Deja que nos cuente —intervino Rosa, que aparecía tan despeluchada como siempre y en ese momento se apoyaba en el hombro de la madre Esperanza.

—No hay mucho que contar. Cuando desperté, una luz muy tenue, pero luz al fin, entraba por la ventana de mi habitación. Enseguida pensé en todos ustedes, que quizá habrían sufrido alguna carencia estos días, por eso me vine de volada. ¿Están todos bien? ¿*La han* pasado bien, a pesar de todo?

El acento del chico —me pareció sudamericano, probablemente argentino—, no era su rasgo más atractivo, y no pude evitar comparar su aparición con la de una isla que hubiera surgido de la nada en mitad de una tormenta que por momentos se había vuelto negra, muy negra, hasta el punto de que la falta de visibilidad había puesto en peligro la supervivencia de quienes nadaban completamente a ciegas en las aguas oscuras y encabritadas del imaginario mar en que se convirtió la vida por unos días.

—Pasa, hijo. Pasa al comedor y toma un café con nosotros, que estamos a punto de desayunar, así nos cuentas...

—No, no puedo. Debo irme... si es que no me necesitan ustedes para algo concreto. Ya les dije que solo me di una vuelta por aquí para saber si estaban bien.

—Como quieras, pero no dejes de volver pronto. Ya sabes cuánto se te aprecia.

—Lo sé. Bien que lo sé, madre.

Fue visto y no visto, pues cuando estaba a punto de alcanzar la planta baja de la casa para ver su rostro más de cerca, ya era demasiado tarde. Y cuando se marchó, dejando boquiabiertos a los seres que lo habían recibido como si se tratara de una aparición venida de otro mundo para sanar algún mal que los hubiera aquejado, entendí la verdadera necesidad de aquellas personas, tan malhadadas como si alguna mente retorcida las hubiera empujado intencionadamente hasta el borde mismo de un abismo insondable, donde la salvación absoluta era del todo imposible.

Curiosa imagen la que dibujaron, hacinándose los unos sobre los otros para verlo partir. Permaneció entonces abierta la puerta de la calle, y eso permitió que entrara la claridad del día; la claridad aquella, por cierto, que era más bien viscosa, pero suficiente para permitirme distinguir los contornos de los árboles que crecían en el jardín, aún pequeños y con los troncos muy débiles, todavía faltos de la corpulencia que con el tiempo los haría enraizarse en la tierra con el ímpetu de la vida que se enrosca en cualquier lugar. Yo los observé desde un punto intermedio de la escalera, a la que había vuelto a encaramarme, en una equidistancia entre la vida que me esperaba en el exterior y el refugio que me había acogido cuando lo necesité. Y supe que a partir de ese momento se trataba de subir y esconderme, fingiendo que no había cambiado nada, y nada tenía yo que hacer para recuperar mi vida, o de bajar y seguir con mi existencia fuera de la protección que me ofrecieron los muros de aquella casa. Era, dicho de otro modo, confesar mis necesidades y admitir el desamparo que padecía, o esconderme y seguir adelante como si ninguna pena amenazara mi persona, que por ser libre y estar exenta de repartir explicaciones gozaba de

autonomía para actuar conforme a mis deseos.

—¡Vamos, vamos! ¡Cada uno a lo suyo! ¡Vamos, vamos!

Una vez más fue la hermana Lourdes quien dotó de movimiento al grupo, que se había quedado alelado, mirando la viscosidad del exterior, siguiendo la invisible estela impregnada de esperanza que dejó el muchacho al partir.

—¿Ya podemos salir al jardín? —preguntó entonces la Bella Charito.

—¿Ahora? Ahora hace mucho frío. Más tarde, quizá —resolvió la monja—. Venga, venga, todos al comedor, que ya está listo el desayuno. Después ya veremos lo que podéis hacer. ¡Hale, hale!

Rezongaron algunos, otros siguieron las instrucciones de la monja, se diría que investida con más autoridad que la propia madre Esperanza, la verdadera responsable de aquel puzle hecho a base de desgraciados, pero pronto el vestíbulo quedó desierto y de nuevo la oscuridad le ganó la partida a la claridad cuando la puerta de la calle, por fin, se cerró con un golpe seco.

—¿Y tú, no vienes, o qué? ¡Vamos, hija, que se enfría el desayuno! —me urgió la monja, sacando la cabeza por la puerta del comedor.

Y también yo obedecí. Entendí entonces lo sencillo que es dejarse llevar cuando hay alguien que piensa por uno, y que también es muy fácil acatar órdenes cuando detrás hay una voz que sabe mandar, o solo guiar. La voluntad requiere de un continuo ejercicio para entrenarla y poder usarla cuando es necesario. Me miré a mí misma, tal y como sería vista por ojos que no supieran nada de mi circunstancia, y sentí como si lo que había esperándome en mi casa no me perteneciera en verdad, o hiciera ya mucho tiempo desde que me había pertenecido y solo estuviera recordándolo en ese momento, igual que recordaba todas las otras cosas que habían sido mías cuando aún tenía algo que guardar en el rincón de los afectos.

Los murmullos que había en torno a la mesa cuando entré en el comedor fueron creciendo paulatinamente, supuse que animados por la posibilidad de reanudar la normalidad de sus vidas. Hasta sus voces eran más claras, más enérgicas. Algunos incluso hacían planes para trabajar en el jardín, al principio creí que cuidando las plantas que quizá cultivarían. Después comprendí que en realidad se trataba de algún proyecto para el que se requería disponer de más espacio del que había en la habitación del piso de arriba destinada a las manualidades.

—Ya va siendo hora de darle una mano ligera de barniz —dijo Ricardo, el hombre de la chaqueta de cuadros desdibujados, que ese día parecía especialmente parlanchín.

—Aguanta un poco, ¿quieres? ¿No ves que es mejor darle un nuevo repaso con la lijadora? —sugirió el manco Cecilio. —Cuanto antes quede impermeabilizado, mejor —insistió Ricardo.

—Será trabajar a lo tonto, ¿no ves que al final tendremos que lijarlo de nuevo igualmente?

—Así es este tipo de trabajo, ¿no lo sabes? ¿No sabes que el tratamiento que le demos a la madera es fundamental para el resultado futuro?

—¡Ni que fueras un experto!

—No lo soy, pero tú tampoco, y lo que yo digo es cuestión de lógica.

—¿Y por qué no hacéis antes una prueba en el jardín, para ver cómo ha quedado? Así sabréis si vale la pena hacerle todo lo que queréis, con la seguridad de que todas las piezas encajan y no trabajáis en balde —intervino la hermana Salvadora.

—Así lo haremos, ¿os parece? —resolvió Ricardo, dando además por buena la idea.

—Están haciendo un mueble para el comedor —me informó la monja al ver la mirada de curiosidad que hacía vagar mis ojos, yendo de unos a otros, sin saber muy bien dónde posarlos.

—No sabemos si es muy fiable. Todavía andamos dándole vueltas a la forma de colocar una

alacena que queremos colgar en el centro, para poner esa clase de cachivaches que les gustan a las mujeres. Tiene que llevar cristales en las puertas, así lo quieren ellas. Dicen que es bueno tener cosas bonitas rodeándole a uno —me aclaró Ricardo.

Carmelo, el hombre de las manos bonitas con dedos finos y flexibles, no parecía muy interesado en la disputa que libraban los otros, especialmente preocupados por el trabajo que les esperaba después. Más bien al contrario, daba la impresión de estar atento a un dilema que parecía librarse solo en su cabeza. De su mirada, extraviada y ajena a lo que tenía más cercano, no podía entresacar otra cosa que no fuera la certeza de hallarme ante alguien extrañamente atormentado. Y tampoco la preocupación de la madre Esperanza, que se obstinó inútilmente en sacarlo de su aislamiento, obtuvo el resultado apetecido por ella, pues el movimiento de su cabeza, ladeándola cada vez que la monja finalizaba una frase, era indicativo del fracaso de sus intentos de persuasión, que en modo alguno surtieron efecto.

Más tarde supe que aquellas manos que tanto llamaron mi atención por sus delicados dedos, tan finos y elásticos, no toleraban el contacto con materiales que pudieran dañarlas de algún modo, desde que una especie de parálisis las había dejado inservibles para la práctica de su vocación, de la que había hecho también su oficio: la música. De él solo sabía hasta ese momento que era pianista, o, para mayor exactitud, que lo había sido, y alcanzó tal virtuosismo que llegó a disfrutar de una bien ganada fama mundial de concertista. Así, la curiosidad que expresé por la naturaleza de aquel hombre me llevó a saber por mediación de la madre Esperanza que incluso había hecho sus pinitos como compositor, también de canciones tradicionales, algunas de las cuales llegaron a ser muy conocidas en voces como las de Mocedades, cuando todavía el grupo no había dado el gran salto a la popularidad que alcanzó después y solo era conocido en el País Vasco y sus alrededores. Poco a poco, sin embargo, el destino fue arrebatándole lo que más amaba, sin escatimarle nada, ni siquiera el amor de su mujer, que se cansó de que su carácter se agriara al mismo tiempo que se entumecían las articulaciones de sus manos sin que nadie, ni siquiera los más afamados especialistas, lograran devolverle la posibilidad de retomar su pasada sensibilidad. Ni siquiera le era dado utilizar las extremidades superiores para tareas de bricolaje, por más que intentaron adecuarle algún tipo de guantes para protegérselas. Bien mirado, tampoco parecía lógico que tareas de ese tipo lograran distraer del todo los acontecimientos que vivían en su mente, supuse que mayoritariamente satisfactorios; algunos, en cambio, tan nefastos como el ocurrido en La Fenice de Venecia, donde ofreció un recital benéfico en el que actuó a continuación de Joaquín Achúcarro, interpretando obras de Brahms. Según su propio relato, en algún momento que no le es dado precisar con exactitud, el público se levantó en murmullos al percibir alguna anomalía en la ejecución de la partitura que él al cabo del tiempo solo pudo achacar a un insistente cosquilleo que empezó a sentir, primero en la mano izquierda y a continuación en la derecha. Interpretaba en ese momento el Cuarteto para piano, opus 60. Y, suponiendo que no tenía por qué repetirse idéntica anomalía, siguió con Variaciones sobre un tema de Haydn, opus 56. Sin embargo, cuando trató de acometer algún pasaje del Réquiem alemán, obra de la que era rendido admirador, sin duda por tratarse de uno de los conciertos con más espiritualidad de cuantos se han compuesto, los calambres ya se habían apoderado también de su voluntad, y ahí acabó una carrera que tendría que haber sido tan fructífera como, al menos, la de Achúcarro, su contemporáneo, aunque al ser este ligeramente mayor siempre lo consideró su maestro.

—Le hemos dicho que puede colaborar de muchas maneras. Que no hace falta que lije la madera, ni siquiera que la barnice, pero tiene miedo. Dice que es mejor conservar lo poco que le queda de tacto, no vaya a ser que un daño mayor le reste la poca sensibilidad que aún percibe en

las manos —me explicó la monja.

—Y, a pesar de todo, usted es una defensora a ultranza de los misterios que se encierran en la fe —acerté a responder.

—¿Y qué nos quedaría sin la defensa de la fe? ¿Te imaginas que tuviéramos que vivir en un mundo donde no existiera la esperanza, y tampoco la fe?

—¿Y de qué sirve la esperanza? ¿De verdad cree usted en todo lo que predica?

—Es mi obligación.

Yo, por suerte, no tenía esa clase de obligación que pretende hacer comulgar con ruedas de molino a quienes ni siquiera tienen la intención de hacerlo: comulgar.

—¿No dices nada?

—No quiero decir nada que pueda ofender sus creencias —le respondí, y de inmediato me arrepentí de haberlo hecho en voz alta, temiendo quizá que entendiera que estaba pensando en algo verdaderamente ofensivo.

—Dudo que pudieras hacerlo. No eres la primera persona con la que he discutido la necesidad de defender la esperanza a pesar de todo, incluso a pesar de ellos mismos y de las desilusiones que los han hecho escépticos. No creo que pudieras decirme nada que no me hayan dicho ya otros que también encuentran inútil mi labor, y hasta excesivo el tiempo gastado con gente que parece no pertenecerle a nadie. ¿Te imaginas que también Jesucristo hubiera arrojado la toalla cuando entendió la excepcional dificultad de su misión?

—¿Es que cree, en verdad, que Él fue consciente alguna vez de la inutilidad que resultó de su labor? ¿No se le ha ocurrido pensar que sin duda a estas alturas ya sabe que todo lo que hizo no valió para nada? Para nada práctico, quiero decir —especifiqué, intentando no invalidar del todo el mensaje de ese Jesús idealista que han dibujado los evangelistas, que, pese a todo, sigue dando sentido a multitud de ideas que surgen de las creencias que nacen en el corazón.

—Sí valió. Ya lo creo que valió. Solo espero que algún día logres entenderlo también tú, que pareces tan descreída.

—Seguramente lo soy, y seguiré siéndolo, al menos mientras siga viendo lo que tengo que ver.

—¿Y qué has visto tú, si puede saberse? Te parece que has visto muchas cosas, pero no has visto nada. Hasta ahora solo te has asomado al balcón, no has bajado a la calle para salpicarte con todas las inmundicias que hay en ella.

—Aquí he visto suficiente...

—¿Aquí...? ¡No me hagas reír! Aquí estás viendo a personas afortunadas, porque afortunado es todo aquel que tiene un techo bajo el que refugiarse, y tres comidas diarias llenándole el plato para alimentarlo, y ropa limpia para vestirse. Aquí todos son afortunados.

—Es una manera de verlo —dije.

—No es *una* manera de verlo. Es *la* manera de verlo. No hay otra.

—Pero esta gente lo ha perdido todo. Prácticamente son despojos de los que nadie ha querido hacerse cargo. Unos por una razón y otros por otra, pero el caso es que solo han sufrido adversidades.

—Así que adversidades... Solo has visto adversidades, ¿no? ¿Y no te has parado a pensar que una desgracia aún mayor es perderlo todo y no tener a nadie a quien recurrir, ni un lugar donde refugiarse?

—Sí, debo reconocer que esto es mejor que nada —acepté. —Lo es, efectivamente.

En ese momento la hermana Lourdes se levantó de la mesa y dio la orden de recogerlo todo para volver a la rutina que normalmente seguían en aquel lugar.

—¡Es hora de hacer algo! Vamos, vamos... ¡Se acabó la holganza! Ya no hay excusas para seguir con esta vacación.

—¿Ya se puede salir de aquí? —pregunté.

—Sí, si quieres. Esto no es una cárcel. Ya puedes marcharte a casa. Desaparecida la niebla, se acabó el encierro, al menos para ti, que tienes adonde regresar —me respondió la hermana Salvadora.

Las palabras de la monja más joven me depositaron de golpe en una realidad que había llegado a olvidar mientras duró la niebla, que le puso un paréntesis reparador a mi vida y me protegió de la rutina en que se había convertido mi existencia. Y en ese momento abjuré del deseo que me había llevado a querer obtener de un modo tan pertinaz la libertad perdida. Los trabajos de costura pendientes por los que tanto me había angustiado, me resultaron muy lejanos en ese momento. Hasta mi propia casa me resultó casi un extravío, al que debía regresar a pesar de los escasos deseos que tenía de hacerlo.

—No te veo muy feliz —dijo ella.

—Pues lo estoy. —Traté de componer una expresión en mi cara que concordara exactamente con lo que decían mis labios—. Estaba pensando en mi ropa, la que traía cuando llegué.

—Eso es cosa de la hermana Lourdes —respondió—. Y seguro que ya la tienes lista. No sé cómo lo hace, pero siempre está todo a punto, es como si multiplicara las horas del día para atender a los quehaceres que nadie más podría llevar a cabo con semejante eficacia.

—Ya.

—Ya... ¿Es todo lo que piensas decir? Creí que estarías feliz...

—Seguramente le cuesta recuperar la normalidad —acudió en mi ayuda la madre Esperanza—. Ya se había contagiado de nuestro mundo, ¿verdad? Ya empezaba a ver la lógica de muchas situaciones en las que ni siquiera había reparado.

—¿Es eso? ¿Te pasa eso? —quiso asegurarse la hermana Salvadora.

—Sí, eso es: me parecía que todo iba a durar más.

—No te estamos echando a la calle, si es lo que te preocupa. Es más: estamos abiertas a que te quedes y nos ayudes, si quieres hacerlo. Todas las manos son pocas cuando se trata de cooperar. Hay gente buena que lo hace frecuentemente, o no tan frecuentemente, pero lo hacen, cuando sus obligaciones se lo permiten, y no por eso desdeñamos las otras manos que acuden en nuestro auxilio de manera ocasional.

—Sería imposible que pudiéramos funcionar sin las ayudas externas que recibimos. Algunas en forma de trabajos voluntarios, cuando hay tiempo; otras aportando lo que buenamente pueden. La ropa que llevas puesta, por ejemplo, nos la trajo Marco. Muchas veces nos trae ropa, y siempre es buena. Casi todas las personas que están aquí se visten gracias a sus aportaciones. Es que la familia de su mujer es de muchos posibles; ya sabes: gente que gasta mucho, todo de lo mejor, y él les hace el favor de vaciar sus armarios de vez en cuando. Incluso nos hace llegar alimentos con cierta periodicidad, normalmente conservas y salazones, y materiales para que trabajen en el taller. Y hay más gente como él, no creas que es el único.

—¿Y dónde se meten esas personas? —me interesé—. Ignoraba que hubiera gente así.

—Pues la hay —certificó la madre Esperanza—, y se meten en sus casas, como tú. Solo hace falta que algo les toque la conciencia para que aparezcan sus verdaderos sentimientos.

—Yo no he conocido a personas así —les hice saber—. Será cuestión de suerte. De mala suerte, en este caso. —Me gustaría encontrar yo también a esas personas.

—Quédate, si quieres. Quédate una temporada y las encontrarás. Vienen cuando sus obligaciones



se lo permiten.

—Me gustaría, pero no puedo. Tengo encargos pendientes. —Al menos ya has conocido a Marco —me informó la monja más joven.

—¿Sí? ¿Le he conocido? ¿Quién es? —pregunté intrigada, pues no era consciente de haberlo hecho: conocerlo.

—Pasó por aquí esta mañana. Creo que tú estabas durmiendo todavía —intervino la madre Esperanza—, a lo mejor por eso no llegaste a verlo. Ya me dijeron Lenin y Daniel que anoche te quedaste dormida en el sofá de la biblioteca, según ellos, aburrida de escucharlos contar batallitas de viejos derrotados, en las que se enfrascan de vez en cuando. Ya sabes: una manera como otra cualquiera de consolarse.

—¿Esta mañana...?

—Sí, de hecho fue él quien nos avisó de que la niebla había levantado. Fíjate si es majo que lo primero que hizo fue acercarse por aquí, para saber si estábamos bien.

—Entonces, sí sé quién es. Me despertó el timbre de la puerta y me asomé desde lo alto de la escalera cuando todos estaban apiñados en el recibidor —confirmé, tratando de esconder la verdadera impresión que me había causado verlo. De ninguna manera podía explicarles los sentimientos que provocó en mí aquel ser de aspecto angelical.

—Le dije que se quedara un rato, pero llevaba prisa, seguro que se iba a trabajar.

—En realidad lo vi con cierta dificultad, rodeado como estaba por todos, que se acercaron a él como si fuera un prestidigitador que estuviera a punto de sacar un conejo de alguna chistera. Rieron ambas una gracia que en absoluto pretendió serlo, y la hermana Salvadora añadió:

—Así lo reciben siempre. Cuando él llega parece que se les enciende alguna luz, aunque no traiga nada concreto que ofrecerles, como hoy.

—¿De dónde es? —pregunté, recordando su acento.

—Argentino —dijo la religiosa más joven—. Pero uno de sus abuelos es vasco. Guipuzkoano, creo, de los que emigraron hace muchos años y a pesar de todo inocularon en la sangre de sus descendientes el veneno del regreso. En realidad, primero pasó por Barcelona, donde por una curiosa coincidencia conoció a una chica de Neguri con la que acabó casándose. Toda una historia, por cierto, la de esa chica, que se marchó de aquí siendo muy joven porque le pasó una desgracia que la volvió medio majareta...

—¡Hermana! —interrumpió la madre Esperanza el entusiasta relato de la hermana Salvadora.

—No he dicho ninguna inconveniencia, ¿o sí? —se extrañó la monja.

—Decir de la mujer de Marco que está medio majareta no es muy cristiano que se diga.

—Es una forma de hablar, madre, usted lo sabe. Además, es verdad que estuvo muy mal de la azotea —insistió la monja más joven.

—¡Hermana!

—Es verdad...

—Ya, seguramente es verdad que lo estuvo, pero ya no lo está.

—El caso es que la casualidad hizo posible que acabara en la tierra del abuelo. Y bendita casualidad, porque lo que ha hecho por este hogar no tiene precio...

Siguieron ellas hablando, ofreciéndome datos y pormenores, pero yo solo podía recordar la imagen de Marco mientras era literalmente asaltado por aquellos seres anhelantes que parecieron recuperar parte de su autoestima espoleados por su presencia. Y saber que sus visitas eran frecuentes me hicieron más difícil aceptar que debía marcharme. Todo, en realidad, parecía cerrarme el camino del inevitable regreso, pues las incógnitas que aún no habían sido despejadas

me encogían los deseos que alimenté de recuperar la libertad cuando esa libertad era impensable por culpa de la niebla, la maldita niebla; maldita cuando escondió por sorpresa y sin avisarme todo lo que era familiar en mi vida; maldita también después por levantar antes de la cuenta, sin consentirme esclarecer todos los misterios no resueltos. Sentía en el alma la falta de tiempo que me impediría llegar a conocer los recovecos encerrados en las muchas historias que aún ignoraba de algunos habitantes de la casa, por no hablar de todas las veces que aplazó la madre Esperanza narraciones referidas a las andanzas de Telmo Barandiarán. Y también estaba la cuestión de mi llegada a la casa guiada por la mano de un ser que no tenía trazas de existir, tras haber sido empujada durante una noche entera por el hocico de un perro, al parecer tan inexistente como el hombre de la mano cálida que me condujo sin vacilar a través de calles cuyos contornos eran imposibles de distinguir por muy bien que se conocieran, incluso si se habían pateado de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, ya del derecho, ya del revés. Y los ruidos, también los ruidos estaban pendientes de esclarecer, por más que la hermana Lourdes, la voluntariosa cocinera, creyera que eran improbables; igual que lo creyó la madre Esperanza cuando le hice abrir la puerta de la cocina que da al jardín para asomar la cabeza. Por suerte estaba Lenin para dar fe de los quejidos que sí se oyeron la pasada noche en la biblioteca, justo antes de la aparición de Daniel, pues los dos escuchamos idénticos lamentos, y hasta el propio poeta mencionó los sonidos que él escuchaba muchas veces, algunos de los cuales no le parecían en absoluto naturales.

Cuando concluyó el desayuno y cada cual se dispuso a reanudar sus habituales ocupaciones yo me quedé quieta, temerosa de manifestarme, por si alguien preguntaba por mi partida, que podría producirse cuando yo lo decidiera, inmediatamente, si así quería que fuera; y supongo que lo normal es que deseara hacerlo cuanto antes. Pero no ocurrió así, y nadie pareció reparar en la cuestión y mucho menos se interesó por mis planes futuros. Al contrario: la hermana Salvadora me animó a salir al exterior para mostrarme orgullosa los árboles que allí crecían, todavía pequeños y con los troncos esmirriados a causa de su juventud, así como las plantas que en modo alguno habían progresado demasiado en su desarrollo, y mucho menos florecido, por ser el crudo invierno de aquel año absolutamente letal para el crecimiento de cualquier ser que requiriera de la presencia del sol para su pervivencia. Ni siquiera era posible utilizar ninguno de los bancos de madera que había desperdigados por el pequeño jardín que rodeaba la casa, tan mojados estaban por causa de la niebla, que los había envuelto tantas horas seguidas entre sus redes blancuzcas que no dispusieron de respiro alguno para que se oreara la humedad que los empapó.

—Cuando luzca el sol, aunque solo sea a ratos sueltos, entre llovizna y llovizna, de nuevo volverá a manifestarse la vida que hemos conseguido crear con tanto esfuerzo. Más que nada lo hacemos por ellos —dijo haciendo un mohín de lástima—, que así tienen un lugar agradable en el que estirar las piernas cuando lo desean.

—Está bonito —dije, tratando sobre todo de animar a la monja, que miraba a su alrededor con cierta desolación que en modo alguno estaba dispuesta a admitir que la había invadido al comprobar el escaso progreso que habían experimentado las plantas.

—Y más que lo estará con el tiempo —dijo ella, sonriendo con una expresión de fe que me hizo sentir muy pequeña.

Entonces reparé en una pequeña edificación adosada a la casa por su parte izquierda, justo al lado de la cocina.

—¿Qué es ese lugar?

—¿Eso...? ¡Oh! Solo es un sitio provisional que por ahora guarda algunos aperos para el cuidado del jardín y unos cuantos trastos viejos. Esperamos hacerlo más grande algún día, para

poder trasladar ahí el taller de trabajo y así utilizar como dormitorio la habitación de la casa en la que ahora hacen las chapuzas que tanto los entretienen.

—Entonces habría más gente, y su trabajo sería mayor, ¿han pensado que quizá ya no darían abasto?

—Sí lo hemos pensado, sí, pero en verdad nos guía el deseo de ayuda, sin pensar en el trabajo añadido que supondría para nosotras. —Pero, más bocas que alimentar significa que necesitarán más dinero...

—Dios proveerá —concluyó.

Siempre su Dios, el Dios que todo lo puede y no cesa en el empeño de proteger a quienes se rinden a su magia. El Dios que abandona a los descreídos porque no está el mundo como para hacer más sacrificios de los que ya hizo en su momento enviando a su adorado hijo a redimirlo. El Dios que solo extiende su manto para cobijar a las almas que han admitido su existencia sin género de dudas. El Dios que no podía ser mi Dios porque aún no había hallado el camino que conduce a su presencia.

## XII

*UN IMPERTINENTE RAYO DE SOL* que atravesaba el vidrio de la ventana como el filo de un cuchillo me despertó. De inmediato lamenté haber echado en saco roto la recomendación de la madre Esperanza, referida a la conveniencia de bajar la persiana todo lo posible, para protegerme del sol, no fuera a ser que por fin le diera por salir y me deslumbrara. Quería estar preparada, por si las pisadas regresaban, quizá acompañadas también por los lamentos que de ordinario les seguían a continuación. Hice todo lo que estuvo a mi alcance para aguantar despierta el mayor tiempo posible, leyendo *Miguel Strogoff*, el libro que Lenin escogió para mí en lugar de *Fausto*, del que dijo que podía inquietarme en demasía. Incluso asomé frecuentemente la cabeza por la ventana, sobreponiéndome al miedo todas las veces que me enfrentaba al desasosiego provocado por las siluetas de los árboles, aunque fueran árboles escuchimizados y faltos de hojas; o, quién sabe si tal inquietud estuvo provocada precisamente por eso: por estar aquellos árboles desnudos y limitarse a exhibir unas ridículas ramas similares a manos armadas con multitud de dedos. Ni siquiera fui capaz de armarme del valor suficiente como para llegar hasta la cocina, el lugar desde donde los quejidos se habían manifestado con mayor claridad dos noches atrás. Sin embargo, solo escuché esa noche la música que tocaba la orquesta que amenizaba el baile del Palacio Nuevo y «los ruidos que hacían los largos vestidos escalonados en encajes de las mujeres al rozarse contra los uniformes engalanados de condecoraciones de los hombres con los que bailaban». Hubiera bailado de buena gana yo también, pero antes hubiera debido aprender. Quizá por eso tuve muchas agujetas a la mañana siguiente, porque soñé que bailaba en un palacio que acaso no existió nunca, excepto en el imaginario de Julio Verne. Eso me recordó que Lenin tenía aún que contarme muchas cosas referidas a la Unión Soviética que él conoció. Y me dije que sería bueno quedarme un día más. En realidad no era una decisión sin sentido; más bien se trataba de una necesidad, o al menos esa fue la disculpa que me ofrecí a mi misma para retardar la partida.

—Es bueno tener a gente joven por aquí, para variar —me dijo la madre Esperanza cuando le hice saber que me quedaría un día más, si no le importaba.

—Quisiera saber cosas de Rusia —le dije—. Lenin tiene que contarme mucho sobre aquel país.

—Está bien que tengas curiosidad —respondió con cierto laconismo, tan contrario a la locuacidad de la que hizo gala durante las primeras horas de mi estancia en la casa.

Incluso creí notar en ella cierta incomodidad, como quien sabe que deber ser amable y a pesar de todo no puede serlo absolutamente porque algo se lo impide; pero no algo que dependa de ella, sino algo que tiene que ver con circunstancias ajenas a su voluntad o intención.

—Por cierto: ya tienes lista la ropa que traías cuando llegaste. La dejó hace un rato la hermana Lourdes en el armario de la entrada. —Gracias —le dije—, así podré devolver la que me prestaron.

—No es necesario. Te ves bien con ella. Además, estamos surtidas de sobra. Quédatela... si no encuentras ofensivo aceptar un poco de caridad.

Noté una corrección forzada en el tono de voz que empleó. En absoluto puedo decir que fuera descortés, ni siquiera impostado, pero de alguna manera intuí algún cambio. Ya no había en ella la misma amabilidad que mostró en el caluroso recibimiento que me dispensó, que se extendió durante las horas siguientes. Ni siquiera la incomodidad que de pronto empecé a sentir me alentó a partir, como sin duda debí hacer, para no importunar más de lo que ya lo había hecho. No debía

aprovecharme en demasía de la hospitalidad que me brindaron en ese lugar, concebido solo para que lo habitaran seres que lo habían perdido todo, y en modo alguno era mi caso, aunque el espíritu que allí rezaba iba más allá de las necesidades económicas que se tuvieran; se trataba de que sirviera, además, como refugio para soledades difíciles de mitigar en el mundo normal, el de las prisas que arrollan con su extraordinaria velocidad los corazones de quienes requieren algún tipo de consuelo.

Así, me uní al grupo que había salido al jardín, los hombres que portaban cada uno de ellos algún tablón en sus manos, y las mujeres que cargaban botes de barniz, cajas con clavos, martillos, brochas y todo tipo de utensilios válidos para tareas de carpintería. La puerta de la calle permaneció abierta toda la mañana, lo que permitió que entrara en la casa una clase de luz que parecía estar reñida con el ambiente de los días pasados. Creo que fue entonces cuando sentí que el espíritu de la calle estaba en clara disputa con el espíritu que sostenía las paredes de la casa; como si lo que había dentro no pudiera salir afuera, y lo que estaba fuera requiriera de un permiso especial para entrar adentro. Sin duda me aturdieron todas las emociones vividas, todos los conocimientos hechos a la fuerza. Se trataba, supuse, de la dificultad que entraña pasar de un mundo conocido a otro que en absoluto lo es, cuando ni siquiera existe una línea concreta que pueda delimitarlo o diferenciarlo para saber a qué atenerse cuando se va de un lado al otro de esa línea, siempre tan imprecisa y sutil como una emoción.

—¿Puedo ayudar en algo?

Algunos hombres me miraron como si hubiera proferido alguna blasfemia, pero las mujeres, todas, sin excepción, parecieron satisfechas con mi ofrecimiento. Una de ellas me señaló una tira de papel de lija y la Bella Charito me ofreció unas tijeras de buen tamaño para que cortara un trozo, «Pero que sea pequeño, ¿eh?, que no andamos muy sobrados de material», me hizo saber.

Y así pasé el resto de la mañana: restregando listones de madera con un trozo de papel de lija que debía hacer durar por encima de lo que sería razonable en otras circunstancias que fueran más normales. Y debo reconocer que encontré en aquella ocupación un pequeño oasis que me ayudó a no pensar obsesivamente que mi tiempo en aquel lugar se había agotado. Sin embargo, miré de tanto en tanto hacia el edificio adosado a la cocina, el que según la hermana Salvadora guardaba trastos viejos, que de alguna manera me llamaba, apenas un añadido que parecía reñido con la hechura de la casa de fachada blanca inmaculada, tan cuidada en sus pequeños detalles, también los alféizares, perfectamente pintados de un color rojo fuerte muy cercano al granate, idéntico al de los marcos de puertas y ventanas. Incluso se me representó una imagen que tenía de mí misma en aquel lugar exacto, cuando con unos cuantos años menos me acercaba cautelosamente a las casuchas que habían existido en ese mismo espacio cuando solo era un descampado lleno de ratas y matojos. «Beltza», musité, recordando la presencia que debería haber sido disuasoria y en absoluto lo fue, del enorme perro negro como la noche husmeando por los alrededores.

A la hora de la comida casi no pude ingerir bocado por culpa de la curiosidad que me atoraba todos los sentidos. Según Daniel, el poeta, mi desgana tenía como origen la angustia que me causaba el hecho de estar rodeada de vejestorios inservibles, aunque la Bella Charito dijo que, por su experiencia en cuestiones de ese tipo, mi desgana estaba causada por penas de amor, y que ella sabía muy bien lo que eran esa clase de penas, que se cuelgan del alma como si fueran las cadenas de una condena y ya no le dejan a uno en paz por muchos años que viva, y que también es fácil que por su culpa se llegue a perder hasta la razón.

—Bueno, bueno, no empecemos con penas y lamentos, no vayamos a ponernos a llorar ahora —intervino la hermana Teresa—, que no son buenos los recuerdos que encogen los corazones.

—¿No se puede llorar? —quiso saber Rosa, la mujer que siempre estaba despeluchada.

—Por lo visto no —certificó Charito, que, sin embargo, rompió en un sollozo tan sentido como si aquello que lo había provocado, fuera lo que fuera, le hubiera pasado en ese mismo momento.

—Lo dije. Ya lo dije. Si la conoceré yo... —dijo la monja meneando la cabeza, ora en un sentido, ora en el sentido contrario.

—No es tan grave la cosa, ¿o sí? —intervino la hermana Teresa, que abandonó el lugar que ocupaba en otro lado de la mesa y se acercó a la antigua reina de la belleza de Portugalete con intención de consolarla de aquella aflicción, fuera la que fuera, que le hubiera causado semejante llantina.

—Lo será si sigue desvariando así —añadió el manco Cecilio.

—Déjala en paz, ¿quieres? —le recriminó una mujer sentada a su lado—. Siempre estás igual, como si tú lo supieras todo y no tuvieras bajones morales, ni necesidades de ningún tipo.

—¿Necesidades? ¿Quieres que te hable de necesidades? Vámonos fuera y te demostraré qué clase de necesidades tengo aquí guardadas...

—¡Cecilio! ¡Ya basta! Una vez ya te lo dije: esas cuestiones no tienen cabida en esta casa. Espero, por tu bien, no deber recordártelo nunca más —le atajó la madre Esperanza.

—Es un hablar por no callar, madre —se justificó él, tratando, sin duda, de mostrar su cara más amable y conciliadora—. Ya sabe que desde aquella vez me he portado bien, y pienso seguir haciéndolo. No crea que quiero verme otra vez en la calle, mendigando como un pordiosero.

Los lloros de la Bella Charito siguieron y aún fueron aumentando de intensidad. Era un llanto seco, apenas un gimoteo parecido al de los niños que se resisten a dejar de llorar cuando ya han llorado mucho y han escurrido todas las lágrimas que tenían almacenadas.

—Eso es que le gusta llamar la atención. Ella siempre quiere estar en el centro y ser la reina de la fiesta —expuso Daniel, que parecía sentirse muy satisfecho dictando sentencias que ayudaran a explicar los comportamientos de quienes le rodeaban.

—No metas más cizaña, poeta, y utiliza tu ingenio para componer algún verso de fundamento —dijo Lenin.

—¿Versos? ¡Déjame en paz de versos! Ya compuse todos los versos que me cabían en el pecho, y para lo que me ha servido estrujarme así las meninges...

—¡Serás desagradecido...!

—¿Desagradecido? ¿Con quién se supone que soy desagradecido? —Con la vida, Daniel, con la vida. La vida ha sido buena contigo.

—¡Ya empezamos! Ahora tendré que besarle el culo a la puta vida por haberme dejado en la estacada.

—Desagradecido, sí —siguió Andrés Madariaga—. Por desperdiciar tu talento lamentándote, en lugar de seguir en la brecha ¡Ah!, si tan solo pudiera tener yo la mitad de tu talento, para no morir de pena...

El pianista observaba desde su posición la escena, pero sin hacer gesto alguno, quizá quejándose interiormente por la suerte que también a él le dio la espalda. En realidad, cualquiera de los allí reunidos podía haberse quejado por su perra suerte, si todos hubieran tenido las mismas capacidades para exteriorizar lo que les andaba por dentro. Pero mi pena no podía ser selectiva, como tampoco lo eran las razones que los había juntado a la fuerza en la desgracia que en absoluto habían buscado. Y qué diferentes pueden ser las penas que asaltan a traición las memorias de quienes parecen poseerlo todo, incluido el dominio de las emociones que vienen y

van, montadas en un carrusel sin gobierno del que no es posible apearse, ni siquiera si sobreviene alguna clase de vértigo que deviene en mareo.

### XIII

*UN TEDIO INSOPORTABLE QUE AMENAZABA* con hacerse crónico por la pesadez de su insistencia se me había enquistado en el alma desde que regresé a mi hogar, al día siguiente de aquella jornada que pasé trabajando en el jardín con los habitantes de la casa. Ya no me llenaba por completo que mis manos estuvieran atareadas cosiendo vestidos sin parar. Lo atribuí a la melancolía, que me llamaba a gritos y se burlaba de mí. No debió, sin embargo, agarrarme por sorpresa ese sentimiento. Sabía que estaba sola, lo estaba desde hacía mucho tiempo, y siempre lo había aceptado con una resignación que no me permitió revelarme contra el destino que me había tocado en suerte. Creo que tuve la primera sospecha al respecto el día que mi tía Delfina tiró su ramo de novia, después del banquete con el que celebró su boda, para que fuera recogido por alguna de las mujeres solteras que asistieron al convite. Fue en ese gesto de apariencia inocente, el de su brazo lanzando las flores ajadas por encima de su cabeza, donde se escenificó el futuro que me esperaba. Sentí que aquel ramo de flores, ya marchito, bien podía haber sido yo, que de ese modo era arrojada de su lado para ir a parar a cualquier lugar, donde no habría nadie que me acogiera como habían hecho mis abuelos y después ella; porque desde ese momento en adelante ya no habría nadie para ampararme. Salía así de la rueda familiar y acogedora, de la que me había sentido parte a pesar de todo, para entrar de lleno en la perpetua infelicidad, salpicada apenas con descansos a menudo calificados de indolencia, sin pensar en la temporalidad de esos momentos que animan la vida y apenas proporcionan unos cuantos destellos de luz a las tinieblas que es frecuente habitar.

Me aburrían las conversaciones que debía mantener con mis clientas, habitualmente vacías de contenido, por regla general cuajadas de banalidades insulsas, y tan innecesarias como las pruebas a las que se sometían con un estoicismo inexplicable, sin duda por tratarse de una actividad que les permitía alejarse de la cotidianidad de su vida, quizá vivida de un modo tan elemental como hacía yo misma con la que me era propia. Después de todo, no podía asegurar que su superfluo ir y venir, ora decidiendo una tela apropiada para el modelo que pretendían que resultara de la labor, ora un largo para la falda y más tarde eligiendo el tipo de botón que preferían para cerrar el cuello, no fueran una disculpa válida para saltarse los márgenes del cuaderno que cercaba su parcela existencial, facilitándoles este singular trasiego un motivo para desparramarse a sus anchas por donde quisieran, o alcanzar esas pequeñas cotas de libertad que así se procuraban. Lo deducía por las futilidades de que me hacían partícipe mientras se miraban concienzudamente al espejo, en tanto dejaban deslizar alguna sugerencia relacionada con el vuelo de la falda, o con la sisa de la manga, mientras comentaban, así como de pasada, cualquier nimiedad que inmediatamente se apresuraban a relacionar con algún suceso del que hubieran sido testigos directos, o indirectos si es que alguien se lo había contado a ellas. Difícilmente se dignaban a escucharme alguna vez con algo de atención, salvo si mis contadas incursiones tenían relación directa con la confección del traje, pues de lo contrario carecía de importancia cualquier opinión que yo deslizará, al tratarse solo de alguien a quien pagaban por un trabajo, por lo tanto a su servicio, y no de un ser con una vida que para ellas no debía alcanzar una distancia que anduviera excesivamente alejada del perímetro de la máquina de coser. Así y todo, procuraba prestar atención a las cuitas de que me hacían partícipe, aunque sus preocupaciones me resbalaran las más de las veces, y me obligaba a seguir sus divagaciones, así fuera solo en aras de aparcar



mis temores mientras ellas me hacían cómplice de los suyos.

Andrés Madariaga me había aconsejado expandir los horizontes de mi existencia y prestar más atención al prójimo, para no echar en falta cuando cayera la noche aquello de lo que no hubiera disfrutado mientras aún era de día. Ignoraba él cuánta vacuidad cabe en algunas cabezas, atentas solo a aquello que les es más próximo. Y, después de todo, tampoco sabía cómo expandir los horizontes de mi existencia, como no fuera planeando un viaje para el que tal vez debería coger un tren donde acaso conocería a un apuesto joven que acudiría en mi ayuda cuando me viera inmersa en algún conflicto. Así es cómo suceden las cosas en la vida real: la gente sale y se conoce, entabla una relación de amistad que con el correr del tiempo dará paso a un romance más o menos duradero, y, si no hay entendimiento, vuelta a empezar. Qué ocurre cuando la vida de alguien transcurre entre las cuatro paredes de su casa, siempre inserta en unos hábitos que se hacen tediosos al cabo del tiempo, no está escrito en ningún libro, porque carece de interés, como le ocurría a mi existencia.

Qué no hubiera dado por ser la Nadia de *Miguel Strogoff*, que primero recibe la protección del héroe y después, cuando se cambian las tornas y él pierde el sentido de la vista, se convierte en sus ojos, propiciando así un intercambio de sentimientos que solo puede desembocar en la clase de afecto más sublime que puede darse entre un hombre y una mujer. Pero no había nada en mí que se pareciera al carácter de la joven que dibujó Julio Verne; no disponía del arrojo que ella había demostrado mientras atravesaba los vastos territorios de la vieja Rusia en compañía del héroe. Y si por ventura había algo que pudiera asemejarse, lo desconocía, al no haber necesitado nunca poner en práctica ningún mecanismo que lo hubiera sacado a flote. Solo había corrido dos aventuras en mi vida, y ambas habían desembocado en el mismo lugar, pero en épocas distintas, con un escenario idéntico en los dos casos: el descampado, ya absolutamente transformado, donde podía haberse dado el único hecho coincidente que era posible: el encuentro con el amor. Esa sí podía haber sido una coincidencia, pues el Miguel Strogoff del libro era, según la descripción que de él aparece, «de estatura alta, vigoroso, de hombros anchos y pecho amplio. Su poderosa cabeza presentaba los hermosos caracteres de su raza caucásica. Sus miembros, bien trabados, eran otras tantas palancas dispuestas mecánicamente para la mejor realización de los trabajos de fuerza. Este hermoso y sólido muchacho, gallardo y bien plantado (...) En su cabeza, cuadrada en la parte superior, ancha de frente, se encrespaba una cabellera abundante, que escapaba en rizos cuando se ponía el gorro moskovita. Su cara, por regla general pálida, solo llegaba a modificarse bajo un palpitir más rápido del corazón, bajo la influencia de una circulación más viva que le enviaba el color rojo de las arterias. Sus ojos eran de un azul profundo, con una mirada directa, franca, inalterable, y brillaban bajo cejas cuyos músculos superciliares, débilmente contraídos, daban testimonio de un valor elevado, ‘ese valor sin cólera de los héroes’, según la expresión de los fisiólogos. Su nariz poderosa, de aletas anchas, dominaba una boca simétrica con los labios algo salientes propios del ser generoso y bueno». Y no diré que esta descripción tan exhaustiva reflejara absolutamente el retrato que para mí hice de Marco, el chico que vi en la entrada de la casa el día que levantó la niebla, pues no tuve ocasión de contemplarle de cerca, pero en algo sí coincidía con Miguel Strogoff: también lucía una cabellera abundante, muy clara en el caso de Marco, prácticamente rubia, y su cuerpo parecía vigoroso y fuerte, aunque quizá no tan recio como el de Miguel Strogoff, por no poder ser tan perfecto como un hombre que se compone al antojo del autor y se le representa con tantas virtudes como sean necesarias para el desarrollo de las aventuras que deberá correr en aras de mantener el interés de la novela que nos quiera contar, mientras que en mi caso debía conformarme con lo que había, aunque lo que había ya era bastante

bueno.

Así, a falta de un tren al que subirme y del valor que hubiera necesitado para lanzarme a la aventura de correr mundo, me conformaba con leer las noticias de menor relevancia que aparecían en los periódicos, en absoluto las que acaparaban las portadas, sino las más escondidas, las que se diría que eran relegadas a los rincones con el objeto de rellenar la página de alguna manera para así mejor cuadrar su composición, donde se narraban escuetamente hechos que tuvieran que ver con seres vencidos por la vida, actores principales únicamente de sus propias desgracias. Probablemente ahí empezó a crecerme aún más el grado de insatisfacción que no me era posible detener, por sentirme una privilegiada, a pesar de todo, en comparación con aquellos de quienes se hablaba tan brevemente, a menudo despachados con unas cuantas frases hechas que apenas alcanzaban a dibujar una idea real de la anchura de su drama. Hasta se me figuraban sus caras concretas, que colocaba aleatoriamente sobre los nombres desconocidos, y entonces hilvanaba historias que bien podrían haber desembocado en la casa de acogida que tan bien conocía, cuyo destino era ofrecer hospitalidad a todos aquellos que lo necesitaran. Lástima que el poco espacio de que disponían les imposibilitara paliar la escasez de tantos albergues y casas de misericordia como hubieran sido precisas para cubrir la demanda real. Lástima que la preocupación de las autoridades fuera tan selectiva y cicatera con los parias de la sociedad.

Durante los tres meses siguientes me enfrasqué en repasar una y otra vez aquellos pequeños trozos impresos que había ido rescatando de los rincones de los periódicos, y que muy bien hubieran podido componer una pequeña galería de horrores en los que de ordinario no se piensa demasiado; simples anécdotas de cada día, la mayoría de ellas con poco peso, apenas un goteo intermitente de desgracias, pero que todas juntas deberían bastar para poner los pelos de punta a cualquier ser que se asomara a ellas con algo de pudor. Todavía ignoro por qué me enfrasqué en semejante actividad, que a nada había de conducirme; supongo que algo tenía que ver en ello la impotencia que me acompañaba, de la que no sabía cómo salir, y mucho menos sabía de qué manera contribuir a dulcificar aquellas situaciones que me enervaban y me hacían rebullir de indignación, por ser tan frecuentes y parecer tan naturales para el común de la gente como el hecho de que haga frío o calor, incluso menos, si tenemos en cuenta la importancia que se le da a la climatología, tanta que se diría que no hay nada que importe más que un sol resplandeciente alumbrando a pleno rendimiento, despreciando así los días encapotados o directamente lluviosos que invitan al recogimiento y a la meditación, haciendo que cada cual se enfrente a su yo más íntimo. Cuánto debieron sufrir, por tanto, las personas amigas de vivir al amparo de la luz al precio que sea, cuando vieran la mayoría de los días de ese trimestre amaneciendo con esfuerzo, solo después de que la luz solar empujara insistentemente a la niebla que se había urdido durante la noche, o mucho antes, apenas al atardecer, cuando el día se parapetaba tercamente tras una bruma insolente que amenazaba con ocultar de nuevo todos los contornos que me eran conocidos o familiares. Se diría que las palabras de la mujer del puesto de artículos esotéricos del mercado de La Merced estaban recubiertas de un poder infinito y sin caducidad, por más que yo —si es que fueron dirigidas a mí específicamente— ya hubiera aprendido la lección cuando sucedió por vez primera, y de un modo tan exagerado, en los albores de la Navidad.

Y así pasó que la gente empezó a alarmarse y a llenarse de preocupación, no fuera a mudar el ya de por sí desapacible clima con el que estamos acostumbrados a tratar, en una sucesión de brumas continuas que acaso llegaran a hacerse perpetuas, si el azar así pasaba a determinarlo por mor de alguna carambola establecida en el lugar donde se toman esa clase de decisiones que atañen al comportamiento de la climatología. Un día sí y otro también —exceptuando un par de

intervalos que duraron una semana en total, en los que no sucedió nada—, se aplazaba el habitual discurrir de la vida hasta que despejaba completamente la niebla, cosa que ocurría —si ocurría— bien entrada la mañana, casi rayando con la tarde, de tal modo que fueron acumulándose trabajos que no podían realizarse en el tiempo y hora debidos; las calles estaban más sucias por no poder los barrenderos atender con tan escaso lapso de claridad a su limpieza; las carreteras —mucho más en el caso de las secundarias— se vieron seriamente afectadas por multitud de accidentes debidos a las escasas horas de visibilidad que se disfrutaban; y así pasó también que las fábricas retrasaron sus producciones, y hasta los mercados sufrieron desabastecimientos importantes. Era una especie de prueba que afectaba a quienes habitualmente se movían en el terreno de la normalidad, de pronto variada por circunstancias inexplicables, por más que se sucedieran por aquellos días cantidades ingentes de tertulias radiofónicas, que trataban de explicar algo que no parecía tener explicación, a pesar de las teorías expuestas por los expertos que participaron llenando horas y horas que al final no sirvieron de nada, ya que nada de fundamento recetaron para ayudar a paliar el sinsentido que estaba sucediéndose.

Yo misma sufrí desabastecimiento de telas, pues la vieja fábrica que de normal me las suministra, situada en una de las muchas callejas enrevesadas que se arraciman en el Casco Viejo, en torno a la catedral de Santiago, se había visto obligada a cerrar sus puertas muchos días ante la incomparecencia de los trabajadores que no podían desplazarse. Debí retrasar muchos encargos y dejar otros pendientes, aunque no hay mal que por bien no venga, y las piezas sin salida que guardaba en un inmenso armario empotrado que hice construir en una habitación de la casa cuando me mudé a ella —la mayoría olvidadas por haber pasado ya de moda, o no haber resultado del todo atractivas para las clientas— fueron saliendo poco a poco, hasta que casi se vio el fondo, cosa que no había ocurrido desde que lo atiborré de materiales, nada más finalizar su construcción. Debo hacer mención, igualmente, a los trajes que confeccioné con parte de aquellas telas, destinados en su mayoría a las mujeres de la casa del descampado que me acogió cuando tanto lo necesité —sin olvidarme de los hombres, para los que hice cuantas chaquetas pude con los tejidos que eran más apropiados—, así que en ningún caso estuve parada. También se dio la circunstancia de que muchas mujeres que no podían hacer planes para ir de compras a las tiendas tradicionales —y si los hacían no podían llevarlos a cabo por culpa de la niebla, que aparecía de la manera más insospechada—, acudían a mi casa para hacerme encargos que me permitían idear modelos a mi antojo, a condición de consentirles que ellas también intervinieran en el diseño, algo así como un juego que venía a suplir los tradicionales paseos mirando escaparates. Incluso llegué a creer muchas veces que lo mejor que le podía pasar a la ciudad era permanecer oculta por la niebla durante grandes porciones de día, para así propiciar el acercamiento entre las personas, de normal tan reacias a demostrar sus carencias emocionales cuando no existen grandes necesidades que dejen sus almas a la intemperie.

Fue un día cualquiera de uno de aquellos dos intervalos, en los que el sol se mantuvo haciendo su función a pleno rendimiento, cuando acudí a la fábrica de telas por ver si era posible reponer los huecos del armario. El objetivo pretendido se cumplió solo parcialmente, por todos los inconvenientes que ya he relatado. Sin embargo, esa necesidad hizo que viera el cartel anunciador de una subasta de libros viejos, manuscritos y facsímiles que se llevaría a cabo los días siguientes —siempre que a la niebla no le diera por atacar de nuevo, impidiendo con su presencia la asistencia del público— en un local de la calle Bidebarrieta de Bilbao, muy cerca de la biblioteca del mismo nombre, tan aciaga en el recuerdo de Daniel Arana por ser el lugar donde presentó el último de sus libros de poesía, acto al que no acudió casi nadie, excepción hecha de cuatro o

cinco personas de su más absoluta confianza; no así los que le hicieron creer que eran sus amigos, o que le tenían en alguna consideración; no tan amigos, a fin de cuentas, como para haberle obsequiado con su presencia. «¡Qué inmenso dolor sentí al ver las butacas del salón de actos vacías! —le confesó aquella madrugada a Andrés Madariaga, cuando ambos se intercambiaron dolores destinados al consuelo mutuo—. Nadie, amigo Lenin, no había nadie sentado allí para escucharme. Ahí supe que todo había acabado para mí, si nadie se tomó el interés de subir las escaleras que comunican la sala de lectura, situada en la planta baja, con el primer piso, donde se halla el salón de conferencias. Algunas personas se asomaron durante el acto, sí, pero rápidamente declinaron regalarme su presencia, seguramente al ver que tampoco otros habían sentido la más mínima atracción por asistir a un evento al que igualmente no tuvieron interés en asistir otras personas. Es curioso, ¿verdad?, si existe interés en alguien, este se contagia; pues lo mismo le sucede al desinterés, que también se contagia. Algo similar le había pasado a una escritora que unos días antes había presentado su primera novela en el mismo lugar, se lo oí comentar a la encargada de la biblioteca antes de que acaeciera mi fracaso, hecho que yo mismo me ocupé de recriminarle, así como su falta de tacto y aun de consideración por no sugerir a quienes en ese momento estuvieran haciendo uso del local que hicieran el favor de asistir, aunque solo fuera para hacer bulto. Naturalmente, entonces, momentos antes de que empezara el acto que me atañía, no creí que eso mismo pudiera pasarme a mí, que aún me recuerdo pensando en la inmensa soledad que debió sentir la escritora desconocida, y en lo desamparada que se encontraría, después de haber empleado tantas horas de su vida empeñada en el desarrollo de una obra literaria, que siempre es tan dolorosa de componer, tan difícil de cuadrar en todos sus detalles... En fin amigo mío, que del olvido no es posible curarse, ni del fracaso. De nada que tenga relación con los sentimientos que resultan heridos cuando se ha puesto el alma entera en el desempeño de una labor, es posible curarse».

Me asomé al local en el que debía tener lugar la subasta. La puerta acristalada de la entrada, que daba a un pequeño espacio que a su vez daba a otra puerta, también de cristal, me permitió ver el trasiego que había en el interior, donde varias personas se afanaban yendo de un lado para otro, presas de una gran agitación.

—No está permitida la entrada —me dijo una mujer cargada con una pila de folios amarillentos, nada más percatarse de mi presencia, cuando hubo llegado hasta mí después de cubrir casi trotando el espacio que la separaba de la segunda puerta.

—Solo estoy mirando —respondí.

—Vuelve cuando esté abierta la subasta.

—¿Y si regresa la niebla?

—No hay problema, porque en ese caso, como es lógico, la aplazaremos.

—¿Y no tienen algún catálogo, o algo, para ver qué hay?

—¿Te interesan los libros antiguos? —Pero no esperó mi respuesta—. Ya imagino que sí. Pero no hay solo libros antiguos, también hay manuscritos y facsímiles. Algunos son muy valiosos, otros no tanto.

—¿Son muy caros?

—Eso depende —me respondió—. Depende de lo que tú entiendas por caro.

—Caro es lo que cuesta mucho dinero —resolví por la vía rápida.

—No todo lo que cuesta mucho dinero debe considerarse caro. Hay que tener en cuenta que todo tiene un porqué, y lo que merece la pena, bien...

—Ya, ya —le interrumpí el incipiente discurso, seguramente consistente en hacerme saber lo

barata que resulta una cosa valiosa aunque cueste mucho dinero—. Ya conozco eso de la relatividad del precio de las cosas. Lo que quiero saber es si hay que pagar mucho dinero por los libros que aquí se expongan.

—Veo que eres directa. Está bien ser directo en lo que de verdad importa. Y, bueno, algunas cosas son razonablemente asequibles, otras, en cambio, tienen precios muy elevados. ¿Eres coleccionista? —Solo curiosa.

—¡Ah! Pues vuelve mañana. Abrimos a las once. Naturalmente, contamos con que la niebla nos dé un respiro.

Pero no se dio ese respiro, al menos de forma absoluta, y la niebla solo se limitó a aliviar su intensidad en las horas iniciales de ese primer día de subasta, destinado exclusivamente al examen del material, que fue expuesto en varias mesas rectangulares, en las que yo me detuve con minuciosidad tratando de indagar sobre todo cuanto me pudiera interesar. No calibré, sin embargo, que los precios que alcanzarían aquellas obras cuando se abriera el tiempo de la puja llegarían a ser prohibitivos incluso para una economía razonable, y la mía lo era, sí, pero a condición de mantenerme alejada de las excentricidades innecesarias.

Algunas obras las conocía por haberlas oído nombrar, pero la gran mayoría de los títulos se me escapaban, y entonces eché de menos haber llegado más lejos en los estudios que abandoné para dedicarme a la costura. De nuevo lamenté la ausencia de mis padres, que no hubieran consentido el abandono de mis estudios sin oponer la debida resistencia. Ni siquiera podía distinguir los manuscritos auténticos de los que solo eran facsímiles, a no ser que algún cartel lo indicara, y de hecho lo hacía, pero yo al principio pretendí adivinarlo obviándolos, tan segura estaba de sentir las diferencias que habría entre el alma del autor y el alma de quien únicamente hubiera ejercido de copista.

—Has venido —me dijo la mujer con la que había hablado el día anterior—. ¿Ya has visto algo que te guste?

—Me gusta casi todo. Hasta el olor me gusta.

—Me alegro. Y ahora, ya sabes: a elegir lo que quieres, para estar preparada cuando se abra la subasta.

—¿Y los precios? ¿No pone los precios en algún sitio? —Ahora mismo te traigo un catálogo donde aparecen los precios de salida que hemos asignado.

Los precios de salida, dijo. Si eran de salida, me pregunté hasta dónde se elevarían cuando fueran definitivos. Le di las gracias y seguí rebuscando entre los ejemplares que se podían ver de cerca y aun tocar. Algunos, por contra, permanecían separados, como apartados deliberadamente, solo consentida su contemplación a través de las vitrinas que los albergaban, circunstancia que sin duda los hacía parecer más valiosos de lo que ya serían incluso vistos al natural, sin los destellos luminosos que los vestían. *Clavicula Salomonis*, decían las letras borrosas que apenas podían leerse en las tapas sobadas y cosidas toscamente al lomo de un pequeño ejemplar que reposaba sobre una peana de madera tan lustrosa que hacía dudar acerca de cuál sería, en realidad, el objeto por el que debería pujarse. Y seguí mirando, haciendo como que lo que veía me interesaba más de lo que en verdad me interesaba, sin querer decir por ello que mi interés se traduciría necesariamente en compra, aunque así lo hubiera querido, que quería, pero no podía. Igualmente me sentí importante en mis pretensiones, pero sabiendo de antemano que por mucho que me interesara lo que allí había yo no podría comprar casi nada.

Esa noche, cuando el cielo de la ciudad volvió a cubrirse absolutamente de niebla, pensé en la excepcional biblioteca que halló Telmo Barandiarán por azar (¡ah! el azar, tan importante en el

devenir de las cosas y más aún de las personas), cuando se encontró en aquella casa con el viejo moribundo que contravino todas las normas escritas en los manuales de conductas que obligatoriamente deben seguir los humanos, a pesar de sus deseos reales, dejándole en herencia una fortuna en libros. Pero pensé en algo más que en esos libros, de los que yo solo había conseguido ver una ínfima parte. También pensé en lo que no conocía de él. Todo lo que se refería a él era un misterio para mí, exceptuando mis pobres recuerdos de infancia, inevitablemente ensombrecidos por el paso del tiempo, y los cuatro retazos de vida que hilvanó la madre Esperanza en un relato siempre interrumpido por las necesidades que continuamente se sucedían en la casa.

En la radio que reposaba en la mesilla de mi habitación, y se hallaba encendida como de costumbre, también cuando ya me había dormido y las voces que exhalaba se me confundían con los sueños, siguieron hablando esa madrugada de la extraña niebla y de las probables causas — más extrañas aún— que la provocaban. Disertaciones y más disertaciones, todas ellas referidas a fenómenos meteorológicos que se daban ocasionalmente cuando ciertas condiciones medioambientales coincidían con determinados comportamientos inusuales observados por la tierra en su deambular por el espacio mientras describía su habitual órbita alrededor del sol; por contra no tan habituales, según decían, en algunas circunstancias que no logré esclarecer del todo, sin duda porque ellos no querían hacerlo, tal vez porque pretendían adornar con una dosis extra de misterio aquello de lo que estaban hablando; o sería que en verdad desconocían lo que estaba ocurriendo y ni siquiera lo imaginaban, y mareaban la perdiz sin cesar para sentirse más interesantes y de paso hacérselo sentir al público que seguía sus explicaciones con la tranquilidad de saber que al menos había alguien velando por ellos y por el devenir de los fenómenos que traían a mal traer el orden normal de sus vidas, de pronto puestas patas arriba.

*Clavicula Salomonis*. Fue un fogonazo que me alumbró las brumas de la memoria. *Clavicula Salomonis*. Era tan pequeño, y estaba tan estropeado... Quizá se trataba de algún compendio de medicina antigua, quizá un vademécum, o solo de una curiosa recopilación de remedios caseros que alguien se habría encargado de reunir al cabo de los años, y presumiblemente esa recopilación habría finalizado hacía mucho, mucho tiempo, de ahí el deterioro de sus tapas marrones, recosidas con tan poco esmero al lomo, acaso por imposibilidad de hacerlo con más cuidado; a no ser que el excesivo cuidado de un hipotético cosido que estuviera en consonancia con la importancia del libro le restara mérito a la pieza, seguramente mucho más valorada que otras, ya de por sí tan valiosas como para haber notado un leve mareo en el momento de comprobar las cifras que figuraban junto a su correspondiente fotografía en el catálogo.

El catálogo. Recordé que tenía el catálogo. De un salto abandoné la cama y fui en busca del catálogo que tan atentamente había repasado en presencia de la mujer que me lo facilitó, seguramente con la íntima esperanza de lograr avivar mi interés mucho más de lo que ya lo llevaba yo alimentado. Miré las dos fotografías que había de la misma obra: *Clavicula Salomonis*, ambas obtenidas en épocas bien diferentes, pues en una se veían las tapas muy nuevas, todavía ensambladas perfectamente con el lomo, este de un negro tan reluciente que bien podría haberse dicho que el material del que estaba hecho era algún tipo de cuero acharolado; o sería la impresión que daba, por la luz que alumbró el lugar donde se fotografió en aquel momento. En la otra imagen se presentaba ya con el deterioro que yo aprecié en la sala de subastas: las tapas cosidas toscamente al lomo que ya había perdido completamente el brillo y prácticamente el color (¿por eso yo las había visto marrones?), quizá por culpa de las grotescas puntadas que lo sepultaban parcialmente. Y decía el texto: «Obra de magia que primero fue traducida del hebreo al

latín y posteriormente a los romances. Faculta a quien la posea para dominar absolutamente a los espíritus que habitan en los cuatro elementos: aire, tierra, agua y fuego, aunque considerándolos, de idéntico modo que a la Naturaleza, obra de Dios y no del diablo. Las fórmulas que contiene permiten invocar al espíritu que en cada momento se necesite». Y seguía: «Es un ejemplar muy antiguo que después de haber desaparecido de los circuitos literarios durante un período muy largo, fue nuevamente hallado en la hendidura de un árbol cuyo tronco se tronchó por causas desconocidas. Se trata de la obra a la que se refiere Fausto cuando descubre a Mefistófeles caracterizado de estudiante andariego, quien ha entrado en su cuarto de estudio usurpando el cuerpo de un perro hallado en un paseo que ha dado con su discípulo Wagner. Se cree que Goethe conocía la obra, y que hizo amplio uso de ella para la composición de su *Fausto*».

¿Por eso dijo Andrés Madariaga que la lectura de *Fausto* podría llegar a inquietarme? ¿Acaso lo que en él se cuenta tiene que ver con los espíritus de que se habla en el libro descrito en el catálogo? Debí leer *Fausto*, después de todo. Debí hacer caso de mi primer impulso y obviar cualquier clase de sugerencia que tratara de protegerme, en lugar de actuar acobardándome, como si fuera un pecado errar en las opciones que tomamos, incluso si estas nos llevan a vagar desprotegidos por laberintos atestados de brumas, sabiendo que es fácil perderse entre sus recovecos.

## XIV

*AL MISMO TIEMPO QUE YO LO HACÍA*, entró en el recinto vallado un vehículo de tamaño mediano, de color amarillo chillón rotulado con letras negras. El seto que separa el jardín de la verja que delimita la propiedad de la calle ya había crecido. Los pequeños árboles se habían ido poblando de hojas, y también las flores habían empezado a brotar, aún discretamente, sin duda por tantos días de niebla como las habían ocultado del sol. Lo que más abundaba salpicando los trozos de césped eran pensamientos y otras pequeñas florecillas de tonalidades diversas, aunque también había un buen número de macizos de hortensias de diferentes colores que parecían rivalizar por exhibir sus lustrosos pétalos arracimados en los clásicos rosetones que pueblan la planta cuando esta se ha hecho adulta.

La casa, contemplada con aquella perspectiva, tenía aspecto de ser una gran villa de recreo construida con cierta discreción, y ante la fachada principal fue a descargar la furgoneta a las personas que viajaban en ella, todas bien conocidas por mí, excepto una que iba en silla de ruedas; después supe que se trataba de Rosalía, que ya estaba visiblemente recuperada, a la que hasta ese momento solo había visto bajo las ropas de la cama cuando era velada en la habitación en penumbra de la planta baja por alguna de las monjas de esa extraña congregación entregada a los más débiles y solo amparada por una clase de fortuna las más de las veces esquiva.

Daniel Arana se atusó el abundante cabello alborotado y entreverado por las canas que se había dejado crecer, recompuso las perneras de sus pantalones y levantó alborozado los brazos al percatarse de mi presencia:

—¡Vaya, vaya! Veo que te has acordado de nosotros, después de todo...

Me limité a asentir, antes de librarme de las numerosas bolsas en las que llevaba los trajes para las mujeres y las chaquetas para los hombres. Después besé la mayoría de aquellos rostros que a plena luz del día parecían más arrugados de lo que recordaba. Incluso los que no eran tan mayores estaban muy deteriorados. También las monjas me parecieron más viejas y desmadejadas. Solo la hermana Salvadora presentaba un aspecto saludable, y no tardaría en ajarse, siguiendo la lógica de la naturaleza, que castiga con excesiva dureza el aspecto exterior de quienes menos capacitados parecen estar para resistir los mandobles de la adversidad.

—¿Nos has traído algún regalo? —se interesó la Bella Charito, que iba tocada con una gorra negra ligeramente ladeada, al tiempo que se lanzaba ávidamente sobre las bolsas.

—No es gran cosa. Solo hice algunos trajes bonitos para las mujeres y confeccioné chaquetas nuevas para los hombres... Espero haber acertado.

—¡Qué emoción! A ver, a ver... —la antigua reina de la belleza de Portugalete parecía una niña rebuscando entre las bolsas.

—No seas pánfila, anda —trató el poeta de cortar su entusiasmo, sin éxito, pues poco a poco fueron sumándose las otras mujeres al reconocimiento.

—¡Este es para mí...! No, mejor este —decía Rosa, la mujer que siempre andaba despeluchada.

—Mejor si entramos —sugirió la madre Esperanza, pero como quiera que no le hacían caso, acabó por alzar la voz para expresar una orden que no admitía demoras—: ¡Adentro todo el mundo!

—Sí, mejor será que entremos, no vayamos a montar el espectáculo. Bastante ridículo hacemos ya cuando nos suben a esa furgoneta, dicen que para airearnos —explicó Ricardo, el que



siempre, también en ese momento, llevaba una chaqueta de cuadros desdibujados que seguramente ya se podría quitar, suponiendo que yo hubiera acertado con su talla al confeccionar la que pensé destinar a él.

Observé a la Bella Charito mientras acariciaba delicadamente una blusa de color ocre, hecha con un breve resto de seda que no me alcanzó para resolver el cuello, por eso le añadí un lazo de un tono más claro, este rescatado de un corte diferente. Y después el modo ceremonioso que adoptó al mirar de lejos los trajes que iban saliendo de las bolsas, seguramente eligiendo el que creyera que le iba mejor, a ella y a la blusa que ya había decidido quedarse. Y supe que ella era quien más se alegraba de mi ocurrencia, seguramente por lo que suponía el hecho de estrenar algo propio, no heredado ni regalado por alguien que ya lo hubiera usado, aunque ese uso hubiera consistido en una sola puesta.

—Mírala, está como ida —dijo Daniel, el poeta—. Has acertado de lleno, guapa, y más ahora, que se ha propuesto recuperar el esplendor perdido, como si eso fuera posible. Si hasta le ha dado por andar con esa gorrita ridícula porque cree que le hace parecer más interesante. Como dice que ella siempre llevaba sombrero cuando era joven... Yo le llamo «la dama del perrito», como la de Chéjov. ¿Sabes quién era Chéjov? Seguramente no, ¿a quién le importa quién era Chéjov, ni qué pintaba en este condenado mundo?

Y como dudé, él siguió:

—Anda medio boba. Está cada vez más alelada, la pobre. Ignora que ya es una vieja que hace muchos años que dejó atrás la juventud, y lo peor del caso es que no sabe ni cómo fue...

—Sí, lo sabe. Lo sabe muy bien, otra cosa es que quiera reconocerlo —intervino la hermana Salvadora, que andaba por allí, tratando con cierta dificultad de poner orden en el alboroto que se organizó a propósito de mi llegada con los trajes nuevos—. Lo que pasa es que se hace la loca, pero a veces se le escapa algún que otro suspiro, acompañado de lamentos referidos al mal hombre que la dejó esperando en el banco del parque aquella noche después del baile.

—¡Pobre mujer! —exclamé.

—¡Pobres de todos nosotros! —añadió el poeta.

Después de la comida, a la que se presentaron todos vistiendo sus nuevas indumentarias, me asomé a la puerta de la calle para mirar el color del cielo, temerosa ante la posibilidad de quedar nuevamente atrapada por la niela, o deseosa de poder hacerlo, para así propiciar una coincidencia con Marco. Según me dijeron, hacía muchos días que no había pasado por la casa, y estaban extrañados por una ausencia tan prolongada. Por contra, cada vez era más frecuente que los visitara un chico nuevo que supo de la existencia de la casa por una afortunada casualidad sobre la que nada me especificaron. Íñigo, me dijeron que se llamaba, y era un estudiante de derecho que aprovechaba algunos de sus ratos libres para acompañarlos cuando salían en la pequeña furgoneta de color amarillo con la que había coincidido a mi llegada, en la que de tanto en tanto los trasladaban al polideportivo más cercano para que se bañaran en la piscina cubierta —los que podían hacerlo—, o pasearan a buen ritmo, siempre bajo la supervisión de algún monitor, por los alrededores de las instalaciones. Se trataba de una deferencia que tenían las autoridades municipales con las personas mayores más desfavorecidas de la localidad. No era gran cosa, solo un remiendo, pero cubría una necesidad de ocio que la mayoría de ellos agradecían especialmente, aunque no faltaban voces críticas con esas excursiones, por considerar que más parecían una *troupe* circense a la que exhibían para acallar sus conciencias, que una cuadrilla compuesta por retales humanos de la que nadie quería hacerse cargo llegado el momento de satisfacer sus necesidades reales.

Anduve unos metros hacia la salida, para tratar de ver más superficie de cielo, y entonces escuché unos gemidos que me resultaron familiares. Venían de la derecha, donde está la puerta de la cocina. Me detuve un instante, pero no volví a escuchar nada.

—¿Te pasa algo? —La hermana Salvadora había salido en mi busca.

—Solo quería mirar el color del cielo, no se vaya a encapotar por sorpresa y deba hacer uso de la cama plegable del despacho nuevamente.

—Alguna vez tiene que despejar del todo, ¿no? Ya está bien de andar con el alma en un hilo, pendientes a todas horas de la dichosa niebla... Por cierto: muchas gracias por venir, y, sobre todo, muchas gracias por haberte molestado en hacerles trajes nuevos. Están como locos de contentos.

—Solo aproveché unos cuantos retales que tenía por casa... No es nada, para lo que en verdad necesitan.

Volvieron entonces los gemidos.

—¿Oye usted eso? —le pregunté.

—Pues... no. No oigo nada. Vamos, anda, que no parece que el cielo se vaya a esconder en lo que queda de día. Entremos —decidió.

Con gusto me hubiera quedado aguardando un poco más, por si los sonidos arreciaban de nuevo, pero la monja prácticamente me obligó a volver al interior de la casa.

Ni siquiera me permitieron entrar en la cocina cuando me ofrecí a ayudar; que no me molestara, dijeron; que no eran necesarias más manos. Y me olvidé a medias de los lamentos que tantas veces había escuchado ya, sin saber en ningún caso qué, o quién, los producía, si en verdad se producían y no era solo un truco urdido por mi mente para ayudarme a soportar el dolor que había en aquella casa, donde cada quien llevaba escrita una penosa historia de la que no podrían librarse nunca, pues ya nunca podrían reanudar la vida que llevaban antes de que la desgracia se cebara con ellos. Solo me alejé de mis cavilaciones cuando Andrés Madariaga se acercó para recordarme las cosas pendientes que debía contarme sobre Rusia, si aún estaba interesada en conocerlas, puntualizó, y yo le dije que sí, por supuesto, pero no en ese momento. Ya era tarde, y debía marcharme, no quería tentar a la suerte, que me había permitido llegar hasta allí con bien, pero no sabía si me consentiría regresar a mi casa con el mismo bien; por la niebla, le expliqué, la maldita niebla que no quería alejarse de aquel trozo de geografía que había hecho suyo.

También Daniel Arana quiso saber si me quedaría algún tiempo, para enseñarme las nuevas poesías que había escrito. Quería presentar un poemario a un premio literario del que supo por un folleto que encontró en el polideportivo. Que lo haría con seudónimo, dijo, para que no supieran que se trataba de él, el poeta maldito que no se recuperó nunca del olvido. Y también a él debí decirle que no, que debía marcharme, por si acaso me quedaba atrapada otra vez, y él me dijo que ojalá pasara de nuevo, lo de quedarme atrapada, para que la alegría de la juventud perfumara las paredes de aquella casa, de normal tan apelmazadas por culpa de los alientos que exhalaban sus bocas, viejas como ellos, llenas de achaques, como los cuerpos, ya solo aptos para alimentar decrepitud.

Cuando le pedí permiso a la madre Esperanza para tomar prestado algún libro de la biblioteca, me dijo que sí, por supuesto, y que así sabía que volvería pronto. «No necesito excusas para volver», le respondí, pero ella insistió en lo fácil que es olvidarse de quienes no sirven para nada.

En el momento de marcharme, la hermana Salvadora me habló del progreso de las flores mientras me acompañaba hasta la salida, y según íbamos caminando en dirección a la verja y me

enseñaba con orgullo el jardín, reparé con más atención en la construcción paredaña a la cocina. Ella desvió la atención, señalando con especial interés un árbol muy crecido, el más crecido de todos, cuyo ramaje ya serviría cuando apretaran los calores para ensombrecer dos bancos que había muy pegados al tronco. De nuevo miré hacia la cocina, donde la figura de la hermana Lourdes faenando en el interior era bien visible a través de la ventana, pero simultáneamente otra figura captó mi atención, esta tocada con un gorro que le ocultaba parcialmente el rostro, o eso me pareció distinguir, cuando asomó brevemente por la puerta del cobertizo de los trastos viejos donde me habían dicho que se almacenaban aperos para cuidar el jardín. La escena se produjo en un suspiro equivalente apenas a un fognazo que repentinamente se encendió en mi mente; un visto y no visto que separó esta breve visión de la recomendación que a continuación me hizo la hermana Salvadora al respecto de la prisa que debía darme si quería evitar el riesgo de verme sorprendida por la niebla antes de llegar a mi casa.

—¿Quién es? —le pregunté, obviando su advertencia. —¿Quién es, quién? —preguntó a su vez.

—La persona que ha asomado por esa puerta.

—¿Por qué puerta?

—La de ese chamizo.

—¿Había alguien ahí? ¡Ah! Pues... no me he dado ni cuenta. No sé, sería alguien que ha salido a buscar algo —dijo, pero lo hizo con escasa convicción, solo como si hubiera sentido la obligación de decir algo para responder a mi curiosidad.

—No se le veía bien. Llevaba un gorro, o algo parecido, prácticamente ocultándole la cara —aclaré.

—Pues... sería cualquiera. Sí, cualquiera pudo ser.

—Perdone hermana, pero, si no le importa, debo volver a la casa. Me he olvidado de consultar una duda con Daniel. Es solo un momento, tiene que ver con algo que viene en este libro —le mostré el ejemplar de *Fausto* que había tomado prestado de la biblioteca. Quería ver dónde aparecía la mención referida a *Clavicula Salomonis*—. Enseguida me marché y dejé de importunar

—Tú no importunas, ya lo sabes —me respondió con la mejor de sus sonrisas, pero a pesar del gesto que trató de ser amable tuve la impresión de haberle provocado una ligera irritación. Fue una sensación que me recordó a otra sensación que ya tuve una vez con la madre Esperanza.

Cuando le pregunté a Daniel Arana por *Clavicula Salomonis*, y me dijo lo que yo ya conocía, y que se trataba de una obra a la que le habían perdido la pista hacía muchos años, le hice saber que la había visto en la sala de subastas de la calle Bidebarrieta.

—¿Estás segura de que has visto el original?

—Segura no puedo estar, porque no entiendo mucho, pero en el catálogo decía que era la obra original, y si lo ponía en el catálogo sería por algo.

Lamenté no haber llevado conmigo el dichoso catálogo. —¡Jesucristo! —se extrañó— ¡Así que sigue por ahí!

—¿Qué pasa, es malo que siga por ahí? Yo creía que era bueno que las obras importantes se conservaran, y esta parece serlo. Seguro que lo es, porque el precio de salida es una exageración, yo casi me mareé cuando vi tantas cifras juntas.

—Sobre la bondad o la maldad de las cosas hay opiniones. Todo depende del uso que se haga de ellas, y en este caso más vale que caiga en buenas manos.

—En el catálogo decía que después de estar extraviada durante mucho tiempo volvió a

aparecer en el hueco de un árbol que se tronchó por causas desconocidas.

—¿Por causas desconocidas? ¡Por causas desconocidas no fue! —exclamó airadamente—. Se sabe que a ese tronco lo tronchó un rayo y que le produjo una hendidura que adquirió una forma muy particular, algo así como una hornacina. El hecho fue muy comentado, y yo entonces todavía estaba bastante bien relacionado con lo más granado de la intelectualidad, así que sé bien cómo fueron las cosas.

—El ejemplar que había dentro de la urna que lo protegía estaba muy estropeado...

—Normal. ¿Tienes idea de los años que tendrá el dichoso librito? ¡Ni se sabe! Y por si fuera poco el tiempo que ha pasado por sus páginas, también sufrió un incendio cuando volvió a saberse de él.

—¿No estaba en el tronco de un árbol?

—Así es, allí estaba, pero el árbol a su vez estaba en el jardín de una vieja iglesia que un día se incendió. El fuego fue terrible, lo destruyó todo, hasta los árboles del jardín. Bueno, casi todos los árboles, porque ese árbol, ese en particular, se calcinó solo a medias. Fue el párroco quien lo vio cuando inspeccionaba las ruinas que resultaron del desastre...

—...y descubrió asombrado lo que contenía el interior del tronco chamuscado a medias —añadió la madre Esperanza, que nos observaba, no podría decir desde hacía cuánto tiempo.

—¿Usted conoce la historia? ¡Claro, cómo no la va a conocer! Después de todo, fue el viejo loco ese, al que recogieron aquí hace años, quien se encargó de propagarla —dijo el poeta, que se vio iluminado por una luz muy especial que irradiaban sus propios ojos.

—No vas por mal camino, Daniel. Efectivamente, sé de la historia por el viejo loco, ese que andaba por ahí, como tú dices, pero en realidad tú estás informado solo a medias. ¿Tienes tiempo? —se dirigió a mí la monja—. A ver si al cielo le va a dar por cubrirse de nuevo y te quedas atrapada otra vez, como ya te ocurrió en Navidad.

Dudé sobre la respuesta que debía dar, y mucho más dudé sobre la decisión que debía adoptar. Solo había una cosa clara: si me marchaba en ese momento, sabía que no podría conciliar el sueño. Debió ser el poeta quien zanjara la cuestión, resolviendo así mi pequeño dilema:

—Se queda. Por supuesto que se queda. Y si vuelve la maldita niebla, que vuelva. No le tenemos miedo, ¿verdad, guapa? Aquí estamos bien resguardados, ¿no le parece a usted, madre?

—Bien. Pues que así sea. Vamos al despacho, allí estaremos seguros, lejos de los oídos indiscretos que a saber cómo interpretarían ciertas informaciones.

—¿Hay algún peligro? —el rostro de Daniel se tornó especialmente serio.

—Peligro, lo que se dice peligro... no. Es solo por si alguien que pueda escucharlo se va de la lengua de mala manera. Ya se sabe: las cosas son como son, sin paliativos de ningún tipo, pero también puede pasar que las versiones sesgadas inocentemente o con intención de que así sean vistas, deformen la realidad deliberadamente.

Y, si no había peligro, ¿por qué me pareció que la monja no estaba del todo convencida de que no lo hubiera? En cualquier caso, la suerte estaba echada. Nos acomodamos en las sillas del despacho, tan atestado de papeles y carpetas como lo recordaba de las tres noches que debí pasar en él (aunque en verdad acabara pasando prácticamente la totalidad de la segunda en el sofá de la biblioteca), y quién sabe si no estaría a punto de pasar la cuarta, si, como parecía, la historia que nos quería contar la monja se alargaba extraordinariamente.

—Ante todo —se puso muysolemne, tanto en el tono que adoptó como en la expresión de su rostro—, debéis prometerme guardar el secreto. Nada de lo que os cuente puede salir de aquí. ¿Está claro? —y siguió, después de que nosotros asintiéramos con un gesto de cabeza—: Bien,

pues allá va, y que sea lo que Dios quiera.

Daniel se reclinó sobre el respaldo de la silla, cruzó las manos sobre el regazo y frunció el ceño.

—Estás en lo cierto, Daniel, al decir que se produjo un incendio en una iglesia, y que en la oquedad de uno de los árboles del jardín apareció un libro muy especial que llevaba muchísimos años desaparecido. Y también es cierto que fue el «loco ese», como tú le llamas, quien propagó la historia. Pero ignoras algo muy importante. Yo diría que ignoras lo más importante: ignoras que el «loco ese» fue en realidad quien encontró el libro...

—¿Y qué hacía allí? —se extrañó el poeta.

—Hacía lo de siempre: decir sus misas y cuidar a ratos sueltos del pequeño huerto que cultivaba en el jardín.

—¡Sopla! —exclamó Daniel.

—Así es, Daniel: el cura de aquella iglesia era el «loco ese». Y, por cierto, el «loco ese» tiene un nombre —se concentró entonces en mí—: Telmo Barandiarán.

—¿El viejo del carrito era un cura? —pregunté— ¿No está equivocada, madre? Yo no sé de ningún cura que pida limosna, ni que ande por ahí, así, de cualquier manera, como andaba él, tan mal vestido, y viviendo donde vivía.

—No siempre fue así, hija. Todas las cosas tienen alguna razón de ser. ¿Nunca te han dicho que no es bueno juzgar a la gente solo por las apariencias? Da igual, no hace falta que contestes.

—¿Y por qué no me dijo, cuando hablamos de él, nada al respecto? —le reclamé.

—Algunas veces no es conveniente que se diga todo lo que uno sabe. Debes perdonarme el hecho de haberte ocultado algunos datos...; datos, por cierto, que no consideré que fueran de vital importancia dada tu situación, de ahí que te los ocultara deliberadamente.

—No la desvíes —me sugirió Daniel—. Déjala seguir.

—Es que ella conoció a ese hombre, cuando era una niña y todavía vivía aquí. Para ella —aclaró entonces, dirigiéndose al poeta— solo era un mendigo que pedía por las calles, igual que para ti solo era un viejo loco. Ya veis cómo son las cosas: una sola persona, dos impresiones diferentes y una realidad que no se ajusta a ninguna de esas impresiones.

La monja se despojó entonces del pañuelo azul marino que cubría su cabello corto, invadido por las canas hasta el punto de hacérseme difícil precisar cuál habría sido el color original que alguna vez tendría, aunque no hubiera dicho yo que fuera tan mayor como para peinarlas en semejante cantidad, y aguardó unos instantes antes de seguir:

—En verdad dejó de ser lo que era por culpa del dichoso libro. Ese hecho desdichado fue precisamente la causa de su perdición. Nos miramos Daniel y yo, intrigados ambos, o más bien extrañados.

—Todo comenzó cuando se desató la tormenta aquella tan terrible de hace cerca de treinta años, que apareció sin previo aviso. Era una de esas tormentas que vienen acompañadas de gran aparato eléctrico, tan secas como si el cielo se limitara a toser por causa de un resfriado. Entonces él salió precipitadamente al jardín, preocupado por los cultivos que estuvieran creciendo en esa época, momento en el que un rayo fue a caer en la iglesia, haciendo que se iniciara un fuego del que no pudo explicar demasiado, pues solo recuerda que las llamas se expandieron con mucha rapidez, tanta que no tuvo tiempo de hacer nada, excepto apartarse todo lo que le fue posible, hasta que pudo acurrucarse en el otro extremo del jardín, justo al lado del árbol que contenía el libro...

—Que ya estaba allí —intervino Daniel.

—Que ya estaba allí, sí, pero que él no recuerda haber visto en ese momento preciso, así

como tampoco haber reparado en la oquedad que lo contenía. Ni siquiera podía suponer que allí había algo tan valioso. Sí sabe que en ese momento el tronco ya estaba partido extrañamente, materialmente tronchado, y que de él salía un hilillo de humo que le hizo suponer que también allí pudo haberse producido alguna clase de impacto que llegó a chamuscarlo ligeramente, pero en absoluto tanto como para hacer que ardiera como había ardido todo lo demás.

—Pero si hasta allí no habían llegado todavía las llamas —dije yo.

—Eso es lo más extraño: que hasta allí no habían llegado las llamas. Él recuerda haber contemplado con absoluta impotencia la voracidad del fuego que devastaba a toda velocidad los tesoros de la iglesia, que era muy antigua, pero no que las llamas hubieran alcanzado a los árboles que crecían en el jardín. No fue hasta pasados unos minutos, que se le hicieron eternos, cuando el huerto empezó a llenarse de un humo muy denso que poco a poco fue calcinándolo todo.

—¿Y cómo pudo salir de allí? —apremié el relato de la monja.

—Dice que escuchó nítidamente los ladridos de su perro. Él no acierta a entender cómo pudo haber llegado hasta allí el animal, pero sí recuerda que escuchó claramente sus ladridos, y cuando intentó averiguar de dónde procedían, se lo encontró atrapado por unos alambres que taponaban un pequeño agujero practicado en la pared de tierra que protegía los terrenos de la iglesia. Se trataba de un apaño hecho por él mismo cuando vio que la tapia había sufrido algún derrumbe por culpa de los excesos de las lluvias, o quién sabe si fue otra la razón que no acierta a entender y mucho menos a explicar.

—¿Su perro? ¡Qué raro! ¿Y cómo llegó justo hasta ese lugar el pobre animal? —se interesó el poeta.

—Aparentemente estaba atrapado. Telmo Barandiarán dijo que inmediatamente había acudido en su ayuda, y que precisamente por los ladridos que lo alertaron pudo él recordar que existía ese agujero en la tapia, por el que escapó con bien, aunque debió dejar todas sus pertenencias en el interior del cuarto que le servía de vivienda, situado a continuación de la sacristía.

De pronto se materializaron ante mí los ojos de Beltza volviendo a mirarme, como si lo estuvieran haciendo en ese instante; como si yo todavía fuera pequeña y él acabara de husmear por entre los rastrojos del descampado, aparentemente ajeno a mi presencia, pero sabiendo que estaba allí. Ojalá hubiera podido ver el hocico del magnífico ejemplar que me ayudó a cubrir el trayecto que va desde El Arenal hasta Las Arenas, a la altura del puente colgante, rebautizado Puente de Vizcaya después de una exhaustiva restauración que lo revitalizó, para contentar a las dos poblaciones entre las que hace el trayecto y no herir ninguna susceptibilidad mencionando a una y obviando a la otra, como hace la popular canción al decir: «Puente de Portugaleta, tú eres el más elegante, Puente de Portugaleta, el mejor puente colgante...»

—No me extraña que se volviera medio loco. Pero, lo que no entiendo es por qué no le dieron otra parroquia, con la de curas que hacen falta... ¿No quedamos en que hay falta de vocaciones, y que cada vez es más difícil atender a todas las parroquias disponibles? —apuntó Daniel Arana.

—Yo solo sé lo que sé. Y lo que sé, lo sé porque él me lo contó tal y como estoy haciendo yo ahora con vosotros.

—¿Y el libro? ¿Cuándo encontró el libro?

—Ocurrió al día siguiente. Me dijo que había ido para cerciorarse a conciencia de la magnitud del desastre. Entonces se acercó al único árbol que seguía en pie, aunque considerablemente dañado, y fue cuando lo vio. Le pareció extraño que hubiera sobrevivido, y mucho más algo tan fácilmente destruible, sobre todo en un incendio de semejantes proporciones. Y que lo tomó entre las manos y recordó haber leído el título en algún sitio. Lo que yo no sé es en

qué lugar fue que lo leyó, aunque pudo haber sido en cualquiera de los libros que él acostumbraba a llevar encima.

—Fue en *Fausto*, madre —la voz del poeta sonó especialmente solemne—. Lo leyó en *Fausto*. Bueno, en realidad solo lo supongo. Sin duda habrá más referencias, pero yo creo que pudo ser ahí.

—*Fausto*—repitió ella a media voz—, el maldito libro que le da carta de poder al mismísimo diablo... El compendio de lujuria y engreimiento que mejor ha explicado la bajeza de quienes pretenden obtener más de lo que están predestinados a poseer.

El comentario de la monja me hizo apretar entre las manos el ejemplar que aún llevaba encima, deseando que no viera el título.

—Es una obra de ficción, madre, solo eso. Magnífica, por cierto, si me permite decirlo, piense usted lo que piense al respecto. Y, en cualquier caso, se trata de un personaje que inventó el autor para justificar sus propias debilidades y así poder elevarse sobre ellas —explicó Daniel—. Mefistófeles se limita a satisfacer a Fausto, a hacer realidad sus deseos, nada más; no es peor en ese caso el diablo complaciente que el humano que aspira a ser complacido, aunque el terrible precio a pagar sea el alma que ha acordado entregarle al maligno a cambio de los favores recibidos cuando llegue la hora de su muerte. Claro que, a estas alturas, usted ya sabrá, si ha leído el libro, o si al menos ha oído hablar de él, que al final no...

—No se eleva uno sobre sus propias debilidades apoyándose en la maldad, ¿no te parece? —interrumpió la monja a Daniel Arana—. Hay que ser fuerte y luchar; luchar con denuedo para evitar la tentación, también aquella que incita a conseguir más de lo que está al alcance de la mano de cada cual. Él lo hace, o al menos lo intenta, aunque flaquee, pero no se deja dominar por la apatía absoluta que gobierna las voluntades de quienes en verdad pretenden conseguir lo que no les ha sido dado poseer. Claro que, en algún momento de su vida, eso es cierto, no fue capaz de controlarse y también pecó de engreimiento y soberbia.

—¿Está hablando de Telmo Barandiarán? —quiso asegurarse Daniel.

—De él mismo hablo —afirmó la monja.

—¿En algún momento de su vida, dice? ¿Y de qué clase de flaquezas habla, si puede saberse, por más que tal vez sean inconfesables? —preguntó él.

—Me vas a perdonar, pero no tengo autorización para hablar de ellas. No debo yo hablar de debilidades ajenas.

—Madre... —vaciló el poeta—. Madre, le pido perdón si la ofendo de algún modo, usted sabe que no está en mi ánimo hacerlo. Bien es verdad que algunas veces me muestro beligerante con todo lo que se mueve, y hasta llego a rozar la impertinencia... Ya sabe: es culpa de la desesperación que llevo encima.

—Al grano, Daniel. Ve al grano, que me estás intrigando —urgió la monja.

—Es que... tengo la impresión de que sabe algo más de lo que nos está diciendo. Y voy más allá: en algún momento ha hablado en presente del cura, el tal...

—Telmo Barandiarán —añadí yo.

—De Telmo Barandiarán, efectivamente.

—Será una impresión tuya, o quizá lo haya hecho, en efecto, pero de un modo inconsciente. Tú mismo le viste partir. Tú sabes que poco después de la inauguración de la casa, se marchó de aquí.

—No le vi partir, madre. Nadie le vio partir. En realidad solo nos dijeron que lo había hecho. Pero nadie vio cómo se marchaba, y de nadie se despidió. En fin, usted sabrá. Y por mí, si dice

que se fue, pues se fue. Y si dice que nos lo ha contado todo, pues así será —se dirigió entonces a mí—: Bueno, ya lo ves, así fue lo del hallazgo del libro ese que te intrigaba tanto. ¿Satisfecha tu curiosidad?

Dije que sí. También pude haber dicho que no. La verdad era que no estaba en absoluto satisfecha con alguna parte de la historia que nos había contado la monja, que me pareció excesivamente forzada, manca de la pasión que debe existir cuando se narra un suceso de tales características. Pero no creí oportuno expresar mis dudas en voz alta. Ni las sospechas en forma de luz que de pronto habían alumbrado algunas tinieblas que hasta ese momento no me habían dejado descansar.

—Ahora sí se ha acabado el tiempo. Hay mil quehaceres que atender en esta casa, ya lo sabéis. Si queréis, seguimos en otro momento.

La monja se levantó sin esperar nuestra conformidad, guardándose de añadir cualquier otra cosa que desmintiera las palabras de Daniel Arana referidas a la partida de Telmo Barandiarán de la casa, a quien nadie vio cómo la abandonaba. Se limitó a colocarse el pañuelo en la cabeza y a preguntarme, ya desde la puerta:

—¿Crees que aún estás a tiempo de marcharte? Si quieres, puedes quedarte a pasar la noche, ya lo sabes. Solo es cuestión de armar la cama plegable.

—Prefiero marcharme —respondí.

—Pero, la niebla...

—No le tengo miedo a la niebla. Y si por casualidad regresara, no me cabe ninguna duda al respecto de la ayuda que seguramente recibiría sin vacilar.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—¡Aúpa las chicas valientes! —dijo Daniel Arana.

El poeta ignoraba aún las razones que yo escondía para mostrar tamaña seguridad. Ya entonces estaba en condiciones de apostar a favor del razonamiento que me hacía sospechar que la monja sí conocía mis motivos para sentirme a salvo en mitad de la niebla o de cualquier otro peligro en el que me viera envuelta. Poco me importaba ya que en su momento se hubiera negado a aceptar la versión acerca del hombre que me ayudó a llegar hasta la casa el día de Nochebuena, y mucho menos la rocambolesca presencia del perro que me guió desde el Arenal, a la altura de la plaza de San Nicolás, hasta el puente colgante por la orilla de Las Arenas.



## XV

*ME DISGUSTÓ LA MIRADA LASTIMERA* de Andrés Madariaga. Y más aún me disgustaron sus palabras de reproche: —¡Me dijiste que no tenías tiempo!

—Y no lo tenía. Pero volví porque debía preguntarle algo a Daniel.

—Sí, pero a mí me dijiste que no tenías tiempo —repitió.

Pude insistir, porfiar, tratar de hacerle comprender que, efectivamente, cuando le dije que no tenía tiempo, en realidad no lo tenía, y que puse en riesgo mi vuelta a casa por una razón muy poderosa que valía sobradamente el hipotético contratiempo que hubiera supuesto extraviarme de nuevo. Pero me pareció más adecuado saldar el desencuentro, o lo que fuera aquello que estábamos manteniendo, con una disculpa que sonara a verdad. Ignoro si lo conseguí —que sonara a verdad—, pero cuando hube finalizado la letanía de exculpaciones que se me fueron ocurriendo, al menos Lenin había dejado a un lado aquella expresión de animal abandonado que había aparecido en sus ojos. Los ojos de alguien desarraigado son tristes, y están permanentemente adornados con una melancolía que obligatoriamente invitan a una reflexión acerca de las realidades que pueblan el mundo, en ocasiones tan difíciles de enfrentar sin caer en el desánimo.

—Ahora ya tengo tiempo —acabé diciéndole.

Le mentí, pues no había vuelto a la casa con la intención de escuchar cosas de Rusia —incluso siendo verdad, como así ocurría, que me apasionaba el país en sí, y más la particular peripecia que habían vivido en él tantos niños víctimas de nuestra última guerra—, sino para seguir indagando acerca del relato que dejó a medias la madre Esperanza. A falta de la información que no pudieron darme en la sala de subastas por culpa de la súbita aparición de un banco muy denso de niebla que impidió el cumplimiento del programa que debía haberse llevado a cabo el día de la inauguración, quería conocer más detalles referidos al cura, que para mí había adquirido tal condición solo a partir del relato de la monja. Imposible haber adivinado cuando conocí al viejo mendigo que en realidad no se trataba de quien parecía ser, o de todo lo que hacía él por no parecer ya aquello que no quería ser, renegando así de lo que había sido y no parecía haberle satisfecho completamente.

—¿Y si regresa la niebla?

—Ya no le temo a la niebla. ¿Sabe?, al cabo del tiempo he aprendido a verla como algo normal. Como si fuera lluvia, o viento, o solo frío. ¿Es lógico quedarse en casa solo porque llueva o haga frío? Pues así mismo pienso tratar a la niebla: enfrentándola. ¿No dicen que hay que enfrentarse a aquello a lo que se le teme?

—Está bien ser valiente. Sí, está bien, pero por culpa de la niebla ya te extraviaste una vez...

—Por eso mismo lo digo. Una vez me perdí, y no me pasó nada. Anduve vagando por ahí, sí, pero lo que encontré valió la pena.

Me miró extrañado, probablemente algo incrédulo. Ignoraba lo que yo sí sabía, ya sin casi dudas de ningún tipo, aunque esas dudas minaran aún la completa seguridad que aún no tenía; más bien se trataba de un instinto al que me resultaba imposible darle la espalda. No, no tenía constancias absolutas ni mucho menos hechos fehacientes, pero en mi pecho latía una llama en forma de esperanza que en modo alguno consentiría que se traicionara mi recién nacida confianza.

—¿Quieres que llamemos a Daniel? Sé que te gusta su compañía. A mí también, aunque algunas veces sea un cascarrabias. Pero lo hace más que nada por dar que hablar. Él no es malo,

¿sabes?, y siempre está dispuesto a echar una mano a los que son más débiles y están más necesitados. A la hora de la verdad es de los que ayuda mucho, sobre todo dando ánimos a los más desgraciados. Dice que el raciocinio de las personas está directamente relacionado con lo que se aprende en los libros, y que si leyéramos más no estaríamos tan solos ni seríamos tan desconsiderados. A mí cada vez me cuesta más leer —me aclaró a renglón seguido, mientras subíamos las escaleras de la casa—, por estos ojos, que están muy cansados, y por lo raras que se me hacen las letras en español. Figúrate que las palabras expresadas oralmente me suenan bastante parecidas a como me sonaban cuando era pequeño, pero con la lectura es otro asunto.

—¿No tenían posibilidades de leer en español? Algún libro habría, digo yo, para que pudieran seguir practicando.

—Al principio había algunos niños que tenían cuentos que les dieron sus familiares, decían que para entretener el viaje, claro que esos afortunados eran muy pocos, ¿eh?, no te vayas a creer que entonces abundaban los cuentos en las casas de los pobres, pero como el viaje sería muy largo... ¡No sabían cuánto de largo...! Después, con el correr del tiempo nos fuimos desperdigando y ya empezamos a ir cada uno por un lado, y aunque nos juntaban de vez en cuando, en fiestas que nos ofrecían y cosas así, sobre todo al principio por aquello de la novedad, poco a poco nos fuimos olvidando de los cuentos en español y fuimos entrando en los libros de texto que nos daban en las escuelas a las que empezamos a asistir.

—Debe ser duro perder el idioma.

—Sí, pero no tanto como lo es ir alejándose de los afectos de las personas más cercanas.

—¿No se parecen mucho las dos cosas?

—Ahora que lo dices... Sí, seguramente una cosa va ligada a la otra. El caso es que al final pierdes, siempre pierdes, y da igual qué es lo que pierdas primero.

—¿Por qué no me cuenta cómo es la plaza Roja? Yo me muero por verla —traté de variar el tono alicaído de la conversación que hacía juego con el estado de ánimo de Lenin.

Me habló entonces de la plaza Roja, siempre monumental y ocasionalmente colorida, y de los desfiles que vio en ella cuando se trasladó a Moscú, siendo ya estudiante en la universidad, porque antes, al principio de todo, a él le tocó vivir con un familia de Nizhni-Nóvgorod para la que siempre conservó un recuerdo tan cariñoso como el que guardó para los de su misma sangre que dejó en Durango. Y del Vólga, del que me dijo que tenía un azul más parecido al azul del mar que al de un río. Y nombró lugares de los que yo no recordaba haber escuchado hablar antes, pronunciados con un extraño acento que lo alejaban de su presente y lo transportaban a un pasado del que no podría desprenderse jamás, como no podría hacerlo del viaje; aquel viaje que emprendió primero en tren y continuó después en barco, que lo despojó de cuajo de las raíces de sus orígenes. Me parecía imposible que se acordara con tanto detalle de la ruta exacta que habían seguido, pero fueron tantas veces las que le repitieron cómo se llamaban los puertos de las ciudades por las que pasaron, que me aseguró que casi podía verlos en su memoria con absoluta claridad. Yo más bien supongo que cuando fue sacado de España para protegerlo de los terribles bombardeos que lo arrasaron todo, y no solo la villa de Gernika, cuyo recuerdo inmarcesible obra de bálsamo reparador por emotivo en quienes lo sufrieron y en sus descendientes, sino la ciudad de Durango, que fue tan devastador como aquel, algunos sostienen que incluso más, difícilmente podría haber mantenido en su memoria los lugares que recibían a aquellos niños como si fueran pequeños héroes a los que todos querían agasajar para condenar así el conflicto español. Por mencionar solo los nombres más importantes de que me habló, recordó que el barco que los llevó hasta la Unión Soviética había salido de Francia y hecho una escala en Copenhague; y que de allí

fueron a Estocolmo, y de esta ciudad sueca a Helsinki, antes de llegar a su destino definitivo en San Petersburgo, desde donde fueron repartidos a los lugares que los acogerían, entonces creían que por un espacio muy corto de tiempo; que casi no se darían cuenta, me dijo que les habían dicho.

De vez en cuando dejaba de hablar y asentía con la cabeza, como asegurándose él mismo de que lo que me contaba había ocurrido tal y como me lo estaba contando, pero no soy capaz de describir con palabras todas las emociones que deambularon por sus ojos en aquellas horas que pasamos juntos, él hablándole a alguien que solo podía escuchar, atenta a un relato que a veces se me hizo difícil de seguir; imposible imaginar lo que suponía para aquellos niños sentirse héroes de una guerra que no entendieron hasta que fueron tan mayores como para no poder desandar sus destinos, y mucho menos rectificar la decisión que otros tomaron por ellos, por más que la intención fuera salvarlos del hambre y de las bombas que caían sin tregua sobre sus cabezas.

—Durante muchos años escribí cartas a los míos. Algunas veces les enviaba postales en las que les explicaba lo bonitos que eran los inmensos paisajes que podía ver a diario, a pesar del intenso frío. Nunca me contestaron. La familia que me acogió decía que era por culpa de la represión que había en España, que no permitía comunicaciones con el exterior por temor a que se establecieran las inevitables comparaciones. Y ahora me digo: ¿pero qué comparaciones, si puede saberse? ¿Se referían a las comparaciones que establecerían los unos y los otros en torno a las necesidades que había en ambos países? Porque en lo tocante a necesidades... no sé, imagino que eran de diferente signo, pero en absoluto puedo decir que allí no las hubiera. Bien presente tengo aún el recuerdo de las colas de gente que aguardaba en el sitio más insospechado la posibilidad de conseguir más comida, o más carbón para engañar al frío. Y dudo acerca del tipo de necesidad que hubiera deseado padecer, de haber podido elegir.

—¿Ni siquiera fue un poco feliz?

—Al contrario: fui muy feliz, a pesar de todo. Pero era una felicidad que siempre tuvo un defecto imposible de subsanar: la facultad de la que se me desposeyó para haber elegido yo mismo acerca de la vida que hubiera querido vivir.

—Y además estuvo muy cerca del espacio —traté de animarle— aunque no viajara en realidad en una nave espacial, tal como hubiera sido su deseo...

—Por eso también debo reconocer que fui afortunado. ¿Quién, de quienes son de mi edad, hubiera aspirado a tanto en un país como este, de normal tan retrasado en semejantes cuestiones? Después, claro está, las tornas variaron, y mientras ellos se quedaban donde estaban, o incluso retrocedían, aquí se avanzó a lo grande. Y de nuevo yo en el sitio equivocado. ¿Sabes que tengo la impresión de haber vivido al revés? Sí, dos vidas, pero vividas equivocadamente.

—¿Lo más importante no es el propio hecho de vivir? Sí, vivir sin más pretensiones que el mero hecho de hacerlo —le dije, obviando su gesto de hastío, o solo de incredulidad—, sin pararse a dilucidar acerca de la manera en que se ha hecho.

—No dudar, quieres decir...

—En efecto, no dudar. Mejor sería aceptar que han sido las circunstancias las que han decidido por uno, ¿no? En algún lugar he oído decir que el azar manda más de lo que estamos dispuestos a aceptar.

—¿Pretendes consolarme?

Sí, eso pretendía, consolarle, pero cómo admitir que así era. Cómo decirle que solo estaba repitiendo palabras que posiblemente habría leído en algún sitio, no importaba dónde, válidas únicamente para justificar acciones de personajes que debían explicar su vida de forma

convinciente, a fin de llenar de razones los huecos que no hubieran conseguido llenar las emociones. En realidad, siempre había que consolar a alguien de los desencuentros que ese alguien tuviera con la vida. Hacer ver que cada acción, por nimia o insignificante que fuera o pudiera parecer que era, escondía algún sentido. Otra vez el azar, con sus leyes desconocidas.

—¿Sabes lo difícil que es hablar con la gente, conseguir que te escuchen sin ver en sus ojos una compasión que no saben disimular? Aquí solo lo sabe hacer bien Daniel, a pesar del mal genio que se gasta. Será porque también él está fuera de lugar. Bueno, todos estamos fuera de lugar, algunos más que otros, pero no todos lo saben, y mucho menos lo admiten. Porque, ¿sabes?, casi todos creen no necesitar lo que sí necesitan, y tratan de huir de sus propias carencias, como si al hacerlo estuvieran burlándolas. ¡Pobres!, que no reconocen lo tristes que son sus vidas.

—¿Y quién no está fuera de lugar? Todos, en realidad, estamos un poco fuera de lugar —certifiqué sus palabras.

—Tú no. Tú tienes la vida por delante. Tú todavía estás a tiempo de todo.

—¿Cree de verdad que solo usted ha sido víctima de las circunstancias? ¿Le parece que las circunstancias que les suceden a los demás son menos decisivas que las propias? —le dije, aguantándome las ganas de abrirle los ojos respecto a lo que pasaba en el mundo exterior, del que estaba apartado, él creía que por su peculiar situación, ignorante, por tanto, de que las peculiaridades asaltan en el presente de igual manera que lo hicieron en el pasado, independientemente de las circunstancias de cada cual; o precisamente por causa de las circunstancias de cada cual.

—La libertad de ahora...

—La libertad de ahora..., ¿qué? —interrumpí su frase. —Pues eso: que la libertad se tiene que notar por fuerza. —¿Y de qué vale la libertad si no se puede encontrar consuelo? Sonaron unas palmadas en el pasillo.

—¡Bravo! ¡Bravo! —y más palmadas.

—Va a ser verdad que tienes madera —dijo Daniel Arana.

—Sí, como Pinocho —se burló Lenin, que pareció alegrarse sinceramente con la llegada del poeta.

—Así que estabais aquí, conspirando contra la humanidad, mientras yo estaba allí abajo, perdiendo el tiempo en la construcción del estúpido mueble que no va a poder albergar nada de lo que quieren las mujeres que albergue. Y mira que tienen perra con el dichoso aparador... Que si hay que ponerle una puerta con cristales biselados, que son más bonitos y lucen mucho más; que si hay que tallarle una cenefa en la parte superior... ¡Bobadas! Lo mejor sería que llenáramos la pared del comedor de estanterías. Estanterías y más estanterías para colmarlas de libros, hasta que ya no cupiera nada más. ¿Qué hay en el mundo mejor que los libros? ¡Nada! —se contestó él mismo mientras tomaba asiento frente a Lenin.

—Le dije que podíamos llamarte —pareció justificar Andrés Madariaga el hecho de que lo hubiéramos excluido de nuestra conversación.

—Tranquilo, camarada. Sé que estabais aquí, me lo dijo la *sargento mayor*.

—¿Se refiere a la madre Esperanza?

—¿Conoces algún otro sargento con mando en plaza por aquí cerca? ¡Bah!, no me hagas mucho caso —bajó de repente la mano derecha dando un palmetazo en el aire, como si pretendiera apartar algo que le molestara—. Por cierto, ¿fuiste a la subasta esa de la que me hablaste?

—Se aplazó. Ya sabe que toda la semana ha habido niebla hasta bien entrada la tarde, y después, cuando despejaba un poco se hacía de noche tan rápidamente...

—El jodido tiempo, que se ha vuelto loco. Esto antes no pasaba. Antes había orden en el mundo. Hasta en cuestiones políticas había un orden establecido que ni Dios osaba trastocar: los rojos con los rojos y los fachas arrimados a los de su calaña, ¿verdad camarada? —No esperó la respuesta de Lenin y no estoy segura de que le interesara—. Así que no sabes nada del dichoso librito que te despertó la curiosidad —se dirigió a mí.

—Solo sé lo que ya sabía. Esperaba que la madre Esperanza nos hablara un poco más de Telmo Barandiarán, para cuadrar la historia.

—Yo también lo esperaba. Pero está escurridiza la monjita, no creas que es fácil pillarla desprevenida. Siempre anda atareada en un montón de quehaceres. Pensé que al venir tú la cosa cambiaría, pero, como aquí, el camarada, te ha secuestrado... Sería para contarte sus batallitas. ¡Despierta, joder! ¡Despierta, Lenin, y vive lo que te queda con la satisfacción de haber vuelto a casa!

—Yo no la secuestré —se disculpó Andrés Madariaga—. Solo le conté cosas que ella quería que le contara, ¿verdad?

—Pues claro —confirmé—. Yo le pedí que me contara cosas de Rusia.

—Ahora resulta que también tú has leído *Anna Karénina* ¡A que sí! Todas las mujeres que leen *Anna Karénina* piensan que Rusia es como la retratan en la novelas. ¡Valiente mentira la que urdieron los intelectuales rusos, consiguiendo que la gente se enamorara de un país sin esperanza! Claro que, bien mirado, tuvieron un mérito de la hostia los bolcheviques de los cojones.

Me vino a la memoria en ese instante la imagen de Greta Garbo en la película que hizo Clarens Brown en 1935 sobre el personaje creado por Leon Tolstói.

—Los intelectuales no tienen la culpa del comportamiento que hayan tenido los dirigentes con sus países a lo largo de los siglos, si acaso se les puede tachar de cobardes o valientes, en función del poso que dejaron en sus obras —defendió Lenin el honor de la patria ofendida—. Además, los retratos costumbristas que más han hecho soñar en la literatura han sido tan idealizados por los escritores soviéticos como por los de cualquier otro país. Dime, si no, que no ocurrió lo mismo aquí, sin ir más lejos, cuando las mujeres envidiaban, por ejemplo, a la Regenta, la famosa protagonista de la novela de Clarín... y no me dirás que no sufría esa señora, y que el espacio en el que vivía no era pavoroso... ¡menudo ambiente de hipocresía y anquilosamiento se dice en esa novela que había en Vétusta!

—Ya discutiremos tú y yo sobre esas cuestiones en otra ocasión. Ahora urge que la *sargento semananos* cuente algunas cosas que no están claras, ¿verdad? ¿Tú te crees todo lo que nos ha contado hasta ahora? —se dirigió Daniel Arana a mí.

—En general, sí, o casi, aunque estoy segura de que se ha dejado muchos detalles deliberadamente en el tintero. Lo que no tengo claro es que Telmo Barandiarán haya desaparecido de la faz de la tierra, tal y como pretende hacernos creer. Y me late una sospecha que no sé si tiene algún fundamento —le confesé.

—Si la expresas en voz alta, a lo mejor vemos entre los dos si en verdad lo tiene... Bueno, entre los tres, aunque no sé si tú sabes de qué va la historia —se dirigió Daniel Arana a Andrés Madariaga.

—Algo sé, por lo que hablamos aquella noche, la noche de Navidad, creo. Porque fue la noche de Navidad, ¿verdad?, cuando tú subiste a la biblioteca a buscar un libro...

—Sí, sí, Lenin, esa noche fue. Bueno —siguió el poeta—, pues escucha ahora lo que tenemos que contarte referido a Telmo Barandiarán, el personaje que hizo posible que se edificara esta casa gracias a la biblioteca tan cojonuda que le dejó en herencia aquel señor tan rico que entregó

la cuchara en el caserón Urduliz. ¿Ya vas hilando los datos? Sí, hombre, el de los hijos que no querían perder el dineral que hubieran conseguido si la hubieran vendido íntegramente, tal y como al parecer esperaban hacer de no haberse atravesado el tipo ese... Que sí..., el caso salió en todos los periódicos, ¿no lo recuerdas? Sí, el que se marchó al cabo de unos días, o dicen que se marchó, porque nadie vio cómo lo hacía, en realidad a nosotros solo nos dijeron que lo había hecho.

—¿Y dónde está el problema? —se interesó Andrés Madariaga.

—Problema, lo que se dice problema, no hay. Bueno, o sí, todo depende de cómo se mire la cuestión. El caso es que el tipo era un cura, ¿te lo puedes creer?

—¡Sopla!

—Mira, eso mismo dije yo. ¡No, si al final va a resultar que todo se acaba pegando!

—Y, ¿entonces...?

—Entonces, ocurre que la niña esta quiso saber lo que sabía yo de *Clavicula Salomonis*, una obra muy curiosa que ha circulado por el mundo a la largo de los siglos. Se trata de un libro de magia que contiene, al parecer, recetas para invocar a los espíritus. Ella la ha visto recientemente en una sala de subastas, concretamente en la que hay en la calle Bidebarrieta de Bilbao.

Andrés Madariaga miró a Daniel Arana como se mira a un loco. Después posó su mirada acuosa sobre mí, y a continuación estalló en una carcajada tan estruendosa que obligó al poeta a rogarle un poco de silencio, no fuera a llenarse la biblioteca de gente alertada por la risa. La risa es muy contagiosa, y raro es quien se abstiene de acercarse al lugar donde se esté produciendo algún acontecimiento que la provoque.

—¡Schsssss...! ¿Estás loco?

—¿Yo? ¿Soy yo el loco, estás seguro? —preguntó Lenin, extrañado.— ¿Un libro de magia con recetas para invocar a los espíritus?

—Sí, tú riéte, si quieres, pero la cosa tiene su miga.

—¿Tú también lo crees? —me interrogó a continuación a mí.

—Yo solo sé lo que he visto, y lo que he sentido. Y lo que he sentido y creo saber no da risa, precisamente —reconocí. —A ver, qué es lo que crees saber —me animó a hablar Andrés Madariaga.

Me costó admitirlo en voz alta. Inicialmente creí que sería más fácil poner en palabras los pensamientos que me rondaban, alimentados solo de sospechas, pero enseguida me atoré, sin duda por el temor a parecer desequilibrada.

—Que Telmo Barandiarán está vivo... Y que está aquí, o al menos anda por aquí —dije al fin —. No sé exactamente dónde, pero anda por aquí.

—¿Aquí? ¿De verdad crees que anda por aquí? ¿Lo has visto?

—Verlo, lo que se dice verlo... claramente, no. En realidad todo pasó muy deprisa, pero podría ser él. De hecho, cuando se escondió en la caseta...

—Ahora quien se pierde soy yo —me obligó Daniel Arana a detener mis elucubraciones, pues solo eso parecían ser, por carecer de orden, y no podía establecer un orden para algo que no pasaba de ser una sospecha.

—Empieza desde el principio, si no te importa —me sugirió Lenin.

Desde el principio debió incluir la visita que hice en vísperas de la Navidad al mercado medieval organizado en el muelle de La Merced, así como las predicciones de la dueña del puesto de artículos esotéricos referidas a lo que sería de mí si desaparecieran de mi vista todas las cosas que yo conocía, y todas las personas; cualquier cosa, en definitiva que me fuera familiar. Y seguí

por las pisadas que repiqueteaban detrás de mí, cuando estaba llegando a la plaza San Nicolás, sin obviar la extraordinaria aparición del perro que parecía haber surgido de la nada para guiar mis pasos. Incluso les relaté el pasaje referido al modo de cruzar la ría, y, por supuesto, cómo acabé delante de la casa, cuya puerta se abrió sin que yo llamara a timbre alguno.

Ellos me escucharon con atención, abriendo exageradamente los ojos algunas veces, torciendo la boca otras, sobre todo cuando llegué al momento de cruzar la ría a la altura del puente colgante. —Y cuando la *sargento mayor* abrió la puerta ya no estaban ni el hombre ni el perro... ¿Es correcto? —preguntó Daniel Arana.

—Eso mismo: entonces ya estaba yo sola. Por más que miré en todas las direcciones posibles no los volví a ver, ni al perro ni al hombre.

—Pero llegar, lo que dice llegar, llegaste... Porque llegaste hasta aquí de alguna manera —trató de asegurarse el poeta de que había escuchado lo que en realidad había escuchado.

—Sí, llegué. Yo salí de mi casa por la tarde, poco antes de que se hiciera de noche, y aparecí aquí alrededor de las 12 del mediodía siguiente. No me lo inventé. Sucedió así.

—Tú sola —insistió Daniel.

—No. Sola no estaba. Me ayudó el perro, y después el hombre que había al otro lado de la ría. Escuché claramente su voz, y hasta me tocó.

—¿Te tocó? ¿Cómo que te tocó?

—Lo hizo palpándome por encima del abrigo. Dijo que para ver cómo estaba de mojada. Y en algún momento, durante el trayecto hacia la casa, me cogió de la mano para que no me alejara de él y me perdiera por ahí.

Se intercambiaron entonces unas miradas que no presagiaban nada bueno. Me sentí como una enferma que está a punto de ser desahuciada por el médico después de haberle sido diagnosticada una enfermedad incurable. Lenin asintió, mientras Daniel se levantaba para cerrar la puerta de la biblioteca que da al pasillo.

—¿Viste al perro? —me preguntó el poeta.

—Solo lo toqué.

—¿Te pareció grande?

—Solo puedo juzgar su tamaño por las veces que lo toqué, y porque su hocico sobrepasaba la altura de mis corvas, que es por donde me empujaba cuando dudaba.

—No es mucho decir, pero algo es algo. Y del color que tenía, ni hablar, claro —insistió.

—Creo que es negro.

—Que *es* negro —repitió el poeta mis palabras, deteniéndose en el *es* que hacía posible la presencia del perro en nuestro presente de ese momento.

—Es que está aquí. Digo que *es* porque creo que anda por aquí. Anda con su amo.

—¿Y quién se supone que es su amo?

—Telmo Barandiarán. Yo lo sé. Era su perro entonces y lo sigue siendo ahora. Estoy segura de que ellos me ayudaron. No sé cómo lo hicieron, y mucho menos por qué, pero así ocurrió. Y diré algo más: el perro se llama Beltza. Cuando yo era pequeña se llamaba Beltza, el viejo del carrito le llamaba así, y digo yo que el nombre le venía de su color: negro. Era bien negro, y su tamaño era enorme —dije de corrido.

—Beltza. Así que se llama Beltza, y dices que ya existía cuando tú eras pequeña. Vamos a ver —me pareció que el poeta se ponía a hacer cuentas—: ¿cuántos años tienes?, y no me lo tomes a mal, ya sé que las mujeres no tenéis edad.

Le confesé mis años: treinta. No tenía ningún interés por fomentar la coquetería, nunca lo

había tenido, seguramente porque nunca lo había necesitado. La coquetería es cosa de las mujeres guapas, que así se dan importancia y resaltan las virtudes que quieren que los hombres vean en ellas, y a mí, si hacía caso de la imagen que me devolvían los espejos cada vez que me ponía delante de alguno, tanto me daba tener pocos años o muchos.

—No puede ser. ¿Verdad que no puede ser? —se dirigió entonces Daniel Arana a Lenin, que se limitaba a abrir los ojos y a torcer la boca para a continuación hacer todo lo contrario y desandar el orden de sus muecas.

—Yo creo que no, pero, si ella lo dice...

—Alguna explicación habrá, ¿no te parece? —insistió el poeta.

—¿En verdad crees que hay una explicación razonable para este rompecabezas?

—Hombre, razonable, lo que se dice razonable... no lo sé. Sí sé que no parece faltarle ningún tornillo —dijo finalmente Daniel Arana, como si yo no estuviera allí y no hiciera falta disimular las sospechas que sin duda tendrían acerca de mi cordura.

—¡Silencio! Cambiemos de tema —dijo de pronto Andrés Madariaga.

Cuando se abrió la puerta ya nos habíamos puesto a hablar de los problemas que estaba dando la construcción del aparador. —¿Se puede saber qué hacéis aquí encerrados? La gente pregunta por vosotros. Preguntan más por ella, en realidad.

—Perdone hermana, pero subí a dejar un libro y estaba escogiendo otro cuando llegaron ellos —me disculpé—, así que nos pusimos a hablar...

—Ya. Y así pensáis pasar la tarde —se dirigió la hermana Salvadora entonces a los dos hombres —, sin hacer nada de provecho.

—Sí hemos hecho cosas de provecho. ¿No le parece que las cosas del alma sean de suficiente provecho? Pues es lo que hemos estado haciendo: cultivando el alma, leyendo poesías, hablando de literatura, ¿verdad? Además —siguió el poeta—: le quería enseñar los nuevos poemas a la chavala, para que me diera su opinión. Me interesa saber qué piensa de ellos alguien que todavía anda por el mundo de la gente normal.

—Bueno, pero no dejéis de atender vuestras obligaciones. Hay tiempo para todo. Ahora están a punto de despejar la mesa del comedor para que pueda servirse la cena. Vamos, todo el mundo abajo.

—¡A la orden, cabo chusquero! —se burló el poeta, que acompañó sus palabras con una gran risotada.



## XVI

*ANTES DE ENTRAR EN LA CASA ANDUVE* merodeando un buen rato por los alrededores. Las ramas del seto que separaba el jardín de la verja que daba directamente a la calle dejaban unas rendijas que permitían observar con discreción cualquier situación que pudiera darse en los alrededores. Me concentré en la construcción adosada a la cocina. Cuando me fui la vez anterior ni siquiera pude mirar con algo de detenimiento en esa dirección, por estar la hermana Salvadora muy ocupada llamando mi atención sobre las plantas y los progresos que estas habían experimentado desde mi última visita. La neblina que flotaba en el ambiente, muy parecida a la bruma que adorna nuestro cielo los días que son muy calurosos, teñía de un gris levemente azulado el blanco de la fachada, y los contornos desdibujados daban la impresión de pertenecer al escenario de un relato soñado, donde con toda probabilidad se habrían sucedido una serie de incongruencias reñidas con la razón, de esas que a nadie se le ocurriría dotar de un sentido del que seguramente carecería.

—¿Te pasa algo?

Me sobresalté, temiendo que me hubieran descubierto espiando. No estaba bien que espicara el interior de un lugar en el que podía entrar cuando quisiera, aunque recordé entonces que parecía haber una condición: no pretender andar por el jardín yo sola y con libertad... Sí, eso era. Acababa de caer en la cuenta de algo que estaba ocurriendo, y solo en ese momento me pareció que ese algo encerraba una situación extraña, o solo peculiar; porque, en efecto, nunca había podido pasear sola por el jardín, y lo que en principio atribuí a la especial atención que me querían dispensar las monjas, pasó de pronto a convertirse en una especie de vigilancia, que es lo que en realidad se me reveló en ese momento como una verdad absoluta: que me habían vigilado.

—¿Te pasa algo? —repitió la pregunta aquella voz masculina desconocida que antes ya me había preguntado exactamente lo mismo.

—No, no... Solo miro, por si veo a alguno de mis amigos —respondí sobresaltada.

—¿Tienes amigos ahí dentro?

—Todas las personas que viven ahí son amigas mías. —Me alegro, porque también lo son mías. Pero... no te conozco. —Vengo algunas veces. Les he hecho algunos trajes...

—¡Ah! Eres tú. Ya sé quién eres: la que se perdió. Yo soy Íñigo. Les echo una mano cuando puedo.

—Ya. Yo también he oído hablar de ti.

—¿Qué hacías de verdad?

—Lo que te he dicho.

—Bueno, si tú lo dices... Yo voy a entrar. Esta tarde vamos al polideportivo. ¿Vas a venir tú también?

—No sabía nada de esta salida. He venido por casualidad, solo para verlos.

Seguí al chico llamado Íñigo y me demoré intencionadamente antes de cruzar la puerta de entrada.

—¿A qué esperas?

Me molestó su insistencia. Todo en él me molestó. Fue porque me impidió vigilar con detenimiento —objetivo que se fue al traste precisamente por su inoportuna aparición—, el lugar en el que creí ver cómo aparecía y desaparecía en cuestión de segundos alguien que bien podría ser Telmo Barandiarán. Después ya fue imposible tener libertad, a pesar de que yo me quedé en la

casa mientras la mayor parte de sus habitantes subían a la furgoneta que los llevó al polideportivo. También se quedaron Rosalía, Carmelo y Daniel Arana, entre otros, además de las hermanas Teresa y Lourdes.

El poeta andaba por esos días ultimando las correcciones del poemario que pensaba presentar al concurso literario, así que yo me excusé de acompañarlos utilizando como pretexto el interés que me producía la obra más reciente de Daniel Arana.

—¿Quieres creer que estoy nervioso? Es por si no gustan. Nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente ante una obra que se ha compuesto con mucho esfuerzo. Ellos no saben cuánto cuesta hilvanar palabras, entrelazar frases con cierto sentido..., y que además guarden una musicalidad adecuada. Luego está lo de la ignorancia, que es muy grande. A este seguro que no le pasaba con la música —se dirigió a Carmelo—. ¿Verdad que es más fácil desasnar a la gente haciéndola entrar por el aro de la música?

—Puede parecer que sí, pero tampoco en cuestiones musicales hay nada asegurado, ni siquiera tratándose de un arte que a simple vista parece tan asequible a los sentidos de las personas, inicialmente proclives casi todas a la sensibilización que producen las notas que se han compuesto para el disfrute de los oídos de cualquier especie. La música entra o no entra, y no hay fórmulas mágicas que ayuden a entenderla, ni a aceptarla.

—¿Y se puede saber por qué ya no compones? —inquirió de pronto el poeta.

—¿Para qué? ¿Para poder escuchar solo en mi cabeza lo que escriba en la partitura?

—No, hombre. Solo para ti, no. Bueno, vale, fundamentalmente para ti, pero también para otros, que lo podrán interpretar.

—¿Para otros? ¿Quieres que componga solo para otros? ¿Crees que es agradable saber que ya no se podrán hacer sonar las teclas de un piano? Eso es como si me pidieran que me arrancara los ojos para que otros pudieran ver con ellos las maravillas que mi mente solo percibiría como ajenas.

—Hombre, dicho así... Pero no es descabellado lo que te propongo... ¿o sí? Se me está ocurriendo que podríamos formar una pandilla de viejos artistas que se revelaran contra las modas que imponen los nuevos tiempos, y hacer que las artes recobraran la magia que habita dentro de la ortodoxia del clasicismo. Cada uno podría incorporar aquello que fuera capaz de hacer mejor.

—No sueñes despierto, Daniel. Déjate de inquietudes absurdas y confórmate con lo que buenamente puedas hacer tú mismo. Además, no me salen las cuentas. No hay aquí personas en número suficiente como para formar una pandilla entregada a las artes.

—Pues animamos a la gente a... ¿a pintar? —preguntó, seguro que a sí mismo, pues a continuación dijo en idéntico tono—: Sí, a pintar. Sí, que pinten, o que hagan pequeños trabajos manuales. Después los podríamos vender entre la gente del pueblo ¿Tú nos ayudarías? —se dirigió entonces a mí—. También tú podrías participar, si tienes tiempo y ganas, y hasta podrías enseñar a las mujeres a coser.

—Deja a la chavala, que ya tiene bastante con lo que tiene —me disculpó Carmelo cuando vio que yo no respondía inmediatamente. —¿Y qué tiene, si puede saberse? Está sola, como nosotros, ¿no? ¿Qué pasa si juntamos nuestras fuerzas? Yo no veo nada de malo.

La hermana Lourdes entró entonces en el comedor y me pidió que la acompañara a la cocina. Que si podía echarle una mano, dijo, para adelantar la preparación de la cena.

—Déjela, hermana. Déjela aquí, por favor. Ella no viene a pelar patatas. Viene para estar con nosotros. Ustedes dicen siempre que lo más importante es la compañía que nos hace la gente que

todavía se acuerda de nosotros, los que estamos «apagados», los «desconectados» del mundo.

—Sí, pero no vivís solo de la compañía que os hacen, ¿o sí? —argumentó la cocinera.

—Quiero que lea mis poemas —insistió Daniel Arana—. Todavía no los ha leído.

—Tú ganas. Como siempre. Siempre ganas. Ya me ayuda la hermana Teresa.

Se fueron las monjas y el poeta se levantó de inmediato de la silla que ocupaba, alejándose cuanto pudo de la puerta que comunica la cocina con el comedor. Entonces sonrió como si tuviera un plan secreto que transmitirle y me indicó por señas que me acercara al lugar que él había pasado a ocupar, al otro extremo de la mesa.

—Por si hoy no podemos volver a hablar a solas —susurró—, quiero que sepas que he estado vigilando el chamizo que hay junto a la cocina. Lenin también ha hecho lo propio. Ahora que ya hace buen tiempo, a pesar de la puta niebla, que sigue apareciendo y desapareciendo cuando mejor le parece, podemos andar por el jardín con más frecuencia.

—¿Y...? —le pregunté bajando la voz. Quería que me pusiera al corriente de lo que entre ellos habían averiguado, si bien yo disponía de ciertos detalles que sin duda les interesarían y más adelante les comunicaría.

—Que tienes razón. Hay alguien que entra y sale de ese lugar. No lo hace durante el día, pero por las noches se escucha el abrir y cerrar de una puerta. Y cuando hemos querido permanecer en la cocina un rato largo, para estar más cerca del sitio de autos, nos han echado enseguida. Hasta el manco Cecilio ha colaborado con nosotros, aunque no supiera para qué lo estaba haciendo en realidad.

—¿Y no sospecha nada raro?

—Para no darle muchas pistas le hemos hecho creer que alguien puede andar merodeando por el jardín, pero sin decirle de quién puede tratarse. Es muy curioso, ya lo sabes, y muy miedoso. Le parece que cualquier acontecimiento puede hacer variar su situación, así que anda a la que salta. Figúrate que la otra noche se levantó cuando estábamos todos dormidos, y pretendió pasarla de guardia en la cocina. Lo descubrió la madre Esperanza, que bajó a buscar gotas para el dolor de oídos que se le había puesto a la Bella Charito.

—¿Y escuchó algo?

—Solo ruidos. Ya sabes, esos gemidos que parecen venir del más allá y ponen los pelos de punta si además van acompañados de los arañazos en la pared. Pero cuando salió al jardín solo vio una sombra que desapareció en el acto, él dijo que como si se hubiera evaporado. Y ya estaba a punto de subir para alertarnos cuando se encontró con la *sargento semana*. Y ahí acabó su misión.

—Pero habrán bajado más noches, supongo —dije.

—Imposible. Las hermanas andan con la mosca detrás de la oreja.

—¿Y si me quedara yo a pasar una noche? —sugerí. —Tú verás. Por mí, bien, pero a ver cómo te las ingenias. —Si volviera la niebla...

—Estaría bien. Pero ya sabes lo hijaputa que es...

—¡Daniel! —La hermana Lourdes entró en el comedor y lo primero que hizo fue reprender al poeta.

—Hermana, no sea usted tan quisquillosa, ¿quiere? Por cierto, ¿ya le he enseñado a usted mis poemas? Ahora, precisamente, estábamos comentándolos... Ya te he dicho que están a la que salta —me susurró ladeando la boca, al parecer encantado por la situación.

Miré hacia el jardín, esperando ver algo más que la bruma que a duras penas alcanzaba a tamizar el aire. A través de la ventana vi a Íñigo, que bajaba de la furgoneta dándole el brazo a la

Bella Charito, de nuevo tocada con su gorra de lana ligeramente ladeada. Rosa les seguía de cerca. La hermana Salvadora ayudaba a sortear el último peldaño a quienes iban bajando del vehículo. De la niebla no había noticias, ni parecía que fuera a haberlas en las próximas horas.

—¿Le parece bien que ayude con los baños? —se me ocurrió sugerirle a la madre Esperanza, suponiendo que quizá le gustaría que les echara una mano en alguna tarea ingrata, y deseando que tal vez la demora que lograra probablemente alcanzaría para necesitar quedarme a pasar la noche.

—No es necesario. Te lo agradecemos mucho, ya lo sabes, pero también sabes que no queremos importunarte. Además, esta noche vendrá Marco, creo que acompañado de Itxaso, y su presencia siempre nos alivia algo el trabajo.

—¿Itxaso? —repetí con inquietud aquel nombre.

—Es su mujer.

—¡Ah! —traté de esconder la decepción que me produjo escuchar el parentesco que unía a ese nombre de mujer con Marco—. Pero no es ninguna molestia —dije a continuación.

—Si es tu deseo... —sucumbió al fin.

¿Deseo? Había en mí en aquel momento mucho más que un simple deseo. Casi podría haber definido aquella inclinación como una necesidad que solo me incumbía a mí. Ni siquiera el hecho de que mi ofrecimiento sirviera a mis propósitos mucho más de lo que en conciencia debería servir a los miembros de aquella comunidad me hizo notar el remordimiento que en otras condiciones hubiera hecho tambalearse mi entereza. Debía informar a Daniel Arana y Andrés Madariaga acerca de una curiosidad que tal vez arrojara algo de luz sobre el misterio que tratábamos de esclarecer. Estaba, por añadidura, el deseo de ver a Marco, conocer por fin cómo sería su rostro visto de cerca, incluso si estaba acompañado de su mujer, lo que constituía un premio añadido a la posibilidad de saber de dónde venían los quejidos que yo estaba segura tenían que ver con Telmo Barandiarán. Ni siquiera los olores que expelían los cuerpos de aquellas personas, viejas casi todas y por tanto rancias, me disuadieron de mis propósitos. Era cuestión de aguantar la respiración a ratos; quizá bastase con recordar los cuerpos de mis abuelos, también viejos, cuando al final de sus vidas los efluvios de sus organismos gastados despedían aromas acres que explicaban a la perfección lo miserable que es la materia de la que estamos hechos los seres humanos, tan delicados —¿y por ello finitos?— como cualquier organismo expuesto a la descomposición cuando se acerca el final de su ciclo vital; pereceros, por tanto. Solo sé que cuando anocheció apareció Marco (¡por fin!) cargando varias cajas en el maletero de su coche, que introdujo en la casa ayudado por Íñigo, y que el azul tan peculiar de sus ojos alivió el revoltijo que se me había hecho en el estómago mientras duró la tarea de bañar a aquellas mujeres de cuerpos arrugados; porque también el de la Bella Charito, la que fuera reina de la belleza de Portugalete, que ya solo era un recuerdo en los ojos de quienes la hubieran visto en su máximo esplendor, estaba arrugado, con los contornos flácidos como los de un balón que se ha deshinchado y se ha abandonado en alguna escombrera.

No se quedó mucho rato Marco, ni tampoco Íñigo. Atrás quedó muy pronto la algarabía que produjo su presencia en la casa, de nuevo convertida en un reducto de seres «apagados», que es como se definió a sí mismo Daniel Arana. «Seres apagados», dije en un susurro, recordando que yo en algún momento había considerado que, efectivamente, carecían de luz.

Resultó escasa, insuficiente, y por tanto desalentadora, la emoción que me produjo saber que los ojos de Marco escondían un mundo al que yo nunca podría asomarme. Porque nunca unos ojos como aquellos podrían mirarme a mí; si nadie lo había hecho antes, mucho menos lo haría él. Más me valdría haber seguido suponiendo que se parecía al Miguel Strogoff del libro, para seguir

creyendo que podría encontrármelo a voluntad, solo abriendo sus páginas cuando me viniera en gana. Era, ya lo sabía, una ilusión ensombrecida de antemano por la razón que no cabía de ningún modo en mi vida. De hecho, ni siquiera se detuvo mucho rato conmigo cuando me saludó, limitándose, por contra, a ser cortés, con esa clase de cortesía que abochorna a quien la recibe, pues no solo no ha hecho nada para merecerla, sino que ni siquiera le corresponde obtenerla. Yo no era alguien a quien él debiera nada y, sin embargo, actuó con una amabilidad parecida a la que prodigó a las personas que se le acercaron, estas con la seguridad de ser miradas por él con cierta condescendencia, confortadas de ese modo del desconuelo que tan familiar les era. De su mujer no conservo ningún recuerdo esencial, salvo que me pareció apenas una breve sombra resultante de la luz proyectada por él. Quizá es porque no quise mirarla demasiado, para no deber reconocer que se trataba de alguien de carne y hueso que sí recibía de su mirada todo aquello que yo ni siquiera podía soñar con tener.

«Esta noche», dijo en voz muy baja Lenin cuando después de la cena pasó por mi lado camino del dormitorio.

«En la biblioteca», dijo en voz igualmente baja Daniel Arana cuando le tocó el turno de retirarse.

Me limité a asentir a las sugerencias de los dos hombres y traté de estar el mayor tiempo posible revoloteando en la cocina, por si cualquier acontecimiento que tuviera relación con mis sospechas llegaba a producirse y de él podía sacar alguna claridad que alumbrara todas las dudas que embarullaban las convicciones que iban y venían en función de las circunstancias que iba sabiendo. En vano, debo decir. La hermana Lourdes me hizo saber de muy buenas maneras que las manos de las hermanas Rosario y Salvadora se bastaban para ayudarla a dejar todo en orden.

No sé por qué decidí tensar un poco la cuerda que, a mi entender, así la madre Esperanza.

—¿No le parece que es un abuso quedarme a pasar la noche sin que exista una verdadera necesidad?

Ella se sorprendió y actuó como yo esperaba que lo hiciera:

—Ni lo pienses siquiera. Además, ya es un poco tarde para que vuelvas ahora a tu casa. Seguro que los autobuses ya han dejado de funcionar.

—¿Y si cruzo el puente colgante y cojo el metro en Las Arenas? —sugerí.

—¡A estas horas! —exclamó ella—. Ni siquiera sé si funciona a estas horas el transbordador.

—Pues...

—¡Pues nada! —zanjó—. ¡Que no son horas y no son horas! Y menos para que andes por ahí tú sola.

Lo había dicho. Por fin lo había dicho: «Para que andes por ahí tú sola». Yo quería que dijera algo así, algo que incluyera las palabras *andar* y *sola*.

—¿De verdad cree que estaría sola? —le pregunté, prestando especial atención al gesto de su cara, como si de él pudiera extraer mucho más que del significado de las palabras que utilizara para responderme.

—Lo estarías. A no ser que te esperara alguien, lo estarías. —¿Y si me esperara alguien?

—¿Has quedado con alguien? Porque si es así, no tengo nada que objetar —aceptó.

—Quedar, lo que se dice quedar, no, pero seguro que alguien me protegería llegado el caso.

—Por fin entras en razón, ¿eh? Ya vas entendiendo que no estamos solos. Que siempre hay alguien que nos protege...

—No sé si estamos refiriéndonos a la misma clase de protección, madre — interrumpí de forma consciente el sermón con el que intuí pensaba obsequiarme.

—Y, en tu opinión, ¿cuántas clases de protección pueden darse?

—Muchas. Todo depende de las personas que en cada caso la ofrezcan. Yo siempre me acuerdo de la protección que me brindaron aquellos dos seres de los que no sabía nada y que se esfumaron como dos sombras después de...

—¿Otra vez dándole vueltas a lo mismo?

Por su expresión entendí que la alusión a esos seres que solo parecían existir en mi imaginación le había molestado, y no sé si también incomodado. Ahí estaba, enfrentándome de nuevo a la evidencia de un dilema con el que me daba de bruces a cada intento que hacía por resolverlo.

—Me resulta imposible olvidarlo. Por muchas vueltas que le doy, no consigo quitármelo de la cabeza. Será porque no le veo ninguna lógica a lo que pasó.

Insistí en esa verdad que íntimamente me hacía perseverar en mi idea, incluso a riesgo de incomodar a quienes se resistían a admitir una realidad de la que solo yo había sido testigo. Ella, por contra, de nuevo:

—Eso mismo te vengo diciendo yo desde entonces: que no tiene lógica ninguna. Pero sigues empeñada en hacer pasar por normal algo que en modo alguno lo es.

—No, si yo no he dicho nunca que fuera normal. Solo digo que vi lo que vi...

—Que viste... Has dicho que viste. ¿Ahora resulta que también los viste?

—En realidad los sentí, que es tanto como si los hubiera visto —aclaré—. No sé cómo eran, ni de dónde vinieron, y mucho menos adónde fueron después. En realidad solo eso me faltó: ponerle rostro al hombre y saber de qué color tenía el pelo el perro. ¿Sabe que yo le llamaba Beltza y él me hacía caso?

Ladeó la cabeza repetidamente, se atusó el pañuelo azul con el que se cubría el cabello canoso y cruzó las manos sobre el regazo. Me miró con insistencia durante unos instantes y entornó los ojos hasta casi cerrarlos. Y de nuevo repitió los mismos gestos en un orden idéntico. Pensé que ya no diría nada más, pero acabó añadiendo:

—¿Crees que habría alguna forma de hacerte cambiar de opinión? ¿Es posible que no haya nada que yo pueda hacer para hacerte entender que lo que te ocurrió fue producto de la extraordinaria circunstancia que viviste?

—Me gustaría que hubiera un modo lógico de hacerme cambiar de opinión. Daría cualquier cosa por poder explicar racionalmente lo que pasó.

Dos mujeres pasaron por nuestro lado, iban cogidas del brazo, cuchicheando entre sí. Antes de empezar a subir las escaleras nos miraron con cierta curiosidad. Una era Encarni, la viuda de un obrero de una conservera que a la muerte del marido acabó en la calle, a pesar de las diligencias emprendidas por sus vecinos para conseguirle una pensión digna, lo que resultó imposible, por no haber existido cotización previa, circunstancia que ella desconocía, y no hubo forma de que con la ridícula renta que le quedó pudiera hacer frente al pago del alquiler de un piso en el que vivir y además comer todos los días. Así era impensable que pudiera seguir residiendo en la casa que pertenecía a los dueños de la fábrica, de modo que se vio abocada a una situación de esas que parecían imposibles que pudieran darse en unos tiempos en los que tanto se predicó el bienestar. La otra era Sarita, una popular locutora de radio que dejó de estar de moda cuando se retiró de su trabajo y la influencia de que gozaba mientras estuvo en activo se esfumó. A ella no le acuciaron las deudas, ni el desamparo económico; no, a ella le acució entonces la soledad, que se cebó con lo que más podía dolerle: el olvido. Debe doler con especial intensidad saberse olvidado, apartado de la circulación cuando has dejado de trabajar en algo que antes hizo posible que tu agenda estuviera llena, y tu teléfono sonara constantemente, y tu vida fuera un carrusel de personas

girando a tu alrededor, necesitadas de ti o solo temerosas del poder que bien podrías emplear en hacerles daño, en lugar de alabarlos, como gustan de ser tratados quienes viven del halago que se les prodigue con tanta frecuencia como sea posible.

Iban, pues, las dos mujeres, Encarni y Sarita, camino del dormitorio que compartían con otras semejantes que también habían perdido algo, o todo. Iban al encuentro de la única seguridad que por entonces tenían: la cama en la que se acostarían, de la que se levantarían a la mañana siguiente para encontrarse con su otra seguridad: el desayuno que tendrían delante, compartido con otros seres, de los considerados por mí «sin luz», en tanto que para Daniel Arana se trataba de seres «desenchufados». O sea, lo mismo pero dicho con palabras diferentes.

—¿Necesitáis ayuda? —se ofreció la monja.

—No se preocupe, madre. Subiremos poco a poco. No tenemos prisa por llegar a ningún lado —respondió Encarni, que rio brevemente lo que supuso una ocurrencia.

—Yo voy a la biblioteca y puedo acompañarlas —me ofrecí—. Si a usted no le importa —me dirigí a la monja.

—Sabes que no —respondió ella—. Pero, hazme un favor: no te obceques más con lo que te pasó. En aquella circunstancia no hubo nada extraordinario. Métetelo en la cabeza —me recomendó una vez más.

—Bien —fingí darme por vencida para evitar entrar en más discrepancias, habida cuenta de la sensación que me invadía cada vez con más frecuencia, relativa a la reserva que seguía viendo en el comportamiento de la monja.

Cuando dejé a las dos mujeres en la puerta del dormitorio me dirigí a la biblioteca, cuya luz estaba apagada. Debía esperar la llegada de los dos hombres que me habían citado allí. Mientras, me dije, podría aprovechar el tiempo ojeando algún libro. Era aquel el único lugar en el que podía disponer a mi antojo de tantos libros como apeteciera, sin límites de ninguna clase, si acaso el tiempo de vida que tuviera, en absoluto suficiente para leerlos todos. Repasé el lomo del ejemplar de *Miguel Strogoff*, que ya había devuelto, y estuve tentada de releer cualquier página en la que se hablara del hombre alto y vigoroso; o, mejor, en la que se diera alguna pista sobre el romance que acaba naciendo entre él y Nadia. O, aún mejor, podía ir hasta casi el final, cuando él le dice: «No creo que Dios, al ponernos a uno en presencia del otro, al hacernos atravesar pruebas tan rudas, haya querido reunirnos sino para que lo estemos para siempre». Entonces ella caía en los brazos de él y a continuación es referida la boda que celebran en la catedral de Irkutsk. Por cierto, ¿conocería Andrés Madariaga ese lugar, si en verdad existía? ¿Habría estado allí en alguna ocasión? Se lo preguntaría cuando acudiera a la cita. Mientras, podía seguir ojeando —para así mejor poder elegir— los libros que me iría llevando por un orden que aún no había establecido, para leerlos cuando después del trabajo me acostara en la cama y la radio encendida fuera mi única compañía, por más que la mayoría de las veces no me importaran demasiado las opiniones de las personas que hablaban sin parar sobre cualquier cosa de la que fuera menester opinar, incluso si los conocimientos que tuvieran eran insuficientes para sentenciar al respecto de lo que estuviera dilucidándose.

—¿Te imaginas lo que podrías hacer si tuvieras en tus manos *Clavicula Salomonis*?

Me sorprendió la pregunta de Daniel Arana, casi tanto como su presencia, acaecida de improviso. Parecía haberse deslizado por el suelo, en lugar de apoyarse en él, o arrastrarse, pues era frecuente escuchar sus zapatillas de paño marrón arrastrándose con cierta desgana, ya fuera por el pavimento cerámico del piso de abajo o por la madera que cubría el de arriba. El ensimismamiento en que de normal andaba sumido no parecía dejarle fuerzas suficientes para

mover con más ímpetu los pies, que daban la impresión de pesarle una enormidad.

—¿Leerlo? —aventuré con cierto automatismo, en realidad pensando que su pregunta podría encerrar otra posibilidad de respuesta.

—¿Solo leerlo? —preguntó él a su vez, creo que ligeramente extrañado.

Me quedé mirándolo, contemplando esa expresión de escrutador implacable que se le ponía en el rostro cuando sacaba a relucir al poeta maldito y vengativo que llevaba dentro. Maldito a su pesar, y vengativo por propia elección. Y acabé respondiendo:

—Sí, solo leerlo... O, bueno, depende de lo que en realidad trate —añadí, creyéndome en el deber de completar mi respuesta.

—Ya sabes de lo que trata: sirve para dominar a los espíritus que habitan en los cuatro elementos. ¿Te imaginas...? Dominar a los espíritus ¡A todos los espíritus! ¿Entiendes? ¡A todos!

—No sé si eso es posible. ¿Usted cree que es posible? —¿Y si lo fuera? —respondió a su vez—. ¿Te has parado a pensar en lo que pasaría si lo fuera? Quizá lo sea, después de todo. No respondí. Lo hizo Andrés Madariaga por mí:

—Pues que sería una sinrazón. Un caos absoluto que llevaría a la destrucción. Y estaríamos, cuanto menos, ante un peligro muy grande.

«¿Y qué? ¿Qué pasaría si nos topáramos con un peligro de esa clase?», me dije. «¿No sería un modo de conocer más de lo que conocemos?» El poeta afiló su rostro, como si hubiera leído en mis pensamientos igual que se lee en un libro que no consigue sorprender, a pesar de las pretensiones del autor.

—Conocemos muy poco de la mente humana. Y menos conocemos aún de las circunstancias que se dan en el mundo subterráneo que domina las emociones y los pensamientos que fundamentan nuestro saber. ¡Es tan escaso el saber de los hombres! —concluyó Daniel, el poeta.

—¿De qué emociones hablas? ¿A qué pensamientos te refieres? —intervino la mente científica de Lenin.

—A nada concreto, camarada. No me refiero a nada concreto. Me limito a exponer dudas razonables que de cuando en cuando me hacen pensar en lo pequeños e insignificantes que somos. Por cierto —el rostro de Daniel Arana se iluminó de pronto a causa de algún hallazgo en el que hubiera reparado fortuitamente—, tú debes saber mejor que nosotros de la pequeñez humana, o de la grandeza si fuera ese el caso. Has tratado con astronautas, con científicos que habrán tenido que reconocer lo poco que somos en verdad los seres que habitamos el planeta Tierra.

—Y no han visto nada extraordinario. Ninguno de cuantos viajaron por el espacio, al menos los que yo conocí, dieron cuenta al volver de nada superlativo que les hubiera sucedido, más allá de algunas sensaciones subjetivas sobre las que no quisieron abundar.

—Quizá porque la verdadera superioridad está aquí, a ras de suelo, ¿no crees, camarada? Y me atrevo a ir más lejos: está dentro de algunas mentes hasta ahora impenetrables o inclasificables, por desconocerse hasta la fecha algún método para desentrañar sus secretos.

Andrés Madariaga agachó la mirada, como queriendo evitar responder a la teoría expresada por Daniel Arana.

—Bueno, un poco de razón sí tienes —dijo finalmente Lenin alzando los ojos del suelo.

—¿En qué? Di, ¿en qué tengo razón, en que los humanos somos muy pequeños o en que la verdadera grandeza habita a ras de suelo? —pareció retar Daniel Arana a Lenin, que me dio la impresión de estar debatiéndose entre un dilema que no sabía cómo resolver.

—La verdad es que algunos de los astronautas a los que yo conocí y traté, volvieron transformados por algo. Quiero decir que hablaban de una espiritualidad que se les había



acrecentado mientras estuvieron allí arriba —reconoció, al fin, Andrés Madariaga.

—¿Espiritualidad? —preguntó el poeta, visiblemente intrigado.

—Es por definir de algún modo las emociones de las que hablaban. Entre la clase gobernante no estaba muy bien visto que los astronautas, considerados auténticos héroes nacionales, hablaran de ciertos pensamientos que se les habían despertado mientras habían estado en el espacio exterior. No era conveniente que aquello que no debía existir fuera contado.

—Mejor ocultar que existían aquellas emociones o revelaciones o lo que fuera que encontraron, que hablar abiertamente de ellas —resolvió el poeta— para no tener que discutir al respecto, ni siquiera para desmentirlas o solo ridiculizarlas.

Para evitar que la conversación en la que se habían enfrascado me desviara del hecho curioso del que deseaba hacerles partícipes, decidí que debía interrumpirles:

—No estaba —dije.

—¿Qué no estaba? —preguntó el poeta, pero ambos prestaron atención inmediata a mis palabras.

—El libro. El libro ya no estaba —sentí la mirada de extrañeza que me dedicó Daniel Arana—. Cuando fui a la sala de subastas el libro ya no estaba.

—¿Te refieres a *Clavicula Salomonis*? —quiso asegurarse.

Asentí en silencio. El hombre me miró primero a mí y de inmediato dirigió la mirada a su camarada. Era muy normal que le llamara *camarada*, y Andrés Madariaga parecía agradecer ese calificativo.

—Supongo que no se te ocurrió preguntar quién lo había adquirido... si es que lo adquirió alguien.

—Un hombre —respondí—. La mujer que me había dado el catálogo me dijo que lo había comprado un hombre.

—¿Solo eso? ¿Un hombre?

—Solo —confirmé, y noté el desencanto que se había dibujado en sus caras.

—¿Y no hay posibilidad de averiguar nada más? —insistió el poeta.

—Yo no necesito saber más de lo que sé...

—Con poco te conformas...

—¿Poco? Iba acompañado de un perro —añadí.

Ninguno de los dos dijo nada entonces. Se limitaron a mirarme, como si la información que les había facilitado fuera la continuación del relato referido a la aventura que corrí a través de la niebla con la única guía de un perro que salió de la nada y se puso a mi disposición como si cumpliera un mandato para el que estaba predestinado. Supongo que en la expresión de sus rostros arrugados vi la misma incredulidad que debió ver en el mío propio la mujer de la sala de subastas cuando me habló del hombre extraño, del que dijo que «no tenía una edad definida», que apareció poco antes de que se iniciara la puja y se dirigió expresamente a la urna que contenía *Clavicula Salomonis* mientras aguardaba pacientemente sin quitar la vista del ejemplar, pero sin hacer preguntas, ni siquiera para interesarse por el precio, de lo que ella dedujo que ya lo sabía, sin duda por haberlo visto en el catálogo; y que no era extraño que la gente llegara y se sentara sin decir palabra en tanto aguardaba la aparición del objeto que les interesara. Los catálogos se hacen precisamente para evitar el engorro de tener que facilitar los precios de salida una y otra vez, así como informaciones que muchas veces no son comprendidas por la gente leiga en la materia de que se trate, pero sí por quienes ya saben qué van a buscar, y saben lo que van a buscar cuando existe un catálogo que lo anuncia (así o de un modo muy parecido me lo explicó la mujer el día que entré por primera vez en la sala). También encontró curioso el comportamiento del perro que lo acompañaba, que se asomó al interior y después de husmear un rato por el lugar se dio la vuelta y

abandonó la sala para ir a sentarse a la puerta de la calle, pero a cada rato asomaba el hocico, para observar atentamente el lugar que ocupaba su dueño, sentado en la última fila de sillas, que a su vez le devolvía miradas de complicidad en las que parecía existir todo un mundo de emociones compartidas solo por ellos. Después añadió que su entendimiento era como el de dos amigos que se comprenden solo con mirarse. Y remató sus explicaciones diciendo que no es muy normal que la gente se entienda solo con la mirada, en unos tiempos de prisas que en la mayoría de los casos impiden alcanzar un conocimiento verdaderamente profundo, pero menos lo es que esa clase de comunicación tenga como protagonistas a un hombre y a su perro, incluso si el perro resulta poseer una inteligencia superlativa.

—Así que un perro. El hombre iba acompañado por un perro. Y el perro se quedó esperando fuera...

—Eso mismo me dijo la mujer —le respondí al poeta. —¿Y si fuera una casualidad? —preguntó Lenin— Mucha gente tiene un perro. Yo mismo tendría uno si pudiera.

—No es casualidad. ¿Es que nadie lo entiende? ¿Tan difícil es de comprender? ¡Era Telmo Barandiarán! Solo hay que juntar todas las piezas del rompecabezas —exclamé.

—No se trata de eso, bonita. No es nada de lo que piensas —intervino Daniel Arana—. Simplemente tratamos de agarrarnos a la lógica. Primero exprimimos todas las posibilidades que sean más razonables, y si por ahí no hay salida, pues lo intentamos con otras opciones que nos lleven a la solución que tenga más sentido, sea la que sea.

—Pero usted lo dijo antes. Lo dijo bien claro: que conocemos muy poco de lo que pasa por la mente de las personas, y menos aún conocemos lo que sucede en el mundo subterráneo de las emociones.

—Bien, lo dije. Sí, es verdad que lo dije, pero eso no quiere decir que haya que creer en todo lo que digo a pies juntillas. Soy poeta, ¿sabes?, y los poetas vivimos de fantasías, de realidades que están al margen de la normalidad. O sea, de irrealidades. Se trata de endulzar el mundo con sueños. Para lo que nos disgusta, o simplemente no entendemos, buscamos adornos y perifollos que lo hagan más digerible.

—¿Y no es posible que los poetas sean seres iluminados, tocados con la virtud de traducir a palabras inteligibles las emociones que no se pueden explicar, las que se sienten, pero que al no ser normales se revelan como improbables? Puede pasar, ¿no? Puede que existan cosas inexplicables que por alguna razón solo encuentran acomodo en las mentes que sí saben apreciarlas y explicarlas.

—¡Vaya! ¿Todo eso lo has aprendido tú sola? —me sonó a burla el tono empleado por Daniel Arana, tan parecido al utilizado aquella otra vez, cuando se empeñó en hacerme leer alguna poesía, si es que sabía leer, dijo entonces.

—No le hagas caso —intervino Andrés Madariaga—, algunas veces se pone muy burro. Él se escuda en el éxito que dejó de tener, en el rechazo que sufrió y lo dejó fuera de combate. Pero si todos nos pusiéramos así de burros cuando nos da por pensar en todo lo que hemos perdido...

—¡Salió el defensor de los oprimidos! —la emprendió entonces el poeta con Lenin—. ¿No sabes que unos pierden más que otros? ¿Todavía no entiendes que cuando se sabe qué se ha perdido, y por qué se ha perdido, hay más consuelo a la hora de llorar por aquello que se perdió?

—¿Y no es mucho peor saber que uno ni siquiera ha tenido el propio destino en sus manos? Al menos tú hiciste algo con tu vida. Duró poco, de acuerdo, pero puedes recordar, revivir... Al menos tuviste algo. Y lo sigues teniendo... aquí —se puso la mano en el pecho.

—¿Hacer algo, dices? ¡De qué valen unos cuantos poemas!, ¿eh? ¡Pero si cuando ven la luz la

gente se asusta hasta de las palabras que los forman! Tú sí tendrás cosas que rescatar cuando te pongas la mano en el pecho. ¿Olvidas que has enviado a mucha gente al espacio? ¡Eso sí tiene que ser la hostia! Figúrate: hacer que un artefacto de esos funcione correctamente, con todas las piezas en su sitio, que deben aguantar para ir y para volver... Todos esos cálculos que requieren estudio, método... Yo, en cambio, solo me encerraba en una habitación para sudar tinta china mientras ordenaba las palabras que me venían al estómago y me quemaban la garganta cuando trataba de pronunciarlas... Yo solo he sido un demente al que se le ha consentido soñar un poco. Muy poco, por cierto. Me duró muy poco el estado febril que me consumía, tan grato, por otra parte.

—Artefactos que algunas veces fallaban y dejaban a gente perdida en el espacio —replicó Andrés Madariaga—. Personas a la deriva abocadas a una muerte segura por las que no podíamos hacer absolutamente nada, ni siquiera con todos los adelantos de que disponíamos. Además, no estábamos hablando de mí. Hablábamos de ti, y de cómo te comportas en la adversidad.

—¿Y cómo me comporto? ¿Te parece que me comporto mal?

—Bueno, yo me marcho —dije, sabiendo que cuando se adentraban por esos derroteros no había salida, y que esas discusiones les duraban tanto que hasta se perdía el motivo por el cual se habían iniciado—. Me voy al despacho, donde supongo que me espera la cama ya desplegada.

Por un momento guardaron silencio. Confieso que deseé escuchar alguna disculpa. O solo una frase de consolación que me compensara del fracaso de mis percepciones. Porque había fracasado. En algún momento llegué a creer sinceramente que todo tenía sentido, que no me había vuelto loca cuando supuse que un perro —¿inexistente?— me llevó desde la plaza San Nicolás hasta Las Arenas, y que un hombre —¿también inexistente?— me había remolcado utilizando un cabo que me había lanzado él mismo —y, si no existía el tal hombre, difícilmente podía haberme tirado nada, y menos un cabo, que es algo tangible, y no es posible que yo hubiera asido en mis manos algo que pude tocar cuando quien te lo ha lanzado no existe—. Pero no parecía que nada de aquello tuviera fundamento alguno, y menos cierta solidez que dotara a la historia de racionalidad o solo coherencia. Ya me lo dijo la madre Esperanza: «olvídate, deja de darle vueltas a algo que no puede ser». Y tampoco dos locos, que mientras me escuchaban parecían dar sentido al sinsentido que les contaba, eran ya cómplices de mi trastorno. Aguardé, a pesar de todo, esa frase que, sin embargo, no dijeron; guardaron silencio, se limitaron a intercambiar sus miradas y a continuación agacharon la cabeza. ¿Y si en verdad el único momento de lucidez lo había tenido cuando supuse que allí no vivían seres humanos, sino fantasmas, recuerdos de lo que habrían sido unas cuantas personas que se materializaban de tanto en tanto para recordarse a sí mismas lo que habían sido mientras fueron algo? La evocación de Marco, que parecía de carne y hueso, hacía añicos tal suposición. Y también estaba Íñigo. Sí, igualmente Íñigo parecía ser tan de carne y hueso como lo era yo misma, si es que no era yo también el fantasma de la persona que fui, ocasionalmente animado por esos seres que aparecieron en mi vida con la misión de darle sentido al mundo que me había expulsado de su círculo de normalidad.

La visión de la diminuta cama preparada en el despacho hizo que lamentara las buenas noches que no di a ninguna de las monjas, tan presurosa estaba por reunirme con los dos hombres que debían ayudarme a asfaltar el sinuoso camino de niebla que no sé cómo pude recorrer aquella noche, a veces tan lejana en mi pensamiento como si solo hubiera sido un sueño (¿y por qué no una pesadilla?), pero a veces apenas a tiro de un ligero pestañeo para sentir que aún la estaba viviendo. Quizá por esa razón me dirigí a la cocina, donde creí escuchar los pasos de alguien, seguramente la hermana Lourdes, siempre tan hacendosa y entregada a un sinfín de quehaceres para los que no entendía de dónde sacaba el tiempo necesario, y mucho menos las fuerzas.

Primero me acerqué confiadamente, segura de que al otro lado de la puerta que se va a abrir se encuentra quien uno espera que se encuentre. Después, sin embargo, me detuve, alertada por el llanto que creí escuchar. ¿Lloraba la monja? Probablemente lo hacía, y yo entendía que lo hiciera. Y añadí una reflexión más: ¿cómo no hacerlo? ¿Quién, en su sano juicio y que además tuviera sangre corriéndole por las venas podría aguantarse las ganas de llorar, con el panorama que tenía siempre delante? Concluí, pues, que si lloraba la monja, era porque debía hacerlo, y además estaba bien que lo hiciera, para sacarse las telarañas del alma. Poca cosa eran las lágrimas, desde luego, pero quizá no dispusiera de más armas que esgrimir contra la tristeza.

## XVII

*LAS LUCES DEL COMEDOR ESTABAN APAGADAS*, y a través de las juntas de la puerta que daba a la cocina no llegaba ninguna clase de iluminación. El llanto era cada vez más incontrolable, y los sollozos, ya perfectamente audibles, no me animaban a entrar para consolarla. En realidad, apenas si conocía algo de aquella mujer siempre dispuesta para las tareas de limpiar y cocinar, además de velar por los que estuvieran cerca de ella y hasta de rezar por quienes creyera que necesitarían aquella clase de intercesión. Y no creía yo demasiado en la eficacia de los rezos, sabido es ya a estas alturas, pero sí en la buena intención de quien los ofrecía para abogar ante el destinatario de esas oraciones, las más de las veces expresadas en forma de jaculatorias apresuradas. Después se puso a gemir suavemente y deduje que se le habían agotado las lágrimas. Entendí aquel llanto, que me sonó a desesperación, y me extrañé por no haber presenciado con más frecuencia escenas parecidas protagonizadas por las monjas, habituales receptoras de dolores que las más de las veces no sabían cómo curar, y, si por ventura sabían cómo hacerlo, no tenían siempre en sus manos el remedio más adecuado.

Yo apenas lloraba desde que murieron mis padres, y ni siquiera lo hice enseguida, sino mucho después, cuando con el correr del tiempo di rienda suelta a las emociones que se me habían enraizado en la garganta, desbaratando las esperanzas de mis abuelos, que ya empezaban a vanagloriarse por causa de la fortaleza extrema que creyeron adivinar en mí; una fortaleza, decían, que me salvaría de los dolores de la vida y me haría inmune a los sufrimientos que sin falta me encontraría. Si una niña no se deshace en llanto cuando pierde los pilares que la sostienen, sin duda se debe a la sobrada capacidad que posee para soportar todo lo que le venga de frente, también si le pasa por encima. Fue después, pasadas varias semanas, cuando empezó a dolerme la ausencia de mi madre, que ya no me besaba cada noche, un gesto que recuerdo desde que tengo memoria y que mantuvo hasta la noche anterior a su muerte, entrando en mi habitación para arroparme; tampoco mi padre, que inmediatamente después arropaba lo que acababa de arropar mi madre, y pellizcaba mis mejillas suavemente mientras me susurraba: «Carita de luna llena», y ya no volvía del trabajo canturreando, subiendo los peldaños de la escalera de dos en dos, como era normal que hiciera cualquier hombre tan joven como mi padre entonces, aunque yo no supiera entonces lo joven que era él; tan solo era mi padre, y los padres nunca son jóvenes, salvo en las fotografías que ya de adultos vemos de ellos, cuando es inevitable exclamar al verlas: ¡Qué joven era! Pero de niños no lo apreciamos, solo nos sorprendemos después, cuando comprendemos que hemos pasado por ese tramo del camino sumidos en la ignorancia, mientras comparamos el original con el retrato del papel. En mi caso, al no existir ya ningún original, siempre serían jóvenes, y guapos. Un día escuché que alguien decía: «Los amados de los dioses mueren jóvenes», y no entendí cómo podía ser que aquello tuviera algún sentido. Más tarde sí comprendí la intención de la frase, aunque hubiera preferido que los dioses no los amaran tanto, y que los hubieran dejado en paz.

«¡Por fin está llorando!», escuché la voz de mi tía Delfina. Se lo dijo a mis abuelos, que la habían enviado a buscarme para la cena. Después, cuando ya estaba tan cansada que solo quería dormir, me llegaron los cuchicheos de los tres, que hablaban en voz baja, y creo que también sollozaban, pero eran sollozos secos, de los que se lanzan al aire cuando se han escurrido todas las lágrimas.

Así me parecieron también los sollozos procedentes de la cocina: secos, por eso dudé. No sabía si era mejor entrar y consolarla o dar media vuelta y dejarla con su pena. ¿Qué hubiera querido yo?, me pregunté, y me respondí que sin duda querría la compañía. La compañía siempre es mejor que la soledad, también si esa compañía resulta algo molesta porque impide la libre exteriorización de la pena. No importa. Siempre es preferible agarrarse a una mano ajena que limitarse a rodearte el cuerpo con las propias, haciendo como que te abrazas, aunque no te abrases porque es imposible abarcar el contorno de uno mismo. ¿Y la cabeza?, ¿qué se hace con la cabeza cuando enfrente no hay un cuerpo dándote la réplica? Nada. No se puede hacer nada con la cabeza cuando se está en soledad y no existe la posibilidad de apoyarla en un pecho amigo. Pero preferí esperar a que los gemidos bajaran aún más la intensidad. De hecho, casi se habían extinguido por completo cuando empujé la puerta para darme de bruces con la oscuridad casi absoluta que envolvía la estancia.

—¿Está bien? —pregunté en voz baja. Y como no hallé respuesta insistí—: ¿Está bien, hermana?

—¿Quién demonios eres tú? —respondió una voz masculina, que intuí cercana, pese a la lejanía de la que pareció surgir—. ¿Y qué haces a estas horas por aquí? ¿Qué quieres?

Me dio un vuelco el corazón, y en un solo instante junté un sinfín de secuencias que pasaron por mi mente a la velocidad de un rayo que enciende bajo su radio de influencia multitud de escenarios que solo podrían ser iluminados por el poder majestuoso de su estruendo.

—Yo soy... Soy...

—No hace falta que respondas, solo era una pregunta retórica. Ya sé quién eres: mi amiga, la mocosa.

—¿Y usted... quién es?

La mía fue una estúpida pregunta, sin duda, y tan retórica como lo había sido la suya.

—Si tú eres mi amiga, yo soy tu amigo, ¿no funcionan así las cosas? O tu enemigo. ¡Vete a saber qué soy yo en verdad para el resto de la humanidad!

Mi mano buscó el interruptor de la luz. Casi llegué a tocarlo, pero la voz que me había atemorizado siendo niña, y después me dio instrucciones para llevar la barca al otro lado de la ría en mitad de la niebla, me ordenó que me abstuviera de hacer aquello que estaba en mi pensamiento.

—¿Se encuentra mal?

—Sí, me encuentro mal ¡Estoy mal! ¡Estoy muy mal! Estoy tan mal que ni recuerdo tengo ya de lo que significa estar bien.

De pronto repiquetearon en el suelo unos pasos que avisaban de una aparición que se anunciaba inminente. Alguien más que yo había escuchado el llanto del hombre. Sería una monja; ellas parecían disponer de un radar capaz de percibir cualquier anomalía que se diera en cualquier rincón de la casa. O quizá se trataba de algún residente... Pero, no. Eran claramente los pasos de una monja, distintos, por alguna razón, a los de cualquier otro ser de los que habitualmente recorrían aquellos pasillos. Sí, en los de ellas había una viveza que ya habían perdido quienes se habían retirado del mundo y estaban allí recogidos, por el contrario mucho más lentos, casi tristes, si fuera preciso —o necesario— diferenciar de algún modo algo tan arbitrario y peculiar como el modo de pisar que tiene la gente.

—¿Qué haces aquí? —se dirigió a mí en primer lugar la madre Esperanza—. ¡Dios Santo! Y tú..., ¿qué haces tú aquí...? ¡Por Dios...! ¡Por Dios Bendito...! —dijo, llevándose las manos a la cara.

—Ella es mi amiga. No dirá nada, ¿verdad, maja? Por cierto: no sé tu nombre. Siempre fuiste

solo mi amiga, la niña lista que había osado invadir mi territorio particular. Eras aquella pequeña luz que tuvieron mis ojos.

—Maite —dije.

—Maite —repitió él—. Pero, ¿Maite o María Teresa? —Solo Maite —y añadí—: me lo puso mi padre.

—O sea, que te llamas «Amada». La *Amada* de su padre.

Seguíamos aún sumidos en la casi oscuridad, pero la luz que había encendido la monja en el recibidor al llegar al final de la escalera alcanzaba para que se vieran las siluetas y los gestos de quienes allí estábamos, incluido el perro, tan grande como yo lo recordaba, con su cabeza inmensa apoyada en las piernas de su amo, que permanecía sentado en la silla de la que no se había levantado.

La monja dijo entonces:

—Será mejor que regreses a tu escondite —se dirigió a la sombra del hombre.— Y tú —dirigiéndose a mí— también deberías volver al despacho. Es hora de descansar. Mañana hablaremos.

—Mañana —dijo él—. Aquí siempre es mañana. El hoy de este lugar está limitado siempre por el pasado. Siempre se deja pasar el presente con la esperanza de que se haga pasado cuanto antes. Mañana... Aquí siempre se espera el mañana.

—No son horas para explicaciones... Entiéndelo. Puede bajar alguien más, y entonces nada tendría sentido —trató de disculparse la madre Esperanza.

—Vámonos, Beltza. Volvamos a nuestro escondrijo. Ya sabes que no somos bien recibidos en este lugar. Somos dos seres apestados. Le estorbamos al mundo. Sigamos viviendo este sin vivir en que se han convertido nuestras vidas.

Se levantó entonces. Su cuerpo se irguió con una rapidez que encontré asombrosa, tratándose de un hombre de su edad. Su edad. ¡Cuántos años tendría! Hubiera dado cualquier cosa por atreverme a encender la luz, para poder ver su rostro, y los ojos del perro, que empezó a emitir unos gemidos lastimeros que me llevaron a suponer si no habría experimentado en carne propia el sufrimiento con el que parecía cargar el viejo.

—¿Te vas a quedar aquí esta noche? —me preguntó. —Se va a quedar —respondió por mí la monja.

—Me alegro. No es bueno que andes por ahí. Estás sola, y no es agradable estar sola. Deberías quedarte aquí siempre. Me gusta que estés aquí, y a Beltza también le gusta. Cada vez que ha sentido tu presencia cerca se ha puesto contento. Me resulta imposible describir cómo le brillan los ojos cuando sabe que andas por aquí. Figúrate que se queda debajo de la ventana del despacho, como si pretendiera guardar tu sueño. Ya te dije entonces... Entonces, ¡cómo suena eso de: entonces!... Ya te dije entonces que le gustabas.

—¿Puedo tocarlo?

Y como no recibí respuesta alguna me aproximé al perro, que se acercó a mis piernas para recibir las caricias prometidas en el lomo sedoso, y después en la cabeza, que me costaba abarcar con las dos manos.

—Gracias —le dije en voz baja—. Gracias por traerme hasta aquí aquella noche.

—Le dije que lo sabía, madre. Le dije que no tratara de engañarla con tretas absurdas. Ya le dije que era una niña lista. Ahora se hará un montón de preguntas, hilvanará situaciones y se volverá medio loca, tratando de encontrar alguna explicación, pero como tengo que volver a mi retiro... Lo siento, maja, pero así son las cosas.

—Madre: no deje que se vaya. Déjele quedarse un rato —supliqué—. Tiene que contarme muchas cosas...

—¿Y los otros? Nadie sabe nada. Hace años que está escondido y no quiero que se hagan preguntas que no sabría cómo responder —se justificó ella.

—¿Con la verdad? —sugerí—. Porque, con la verdad se va a cualquier sitio. ¿No es cierto que la verdad lleva a cualquier lugar?

Ninguno de los dos dijo nada. Escuché sus respiraciones por separado, como si además respiraran aires diferentes. Hasta mi propia respiración me pareció estar utilizando también un aire diferente, como independiente del suyo. Sería por la casi oscuridad, que lograba una atmósfera densa, cuajada de una bruma espesa que en modo alguno podría decirse que existiera, salvo en el interior más recóndito de aquella escena que al día siguiente recordaría como un sueño. Fue Beltza quien rompió aquella quietud exasperante volviendo a restregarse contra mis rodillas.

—Le gustas. A mí también me gustas —dijo el hombre.

—Es todo un halago —intervino la monja—. No creas que hay mucha gente que le guste... Que les guste.

—¿Por qué está aquí? —pregunté, temerosa de que se marchara y no volviera ya a verlo—. ¿Y por qué se esconde?

—Ya te dije que mañana hablaríamos —replicó la madre Esperanza.

—¿Es un secreto? —insistí.

—¿Un secreto? —preguntó él a su vez, pero enseguida se respondió—. Sí, podría considerarse así, aunque yo más bien diría que se trata de esconder un pecado. Sí, un pecado, si por pecado se entiende faltar a la voluntad de Dios. Ese Dios que se escabulle cuando más necesitas de Él. Que te abandona cuando intuye dificultades y regatea la compasión que en cambio pretende de sus criaturas.

—Un pecado, ¿de quién? —volví a la carga.

—De alguien que quiso saber más de lo que le es dado saber a cualquier ser humano. De alguien que no se conformó nunca con ser un pobre mortal cargado de dudas y sueños. De dudas acerca de lo que habría al otro lado...

—¿Al otro lado de dónde? —interrumpí al hombre.

—Al otro lado de cualquier sitio. El otro lado siempre es el otro lado. Puede ser el otro lado de un río, o el otro lado de una montaña, o el otro lado de una calle, o el otro lado de la vida... Siempre hay un lugar que está al otro lado.

—¿Y los sueños?

—Pues eso: solo sueños. Idealizaciones excesivas, deseos insatisfechos, aventuras por correr. Uno siempre pretende llegar a cualquier lugar que esté más lejos del lugar que esté ocupando. En realidad, se trata de las prisas que quien más y quien menos tiene por dar con atajos que conducen allí adonde pretendemos llegar empleando el menor tiempo posible.

La monja se retorció las manos con tal fuerza que oía cómo los huesecillos de los dedos le crujían de tanto en tanto, supuse que por causa del desasosiego que no era capaz de reprimir, estando como estaba tan impaciente por que Telmo Barandiarán volviera a su escondrijo. A duras penas podía ver hacia dónde miraban sus ojos, si es que miraban algo; o quizá no miraban nada y únicamente se limitaban a escrutar casi a ciegas las baldosas del suelo a la espera de que el hombre desapareciera de una vez de ese lugar de la casa que le estaba vedado, como parecían estarle vedados los demás lugares, excepción hecha del adosado contiguo a la cocina. La pobre



iluminación que lograba estirarse hasta allí, se alargaba desde la entrada, pero debiendo atravesar antes todo el corredor y después abarcar el comedor valiéndose de la puerta abierta, no daba para mucho una vez había alcanzado la cocina.

—¡Déjalo ya! —suplicó al fin—. Déjalo. No te tortures. Si pasó lo que pasó, ya no hay modo de enmendarlo. Solo un buen comportamiento como el que después tuviste puede ayudar a paliar cualquier desorden.

—¿Así de fácil? ¿Le parece que es así de fácil?

—¡Alguien viene! —se alarmó ella, y también él, que reuló con cautela hasta que Beltza llegó a su altura irguiendo su imponente cabeza, quién sabe si en señal de amenaza o solo tratando de ver más allá de las evidencias que tenía a su alcance, o preparándose para saltar en ayuda del dueño si así lo requería la situación que se avecinaba.

Salí con todo el sigilo de que fui capaz y aguanté la puerta batiente para detener su incansable ir y venir mientras se rebullía en los goznes que la sostenían. Por detrás de mí escuché cómo se cerraba la puerta de la cocina que daba al jardín, y ya solo debí preocuparme por tratar de cubrir en el menor tiempo posible la distancia que me separaba del despacho en el que pasaría la noche, seguramente sin poder dormir, o solo haciéndolo a ratos, cuando el cansancio me venciera y los ojos decidieran tomarse un descanso como hacen siempre que desean paz a pesar de los intentos de la mente por mantenerlos alerta. Cerré la puerta justo cuando las piernas que aparecieron por el tramo de escalera que tenía a la vista ya habían dejado vislumbrar el tronco que parecía pertenecerle al manco Cecilio. Detrás, sin embargo, me pareció que había alguien más, pero ya no lo vi. Preferí evitar preguntas embarazosas.

Cuando escuché los primeros quejidos en mitad de la noche, acompañados de unos arañazos bajo la ventana, agradecí la cercanía de aquellos dos seres que se habían comportado como ángeles guardianes empeñados en alejar de mí cualquier sensación de soledad. También agradecí el hecho de que alguien hubiera hecho desaparecer del alcance de mi vista todo aquello que conocía, incluso los paisajes que me resultaban más familiares, sin duda para hacer posible que surgieran otros, estos infinitamente más placenteros.

## XVIII

*DANIEL, EL POETA, DIJO QUE EL ROSTRO DE ÍÑIGO* parecía un cuaderno con las hojas en blanco que algún desaprensivo no tardaría mucho en emborronar. Defendía la teoría de que las buenas personas invitan a garabatear en las páginas de sus vidas, y que solo al cabo de mucho tiempo, cuando son conscientes de lo que hieren esos borrones, empiezan a cerrarse para protegerse, pero que ya es tarde, pues para entonces ya se han convertido en la diana de cualquier aflicción que ande flotando por ahí en busca de un alma de la que prenderse.

—¡Míralo! Es un alma cándida que todavía no sabe que lo es. Y mucho menos es consciente de lo que supone el hecho de serlo.

Estábamos desayunando en el comedor. La madre Esperanza me miraba con insistencia desde que había ocupado mi sitio en la mesa, entre Sarita y Encarni, las dos mujeres que tan complacidas se mostraron solo porque las acompañé a la habitación y les di un beso de buenas noches. Y no consideré que fuera un hecho excepcional, solo recordé a mi abuela y me limité a hacer lo que en idénticas circunstancias hubiera querido que le hicieran a ella, que me había dado tantos besos, y no podía estar segura de haber correspondido yo a todos ellos cuando tuve ocasión. Es lo malo de la conciencia: da pequeños toques que obligan a pensar siempre en actos pasados que quizá carecieron de una resolución satisfactoria cuando todavía era tiempo de que fueran reparados.

—Es muy guapo el niño ese, y tan blanquito de piel... Tengo que decirle que se proteja del sol cuando vaya a la playa, para que no le hagan daño las quemaduras. A mí me hacía mucho daño el sol, por eso me protegía siempre con una buena capa de pomada. Yo siempre me ponía pomada de la buena.

La Bella Charito pronunció esas palabras después de escuchar a Daniel Arana hablar de Íñigo en ese tono críptico que de vez en cuando adoptaba, tan seguro estaba de que su percepción de las cosas, y aun de las personas, le procuraba todas las licencias que se le antojaran.

—Van de paseo —me explicó la hermana Salvadora—. Esta mañana van de paseo. Íñigo los acompañará.

—¿Solo él? —pensé que quizá haría falta algún acompañante más.

—¿Quieres acompañarlos también tú? —me pilló por sorpresa la propuesta.

—Bueno —acepté, sin pensar siquiera que lo estaba haciendo, debiendo aplazar, por tanto, la conversación que tenía pendiente con Telmo Barandirán.

Pasé la mañana vigilando a las personas que acudieron al paseo como si cada una de ellas fuera un simple objeto del que debía cuidar, sin más finalidad que lograr que su retorno al lugar de origen se completara satisfactoriamente. En absoluto obré como debía, acompañándolos en verdad, y me limité simplemente a velar por su integridad física. «No eres muy habladora», me dijo Íñigo en algún momento. Yo me limité a darle la razón, pretendiendo esconder el deseo de volver pronto a la casa para continuar el relato que interrumpieron las pisadas en la escalera. Ardía en deseos de ver a Telmo Barandirán otra vez, y más a Beltza. Me inquietaba saber que el viejo del carrito seguía existiendo después de todo, y más aún que lo hiciera el perro, si hacía caso de la lógica respecto a los años de vida que normalmente vive un perro. ¿Cuántos años habían pasado desde que lo vi husmeando entre los matojos del descampado? Tengo mala memoria, pero pronto se cumplirían dieciocho de la muerte de mis padres. ¿Serían dieciocho años

muchos años para un perro, teniendo en cuenta que entonces ya se trataba de un ejemplar con aspecto de adulto? Y, para más abundar: ¿podía ser Beltza el perro que se quedó atrapado en el boquete de la pared del huerto el día del incendio, ocurrido algunos años antes? ¡Por supuesto que no! Es probable que Telmo Barandiarán tuviera otro perro por entonces.

—¿Has visto el color que está adquiriendo el cielo? —me alertó Íñigo.

En efecto, el cielo iba tornándose lechoso, mudando su natural tono azulado —si bien ese día el color del cielo estaba más cercano al familiar gris que habitualmente nos acompaña— por el blanquecino que antecedió a los periodos de niebla ya tan frecuentes. A punto estuvimos de no poder regresar a tiempo, y eso que no habíamos llegado más allá del paseo que bordea la ría, el que debí transitar yo misma a ciegas, conducida por la mano del hombre que no podía ser otro más que Telmo Barandiarán, cuando acabé frente a la puerta de la casa. Fue una suerte que no hubiera entre quienes salieron esa mañana nadie incapacitado para mantener un paso razonablemente ligero, de modo que llegaríamos con bien antes de la falta de visibilidad que en muy poco tiempo padeceríamos.

En la puerta de la casa, notablemente ansiosa, zapateando en el suelo con ambos pies, esperaba la madre Esperanza, «con el corazón en un puño», dijo, por si no llegábamos a tiempo. Y después se refirió a Marco y a la feliz ocurrencia que le hizo llevar comida a la casa unos días atrás. «Tú tendrás que quedarte a pasar la noche con nosotros», le dijo a Íñigo, que de pronto pareció muy preocupado por lo que a su vez se preocuparían sus padres si tardaba en volver a su casa o ni siquiera volvía.

—Ven, anda, date prisa, que con un poco de suerte aún llegas a tiempo de que el teléfono funcione —le dijo, recordando que en alguna ocasión hasta las líneas telefónicas se habían quedado mudas mientras duraba la blancura que desparramaba el cielo sobre cualquier cosa que hubiera bajo sus dominios.

Daniel Arana bajaba en ese momento las escaleras con cara de pocos amigos. Le seguía la Bella Charito, que parecía refunfuñar, aunque sin llegar al llanto. A decir verdad lloraba bien poco, rara vez iba más allá de aspavientos y balbuceos secos.

—¡Así no hay forma de trabajar! —iba quejándose el poeta.

—Me ha gritado —gimoteaba la Bella Charito, que le iba a la zaga, aunque seguía sin mostrar lágrima alguna en los ojos, situación que en ella era habitual—. ¡Me ha gritado y me ha llamado trasto inservible! ¡A mí! ¿Os lo podéis creer? ¡Trasto inservible! ¡Habrased visto!

De nuevo la casa era un extraño compendio de personas desprotegidas, que amparados por la niebla diríase que sentían doblemente esa ausencia de protección que los hacía tan vulnerables, como si un sino atávico de dudosa procedencia gobernara el lugar con un albedrío interesado en disfrazar la realidad a conveniencia de ciertas circunstancias que de otra manera no podrían darse.

—¿También él se queda? —reparó entonces el poeta en la presencia de Íñigo, que volvía del despacho sonriendo, sin duda porque había podido hablar con su familia.

Yo ya había olvidado lo que era avisar a alguien que se preocupa sinceramente si se da una circunstancia imprevista, de igual modo que había olvidado lo que era que alguien me avisara a mí, o solo se preocupara por mi ausencia. Él, en cambio, sí tenía una familia con la que comunicarse para alertar de algún retraso inesperado, y esa sí era una responsabilidad agradable de llevar: avisar cuando surgiera algún imprevisto que entorpeciera el normal desarrollo de las costumbres habitualmente observadas por los miembros de una familia. Todo lo que yo podía recordar era una frase que le encantaba pronunciar a mi tía Ana Mari, la mayor de los hermanos

de mi madre, la que está casada con un tipo de aspecto desagradable, en cuyo rostro enrojecido y amojamado destacan unos ojos saltones y unos labios reventones absolutamente repelentes: «Ya sabes dónde estamos, por si necesitas algo». La repetía con insistencia cuando todavía nos comunicábamos ocasionalmente, y yo le decía siempre que sí, que ya lo sabía, y entonces ella se ponía a mi entera disposición, si bien era conveniente que antes de ir en busca del auxilio que circunstancialmente precisara la avisara con antelación, para prevenirla. ¿Prevenirla? ¿Necesitaba estar prevenida? Y me interrogaba yo entonces sobre la absurda validez que podría tener acudir a un lugar al que había que notificar con antelación suficiente la visita que se pensara realizar. Es como si se diera por supuesto que las urgencias —si las había— acaecerían con una premeditación absolutamente exenta del arbitrio que suele darse en las necesidades más comunes que de normal nos asaltan, por lo general de orden doméstico y por tanto sin demasiadas posibilidades de que la necesidad en cuestión fuera más allá de un auxilio más bien inocente, casi de índole sentimental las más de las veces, del tipo cariñoso y cordial propio de las relaciones familiares. Más bien suponía que una casa familiar lo es en verdad si se parece a lo que fue la casa de mis abuelos, a donde se podía acudir en cualquier momento y situación, fuera la hora que fuera, independientemente del día de la semana. Si había que pedir cita no se trataba propiamente de una familia, donde las precauciones sobran. Es preciso añadir, además, que hablaba constantemente de mis padres y de la pena que le daba que ya no estuvieran; y no escatimaba ninguna alusión al respecto, y se empeñaba obstinadamente en recordar lo sola que me habían dejado, «pobrecita», repetía; y lo triste que era saber que la casa de los abuelos ya era historia, como si ella no hubiera sido responsable de su venta precipitada, bien que acuciada por las urgencias que le entraron a su marido, igual que le ocurrió a mi tía Delfina con el suyo, erigidos ambos en responsables del destino de una propiedad de la que se habían adueñado de un modo inadecuado, aunque legal, eso sí, pero habrá que convenir que la legalidad no siempre es del todo justa si hablamos en términos morales. Lo peor, sin embargo, es que con mis tíos varones ni siquiera tuve esa raquílica posibilidad de contacto, tan alejados habían estado siempre, casi apartados de la familia por sus mujeres, que en absoluto deseaban que les alcanzara sus influencias —una teoría defendida desde siempre por mi madre y confirmada por mis abuelos y por mi tía Delfina—, a no ser que se diera un hecho que sí requiriera contacto, que generalmente venía dado en forma de alguna boda o un funeral. Y si bien lo miraba, era lo mejor que había podido pasarme, para evitar recordar cuando los tuviera delante que se habían comportado como aves de rapiña a la hora del reparto de la herencia, de la que ellos sacaron mayor beneficio, valiéndose de artimañas que ni siquiera se me ocurrió desbaratar; en realidad me importó poco, salvo para recordarme posteriormente que ante semejante conducta no era menester que me afligiera por su desapego, aunque incidiera tanto en el mío. A modo de disculpa, urdida en mis adentros para tratar de justificar su proceder, entendí que para ellos debió actuar de bálsamo reparador el convencimiento de que yo ya tenía suficiente con lo que me reportaría la venta de la casa de mis padres, a lo que se unió la indemnización que me abonó el seguro por su muerte, y que se hizo efectivo cuando cumplí la mayoría de edad. Seguramente tenían razón, y la seguridad económica no era lo que más necesitaba entonces y sí, en cambio, su compañía, y más aún su protección, y de ambas carecí. En cuanto al dinero, de buena gana hubiera compartido con ellos lo que recibí del seguro; ni siquiera sabía qué se podía hacer con la cantidad que acabé recibiendo, de modo que no hubiera podido tener mejor utilidad que contribuir a mantener la estructura de familiar que, sin embargo, perdí. Así fue como acabé odiando ese tono paternalista sin implicaciones emocionales del que hacían gala, expresado para escucharse hablar y sentir que en

todo momento dijeron lo que ellos creyeron que era más conveniente decir. Nada que ver con las miradas cálidas que son capaces de expresar por sí solas el amor incondicional que se ofrece sin reservas y se manifiesta sin palabras. No basta con escuchar un ofrecimiento para aceptarlo sin condiciones; por el contrario, es necesario sentir que lo que se ha dicho ha salido del lugar en el que se cuecen las emociones. O deberé decir que necesito sentirlo yo; no puedo hacerme responsable de lo que deseen o necesiten hacer los demás.

—¿Te pasa algo? —me sacó Carmelo de mis pensamientos.

—Nada que no pueda resolverse —respondí, y lo hice convencida de que, efectivamente, no había nada que no pudiera resolverse, aunque en su momento hubiera dolido tanto o aún siguiera doliendo aquello que estuviera pendiente de resolución.

—Es joven, ¿es que no lo ves? Ella es joven, y todavía está a salvo. ¡Juventud, divino tesoro! Quién pudiera entrar y salir de los sueños que experimentan los jóvenes, siempre a tiempo de rectificar casi cualquier cosa que les ocurra —exclamó entonces Santi, y cerró brevemente los ojos en actitud soñadora.

Santi era un hombre de una edad incierta, bien conservado y, sin embargo, con la mirada apagada y distante de quien ha mirado mucho. Apenas había cruzado un par de saludos con él, pero sí lo había escuchado hablar, y siempre se refería a la juventud en términos elogiosos, a la que adjudicaba la categoría de bien irremplazable que no admitía paliativos de ningún tipo. Decía que la decrepitud que experimentan los cuerpos es un justo castigo al engreimiento mostrado cuando en los años de mayor esplendor se desdeña la lozanía, suponiendo que siempre va a estar ahí, al servicio de quien la quiera gozar. Sin duda, su juventud tenía además el encanto de ser el tiempo compartido con su amor, Ramón, a pesar de ser aquel un tiempo que juzgaba una aberración el amor expresado hacia alguien del mismo sexo, además de ser considerado una enfermedad, un vicio o una tara, cuando no todo a un tiempo. Pero ellos hicieron de su compromiso un hecho elocuente al que nadie puso objeciones, y gozaron de una relación respetada en el barrio que habitaban, tanto como cualquier otra de las que tradicionalmente estaban compuestas por seres de sexos opuestos, si no más, habida cuenta de que en la suya sí hubo amor, y no solo conveniencia, como podía ocurrir en las que no se podían disolver por imposibilidad legal, que debían perdurar incluso por encima de los deseos que tuvieran los miembros de la pareja de continuar con ella, cuando no también por encima de la razón, que acaso no recomendara su perdurabilidad por las discrepancias que mantuvieran (si fuera el caso). Era cuando los matrimonios podían finiquitarse únicamente si la muerte zanjaba la relación, tanto si los cónyuges deseaban seguir adelante con ella como si no. Por contra, en las relaciones homosexuales solo podía darse el amor, al carecer de otras conveniencias que ligaran a dos seres unidos por el deseo de estar juntos. Y eso era lo que había pasado entre Santi y su Ramón, al que siempre se refería para elogiar su conducta, incluso en el modo de vestir, pues aludía continuamente a su elegancia a la hora de elegir los jerséis que tan acertadamente combinaba con los pantalones, y estos con los polos o camisas. Trabajaban de camareros en el restaurante de un gran hotel del centro de Bilbao, y solo la prematura muerte de Ramón derrotó a Santi, que incluso regaló el perro que tenían, un pequeño terrier que había sustituido a otro, del mismo modo que aquel lo había hecho con uno anterior; siempre como una pequeña familia, la única familia que se les consintió formar. Así, cuando Santi se enteró de la existencia de la casa por un cocinero que también trabajaba en el restaurante del hotel, a quien informó un mendigo que acudía regularmente a recoger sobras con las que alimentarse, no dudó en vender sus pertenencias para retirarse del mundo que ya no tenía ningún sentido para él.

—¡Juventud! ¿Adónde te has ido? —exclamó de nuevo, volviendo también a cerrar los ojos, esta vez durante más tiempo.

—¿Te vas a poner a llorar también tú? —intervino el poeta, tan crítico con cualquier demostración afectiva, pese a su tendencia al recuerdo, de ordinario tan escuetamente expresado, solo en ocasiones que entendía propicias, y casi nunca habiendo más de dos testigos que pudieran certificar aquella debilidad suya.

—Yo tengo buenos recuerdos. Y mis buenos recuerdos, los mejores de todos, pertenecen a mi etapa de juventud —se defendió Santi—. Entonces aún tenía fuerzas para liarme la manta a la cabeza y tirar por la calle de en medio. También para aguantar las hostias que me dieron por culpa de esta inclinación mía, considerada por tanta gente una desviación que solo podía enderezarse a guantazos. Hasta mi padre... en realidad, sobre todo mi padre. Bueno, pero también estaba mi madre, para compensar. La pobre, que no sabía ni cómo tenía que defender de la hostilidad del mundo a un hijo que le había salido invertido.

—Ahora nos saldrás con las penurias que pasaste, ¿verdad? Y nos contarás tus desventuras por culpa de quienes no aceptaban tu condición.

—No —respondió escuetamente Santi.

—¿No? —se extrañó el poeta.

—No —se reafirmó—. Es para no darte el gusto de mofarte de mi sensibilidad.

—Yo no me mofo, hombre. Solo me haces gracia. Todo el día suspiras por un tiempo que ya se fue.

—Pues yo lo siento aquí. —Se puso Santi la mano en el corazón—. Y mientras siga aquí, también seguirá aquí. —Subió entonces la mano hasta la frente.

El poeta hizo un gesto de extrañeza con la boca. Después esbozó una leve sonrisa y excusó su presencia entre nosotros para retirarse a escribir.

—Es que yo tengo cosas más importantes que hacer —dijo—. No puedo echarme a morir evocando mi juventud, ni siquiera si me acuerdo de que esa época coincidió con el esplendor de mi obra.

Íñigo había asistido a la escena entre perplejo y curioso, posando sus ojos ora en uno, ora en otro, alternativamente, pero sin abrir la boca. Nadie solía pronunciarse cuando Daniel Arana expresaba una opinión —tampoco si era absurda, incongruente o simplemente estúpida—, o se entretenía en zaherir a quien en ese instante decidiera hacer el blanco de sus burlas. Por momentos parecía conservar el poeta la autoridad que confiere el hecho de saberse superior —o solo sentirse como tal, y eso ya es suficiente para quien experimenta esa sensación— al resto de los mortales. Yo envidiaba esa capacidad suya para creerse superior, sin que importe el hecho objetivo de serlo o no; se trata de la capacidad que poseen ciertas personas para persuadir al prójimo de percibir prioritariamente eso que está suponiendo uno de sí mismo, solo aguardando a que los demás lo certifiquen con su acatamiento.

De esas teorías y de otras que fueron surgiendo de manera completamente caprichosa hablé con Íñigo cuando el comedor se quedó vacío y el silencio se adueñó de la parte baja de la casa. En contra de lo que había supuesto cuando le conocí, era fácil hablar con aquel chico que tenía la rara virtud de ofrecerse sin alardes, haciendo innecesario el engorro de pedirle aquello que él ya estaba presto a ofrecer, sin dejar traslucir que lo estaba haciendo, ni mucho menos pretender obtener algún beneficio por ello. Al llegar a lo arbitrarios que son los sentimientos, a los recovecos endemoniados que se esconden en el cerebro si se baja la guardia y se permite que lo aborden a voluntad todas las ideas que lo deseen, también si son dañinas o contradictorias, se nos

unió Andrés Madariaga, que utilizó como excusa para inmiscuirse en nuestra charla el insomnio que padecía, aunque antes se disculpó por si interrumpía alguna conversación privada. Solo al sentirme contemplada fijamente, casi escrutada por aquellos ojos que de normal miraban con distancia, aunque él estuviera muy cerca, entendí que el insomnio que padecía no era un insomnio sin sentido, que es lo que suele pasar con los insomnios que en verdad lo son, sino el fruto de una preocupación concreta. Pero no quería contarle todavía lo que había averiguado. Decidí que debería esperar un poco más, al menos hasta que yo escuchara la voz de Telmo Barandiarán y al mismo tiempo pudiera ver bajo alguna clase de luz la expresión que hubiera en su cara; no podía hablar de alguien todavía sin ojos: un rostro difuso y una voz imponente en mis recuerdos infantiles, y una probable presencia de intención dudosa en el presente, además de ser inexplicable, al menos mientras no obtuviera una aclaración convincente.

Cuando ya había pasado un buen rato, las cejas de Andrés Madariaga se arquearon expresivamente sobre sus ojos. Creí adivinar el motivo, relacionado, sin duda, con aquello que él esperaba que yo dijera, pero me limité a decir en voz alta que al día siguiente debía madrugar, por lo que hice ademán de levantarme para ausentarme. Sin embargo, las cejas de Lenin siguieron suspendidas sobre sus ojos, aguardando quién sabe qué explicación que yo aún no podía ofrecerle. Traté de hacerle llegar una mirada tranquilizadora, aunque no sé si conseguí mi objetivo, y me dispuse a dar por finalizada la agradable velada que había pasado en su compañía, pero fue él quien se adelantó a mis intenciones, alegando que entendía que la presencia de un viejo entre jóvenes era un estorbo, y que era justo que aprovechara la ocasión de hablar con alguien de mi edad, alguien de este mundo de ahora y no del mundo pasado que solo vivía en las memorias de los viejos caducos que habían gastado ya casi todo su periplo vital. «Disfrutad todo lo que podáis. No dejéis de aprovechar nada de lo que esté por venir», dijo, y se retiró cabizbajo. Creo que las miradas que le dediqué, destinadas a tranquilizar su curiosidad, no lograron convencerle de que tuviera un poco de paciencia, tampoco echando mano de la verdad que volví a repetir: que estaba a punto de marcharme porque debía madrugar para hacer algo que no podía esperar más de lo que ya había esperado. De buena gana lo hubiera hecho en ese mismo momento, si no fuera porque conocía el interés que mi salida de la casa despertaría en cualquiera que pudiera verme, cuando no la reprobación de la madre Esperanza, ya retirada en la planta superior, pero seguro que atenta a cualquier movimiento que pudiera descubrir el secreto que ella no quería desvelar por nada del mundo. Y yo no podía entender por qué.

## XIX

*EL PEQUEÑO EDIFICIO PAREDAÑO* a la cocina de la casa recibía la iluminación de un tragaluz practicado en el techo, sin duda para certificar en el posible observador que tuviera alguna curiosidad al respecto, la idea del almacén para cachivaches por el que querían hacer pasar las monjas el refugio de Telmo Baradiarán. Era comprensible, pues, que sus paredes carecieran de ventanas que dieran a la calle, y a fe que no eran necesarias, a juzgar por la luz que se desparramaba en el interior, gracias a la claraboya ya mencionada, incluso antes de que el sol hubiera alcanzado su cenit. La niebla del día anterior había despejado en esta ocasión más rápidamente que en otras anteriores, y no era cuestión de preguntarse por qué, como tampoco lo era ya preguntarse por qué no, cuando no ocurría así. Simplemente aprendimos a vivir con sus idas y venidas, aunque nos volviera locos.

Una pared de ladrillos desnudos, sin revocar con yeso o cualquier otro material de construcción, de la que pendían varios utensilios de jardinería enganchados a clavos de diferentes grosores, era la primera visión que se tenía del lugar cuando se traspasaba la puerta de acceso, que al ceder a la presión de mi mano emitió un crujido suficientemente audible como para alertar a quien estuviera en el interior acerca de la presencia de alguien que entraba.

Dije en voz alta: «¿Hay alguien?», antes de dejar atrás la pared de ladrillos y adentrarme en la dependencia que se escondía detrás, oculta por otra pared que unida a la anterior formaba un cuatro invertido, o un siete, según la perspectiva que se eligiera.

Percibí, bajo aquella luz aún débil, que algo rebullía bajo un amasijo de ropas que no parecían cumplir la misión de ocultar, sino de proteger. «Hola, Beltza», dije con una emoción que me hizo temblar de pies a cabeza, y me agaché para recibir al perro, que vino hacia mí gruñendo suavemente y moviendo la cola. Mientras yo acariciaba su cabeza él me miraba directamente a los ojos como quien mira a un viejo conocido al que se ha echado de menos.

—Has tardado en venir. Te esperaba ayer... Más bien te esperábamos —dijo Telmo Barandirán al tiempo que se zafaba de aquel revoltijo, y miró al perro, que se había tendido en el suelo.

Me fue imposible dominar el estremecimiento que me produjo escuchar aquella voz potente y bien modulada que parecía salir del sueño de mi memoria.

—No pude. Había que ayudar. Ya sabe que...

—¿Ayudar? Tú no tienes que ayudar —me interrumpió—. Para ayudar ya están esos chicos que vienen de vez en cuando a echar una mano a las monjitas.

Sentí que el tono de su voz se había exasperado. Pero también pude haber interpretado sus palabras como un recordatorio que acertadamente podría haberme hecho acerca de mi propia situación. Así, muy bien hubiera podido decir: «Tú no tienes que ayudar; tú estás para que te ayuden a ti», y no hubiera podido desmentirle.

—Me siento en deuda con ellas —respondí—. También con Andrés Madariaga, con la Bella Charito, con Daniel Arana, con el manco Cecilio, con el pianista Carmelo...

—¡Tonterías! —atajó—. Ellos están bien atendidos, y no necesitan ni la mitad de cuidado del que reciben. No son más que una pandilla de seres cobardes que perdieron los arrestos para seguir adelante con su vida. La mayoría de ellos, al menos.

—Pero de usted nació, precisamente, la idea de hacer la casa de esta forma. Tenía que ser así,



para que fuera un refugio... Es lo que me dio a entender la madre Esperanza.

—Sí, sí, ya sé que la idea nació de mí. Y no me arrepiento completamente, pero hay que ser justos, y soy justo al decir que quienes viven en ella tienen más de lo que necesitan. En realidad son un grupo de consentidos que se han encontrado con más de lo que en verdad merecen.

Me causaron extrañeza aquellas palabras. No era lógico que se manifestara así. Y me extrañó más aún saber que no estaba especialmente satisfecho con lo que había resultado de su primitiva idea. O es que solo se había desilusionado al saber lo poco que puede hacerse por la gente que lo ha perdido todo, si no es que estaba directamente defraudado por el aprovechamiento que acabó teniendo un espacio que quizá en su cabeza fue proyectado de otro modo.

—No te calles nada —sentí sus palabras como si hubiera leído mi pensamiento, mientras me miraba con aquellos ojos tan inquisitivos, como si estuviera someténdome a una prueba que seguramente ya sabía que no pasaría.

Me fijé en sus pestañas, tan extrañamente tupidas en cualquier caso, y aún más por pertenecerle a alguien de su edad, que tamizaban el color acerado de las pupilas, excesivamente abiertas, y en los labios finos que destacaban entre la barba blanca, y dibujaban una sonrisa discordante con la mirada, propia de un halcón presto a lanzarse sobre la presa que le serviría de alimento cuando él así lo decidiera.

—No temas hacerme participe de las ideas que te rondan por ahí. —Señaló la parte superior de mi cabeza, casi la tocó con el índice de la mano blanquecina y llena de arrugas que extendió—. Pareces lista, como cuando eras pequeña, así que no estoy en condiciones de despreciar tus ideas.

—Solo he creído verle cierta desilusión. Como si no estuviera satisfecho de algo que, sin embargo, se hizo como se hizo porque así lo quiso usted...

—¡Usted! ¡Usted! ¿Quieres hacerme más viejo de lo que ya soy? Llámame Telmo. Telmo es mi nombre.

Me imponía su presencia, con esa estatura que aun sentado como estaba, albergaba una corpulencia que no recordaba tan recia, y el rostro con arrugas en la frente y alrededor de los ojos pero extrañamente firme en el mentón, que le hacía parecer una efigie cuarteada por el paso del tiempo, que había mantenido, pese a todo, las líneas maestras de su estructura.

—Estoy esperando.

—Lo de la desilusión. Que me parece que se ha llevado una desilusión —dije.

—¡Desilusión! ¿Desilusión? ¿Es todo lo que ves en mí? —Sí...

—Y algo más, espero. Porque supongo que verás algo más que simple desilusión —insistió.

Reparé entonces en la viveza de su mirada, impropia de la edad que tendría, que ignoraba cuál sería, de igual modo que ignoraba la del perro. Tampoco la apostura le correspondía, a mi juicio, a alguien de sus años. A no ser, me dije, que cuando le veía tirar del carrito repleto de papeles viejos y periódicos atrasados, no fuera tan mayor como había supuesto entonces que sería. Es frecuente que los niños perciban que la edad de los mayores con los que coinciden está distorsionada, de modo que es fácil que al crecer veamos un viejo donde ya habíamos visto un viejo mientras fuimos niños, aunque en aquel momento solo fuera un adulto que no había llegado aún a ser viejo. Estaba, además, la gorra que cubría prácticamente su rostro de entonces, así como el tabardo informe y deslucido que vestía.

—No lo entiendes, ¿verdad?

De nuevo me sentí examinada desde aquellas pupilas, tan grises como el agua del mar cuando se pone a llover y de las olas parecen desprenderse astillas metálicas que amenazan con agujerear el casco de los barcos que se atreven a surcarlas.

—Si estás aquí es porque yo quiero que estés aquí. También él quiere que estés aquí —miró entonces a Beltza, que agachó la cabeza en señal de asentimiento (¿Asentimiento? ¿Podía asentir el perro con esa claridad?)—. Nada es casual. La vida no es más que un compendio de situaciones debidamente autorizadas por alguien más poderoso que las consiente.

—Ya, el albedrío —dije casi por decir algo, esperando estar a la altura de las circunstancias.

—Has hecho los deberes, ¿eh? —pareció razonablemente satisfecho—. Pero no, no se trata únicamente del albedrío, que también, sino de la voluntad de quien tiene el verdadero poder para hacer que el mundo camine.

—¿Dios? —de nuevo esperé acertar.

—Eso está bien, pequeña. Está muy bien. Dios decide algunas veces, y otras consiente que decidan otros. Dios está en la voluntad de los hombres, pero también está en la voluntad de quienes gozan de un poder propio, que contraponen al suyo para posibilitar que exista la equidad. Sin su presencia, unida a la presencia de sus enemigos, no habría progresión. Nos quedaríamos estancados, aguardando el paso del tiempo entre expectantes y aburridos, complacidos en la propia contemplación.

Como no acabé de entender bien su exposición, que me pareció un galimatías, no dije nada, así que prosiguió:

—Es como definir la bondad sin tener en cuenta que también existe la maldad. No se puede calibrar algo que no tiene medida; no hay enfrentamiento si no hay oponente.

—¿Está hablando de la lucha entre el Bien y el Mal? —Más o menos.

Lo dijo con una satisfacción patente, propia de quien ha escuchado lo que había proyectado escuchar, y yo me sentí pagada de mí misma por haber contribuido a su propia satisfacción. No estaba habituada a las alabanzas que no tuvieran que ver con la hechura de los vestidos que confeccionaba. A nadie parecía importarle lo que circulaba por mi cabeza cuando no andaba enfrascada en respuntes y dobladillos. A nadie que estuviera vivo, quiero decir.

—Es una pena lo que pasó con tus padres —dijo entonces, y me observó con especial detenimiento, quizá tratando de medir la reacción que me produciría la mención de ese hecho, quién sabe si por haber aprovechado mis propios pensamientos, en los que, según una percepción que me rondaba, podía entrar a voluntad—. Sí, una pena. Ya ves que aquí cobra especial sentido lo que te decía: la voluntad de Dios enfrentada a la voluntad de su oponente.

—Pero Dios es bueno. Porque... es bueno —sugerí.

—Él aboga por la felicidad absoluta de las personas, en efecto, pero no, no es eso exactamente lo que deseaba decirte. En realidad, Dios quiere que los hombres vivan libres de pesares con los que satisfacer cualquier clase de culpa, aunque consienta cierto albedrío a la hora de tomar decisiones, pero algunas veces cierra los ojos y permite que su oponente obre por su cuenta. Entonces no le importa quién se erija en vencedor, ni si los vencidos quedan desamparados.

—Entonces, de poco vale el comportamiento de los hombres. Tanto da que se porten bien como mal. En todos los casos sufrirán. No hay nada que hacer, ¿no? Es como si tuviéramos escrito un destino y no importaran las obras, ni la pureza de los corazones.

—¿Y si fuera así? ¿Te sentirías defraudada?

Se incorporó y se atusó los abundantes cabellos grises con las palmas de las manos.

—¡Claro! Porque el premio y el castigo serían administrados al azar, sin evaluar que alguien merezca una cosa o la contraria. —Vamos por buen camino —dijo, y se alejó brevemente, dándome la espalda.

Al llegar al otro extremo de la habitación separó un pequeño sillón que había bajo un escritorio repleto de papeles y cuadernos y me indicó que lo ocupara. «Aquí hay otro, no te preocupes», dijo, respondiendo la pregunta que ya me había hecho en mi interior acerca de dónde se sentaría él si yo ocupaba el asiento que me ofrecía. Arrojó al suelo sin miramiento alguno un montón de ropa que había apilada contra la pared y quedó al descubierto un sillón, en efecto, idéntico al otro. «Presiento que el día será largo... o corto, según se mire. Pareces espabilada». Seguí callada, observando sus movimientos, tan ágiles como podían serlo los de cualquier hombre joven. El perro acudió a un gesto que le hizo y se tumbó a sus pies. «Buen, perro, sí señor. Eres bueno». A continuación se despojó de la prenda con que se abrigaba —un batín, o una vieja chaqueta larga que podía ser tanto de pana como de lana, muy ajada, en cualquier caso, de un color grisáceo— y quedó al descubierto el cuerpo sorprendentemente robusto que en ningún momento le supuse, ni siquiera cuando cerca de dieciocho años atrás lo había tenido cerca, primero por las calles del barrio de mi infancia, y después mientras me enseñó el interior de las casuchas que había construido para resguardar de la intemperie los libros que almacenaba.

—Algo te ronda la cabeza —dijo al fin—. Sé que algo te ronda por ahí. No temas, puedes preguntarme lo que quieras. —Es por su edad —le hice caso—. Parece muy joven.

—¿Muy joven? Gracias, maja, muchas gracias. Son las apariencias. Y seguramente la buena vida. Porque he llevado una buena vida, a pesar de todo. He hecho lo que he querido. Dicen que es bueno hacer lo que uno quiere, vivir en libertad, cultivar la mente en la medida de lo posible...

Se interrumpió súbitamente, se reclinó en el sillón y soltó una carcajada que asustó también a Beltza, que irguió la cabeza y miró a su amo como si en verdad el animal pudiera pensar como piensan los humanos y su pensamiento hubiera coincidido con el mío en el cierto grado de locura que creí advertir en el hombre.

—No te convenzo, ¿eh? Lo siento. Lo siento mucho. Por un momento he creído que hablaba con alguien convencional. Ya sabes a lo que me refiero, al tipo de gente que se cree todo lo que le dicen. Tú dudas de todo, ¿estoy en lo cierto? Es bueno dudar de todo. Hay que hacer que le expliquen a uno las cosas, para no comulgar con ruedas de molino, ¿verdad? Y tú eres de esa clase, por lo que veo. Bueno, pues acomódate y no me interrumpas por nada del mundo. Hay cosas que solo pueden contarse de corrido, sin juicios de valor que hagan variar el tono de la confesión. Aunque, ¿por dónde me sugieres que comience? O quizá debería saber antes qué es lo que sabes tú, en realidad. No sé hasta dónde llegan tus conocimientos sobre mí...

—Me intriga la presencia del perro en El Arenal aquel día, cuando la ciudad se cubrió de niebla por primera vez. No había nadie por la calle y, sin embargo, apareció allí... Porque era él, ¿verdad?

—¿Eso? ¿Es eso lo que más te intriga? —sonrió con cierta suficiencia—. Bueno, todo llegará en su debido momento, y sobre todo tendrás respuesta. Pero, ¿no hay algo más concreto que quieras saber?

—Lo del incendio. Y saber por qué dejó de ser cura.

—Ahora sí. Empezando por ahí conseguiremos un orden más lógico. Los principios están para algo, y siguiendo un orden razonable se evitan muchas lagunas que después son imposibles de llenar o acaban llenándose, sí, pero de mala manera.

Se arrellanó en el sillón, aspiró una gran bocanada de aire y empezó por confirmar lo que ya nos contó la madre Esperanza a Daniel Arana y a mí, sobre el incendio que se produjo en la iglesia de la que era párroco.

Hacía por entonces muy poco tiempo que lo habían trasladado desde el pueblo de Álava

donde había estado destinado y apenas empezaba a conocer a las personas que frecuentaban la nueva parroquia, fundamentalmente mujeres de cierta edad. Era, por lo visto, de los curas que miran a los ojos de la gente y escuchan sus problemas, sin juicios excesivos y sin dureza; evitaba catequizar a la menor ocasión, que es lo que suelen hacer los sacerdotes convencionales. Nada que ver con los que se empeñan en hacer sentir el peso de los pecados de la humanidad sobre la espalda de aquellos que confiesan alguna debilidad que pueda ser considerada pecado si se juzga según los preceptos de la doctrina católica.

El crujido de la puerta de entrada sonó nítidamente, pero él no se inmutó, ni Beltza, que siguió mirando a su dueño, ajeno a cualquier distracción que le desviara de su objetivo.

—Es el desayuno —dijo él con absoluta tranquilidad. Era el desayuno, en efecto, que de puro milagro se salvó de caer de la bandeja en que lo portaba la hermana Lourdes.

—¡Virgen Santísima...! ¿Se puede saber...?

—¡No, no se puede saber! —atajó Telmo Barandiarán—. No se puede saber porque no hay nada que saber.

—Pero...

—¡Nada, hermana! No pasa nada. Bueno, sí pasa: que deberá hacer otro viaje a la cocina para traer más comida, ¿no ve que tengo compañía?

La monja no dijo nada más. Depositó la bandeja con el desayuno sobre una pequeña mesa circular, para lo cual debió despejarla del cúmulo de papeles que la atiborran, y a continuación procedió a extraer algo del bolsillo delantero de su delantal, cuyo contenido se dispuso a vaciar en un cuenco metálico de tamaño regular, momento en el que Beltza se incorporó, miró a la mujer, meneó la cola y esperó con la cabeza levantada su ración de comida, sin prestarle la menor atención más adelante, cuando abandonó el lugar a toda prisa, casi trotando.

—Ahora vendrá la madre Esperanza. Ya verás como apenas transcurren unos minutos antes de que aparezca hecha un basilisco. Si tuviera reloj lo cronometraría —dijo cuando la hermana Lourdes abandonó su particular residencia.

—¿No tiene reloj?

—No lo necesito. La luz solar me basta. Levanto la vista y según sea la inclinación de los haces de luz al colarse por la claraboya me hago una idea. No necesito más.

—¿Y cuando hay niebla, o cuando llueve o simplemente está nublado?

—Entonces no hace falta saber nada, ni ver nada. Entonces solo hay que aguardar a que pase. Aquí dentro no tengo problemas, y menos aún en la calle. Cuando llueve o está nublado la claridad inexistente me evita pensar en cosas que sean ajenas a mí mismo, y cuando hay niebla es casi una bendición poder pasear tranquilamente sin necesidad de esconderme de nadie, ni de esperar a que se haga de noche para regresar a la casa, si es que me he ido a dar una vuelta por ahí.

—¿Puede ver a través de la niebla?

—No exactamente.

—¿Entonces...?

—¿Te refieres a la capacidad que tengo para desenvolverme entre ella?

—Sí —confirmé, tratando de que fuera él quien definiera el término «desenvolverme».

—No se trata de algo físico, ni siquiera sobrenatural, que sería lo más lógico, teniendo en cuenta las circunstancias. Más bien se trata de una intuición que me guía y hace que esté en el lugar adecuado en el momento oportuno. Yo sé que debo ir por un lugar o por otro, pero no porque vea físicamente con los ojos. Es... es como si me hubiera crecido un radar. Aunque el artista de

verdad es Beltza, que en cualquier circunstancia se orienta como si el sol brillara a pleno rendimiento. Se ve que me ha pegado esa capacidad suya.

El perro levantó la cabeza y meneó la cola. Después de recibir la sonrisa de su amo siguió degustando la comida que le había servido la monja.

—Ahí está —dijo Telmo Barandiarán—. Te lo dije: que sería llegar a la casa, irle con el chisme a la *jefay* en un santiamén la teníamos aquí.

Me extrañó que pronunciara esas palabras antes de que sonara el crujido de la puerta al abrirse. Apenas fue un suspiro, pero en verdad se adelantó a la llegada de la monja.

—¿Qué está pasando aquí? —la expresión de la madre Esperanza era un breve compendio de miedos que en absoluto excluía cierta dosis de preocupación.

—Ya lo ve, madre: que tengo compañía. Una visita que ha querido charlar un rato con este pobre viejo para hacerle sentir que no está completamente fuera de la circulación.

—Pero no debía estar aquí. Todavía no. No está preparada. ¿Y si alguien la ha visto entrar?

—Pues ese alguien pensará que ha venido a hacer inventario de los aperos de jardinería al lugar donde se guardan ¿No es eso lo que ustedes dicen que es este chamizo? Pues entonces no tiene por qué preocuparse. Siempre puede decir que ha cambiado los hilos y los dedales por las tijeras de podar. Así son las cosas, ¿no? La gente cambia de vida y de profesión y se refugia en este lugar, ¿no quedamos en que es un refugio al que pueden acudir todos los que lo necesiten?

La monja nos observó en silencio, esperando alguna explicación más, o quizá una disculpa expresada por mí, por ser yo la intrusa, la que no había cumplido las reglas, aunque no hubiera reglas establecidas o yo desconociera que las había, en cuyo caso quedaría exonerada y libre de culpa, si por culpa se podía entender hacer caso de la curiosidad que prendió en mí en el mismo momento de atravesar la puerta de la casa (mucho antes, en realidad, pero no era necesario llegar hasta el momento de mi absoluta invalidez acaecida en El Arenal, ni siquiera a la peripecia de atravesar la ría), cuando se empeñó en hacerme creer que no había ocurrido lo que sí había ocurrido; y eso que llegué a dudar de mí misma y de las sensaciones que había experimentado, incluso de la certeza de saber que había tocado al perro, y que el perro me había tocado a mí, y hasta que me había empujado para guiarme; y después, de haber escuchado la voz del hombre indicándome desde la otra orilla lo que debía hacer para atravesar la ría; hasta que al llegar al otro lado el contactode su mano fue tan real como el frío que pasé. Todo hurtado, pretendiendo que desapareciera, a pesar de saber yo que era cierto, aunque no pudiera certificarlo entonces, ni ella reconocerlo; y no entendí por qué no pudo reconocerlo, y reconocer de igual modo que el hombre existía, y que tenía una cara y unas manos, y también un corazón que latía dentro de su cuerpo. No había culpa alguna en mí, ahora ya lo sabía, y en consecuencia no debía haber disculpas para justificar el cargo inexistente.

—¿Y el desayuno de la cría? Le dije a la cocinera que le trajera algo. Bien mirado, usted podría habérselo traído.

—Ella misma viene ya hacia aquí. Yo solo he querido adelantarme para saber por qué...

—¿Por qué? ¿Se pregunta por qué? ¿No le parece que ya está bien, madre? Al menos por mi parte ya está bien.

—Pero la gente... Si llegara a saberse...

—¡Pero madre! Ya sé que hay cosas que no pueden saberse, y sé también que no se pueden ir contando según qué historias. Todo eso ya lo sé, y lo asumo como parte de la condena que debo pagar.

Siguió hablando de la necesidad que sentía de abrirse a alguien, a pesar de todo, y no salía del

*a pesar de todo*, ni de la condena que debía pagar, como si hubiera cometido un gran delito. No; un gran delito, no; más bien daba la impresión de tratarse de un pecado; un pecado que parecía ser espantoso, tanto como para haberle costado todo lo que era. No, tampoco podía ser tan gordo el pecado, pues si lo hubiera sido estaríamos bordeando lo que podría llegar a considerarse, entonces sí, un delito, y no se mencionó en ningún momento la palabra delito, ni por su parte ni por parte de la madre Esperanza cuando esta le interpellaba para darle la réplica, que fue bajando de intensidad a medida que transcurría la conversación que mantenían, de la que yo parecía excluida. —Tómame el café con leche, anda —me sugirió la madre Esperanza—. No dejes que se enfríe.

Y me senté a tomar el tazón de café con leche que acababa de traerme la hermana Lourdes en una bandeja, acompañado de pan tostado y un bollo untado con mantequilla que ella misma hacía. Enfrente se sentó Telmo Barandiarán, que no levantó los ojos de su desayuno hasta haberlo acabado.

—No se puede discutir con el estómago vacío. Come, anda —me dijo—, y no te preocupes por lo que has escuchado, ni por el tono en el que ha sido dicho. Es una vieja disputa que mantenemos de antiguo. Una disparidad de criterios, ¿se dice así? Sí, creo que ahora se dice así. Ven —le dijo al perro, y el perro obedeció, como siempre hacía, comió el trozo de bollo que le ofreció y después de relamerse volvió a tumbarse, esta vez junto a una estantería que contenía varios ejemplares de libros lujosamente encuadernados.

—Si mi opinión ya no cuenta, prefiero no estorbar —dijo la monja.

—Cuenta, claro que cuenta. Otra cosa es que sea acertada —respondió el hombre, que cada vez me parecía más alto, más corpulento y más joven.

A pesar de todo, la monja se marchó, y Telmo Barandiarán tomó la palabra:

—Tú no te acordarás. Igual ni habías nacido cuando ocurrió. Por cierto, ¿cuántos años tienes ya? No hace falta que me respondas, en realidad es irrelevante. Cuando ocurrió lo que ocurrió yo no sabía nada de nada. Había estudiado como un burro, y leído todo lo que había podido, muy poco en el mejor de los casos, en comparación con todo lo que siempre queda por leer. Cualquiera que lea sabe que por mucho que se pretenda abarcar nunca se conseguirá leer todo lo que se desea. Hay tantos textos escritos, tantas ideas esperando que alguien las tome en cuenta, y es tan poco tiempo disponible... ¿Tú lees?

—Un poco, muy poco, por falta de tiempo, y porque no llego a la noche con la vista en muy buenas condiciones —respondí.

—Es lo que trataba de explicarte: que siempre andamos con la soga detrás del caldero. A lo que iba, la tormenta, aquella extraordinaria tormenta, ocurrida en el año... ¿en qué año sería? A ver, déjame pensar... Sí, debió ser allá por 1973 o 1974, lo sé porque entonces hacía muy poco que había llegado a la nueva parroquia que me asignaron cuando me trasladaron a Portugalete desde aquel pueblecito de Álava, muy cerca de Orduña, en el que descubrí el verdadero placer por los libros, y desde el que traje conmigo el embrión que fraguó todo lo que sucedió después. Tan pequeño aquel lugar, casi una aldea con unos cuantos caseríos desperdigados por el monte, y había tan poco que hacer entre semana que me pasaba el tiempo libre leyendo y estudiando. Una vida idílica ¿verdad?, rodeado de verde, protegido el valle por las montañas, en el invierno con la nieve que a veces nos dejaba incomunicados varios días... Un paraíso, si bien se mira, de ahí la inquietud que me entró por saber, por conocer, devanándome la sesera porque no sabía todo lo que deseaba, creyéndome con el deber de ir más allá, y no es excusa para lo que ocurrió que quisiera alcanzar la sabiduría absoluta para mejor ayudar a quienes lo necesitaran, porque de bien poco le valía a aquella gente todo lo que yo pudiera saber, si a ellos les bastaba con el consuelo de

tenerme cerca, bien a mano, para lo que se terciara en cuestiones de fe. A veces me pregunto si la culpa de todo en verdad la tuvo el maldito afán por alcanzar una perfección que no todo el mundo es capaz de digerir y menos aún de encauzar. ¿Te aburro?

Claro que no me aburría. Si acaso me intrigaba más todavía saber cómo había sido el tránsito entre aquella vida, sencilla y apacible a pesar de todo, incluso si él encontraba desmesurado el hecho de desear saber más de lo que sabía, tanto si lo necesitaba como si no, y la que yo le conocí, primero siendo un mendicante de periódicos atrasados, papeles inservibles y libros viejos, y después en el presente que lo dibujaba como el paria de un mundo del que estaba excluido porque parecía sobrar.

—Un *baserritarrame* regaló un día un perro, formaba parte de la última camada que había parido la perra que le ayudaba a cuidar las escasas ovejas que poseía. Era de un negro tan profundo que me pregunté si no le habría caído encima un nubarrón en el momento de nacer. «Es el más espabilado», me dijo el casero con cierto orgullo, y yo le dije que no tenía que haberme regalado el más espabilado, sino el más torpe, total, para el papel que debía hacerme a mí hubiera bastado cualquiera que dispusiera de ojos para mirarme y un buen lomo para recibir mis caricias; que el más espabilado lo necesitaría él, le dije, para que al crecer ayudara a la madre a cuidar las ovejas. «Pues claro que no», me respondió, él así quería que fuera, y que enseguida había sabido que precisamente el que me ofrecía debía ser para mí, lo había hablado con su mujer y con sus hijos. «Gracias», le dije, y desde ese día me sentí más acompañado en la pequeña vivienda que habitaba al lado mismo de la iglesia, ya vieja; eran viejas las dos: la casa y la iglesia, esta mucho más, si bien poseía unas imágenes de extraordinario valor. Hasta me hice a la idea de que a poco que creciera el animal bien podría servir para hacer labores de vigilancia. El lugar estaba algo apartado, no en exceso, pero sí lo suficiente como para que cualquier conocedor del valor que poseían las imágenes de la iglesia hubiera intentado apropiarse de ellas y hacer negocio. No será la primera vez que algún desaprensivo se sirve de lo alejados que están de la civilización ciertos tesoros para hacerse con ellos a fin de venderlos después al mejor postor, que, en el mejor de los casos, los sacará del país de forma ilegal o se limitará a guardarlos en alguna propiedad a la que solo ellos y sus más allegados tendrán acceso... Pero te hablaba del perro, que tenía los ojos tan grandes, y tan negros, y miraba como si realmente entendiera lo que le decía, fuera lo que fuera, incluso si le hacía comentarios alusivos a la lectura que en ese momento me tuviera ocupado. Hasta me acompañaba cuando estaba en la iglesia, ya fuera limpiando, ya rezando. Se quedaba mirando sobre todo hacia una pequeña virgen que sostenía a un Niño Jesús diminuto en su regazo, y lo hacía de manera obsesiva. Yo le decía: vamos Beltza, no la mires así o acabarás asustándola, o asustarás al Niño, que es muy chiquito, y él movía la cola y se apartaba momentáneamente, hasta que yo me distraía, y él aprovechaba la ocasión para pararse ante la pequeña talla de madera otra vez.

Estuve tentada de preguntarle si aquel Beltza del que me hablaba era el mismo que reposaba arrebujado entre sus pies mientras me contaba la historia, pero me pareció imprudente interrumpirle. Además, sería imposible que lo fuera.

—El día que la iglesia se llenó de aldeanos para despedir a la señora Elisa, una anciana que había fallecido dos noches atrás, el perro quiso entrar conmigo, como era su costumbre cuando estábamos solos, a pesar de saber que cuando se oficiaba alguna celebración no podía hacerlo, y habitualmente me obedecía, aunque no ese día, que se empeñó en entrar a toda costa y debí reprenderle seriamente para evitarlo. Él acabó aceptando a regañadientes mis indicaciones y se quedó en la puerta, aguantando el frío, en lugar de irse a casa, como hacía cuando de normal se lo

ordenaba. Incluso ladró a intervalos muy cortos, haciendo que los asistentes al funeral se giraran frecuentemente, tan extrañados como yo mismo por el comportamiento del perro. Esa misma noche tuvimos visita en casa: la hija mayor de la señora Elisa, llamada también Elisa, que quería saber qué debía hacer con las extrañas posesiones que su madre guardaba en un baúl, al que nunca dejó acercarse a nadie. «Hay botellitas con ungüentos que apestan, y cuadernos llenos de escritos cuyas letras no hay quien entienda. Había pensado enterrarlos en algún lugar bien apartado del monte, pero solo el contacto con los frascos me produce escalofríos». Pues entierra el baúl entero, le sugerí, no hace falta que lo vacíes. «Es un mueble muy bonito», me dijo, y que lo quería conservar. ¿Y no sabes de qué compuestos se trata, para que los olores sean tan apestosos como dices que son?, le pregunté, pero ya se había puesto a llorar. «Creo que la madre era una *sorgiñe*», balbuceó a duras penas. ¡Valiente majadería!, y perdóname que sea tan explícito, ¡una bruja! Ni que las brujas acostumbraran a guardar en un baúl de su casa los utensilios que gastan para sus prácticas de brujería, como si se tratara de artilugios convencionales. «Pues ya me dirá usted». Pues vamos a tu casa, pero no ahora mismo; a estas horas ya no podríamos hacer nada de provecho. «¿Y tengo que pasar la noche bajo el mismo techo que esos cachivaches?». Están tus hermanos, traté de proporcionarle algún consuelo. Por lo que sabía, todos vivían con sus esposas e hijos en el caserío familiar, que era enorme; ella era la única que permanecía soltera. «No saben nada de mis sospechas, y nada quiero aclararles». Pero estar, lo que se dice estar, si están allí, ¿no?, quise asegurarme, por si existía algún motivo que los hubiera obligado a abandonar la propiedad, en cuyo caso me parecía normal que hubiera en ella cierta aprensión. «Sí, están...», respondió. ¿Entonces...?, insistí yo. «Ellos no quieren que tire nada, no creen que haya nada que deba tirar, y mucho menos el baúl, y es porque no saben que el contenido es el que es». Ya, solo tú crees que lo que hay en él es pernicioso. Asintió y se puso a llorar, hasta que Beltza se le acercó y la calmó con sus zalamerías. «El perro sabe que digo la verdad», soltó, así, a bocajarro, como si fuera la cosa más natural del mundo fiarse de la impresión que tendrá un perro, o que creamos que tendrá, suponiendo que en verdad la tenga. «Él sabe que estoy en lo cierto ¿Por qué cree que ladró durante el funeral como ladró? Yo creo que sabía que ella no debía estar en un lugar sagrado». Recordé entonces que no había visto nunca a la señora Elisa por la iglesia, y no era tan mayor como para no poder asistir a los oficios religiosos valiéndose de su capacidad. En realidad, había gente mucho más mayor, con más dificultades de movilidad, que acudían a la celebración de la misa de los domingos, aunque hiciera frío o calor o le diera por nevar. ¿No era católica?, le pregunté. «Lo era, siempre lo fue, o eso nos hizo creer, al menos hasta que murió el padre. Desde entonces andaba siempre por el monte, decía que para rezar bajo el cielo, que es el mejor receptor de oraciones, mucho más que una iglesia, donde solo hay imágenes que no escuchan ni consuelan, y que no valen para nada. Hasta le molestaba que sus hijos siguiéramos acudiendo a la iglesia, y que si no entendíamos que uno mismo se basta para ponerse en paz con quien haga falta. Figúrese que se alegró de la muerte del cura que había antes de que viniera usted, y se disgustó mucho al saber que el que habían enviado, o sea, usted, era más joven, porque dijo que así duraría más, y que qué falta hacía tener un cura, total, para lo que hacen, que es nada, marear las más de las veces, mejor andar cada uno a la suya, apañándose las uno mismo, consolándose cada cual a su manera». No es malo, le dije, no es malo que uno quiera bastarse a sí mismo. «Es malo, muy malo, cuando se empiezan a escribir cosas raras en unos cuadernos viejos que dijo haber encontrado por casualidad en el desván de la casa; cosas que no entendía nadie, ella decía que por culpa de su letra, que era muy mala, pero no es verdad, porque bien que escribía cosas perfectamente legibles cuando antes de morir mi padre se encargaba de aclarar las cuentas de las cosechas, o cuando



anotaba todo lo referido a las ventas de los productos que cultivamos cuando íbamos al mercado. Siempre ha tenido mala letra, es cierto, pero no tanto como para que no se le entendiera nada. Figúrese que mi sobrino Aitor, el mayor de mi hermano Alfredo, dice que lo que escribía la *amama* era otra lengua, lo sabía por el maestro de la escuela, que le dijo que eso no estaba escrito en cristiano cuando un día le llevó uno de los cuadernos para salir de dudas. Lo hizo porque de tanto escucharnos a nosotros hablar del lenguaje del demonio que se gastaba, el crío quiso hacernos una gracia y traducir los escritos». Llegados a ese punto ya no supe qué responderle, así que la acompañé al caserío y me puse a examinar los cuadernos de la mujer, escritos, efectivamente, en una lengua que yo desconocía. «Cosas de la sinsorga esta», dijo uno de sus hermanos, no los conocía todavía por el nombre. «Debe estar la mar de impresionada con la muerte de la madre», explicó una de sus cuñadas, y a continuación otra me informó acerca de lo unidas que estaban, sobre todo desde la muerte del padre, y como era la única mujer y además estaba soltera...

—¿Y los frascos? ¿También vio los frascos? —le pregunté para avanzar en el relato.

—También. Los saqué uno a uno del baúl y los puse sobre la mesilla de noche que había junto a la cama de la difunta. —¿Y...?

—Aparte del olor desagradable que salía de algunos de ellos, no encontré nada anormal. Mucha gente hace bebedizos a base de plantas que encuentra en el monte, normalmente inofensivos, aunque no huelan bien.

—¿Y por qué la hija tenía miedo de tocar aquellas cosas?

—Creí que por aprensión. A veces las cosas de los muertos producen cierto reparo. Uno no se acostumbra a entender que aquello que se toca le perteneció a alguien que ya no está y nunca volverá a estar en este mundo, al menos en apariencia física.

—¿Y de qué otra forma podría estar, o usted cree que se puede estar de otro modo? — aproveché la ocasión para preguntarle a un cura acerca de una cuestión que siempre me había mortificado: la vida eterna entendida solo de forma espiritual, sin envoltorio físico alguno que respalde esa presencia que nadie ha certificado, si exceptuamos a quienes aseguran ver fantasmas y escuchar voces, unas veces de seres queridos y otras de seres absolutamente desconocidos hasta el momento de producirse la tal aparición.

—De muchas. Hay muchas formas de volver —respondió con una seguridad que me heló la sangre.

—O sea, ¿que se vuelve?

—Puede ocurrir, sí. Pero, entiéndeme, no se trata de una norma invariable. En realidad, no siempre, y no todo el mundo lo hace. Pero sí, se acostumbra a volver, o quizá no se trata de un regreso propiamente dicho, sino de un estancia digamos... digamos que demasiado prolongada en el tiempo y en el espacio que le perteneció al muerto —dijo, y mi sangre siguió helándoseme en las venas, aunque no hubiera entendido del todo qué había querido decir.

—¿Y cómo suceden esos regresos?

—¡Oh! Hay diversas maneras.

—¿Y por qué no han vuelto mis padres? Yo los necesitaba, pero no volvieron. ¿Eh, por qué ellos no volvieron?

—¿Estás segura de que no lo hicieron?

—Más segura no puedo estar. Si lo hubieran hecho, yo lo sabría.

—Las personas que regresan en forma de luz para velar por alguien no siempre se hacen evidentes. Algunas veces se limitan a observar de lejos, otras intervienen indirectamente, si

pueden hacerlo, cosa que no ocurre siempre. No se trata de que cuando vuelvan lo hagan en el envoltorio que tenían cuando se fueron, ni siquiera en otro que sea tangible o siquiera visible a nuestros ojos.

—No le entiendo. Porque, si vuelven, ¿por qué no lo hacen de forma evidente, para que sean fácilmente reconocibles? ¿No es una incongruencia que lo hagan, si no podemos verles? —traté de hacer que se explayara, para que alumbrara mi curiosidad.

—¿Quién te dice a ti que no hubo alguien velando por ti, por ejemplo, cuando te perdiste entre la niebla, sin ir más lejos? —preguntó a su vez. —Yo sé que sí hubo alguien: Beltza. Y Beltza es un perro, un perro listo, usted lo dice siempre, pero solo un perro.

—¿Y estás segura de que Beltza no fue enviado por alguien que quizá había escuchado tus súplicas y por tanto sabía de tus necesidades?

Me debatí entre un sentimiento que albergaba agradecimiento y otro en el que solo cabía el miedo, y no sabía cuál era más fuerte de los dos, cuál pesaba más en mi ánimo.

—No quiero decir que alguien deliberadamente le diera una orden, ni que le susurrara al oído que fuera en tu busca —aclaró, supongo que para serenar mi ánimo, evidentemente transfigurado.

—¿Cómo, entonces?

—Hay fuerzas que viajan de un pensamiento a otro pensamiento, deteniéndose allí donde son más necesarias. Hay una clase de fuerzas... —se interrumpió de pronto, seguramente por causa de la mueca de espanto que vio en mi semblante.

Entonces empecé a sentir miedo. No había nada tangible que lo produjera, ni siquiera las alusiones a fantasmas, aparecidos y otros entes que él defendía con la seguridad de quien ha visto más de lo que reconoce. Se trataba, más bien, de un sentimiento que me alertaba acerca del poder que se encierra en las mentes humanas. Era, además, una sospecha que me hacía suponer que mis pensamientos eran espiados por una clase de fuerza que tenía el poder de meterse dentro de mi cabeza y pasearse por ella a voluntad, sin tener en cuenta cuál era mi propia voluntad.

—¿Te doy miedo?

Recibí la pregunta como quien recibe una confirmación sobre algo que no hubiera querido confirmar de ningún modo. —Un poco —respondí. No había necesidad de mentir, ni disimular. Él *sabía*, yo creía que él *sabía*.

—El miedo es libre, lo sé —reconoció—, pero algunas veces es tonto sentirlo innecesariamente.

¿Le parecía en mi caso innecesario ese sentimiento de miedo? ¿De verdad le parecía innecesario que me inquietara por saber lo que estaba sabiendo, sentir lo que estaba sintiendo, sospechar lo que estaba sospechando? Pero ya no hizo más alusiones a mis temores, ni siquiera para tratar de sosegar me al respecto. Se limitó a seguir con el relato que había dejado interrumpido cuando estaba en el caserío de la señora Elisa:

—A pesar del lenguaje en que estaban escritos los cuadernos, no encontré nada aparentemente extraño en el contenido del baúl, así que le recomendé a la hija que para mayor tranquilidad se deshiciera de aquellas pertenencias, cuya presencia en la casa no harían sino alterar su espíritu, independientemente de cuál fuera la naturaleza de que estuvieran hechas. «Hay algo que no me deja», dijo. ¿Algo?, le pregunté. «Algo, sí, pero no puedo decir qué es, ni de dónde viene. Es algo, solo algo que me impide deshacerme de esos bebedizos». Es muy arriesgado llamar bebedizo a algo que quizá no sean más que una serie de remedios hechos a base de plantas que encontraría durante sus paseos por el monte, expliqué. «Pues, sea como sea, yo tengo miedo». Si quieres me los llevo a mi casa, le dije, pues si no quería enterrar el baúl, ni vaciarlo, ni tampoco preservar su contenido, y además debía conservarse el mueble, no vi qué otra cosa podía hacer, sugerencia que

fue recibida por la mujer con grandes muestras de alegría. Al contrario que Beltza, que se echó para atrás y arrugó el hocico, un gesto que hacía cuando le regañaba por alguna travesura y además le propinaba como castigo un pequeño correctivo en el morro. No hay problema, Beltza, le dije, y para demostrárselo introduje la mano en el baúl. El calor, aquel calor insoportable que me subió por todo el cuerpo y se me quedó prendido en la cabeza...

—¿Se encuentra bien? —le pregunté, pues me pareció que había cambiado de color, casi se había transfigurado.

—Sí, sí, muy bien. Es por el recuerdo. Ese recuerdo que me persigue allí adonde vaya y no me permite relegarlo al olvido.

No indagué sobre el recuerdo al que se refería. Di por supuesto que iba a enterarme enseguida, de modo que no consideré oportuno interrumpir más su relato, y mucho menos mortificarle con mi insistencia a propósito de algo que era evidente que tenía la facultad de transfigurar así su semblante.

—En realidad —siguió— no había ninguna razón para sentir aquel calor extraordinario. Antes, cuando extraje los frascos de potingues para saber de qué se trataba, no había notado nada especial. Después, sin embargo, hasta una fuerza imantada creí notar al acercar mi mano al fondo. La hija de la señora Elisa también lo notó, pues enseguida puso cara de «ya se lo dije». A pesar de todo seguí con mi plan y me llevé el baúl cargado en una carretilla que me facilitó uno de sus hermanos. Habíamos quedado en que, una vez hubiera vaciado el contenido en mi casa, le devolvería el mueble, ciertamente hermoso, por cierto; estaba primorosamente tallado en todas sus caras y era capaz de entender que deseara conservarlo. Si hubiera tenido el ánimo más fuerte, o hubiera sido un poco intuitivo, o solo desconfiado, hubiera hecho lo primero que le sugerí a la hija de la difunta que debía hacer: enterrarlo todo en el monte, pero yo no era nada de eso, nunca lo había sido, así que seguí adelante, invadido por un extraño sopor, me dije que por culpa del calor extremo que me había abrasado hasta las entrañas. Me engañaba, y yo mismo sabía que me engañaba. Quizá para entonces ya sabía que lo que allí había tenía la facultad de cambiar mi vida, tan anodina, tan previsible, tan oscura a pesar de la luz que buscaba con tanto tesón en las lecturas a las que me entregaba. Y no es que antes hubiera tenido intención de que hubiera sido de otro modo, en absoluto. Nunca pedí para mí, y no deseé, creo que ni inconscientemente, una existencia salpicada de emociones, ni la presencia de una luz que fuera extraordinariamente refulgente, sino más bien al contrario: deseaba la normalidad de las situaciones fácilmente controlables, ayudadas, eso sí, por la claridad que da cierto grado de sabiduría.

—Si quiere lo dejamos —le dije al notar que le costaba seguir. —Ya no hay marcha atrás. Hace tiempo que quería confesarme con alguien.

—¿Usted? ¿Un cura... confesándose...?

—No es óbice ser un cura para necesitar confesar. En cualquier caso, te equivocas al creer que sigo siendo un hombre de Dios. Ya no lo soy. Dejé de serlo hace mucho tiempo. No sé si estoy expulsado de la iglesia, ni siquiera apartado, y mucho menos si alguien recuerda que algún día existí como tal, pero yo sé lo que sé, aunque no puedo hacérselo saber a nadie más. En verdad —empezó a decir, mientras sonreía con cierta ironía, y los ojos como de mirar hacia ninguna parte se le achicaron en las cuencas— es el modo ideal de vivir: saber, también si por el hecho de saber se introduce uno por los caminos de sombras que conducen a cierta locura que difícilmente encuentra comprensión.

Beltza se incorporó y le lamió la mano que colgaba entre sus piernas, como si estuviera desmayada. Telmo Barandiarán sonrió, respondió a la zalamería del perro y siguió:

—Confundido entre aquellos cuadernos escritos con garabatos incomprensibles, había un libro pequeño de rugosas tapas de color marrón que al principio me pareció un cuaderno más, hasta que al tomarlo entre mis manos volví a notar el extraño calor que ya había sentido cuando solo las había introducido en el arca, de tal forma que se produjo en mí un fenómeno de exudación absolutamente impropio del frío que hacía. El perro reculó al principio como espantado, pero al abrirlo yo para husmear en las páginas de aquel pequeño ejemplar, sus ojos se llenaron de una extraña luz, fenómeno que atribuí al reflejo de las llamas de la chimenea que alcanzaban de lleno su cabeza. «Se ve que estás mejor», le dije, y él se fue directamente a olisquear entre los potingues que aún no había sacado del baúl, me pareció que buscando algo, pero ya sereno, en absoluto espantado como lo había estado momentos antes, o como lo estuvo en el caserío de la mujer muerta. Lo que pasó los días siguientes no sé cómo explicarlo, salvo de un modo sobrenatural que parecería el relato de un loco que está contando una pesadilla. Una pesadilla, sí, sería la forma de calificar el rápido entendimiento que adquirí los días siguientes, mientras descifraba parte del contenido del libro y parte de los escritos de la señora Elisa. En muy poco tiempo pasé de buscar un poco de luz a vivir entre esa luz tan ansiada, que me cegaba y me hacía desear más y más, sin sentir temor alguno ni preguntarme siquiera por qué de pronto había ocurrido lo que había ocurrido, ni de dónde venía la capacidad de entendimiento que se me había despertado. Después pasó lo del incendio que calcinó la iglesia, la casa y casi a nosotros dentro mientras tratábamos de salvar todas las imágenes que podíamos, y digo nosotros porque Beltza también colaboró arrastrando hasta el exterior los objetos que le fui poniendo al alcance de la boca y que yo suponía que podía cargar sin dificultad entre los dientes. Dijeron que había sido un rayo seco, que alcanzó de lleno la torre del campanario, pero ahora tengo dudas, aunque entonces lo creí y di por bueno el razonamiento. Digo que ahora tengo dudas porque también pasó lo mismo en la otra iglesia a la que fui destinado después, aquí, en Portugalete. Tú no te acordarás, seguramente no habrías nacido siquiera, pero un buen día se desató una tormenta que lo puso todo patas arriba, la tormenta de la que te hablé antes, la que ocurrió allá por 1973 o 1974, más o menos, lo sé porque hacía poco más de un año que había sido trasladado, y para entonces acababa de rebasar los cuarenta años... Primero fue un viento fortísimo que amenazaba con llevárselo todo por delante; de inmediato hacían su aparición los estruendos potentísimos de unos truenos ensordecedores y a continuación unos relámpagos amarillos que cegaban los ojos tanto como si hubiera salido el sol, salpicando el cielo oscuro de una luz tan blanquecina que por momentos se hacía transparente. Y a continuación el cielo se cubrió por completo con aquellas nubes negrísimas que amenazaban con descargar lo que se preveía como un diluvio que volvería a ser universal... No lo recordarás, aunque algo te habrán contado al respecto, fue muy comentado aquel incidente, que por lo que a mí respecta, era un calco del mismo episodio que ya había vivido otra vez en la aldea alavesa, repetido después en Portugalete, también con el fuego final como consecuencia. Todo vivido de nuevo, como si alguien pretendiera castigar mi esperanza. ¿Sabes que la esperanza se castiga? Lo supe entonces. Sí, la esperanza se castiga, y la fe, y hasta el deseo. Es como si una rendija que resultara vital para nuestro sistema de protección quedara al descubierto cuando el deseo se hace muy intenso. Se ve que en los seres humanos caben únicamente sentimientos cercanos a la duda y al sufrimiento, emociones a ras de tierra que solo pueden elevarnos con perseverancia, pero no en exceso. Quizá no es bueno saber demasiado ni esperar de la vida más de lo necesario, no vaya a ser que dejemos desprotegido el flanco del deseo por el que se colará algún virus que nos infectará con una locura indescriptible que nadie entenderá y, lo que es peor, a nadie le parecerá siquiera que se trata de una locura, sino acaso de

alguna desviación que no pasará de ser considerada una rareza.

Podría haberle dicho que no entendía nada, salvo la referencia a la tormenta de la que, en efecto, sí había oído hablar muchas veces; no me acordaba de ella, si bien podía haberlo hecho, aunque vagamente, me figuro que más por lo que me dijeron que ocurrió. Y podía haber añadido que la parte final del relato se me escapaba por estar carente de una lógica razonable. Sin embargo no lo hice. Dudé respecto a las aclaraciones que podría hacerme en caso de solicitárselas. Quizá se había hecho una historia para sí mismo que solo él podía entender. A veces pasa: se repite una y otra vez un sueño enrevesado que no es posible contar, tampoco si se tienen las imágenes bien claras en la mente, tan lejos de las palabras que no se pueden hallar para traducirlas hasta materializarlas y darles una forma consistente que dibuje fehacientemente aquello que se quiere explicar. Quizá, sin embargo, solo estuviera contándome los hechos acaecidos, sin desvelar completamente las razones que los propiciaron, suavizados intencionadamente, para no espantarme en exceso.

—La diferencia entre el primer episodio y el segundo —continuó— fue que entonces entendí que se trataba de un castigo a cambio de los conocimientos adquiridos. Ya ves, tan inteligente, tan lleno de luz, tan sabio, y precisamente castigado por ello. Ya sabía para entonces, sí, *ya sabía*, pero el precio era dejar de ser lo que había sido hasta ese momento. Por eso me marché, me aparté de todo. No había nada que mereciera la pena, salvo la sabiduría que me hacía entender por fin al mundo y a las personas que lo habitan, tan pobres de espíritu, tan vacías de emociones, atentas únicamente a sus intereses. Y Beltza, claro, que me salvó la vida en las dos ocasiones y mantuvo la lucidez de mi espíritu en el punto justo que me permitió sobrevivir, aunque entonces no estuviera seguro de querer hacerlo. Bien sabe Dios que no quería, después de saber todo lo que supe, de ver lo que se esconde en el corazón de los hombres.

—¿Se refiere a *este* Beltza?

—Me refiero a Beltza, ni este ni aquel. Beltza solo ha habido uno: el que tienes ante ti. Un solo ser erigido en guardián de quien tanto necesitaba ser guardado, guiado y protegido de sus propios miedos. Si la locura había anidado en mí, al menos un consuelo venía a compensar las pérdidas sufridas por causa del saber. Y el consuelo era el cuidado del perro, que también llegó a saber tanto como yo, pero que acaso no pecó por arrogancia y por eso no fue castigado con la pérdida de sus posesiones, pues nada tenía que no le hubiera sido dado salvo en forma de préstamo.

Creí ver en la mirada del perro una afirmación imposible, y me entró un frío intenso seguido de un calor insoportable. Al instante una luz cegadora me borró todo lo que había al alcance de mis ojos.

## XX

*EL AGUA TEÑIDA DE GRIS* estaba muy cerca, creí que al alcance de mi mano, que extendí confiada y segura de llegar a tocar el vaso de grueso vidrio que le daba al agua aquella tonalidad acerada, pero solo fue una ilusión, y el vaso de cristal rodó por el suelo sin romperse. Me incorporé ayudándome de un codo que apoyé sobre el colchón para calibrar el desastre, nada irreparable, salvo una mancha que fue extendiéndose sobre la alfombra hasta acrecentar el color desvaído de fresa reseca que sin duda recuperaría cuando se secara. Frente a la cama había una puerta abierta a medias. Escuché ruidos a veces lejanos y a veces cercanos, bisbiseos, retazos de conversaciones inconexas, voces que primero subían el tono y después lo bajaban, y olí aromas que llegaban nítidos hasta mis sentidos, sin duda adormecidos por el sueño. La hilera de camas, todas iguales, todas atusadas siguiendo un patrón idéntico, me devolvió al día que pisé una de aquellas habitaciones por primera vez, cuando la madre Esperanza me guió hasta una de ellas para mostrarme el baño que debería utilizar si deseaba volver a la vida que se me extravió mientras andaba un camino sin retorno a través de la niebla.

Las ventanas, ligeramente entornadas, permitían que se colara una suave brisa que llevaba consigo toda la sal que es normal que se le adhiera en ese punto tan cercano al mar, justo en la desembocadura de la ría. De ordinario no me gusta el sol, pero sí el que en ese momento se abría paso por las rendijas de las persianas medio bajadas. ¿Y si volvía la niebla?, pensé entonces, y de inmediato me respondí que si ocurría ya no habría ningún rayo de sol que pudiera colarse por las rendijas de las persianas, tampoco si estas estaban medio bajadas, o medio abiertas, tanto daría en ese caso. ¿Y por qué me preocupaba por la niebla, si ya no me perdería en ella, y si me perdía volverían a encontrarme?, resolví, extrañamente segura de mí misma.

Las pisadas de un número indeterminado de pies que luchaban por desplazarse en silencio sobre el entarimado desembocaron frente a la puerta entornada de la habitación, que no se movió, pero supe que al otro lado había alguien. Dije en voz alta que podían pasar. La puerta se abrió entonces del todo, con mucha suavidad. «Mírale los ojos». «Fíjate si su respiración es acompañada». «Comprueba que conserva alguna movilidad en las manos». Parecían consejos facilitados de unos a otros, cada cual exponiendo sus particulares creencias a su manera. «Pueden pasar», repetí de nuevo.

Abría la comitiva la Bella Charito, ya libre de la gorrita que había cubierto su cabeza mientras duró el invierno y aún después, en los albores de la primavera. Caminaba con un sigilo innecesario, diríase que precavido a mi pesar, pues deseaba hallar cuanto antes la normalidad de las pequeñas cosas, para sentir que lo anormal que había vivido se había quedado en el exterior de la razón en la que pretendía instalarme de nuevo. Me daba miedo pensar siquiera en todo lo que ya sabía, aun sin pretenderlo, y más miedo me daba conocer a alguien que sí sabía de verdad porque había visto lo que había al otro lado de la luz, quizá dominado por sombras, quizá solo huérfano de la claridad que debe haber donde solo resplandor ha existir. A continuación iba Daniel Arana, el poeta, escrutando por encima del hombro de Charito, forzando la mirada para tratar de alcanzar el objetivo deseado cuanto antes. Le seguía Andrés Madariaga, el camarada Lenin que antes fue niño de la guerra y siempre sería niño de la guerra, también si había logrado ser ingeniero aeronáutico a pesar de no haber conseguido lo que tanto había anhelado: ser un viajero por el espacio exterior, en el que quienes sí lo fueron le contaron que pudieron escuchar

una clase de silencio que les heló el alma y al mismo tiempo les aquietó el espíritu, difícil conjunción, si tenemos en cuenta que el hielo en el alma se prende a causa del miedo o de una desgracia muy grande o por culpa de un gran dolor, y la quietud espiritual solo se alcanza con la serenidad absoluta.

Parabienes y buenos deseos expresados con amabilidad fueron sus palabras iniciales, y después vinieron las inevitables preguntas que no pude responder, aumentando las dudas que quedaron aparcadas y que prometí despejar en otra ocasión, cuando pudiera hilvanar todos los hechos que aún trataba de explicarme. Ojos curiosos, bocas risueñas y manos temblorosas que me recibieron cuando regresé del infierno, pues un infierno me pareció haber visitado, aunque no hubiera visto al diablo y sí a un ángel que se despeñó por algún desfiladero mientras hacía extraños y arriesgados equilibrios por los aledaños del saber.

Íñigo me acompañó de regreso a Bilbao. Había llegado esa misma mañana muy temprano, preocupado por mi salud. Cuando me introdujeron en la casa, mediada ya la tarde del día anterior, se había armado un revuelo considerable, según me explicó en el viaje que hicimos en metro, después de cruzar la ría utilizando el puente colgante, como hacían quienes debían ir de un lado al otro para acceder a los trabajos que desempeñaban por las cercanías; como hacía yo cuando acudía a la casa, siguiendo un ritual del que no había conseguido librarme, ni siquiera sabiendo que existía una línea de autobuses que me hubieran transportado con mayor celeridad. Siempre, cuando siendo niña acudía con mi madre a Bilbao para hacer alguna compra extraordinaria, primero utilizábamos el transbordador y después caminábamos por la calle principal de Las Arenas que lleva directamente a la estación de tren —ahora el trayecto es el mismo, pero la estación es de metro y está bajo el suelo—, y siempre que debí regresar a Portugalete cuando empecé a vivir en Bilbao conservé esa costumbre, desoyendo los consejos de quienes me recomendaban la utilización de esa línea de autobuses que seguramente es, efectivamente, más rápida, pero no tan evocadora —probablemente solo para mí, y seguramente ocurre así porque no debo cumplir un horario determinado que me urja.

Que me habían llevado a la casa sin sentido, me explicó Íñigo, repitiendo casi exactamente las mismas palabras con las que ya me habían relatado a mí lo sucedido. Que parecía como si me hubieran absorbido el color de las mejillas, añadió, y me trajo a la memoria la expresión idéntica que utilizó la hermana Lourdes para ilustrar mi aspecto. Yo, por mi parte, solo pude decirle que sin duda se debía a que la noche anterior al suceso la había pasado en blanco, como en verdad ocurrió, pero sin hacerle saber que me había levantado con un ánimo excelente, a pesar de todo; y en absoluto le informé de las razones que influyeron para que así fuera, ni mucho menos de la impaciencia que sentí las horas previas al amanecer, cuando aún no sabía lo que iba a hallar en aquel lugar que tanto interés tenía por visitar, ni que aquello que hallaría en ese lugar me traería tanta desazón, y mucho menos aún le expliqué que algo sabía ya, o solo lo intuía parcialmente, del motivo que me había hecho pasar la noche en esa casi vigilia que me impidió conciliar un sueño reparador, aguardando la llegada del amanecer con excesiva impaciencia por colarme en aquel mundo que entonces solo presentía y después se me reveló como un misterio que no sabía si no hubiera sido mejor que continuara siéndolo. Y tampoco que después sentí miedo, casi pavor, cuando supe lo que llegué a saber a través del relato de Telmo Barandiarán. Era imposible hacer partícipe a Íñigo de mis averiguaciones, en parte por no estar autorizada para darlas a conocer, pues no me pertenecían, luego no podía hacer uso de ellas; en parte por no saber cómo contarle de una tacada aquello que yo aún estaba conociendo apenas en los albores.

Al llegar a la estación de destino que compartíamos, él se dirigió a la salida de El Karmelo y

yo lo hice a la de Santa Clara. Podíamos haber seguido juntos y utilizar ambos el mismo ascensor, si yo no hubiera preferido continuar sola, para no responder a más preguntas, ni facilitarle más pormenores a los que de ninguna manera quería referirme, y en algunos casos ni tan solo recordar. Era imposible que pudiera justificar qué hice durante la mañana entera del día anterior, hasta que apenas esbozada la tarde me subieron al dormitorio para que me recuperara de mi indisposición, o, según la madre Esperanza, *bajada de tensión*, término que utilizó para diagnosticar mi desvanecimiento. Ignoraba todavía a esas alturas que Íñigo había perdido sus clases matinales en la Universidad por acudir a la casa para interesarse por mi salud, lo que me confirmó que la comparación que hizo de él Daniel Arana, asemejándolo a una hoja en blanco sobre la que es fácil echar un borrón, o muchos, era acertada, en tanto que parecía dispuesto a dejarse garabatear a voluntad, como es común que hagan las buenas personas que tienen el fondo de los ojos irisado, como las perlas que fueron mimadas mientras estuvieron a buen recaudo en la ostra que las adoptó cuando apenas eran una partícula inservible, quizá un minúsculo grano de arena que se le introdujo accidentalmente y aún así ella hizo suyo hasta que de allí salió un tesoro por el que muchos hombres han muerto y otros han matado, sobre todo si el tamaño que alcanzó el grano de arena fue extraordinario.

Los días siguientes los pasé cosiendo a destajo, recuperando el tiempo perdido, cumpliendo los encargos que fueron acumulándose por culpa de los episodios de niebla. Traté por todos los medios a mi alcance de no pensar en Telmo Barandiarán, ni en Beltza, que cuando me miró a los ojos hizo aquella afirmación imposible que no podía dejar de ver una y otra vez, de forma recurrente, por mucho que lo intentara, y eso me producía un temor que iba más allá de la lógica al recordar su inestimable ayuda, y si me había ayudado era bondadoso, por tanto no se podía sentir miedo alguno de un ser que era esencialmente bueno.

Por suerte, la niebla empezó a dejar de ser una constante en nuestros cielos y la normalidad se fue instalando poco a poco en la ciudad, que recuperó el ritmo de siempre, aunque en las conversaciones seguía siendo un tema candente. Incluso la fábrica que me suministraba las telas empezó a regularizar los pedidos que se habían ido acumulando al ritmo de los encargos que yo me afanaba por cumplir a marchas forzadas. Pero un día debí buscar algo, ni siquiera recuerdo bien qué era, entre todos los papeles que de normal reposan encima del aparador del cuarto de costura, donde se amontonan los pedidos que van acompañados de las descripciones que anoto en una libreta, así como las indicaciones alusivas a los modelos, mezclados con otros donde hay dibujos de vestidos que ideo por mi cuenta, y de improviso apareció el catálogo de la casa de subastas abierto casualmente por la página que detallaba minuciosamente las peculiaridades de *Clavicula Salomonis*. No recordaba haberlo dejado en ese lugar. En realidad no recordaba haberlo dejado en ningún lugar. Más bien había aparcado intencionadamente cualquier aspecto que tuviera alguna relación con el libro. También había aparcado mi curiosidad, optando por abandonar cualquier tentación que me condujera a la obra en cuestión o al viejo del carrito que recogía libros, en cualquier caso no tan viejo todavía cuando yo era niña, aunque me lo hubiera parecido entonces, tan engañadas mis apreciaciones, sería por el atuendo andrajoso que usaba, sin duda a causa de la despreocupación que sentía por sí mismo. ¡Qué curiosas, las percepciones!: las de la niñez por un lado, que se obstinan en hacer viejas a personas que en absoluto lo son, pero lo parecen cuando son vistas por ojos infantiles, y las de la madurez por el otro, tan condescendientes si se trata de valorar edades que pronto alcanzarán quienes en ese momento estén juzgándolas.

Miré con detenimiento las dos fotografías del catálogo, y comparé los cambios que se habían



operado en el ejemplar de *Clavicula Salomonis* desde que fueron tomadas ambas. Enseguida supe que había cometido un error tratando de evadirme de su existencia y más aún de su significado, pues la necesidad de saber más, mucho más de lo que sabía, por muy poco que fuera —y lo era: poco, y quién sabe si no hubiera sido mejor haber seguido sabiendo lo poco que por entonces sabía—, prendió nuevamente en mí. Y por esa necesidad obsesiva, que fue creciendo y creciendo a un ritmo idéntico al de mi inconsciencia y hasta de las hipotéticas consecuencias que pudiesen derivarse de mi curiosidad irreflexiva, decidí colgar la blusa que estaba hilvanando en el busto donde normalmente descansan las labores en las que esté trabajando, y salir a la calle para no ahogarme, tratando de pensar con más claridad en todos los cambios que se habían dado en mi vida. Pero pensé, sobre todo, en las percepciones que tenía de la realidad, que ya nunca serían las que habían sido cuando sabía tan poco. Saber es una trampa, sí; por la avaricia de abarcar tanto conocimiento como creemos que puede cabernos en los entresijos de la memoria se han cometido muchos desmanes, algunos irreparables, pero no suele ser válido el ejemplo ajeno para prevenirnos acerca de las consecuencias de los hechos que cuando nos atañen directamente siempre creemos poder dominar, antes de que sean demasiado dañinos para atajar su progresión, envalentonándonos y suponiéndonos capaces de burlar su perniciosa influencia.

Las calles del barrio no se habían vaciado aún del gentío que habitualmente las transita. La cálida temperatura que ya disfrutábamos, y que empezaba a anunciar lo que sin duda amenazaba con ser un verano caluroso, posibilitaba que el reguero de gente que iba y venía de un lado a otro se moviera con una energía de la que yo no tenía ni el más ligero asomo. Al contrario: en mí había un peso que me lastraba los movimientos y entorpecía mis pies, haciendo que tropezara con unos y con otros, rebotando de un cuerpo a otro, algunas veces temiendo enredarme con algún cochecito de niño de los que tanto abundan, desmintiendo así la pobreza del índice de natalidad, o es que solo nacen niños en mi barrio. La mirada de Beltza seguía clavada en mis ojos, y la voz de Telmo Barandiarán, repitiendo palabra por palabra todo lo que me había relatado, me ardía en la cabeza. Miré la hora en el reloj y supe que no podría llegar a tiempo a la sala de subastas, a la que hubiera ido de buen grado si la ocasión hubiera sido propicia, que no lo era, me había demorado luchando un poco contra mi curiosidad, y otro poco con el temor que me infundía lo que aún ignoraba. ¡Tantas cosas ignoraba, por más que creyera saber tantas, también! Ignoraba de qué modo había podido pagar Telmo Barandiarán el dineral que costaba *Clavicula Salomonis*, ni siquiera me había interesado por esa cuestión cuando supe quién había adquirido el libro, y creo que pensé eso por pensar en algo que fuera tan concreto, tangible y razonablemente mundano como el dinero. Como también ignoraba de qué modo había acabado esa obra en una sala de subastas, habiendo estado antes en las manos del viejo del carrito.

Que no sabía nada, concluí. Y que para saber todo lo que todavía me faltaba por saber debía regresar a la casa. Otra vez. Y otra vez enfrentarme a fuerzas que hasta hacía tan poco tiempo ignoraba siquiera que pudieran existir. Y otra vez, igualmente, mirar a los ojos de quienes no tenían esperanza alguna. De nuevo ponerme delante de la necesidad más absoluta en aquel lugar en el que se daba una curiosa coincidencia: el todo y la nada, ejemplarizadas ambas posibilidades en un mismo espacio, siendo que la mayoría de aquellas personas ignoraban lo cercanas que estaban del *todo* que alguna vez tuvieron y después perdieron, del que necesariamente tenían que permanecer ajenos.

## XXI

*ME COSTÓ DILUCIDAR CUÁL DE LAS DOS OPCIONES* que se me planteaban era peor y cuál resultaría más dañina para mis intereses: observar los ojos de quienes no tenían esperanza por ser tan huecos como el tronco de un árbol añoso y reseco, o fijarme en los ojos de quien podía ver hasta más allá de lo evidente y por tanto parecía un abismo al que era un pecado asomarse, casi tanto como no hacerlo; si sería preferible hartarme de repartir conmiseración entre quienes casi nada tenían con el fin de llevarles un poco de consuelo que casi nunca parecía suficiente, o perderme entre la barahúnda de emociones que es capaz de despertar en el ser humano la posibilidad remota de asomarse al otro lado del espejo. Y mientras nadaba entre un dilema y el otro —descorazonadores ambos, por la imposibilidad de resolverlos, pero ya inseparables para mí— dejé de preocuparme por el deseo creciente de acercarme a realidades sobre las cuales casi todo lo ignoraba, únicamente que estaban ahí, a mi lado, agazapadas en el envés de la existencia, incluso si siempre las había desoído; también si decidía no tomarlas en cuenta, para mejor protegerme de lo que acaso escondían, si escondían algo en verdad y no se trataba de una sensación trivial que solo inquieta y apabulla, pero no llega a evidenciarse jamás.

Atribuyo este cúmulo de emociones contradictorias a la falta de sosiego que me hizo pasar la noche en un duermevela frecuentemente interrumpido, a veces por ideas imposibles, a veces por las explicaciones que les debía a Daniel Arana y a Andrés Madariaga. No podía dejar de pensar en sus últimas miradas interrogándome acerca de un secreto que también ellos compartían, aunque ni de lejos imaginaran hasta dónde llegaba, ni mucho menos qué escondía.

—¡Has venido! Por fin voy a poder tener una opinión razonable sobre mis poemas.

Daniel Arana prácticamente me arrastró hasta la biblioteca. Apenas entré por la puerta tiró de mí escaleras arriba y a duras penas me consintió alguna demora en agasajar a quienes se acercaron a recibirme. En verdad, son agradables las muestras de afecto; mucho más agradables cuando vienen de quienes no tienen nada y nada parecen ser capaces de dar; pero se ofrecen, a pesar de todo, de ahí el agradecimiento que les es debido.

—Perdón, perdón —fue el poeta apartando a todos cuantos me salieron al paso, fundamentalmente para interesarse por mi desvanecimiento de días atrás, y añadiendo a continuación, como un niño que se ha adelantado a sus iguales—: Yo la necesito más, yo la necesito más...

Al preguntar por Andrés Madariaga supe que estaba en el polideportivo con el reducido grupo que había salido de buena mañana, como era costumbre que hicieran de vez en cuando.

—Después le informamos de todo cuanto sea menester. Tú no te preocupes por su ausencia. Y ahora dime, venga, no me tengas así, en ascuas. Pensé que vendrías al día siguiente... Oh, perdón —pareció caer en la cuenta—, seguramente estabas recuperándote. Qué egoísta soy. ¿Ya estás bien?

—Sí, sí. No fue nada de cuidado —le dije.

Como bien sospeché, no había en él intención alguna de compartir sus nuevos poemas conmigo, ni siquiera creo que pensara en ellos en ese momento, y mucho menos en mí como lectora autorizada que le sirviera de guía o solo de mera referencia, tampoco para escucharlos de labios que les hicieran cobrar vida. Si algo sabía sobre los escritores, por lo que ellos decían de sí mismos cuando eran entrevistados a propósito de sus nuevas publicaciones, es que nunca

parecen estar absolutamente convencidos de su obra, a menos que la lean y autoricen otras personas, a ser posible ajenas a su círculo más íntimo, pues cuanto más cercano sean a este, más parciales serán por tanto las valoraciones que hagan de la obra del amigo; y que necesitan de cierta distancia que insuffle vida a la acción, primero solo proyectada y después imaginada, y más tarde narrada, ya sea en forma de prosa, ya de verso, hasta conseguir que las historias adquieran verdad y alcancen a ser comprendidas o solo criticadas; en cualquier caso escuchadas y por ello tenidas en cuenta. Así que le ahorré el trámite y le pregunté inmediatamente por sus conocimientos acerca de tratados que tuvieran la capacidad de abrir extraordinariamente los sentidos y aun las capacidades de las personas para ver más allá de lo que parece evidente.

—¿Tratados, dices? ¿De verdad quieres decir *tratados*?

—Denominarlos tratados no sé si es lo más adecuado. Más bien se trata de... —dudé sobre el término que debía emplear para mejor ser entendida— ...digamos mejor *puertascapaces* de facilitar el paso a mundos paralelos de los que nada se sabe en este.

—Se dicen muchas cosas —respondió con naturalidad, en absoluto espantado ni siquiera extrañado por la pregunta—. Hay todo un submundo que versa sobre el poder de las pócimas y de los bebedizos, así como referencias a leyendas que tienen la facultad de encantar y despertar el entendimiento. Eso por no hablar de las fórmulas que prometen el esclarecimiento de todo cuanto sea preciso saber al respecto casi de cualquier cosa, por muy oculta que esté o parezca que lo está.

—¿Y bien...? —le animé a seguir.

—Bien, ¿qué? —replicó perplejo. Parecía querer decir: yo estoy aquí para saber, para que me cuenten. Estoy aquí para escuchar, no para responder a preguntas.

—Que si sabe algo más.

—Mira: lo que te he dicho sobre lo que se dice tal vez es algo inconcreto, y no sé si decir irreal, quizá solo desatinos de quienes necesitan algo más que aquello de lo que ya disponen. Hay tantas versiones casi como personas que las sostienen... —se detuvo antes de finalizar la frase, sin duda ayudado por mi gesto, que debió indicarle que no iban por ahí mis intenciones.

—No me refiero a lo que se diga por ahí, ya me figuro que se dirán muchas cosas, como siempre se han dicho sobre todo. Ya sé que la gente habla y habla de cuanto se le ocurre, de lo que sabe y de lo que no sabe; de lo que le cuentan y hasta de lo que cree que le han contado aunque no lo hayan hecho. Lo que quiero saber es si usted conoce, en verdad, algo relacionado con esas cuestiones.

—Conocer, conocer, así, de forma fehaciente, no... Pero, tú me quieres decir algo y no sabes cómo hacerlo, ¿me equivoco?

Afirmé con la cabeza, sin atreverme a más. No sabía cómo trasladarle lo que me había contado Telmo Barandiarán, que había sonado bien en sus labios, quizá porque lo expresó con aquella seguridad de quien sabe que es verdad aquello que dice o al menos a él se lo parece, pero a mí no me resultaba fácil repetirlo.

—Vamos, dime lo que sea. No olvides que ya estoy curado de espanto.

—Es verdad.

—¿Qué es verdad?

—Lo de los tratados o puertas o fórmulas o como quiera que se llamen. Creo que es verdad que existen.

—Te burlas de mí, claro —me espetó.

Daniel Arana se atusó el pelo que le caía desgreñado sobre la frente y se pasó las guedejas

blanquecinas por detrás de las orejas. A continuación afirmó varias veces con la cabeza sin emitir palabra alguna, y entornó los ojos al mirarme, como si yo emanara una claridad que le molestara.

—Me estás tomando el pelo —repitió, ahora sonriendo.

—No —dije escuetamente. —Explícate.

—Por lo visto, las fórmulas de poder que se encuentran en el libro...

—¿Te refieres a *Clavicula Salomonis*?

—Sí, claro... Pues que las fórmulas de poder que se encuentran en el libro despiertan poderes que no solo influyen en quien las recita. De igual modo que la sabiduría y la claridad extremas que surgen del recitado de esas fórmulas se desatan en el interior del ser humano que las recibe, también la naturaleza se despierta y actúa con la furia de un animal salvaje a quien han acorralado durante mucho tiempo y al verse libre adolece de cualquier clase de medida. De ahí que se diera aquella tormenta seca, de la que no me acuerdo, aunque debería, tanto me la recordaban cuando era pequeña, tanto insistían en que debía acordarme. Y todo empezó cuando Telmo Barandiarán abrió el baúl de la señora Elisa y el incendio aquél se llevó por delante la iglesia...

—¿El incendio, el baúl de la señora Elisa? ¿Quién es, si puede saberse, esa señora? ¿Y de qué incendio estás hablando? —Perdón, perdón. Creo que me he adelantado. Es verdad que no conozco todavía esa parte de la historia.

Y se la conté sin omitir ningún detalle. Él, mientras, iba mudando el color del rostro, pero sin llegar a descomponerse completamente, como me ocurrió a mí.

—¡Maravilloso! Eso que me cuentas es... ¡sencillamente maravilloso! Increíble, sí, pero maravilloso también.

Dijo varias veces maravilloso, como si de pronto hubiera perdido la capacidad de adjetivar de la que tanto presumía.

—Sigue, sigue, por favor.

—Bueno, pues después del primer incendio ocurrido en aquella parroquia próxima a Orduña, se desató otro de características similares que arrasó la parroquia de Portugalete, del que ya nos habló la madre Esperanza. Pasó justo al día siguiente de que él desenterrara el libro del lugar donde lo tenía enterrado para hacerle una consulta, porque no es cierto que el ejemplar apareciera allí después del incendio como por arte de magia, sino que en realidad estaba en su poder desde que lo trajo de la aldea alavesa. Él me contó que apenas fueron unos minutos, el tiempo justo de consultar respecto a una duda o inquietud que le había sobrevenido, y que después de eso el libro volvió enseguida a la tierra, pero que ya había desatado los poderes que se lo llevaron todo por delante. Lo mismo sucedió aquella otra vez, cuando los cielos se cubrieron de nubes que no dejaban de arrojar agua con una furia extraordinaria, y tanta agua arrojaron que hasta la ría se desbordó y anegó cuantas poblaciones se asientan a ambos márgenes del curso que la ayuda a desembocar en el mar, sobre todo el Casco Viejo de Bilbao. Tampoco yo me acuerdo con mucho detalle de ese episodio, pero sé que es más conocido, porque fue más dañino por afectar a más gente. Y como él sabía que ese libro era un peligro, lo rescató de la sala de subastas, me dijo que para hacerlo desaparecer definitivamente.

—La sala de subastas, claro —dijo después de cerrar la boca que había mantenido abierta mientras me escuchaba—. Por cierto, ¿cómo fue que acabó allí, a merced de cualquier desaprensivo? ¿Y por qué se deshizo de él después de la tormenta?

—No se lo pregunté.

—¿Cómo que no se lo preguntaste!

—Me asusté. Me entró miedo. Era un miedo incontrolable. Y además está el perro, Beltza, que

mira como miran las personas. —¡Valiente investigadora de pacotilla estás tú hecha! ¿Así quieres llegar al fondo de este misterio?

—La mirada de ese perro asusta. Y tiene muchos años. Tiene más años de los que es lógico que viva un perro normal. —¿Cuántos? ¿Cuántos años tiene, para que digas que no es normal?

—He hecho cálculos y pasa ampliamente de los treinta. Y más de treinta años son muchos años para un perro.

Daniel Arana dudó unos instantes.

—¿Te lo dijo él?

—No, ni siquiera se lo pregunté abiertamente. En realidad..., creo que le comenté algo al respecto y me dijo que no importaba demasiado.

—Ya. Y él, él mismo, ¿cómo está él?

—Alto, fuerte, con una mirada extraña, llena de luz; no, no es luz, en realidad. Más bien se trata de una claridad que se le queda dentro, pero es perceptible desde fuera.

—¿Está viejo?

—Como... —pensé en alguien que tuviera una edad parecida—. Como Lenin, aproximadamente, pero más joven de apariencia. —Quieres decir mejor conservado.

Asentí, pero sin estar del todo conforme con la descripción que hice de Telmo Barandiarán. Me quedaban muchas cosas por explicar. Cosas que solo eran detalles, pero detalles fundamentales, como la forma de moverse que tenía, tan desenvuelta, y el óvalo de la cara, perfectamente sujeto a la mandíbula inferior, sin esas bolsas de piel que se descuelgan de las caras de los viejos llegando a juntarse con el cuello hasta conformar una papada hecha de grasa y pellejos.

—Es viejo y tiene arrugas en la cara, pero parece un retrato en blanco y negro con aspecto apergaminado que se va a quedar así para siempre —concluí.

—O sea, que está igual que antes, como cuando siendo una niña estuviste cerca de él.

—No exactamente. Entonces sí parecía un viejo, aunque no lo era. Digo yo que sería por la barba descuidada que llevaba, y por la ropa tan desgastada y de apariencia andrajosa que usaba. Y por la gorra que le cubría casi hasta los ojos. Porque no era un viejo, como yo creía, sino un hombre que según mis cálculos acababa de rebasar los cincuenta. Ahora, en cambio, me pareció un hombre relativamente joven en quien hubieran aparecido prematuramente las arrugas.

—No acabo de entenderte muy bien, aunque supongo que tu confusión tiene que ver con la impresión que te llevaste. ¿Me equivoco?

De nuevo asentí, pero solo para que dejara de hacerme preguntas que no me veía con ánimo ni claridad suficientes para responder. Y solo al cabo de un rato de permanecer en silencio, confiando en que demorara la siguiente andanada de interrogantes que sin duda tenía preparados, le hice saber que había vuelto a la casa para seguir hablando con él: con Telmo Barandiarán. También yo tenía más preguntas que hacerle, más dudas que resolver. No importa que siguiera teniendo miedo, ni que los años de Beltza me hicieran desconfiar de su verdadera naturaleza. Después de todo, no podía olvidar que había cuidado de mí cuando me perdí. ¿Cómo, por cierto? ¿Cómo se las habría apañado para cuidar de mí como lo hizo?

—Vete ya, anda, si quieres aprovechar el tiempo. Y perdona por haberte raptado así. Qué quieres: la maldita curiosidad me puede. Tengo muchas ganas de saber. También yo quiero saber. Por lo visto el ansia de saber es un mal endémico. Pensé que el último mal de estas características era el de la avaricia, ya sabes: las ansias de nadar en la abundancia, de no carecer de nada para no deber preocuparse por nada ni ser menos que los demás; pero todavía hay quien se obstina en

ir más allá, ¿verdad? ¡Con lo fácil que sería desear tener una gran casa, un gran coche y una cuenta corriente cojonuda en el banco! Ay que joderse. Pero ya ves: hay gente que pretende solo saber, saber a toda costa, aunque no tenga dónde caerse muerta.

Cuando me levanté con intención de abandonar la biblioteca él siguió rezongando para sí mismo, tratando de explicarse por qué la gente quiere saber por encima de cualquier cosa, incluso si le cuesta la razón. Allá él, pensé, y anduve de puntillas en dirección a la puerta, tratando de guardar tanto sigilo como me fuera posible, pues hasta las pisadas más cautelosas temía que delataran mis intenciones, pero el poeta pareció regresar al mundo presente para decirme:

—Creo que es mejor que esperes a la llegada de la furgoneta. Así aprovechas la confusión que siempre se organiza cuando descargan a los excursionistas.

En verdad había mucho movimiento en la casa en esos momentos a los que se refería. Era cuando se juntaban los que habían salido con los que no lo habían hecho y el reencuentro que se tornaba en revuelo se dejaba sentir en cada rincón de la casa; hasta las monjas se veían obligadas a poner orden en los ánimos exaltados de aquellas personas que de ordinario tan pocos motivos tenían para emocionarse y que por tanto utilizaban cualquier situación, por simple que fuera, para hacer de su existencia un acontecimiento.

—¿Tiene muchos libros en ese refugio suyo? —quiso saber, después de haber permanecido pensativo unos instantes.

—Pocos. Solo los que le caben en una pequeña estantería, pero que está a rebosar, eso es cierto. Lo que más abundan son papeles y cuadernos, esparcidos por las dos mesas de que dispone, una que le hace de escritorio y otra que normalmente debería servirle para comer, aunque creo que de ordinario está ocupada también con papeles. Es lo que me pareció, al menos, cuando la hermana Lourdes le llevó el desayuno y tuvo que hacerse sitio antes de depositar la bandeja. Y en las estanterías almacena varias carpetas que parecen repletas de anotaciones.

—No me importaría vivir así —dijo con un curioso tono de melancolía—. En realidad, él está mejor de lo que estaremos nunca cualquiera de nosotros. Él es el más libre de todos... ¡El muy cabronazo, qué bien nos la jugó, haciendo ver que se había marchado...! Se dedica a escribir, a leer, a estudiar, a hacer lo que le viene en gana. No da explicaciones a nadie, hace incursiones por donde mejor le parece y no aguanta horarios ni órdenes que le distraigan de sus verdaderas ocupaciones.

—Y está solo —añadí.

—¿Y qué? Seguro que está solo porque lo prefiere.

—No estoy completamente segura. Cuando llegó la madre Esperanza se enzarzaron en una discusión muy fuerte que versó en torno a un pecado muy grande que él debía purgar de alguna manera —le informé.

—¿Me quieres decir que no está recluido, ni siquiera apartado, sino únicamente escondido? ¿Y que cuando dices purgar quieres decir en realidad expiar?

—No lo puedo asegurar, aunque no lo descartaría.

—¿Y qué se te ocurre que haya podido hacer, para necesitar estar escondido?

—A lo mejor es porque la madre Esperanza tiene miedo de que le hagan algo si se sabe que él es el causante de los incendios, y de las inundaciones...

—¡Vamos, vamos! —me interrumpió— ¿Cómo va a creer alguien que un solo hombre puede ser el responsable de dos incendios con pinta de fortuitos, por muy extraños que parecieran? ¿No quedamos en que la causa que los provocó fueron aquellos rayos que acertaron a dar allí donde más daño podían hacer? Y menos aún puede ser responsable de las inundaciones, que se

produjeron por las lluvias que cayeron exageradamente. Son cosas que pasan, infortunios los llaman. En muchos lugares del mundo se producen inundaciones, tormentas, terremotos, sequías, hambrunas... ¿Va a tener la culpa también él de todas esas desgracias? ¡Vamos! ¡Ni que fuera Dios! —Yo solo digo lo que me parece que ocurre.

—Ya. Por el libro y los poderes que desencadena. Vale, pues que sea por el libro, si quieres, o si así lo crees, pero no pueden culparlo a él. ¿O sí? ¿Sabes algo más? —pareció entonces desconfiar de lo que acaso no había querido decirle.

—Cuando hable de nuevo con Telmo Barandiarán podré decirle algo más. Por ahora solo sé lo que le he contado.

El barullo que a continuación escuchamos, procedente de la planta inferior, nos hizo suponer que los excursionistas habían regresado. Era hora de hacer recuento de emociones para quienes de tan pocas podían disfrutar.

—Son como niños pequeños, a los que llevan de paseo para aplacarles los ánimos y resulta que los traen más revueltos. ¡Ay, puñetera vejez! ¡Qué gran putada es hacerse viejo!

—Peor es estar muerto —dije, creyendo que le consolaría.

—¡Quién sabe qué es lo peor que le puede pasar a uno! Pero vete ya, anda, a ver si te puedes escabullir aprovechando el jaleo. No, mejor te acompaño hasta abajo.

Y bajó conmigo las escaleras, simulando escuchar lo que yo le decía: en realidad nada. Miraba hacia sus compañeros con cierto desdén, levantando la cabeza y sacando hacia fuera la barbilla, haciendo gestos afirmativos que espaciaba a voluntad, tratando de hacer ver a quien estuviera observándolo que una gran preocupación le andaba por dentro, como sería normal que le ocurriera a alguien de su talento. Cuando estuvo a la altura de los recién llegados, que se confundían con quienes no los habían acompañado y por eso aguardaban su regreso como quien aguarda la llegada de una distracción que los libraría momentáneamente del tedio en el que viven, se entretuvo metiéndose con unos y con otros, llamándoles parásitos, viejos, trastos inservibles, majaretas y hasta marionetas que nada querían hacer por sí mismos, salvo dejarse llevar por el río de la vida que se encargaba, sin que ellos hicieran nada por evitarlo, y ni siquiera por desviarlo, de proporcionarles todo lo que les era necesario. Cada cual se defendió como mejor pudo y supo; hasta debió interceder en algún momento la madre Esperanza, que necesitó llamar a las hermanas Rosario y Teresa para contener el motín que amenazaba con formarse, circunstancia que yo aproveché para llegar hasta la cocina y ganar de una carrera la puerta del refugio de Telmo Barandiarán. Fue tan rápido que ni tiempo tuve de pensar qué le diría a aquel hombre que me había visto perder el sentido, asustada por conocer una orilla de la vida que ni siquiera hubiera podido adivinar que existía.

La puerta se quejó al principio, como ya sabía que haría, pero nada se reveló en el interior, ni el menor ruido que denunciara la presencia de quienes allí vivían. La disposición de lo que allí había era, si cabe, más desastrosa que la vez anterior, y sobre el escritorio habían crecido más papeles, algunos de los cuales habían caído por los alrededores, fruto, supuse, de una actividad creativa que no le dejaba tiempo para cuidar del orden que en absoluto parecía merecerle importancia. En verdad me pareció entonces un ser afortunado ese hombre que podía entregarse a aquella actividad sin más preocupación que el acopio de energía de que debía proveerse para acometer los deseos que le anduvieran por dentro, y era mucha aquella energía si hacía caso del aspecto que conservaba, tan entero como si no tuviera edad. ¿No tendría edad? Claro que la tendría, todos tenemos edad, pero a unos se les notan más que a otros los años que inevitablemente van cumpliendo. Comprendí, entonces, la envidia que Daniel Arana sintió cuando me referí a

libertad de que gozaba, con todo el tiempo del mundo para hacer lo que le viniera en gana, tanto si era muy de noche como si ya había amanecido o no lo había hecho y ni siquiera se vislumbraban las primeras luces del alba; no importaba que se hiciera tarde para llegar a ningún sitio, ni que fuera demasiado pronto. Y tampoco era requerido el fruto de su trabajo una vez este había concluido, ni se le pedían resultados demostrables.

Revisé los libros de la biblioteca, la única zona de la estancia que mantenía cierto orden, peculiaridad que me indujo a pensar si no se debería al escaso uso que de ella hacía, aunque también podía ocurrir que, aun haciéndolo, el respeto hacia las ediciones allí depositadas fuera tan grande que él mismo se obligara a una pulcritud que, a su juicio, ninguna otra cosa merecía. Encuadernada en tela de color gris y decorada con una flor pintada de rojo carmesí, había una preciosa edición de los *Cuentos* de Edgar Allan Poe, tan pesada que no era posible aguantarla cómodamente entre las manos y se necesitaba de algún apoyo que permitiera su lectura sin la trabajosa obligación de sostenerla a pulso. En un estante superior, igualmente encuadernado en tela, en esta ocasión de color azul cobalto, estaba *La Divina Comedia*, de Dante Alighieri, dividida en tres tomos correspondientes cada uno de ellos al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso. Y hubiera seguido examinando de buen grado aquellos tesoros, de no haber oído el crujido de la puerta de entrada, que me paralizó, pero aún me dio tiempo a contemplar, a cierta distancia ya, una serie de tomos encuadernados en un color gris oscuro, como de ceniza reciente, todos iguales, ocupando las dos baldas superiores de la estantería.

—Sabía que estarías aquí —me dijo en un tono crispado que me sonó a regañina.

La madre Esperanza se atusó entonces el pañuelo que cubría sus cabellos y me miró desde la profundidad de sus ojos grisáceos.

—No sé qué clase de curiosidad te ha traído de vuelta a este lugar. Creí que ya habías tenido suficiente ¿No tuviste suficiente? ¿No ves que todo esto no te hace ningún bien? Esto, en realidad, no le hace bien a nadie. Nadie puede beneficiarse de algo así. Traté de advertirte, incluso cuando no sabías nada concreto y solo tenías unas vagas sospechas que yo, torpe de mí, creí haber disipado cuando aún era tiempo de hacerlo.

—Perdóneme, madre, pero debo confesarle que no consiguió nunca hacerme creer que lo que había pasado no había pasado en realidad. Ya sé que la súbita desaparición de Beltza y del propio Telmo Barandiarán cuando llegamos a la puerta de la casa me extrañó hasta el punto de hacerme dudar, pero en absoluto tanto como para que desaparecieran todas las otras emociones que ya había sentido.

—¿Y si hubiera conseguido hacer que creyeras que lo habías soñado, o solo imaginado? Ya sabes: la niebla, el desconcierto por haberte extraviado, bien podían haberte hecho creer que la compañía del perro solo había sido un apoyo mental que fabricastea tu medida para no volverte loca. Esas cosas pasan. El cerebro de las personas posee algunas veces ciertos recursos que no son entendibles por la razón.

—Yo sé lo que escuché, y sobre todo sé lo que toqué. Y no había nada imaginado en el contacto de Beltza empujándome obstinadamente.

—Lo siento. Lo siento de verdad. Sería mejor que nadie llegara a saber lo que tú has sabido. Tenía que haber sido un secreto mantenido hasta que la verdad se perdiera con la muerte de quienes a nuestro pesar lo conocemos.

—Pero, no hay nada malo en lo que he sabido —dije—. No hay nada verdaderamente peligroso, y mucho menos que merezca ocultarse con semejante celo.

—Ya, y por eso perdiste el sentido, ¿verdad? ¿Debo recordarte que te ocurrió lo que te



ocurrió porque no pudiste soportar saber lo que supiste.

—Fue por la sorpresa —traté de restarle importancia a la indisposición que me hizo perder contacto con la realidad.

—¿La sorpresa, has dicho? ¿No quedamos en que siempre has sabido que había algo, o alguien, que estuvo contigo aquella noche? No hubo, por tanto, tal sorpresa. Si tanta seguridad tenías no podía darse una sorpresa muy grande.

—Me refiero a la sorpresa de encontrarlos de nuevo, al cabo de tantos años, pero encontrarlos de verdad, y saber que estaban...

—¿Que estaban... cómo? ¿Cómo definirías tú su estado? Aunque yo no me referiría tanto a cómo estaban, sino a cómo están. ¿Te parece que es normal que se conserven como se conservan? ¿No te extraña que Telmo Barandiarán tenga el aspecto que tiene, y que Beltza siga siendo un perro con apariencia de cachorro, muy grande, de acuerdo, pero cachorro al fin?

—Bueno, eso sí...

—Y ya sabes cuál es la razón. Sabes, al menos, cuál es parte de la razón. Algo te dijo, ¿verdad? Porque él te dijo algo, ¿no es cierto que algo te dijo?

—Algo, sí, pero hay cosas que no tengo claras, por eso he vuelto —justifiqué mi estancia en el refugio del viejo del carrito, no tan viejo cuando creí que lo era, justo lo contrario que ocurría en el presente de ese momento; en todo caso ya sin el carrito que le servía para recoger aquello que buenamente pudieran darle, preferiblemente libros, para rescatarlos de la desidia de quienes los desprecian.

—¿De verdad quieres saber más de lo que sabes? ¿No tienes suficiente? —insistió.

—Quiero saber cuál es su pecado. Por qué está escondido, apartado de todos.

—Es evidente, ¿no? No hacen falta muchas explicaciones, creo yo —dijo.

—Pero, el pecado, madre... Su pecado... Ese pecado tan grande que cometió... —insistí, deseando ir más allá de lo que tenía delante.

—El pecado por el que te interesas es el más horroroso de cuantos pecados pueda cometer un ser humano, y más si es un ser humano dedicado a Dios. Es... ¡El pecado de la soberbia...!

—¿Soberbia, madre? —exclamó haciendo retumbar la estancia con aquel vozarrón suyo que pareció salirle del fondo de una caverna— ¿Todavía anda a vueltas con la soberbia? ¿No sabe que no hay soberbia alguna en el deseo de saber más y más, para paliar lo poco que en realidad somos? ¡Oh!, disculpe, lo olvidé: es evidente que la soberbia de la que habla tiene que ver con Dios. Con *su* Dios. El Dios magnánimo, el Dios omnipresente, el amante Padre que se complace en fomentar la ignorancia para evitar que se le revelen los hijos que ha dejado desperdigados por el mundo a su libre albedrío, cuando al fin se percaten de lo difícil que es vivir como lo hacen: casi para nada y prácticamente por nada, siempre solos, confiando en estar haciendo aquello que deben hacer, pero sin llegar a saber nunca si están haciéndolo bien.

Después de decir lo que dijo, Telmo Barandiarán se despojó del gabán que lo abrigaba, arrojándolo despreocupadamente sobre el sillón que ya estaba ocupado por otras prendas de ropa que yacían en completo desorden. Por lo que sabía, no le gustaba que nadie anduviera hurgando en el desorden que se complacía en mantener, circunstancia a la que ya se habían acostumbrado, a su pesar, las religiosas, que cuando accedían al lugar debían dejarlo todo de igual manera a como lo habían encontrado.

—Sí, para nada y por nada —repitió—. Para nada de lo que ellos suponen, y por nada por lo que merezca la pena guardar tanto secretismo.

—No hay mucha gente capacitada para saber sin volverse loca. Porque, ¿puedes explicarme

qué sería del orden establecido, si de pronto todos fuéramos iguales, tanto los que están capacitados para saber como los que deben ser orientados de continuo para no errar el rumbo de sus actuaciones? —argumentó la monja.

—Si todos supieran no haría falta la *orientación* de la que habla, ni tutela alguna que guiara sus pasos... Todos sabrían, luego no habría, por tanto, toda esa mezquindad royendo los corazones de la gente, pudriéndoles las entrañas de tanto como desean alcanzar aquello que ellos creen inalcanzable, inaprensible y, sobre todo, incomprensible...

—Hablas por hablar. Eres consciente de hablar sin mucho fundamento. De sobra sabes que no hay muchas personas que después de alcanzar cierto grado de sabiduría se queden como si nada, conformándose solo con saber, sin pretender obtener de ello un beneficio extraordinario.

—¡Me aburro! ¡Siempre la misma cantinela, madre! ¿Y todo por qué? ¿Por ella? —me señaló entonces—. Ella es lista, se lo he dicho muchas veces. ¿Sabe lo que deseó aquella noche, cuando se extravió? ¿No lo imagina? Veo por su gesto que no. Pues deseó perder de vista todo cuanto le era conocido... ¿Se imagina lo que eso significa? ¡Perder de vista todo cuanto se conoce...! ¿No es magnífico? ¡Fuera estorbos, al diablo con las cargas que nos desequilibran!

—En realidad, no fue así —le corregí—. En realidad fue la mujer aquella la que me dijo que imaginara que todo lo que yo conocía desaparecía de mi vista.

—Ya, ya. Ya sé cómo fue. Y, ¿sabes?, yo creo que ella lo dijo por lo que tú le habías confiado antes. Esa gente no suele tener poderes, si los tuvieran no andarían exhibiéndolos, desengañate; pero sí pueden adivinar, o más bien presentir o solo intuir las necesidades ajenas.

Me pareció que debía hablarle también de la fuerza que ejerció sobre mí la figura que colgaba del cuello de la mujer, la del genio con la bola irisada entre los muslos, pero dudé, por si estaba fuera de lugar.

—No había ninguna fuerza extraordinaria en ella, ni en nada de lo que llevara puesto. Todo estaba en ti, y entonces estabas sola, debes tenerlo bien presente. Porque, dime: ¿Quién, que no estuviera solo, hubiera andado por allí un día como aquel y a aquellas horas? Ya lo sé, ya lo sé, ahora me dirás que había más gente. Y la había, efectivamente, pero ninguna de aquellas personas iba y venía sin rumbo, como hacías tú, acercándose a los puestos sin otra intención que no fuera pasar el rato de la mejor manera posible.

¿Me había leído el pensamiento?

—No se trata de leer los pensamientos de nadie —atajó mi incipiente sospecha—. Yo no me molesto en meterme de ordinario en cabezas ajenas. Se trata de razonamientos lógicos que tú misma podrías llevar a cabo si te lo propusieras. Todo lo que es posible es previsible.

—No juegues con ella —intervino la monja.

—No lo hago. La instruyo, si acaso. No estamos muy sobrados de mentes ágiles y limpias como para desperdiciar las que aparecen de tanto en tanto en forma de bendiciones para alimentar la esperanza de quienes creen que todo está perdido. Es más: ella haría un buen papel en la labor que me he propuesto llevar a cabo. No te asustes —me miró sonriendo—, no se trata de captarte para que ingreses en una secta de lunáticos. En cualquier caso, si hubiera una secta, que no la hay, solo Beltza y yo seríamos sus integrantes, ¿verdad Beltza? —observó entonces al perro con aire burlón, que le devolvió idéntico gesto—, aunque no puedo asegurarte que estemos enteramente libres de padecer una clase de locura para la que ni siquiera han hallado aún una especificación que la defina.

El perro irguió la cabeza y en sus ojos apareció una peculiar expresión de satisfacción.

—¿Sabes que antes de que yo mismo te reconociera lo hizo él? Deambulabas entre los puestos

del mercado, sin fijarte especialmente en nada, solo andando de un lado a otro. Lo mirabas todo sin detenerte en algo concreto, hasta que te vimos entrar en el reservado de aquella vidente de pacotilla, o bruja, o lo que quisiera decirte que era. Entonces le hice saber al perro que estabas perdida y él me dio la razón, por eso te siguió cuando te marchaste, porque no quería que estuvieras sola.

—¿Y la niebla? —quise saber.

—¡Oh! Es fácil hacer que un manto de niebla cubra una ciudad, o muchas, si así se desea. Basta con mirar al cielo y preguntarse por lo que se esconde en la inmensidad del universo. No hay nada mágico, ni mucho menos misterioso, en las manifestaciones de la naturaleza, que se queja continuamente de los desbarajustes a que la sometemos —trató de restarle importancia a un fenómeno que no podía ser considerado normal, por mucho que alguien pretendiera desentrañar los misterios del universo mirando al cielo para hacerle preguntas que en modo alguno recibirían la respuesta solicitada.

—Pero, para hacer que ocurra algo así... —insistí.

—¿Quieres decir que si hace falta alguna clase de ayuda? —Sí...

—Basta con la fe. Uno quiere algo, lo desea con mucha fuerza y la respuesta viene por sí sola, casi a vuelta de correo. Pero no basta con decir que se tiene fe, ni que se desea con mucha fuerza algo, lo que sea; la fe de que te hablo tiene que ser auténtica, no es suficiente con hacer como que se cree, sino creer sin paliativos, con fervor, casi con adoración, si ello es posible.

—No puede ser tan fácil. Si fuera así de fácil no habría imposibles en el mundo, ni dolores, ni penas o castigos.

—Está bien. Veo que no estás dispuesta a soltar la pieza. Veo que estás decidida a saber también acerca de lo que no te convendría saber. Pero, antes de seguir adelante, debo informarte sobre algo importante: tiene que ver con un periodo en el que perdí la pista del libro durante algún tiempo. Quiero decir que en mis manos no ha habido responsabilidad alguna en torno a... —se detuvo de pronto, inseguro tal vez, o eso me pareció, quizá respecto a lo que había empezado a decir, referido a algo que no podía imaginarme adónde iría a parar—. Más tarde te diré por qué he querido hacer esta aclaración que ahora encontrarás, sin duda, carente de sentido. Y bueno, respecto a tu curiosidad, es cierto que siempre es bien venida un poco de ayuda.

—¿De qué clase?

Telmo Barandiarán elevó los ojos hacia el tragaluz, que hacía las veces de una resplandeciente lámpara que estuviera cuajada de bombillas y emitía una luz de color ocre, que sería el mismo color que estaría dándose en el exterior. La madre Esperanza, en cambio, mantenía la vista fija en algún punto del suelo. Solo Beltza me miraba con esos ojos suyos, tan locuaces a pesar del silencio que observaba.

—¿Sabes? —dijo al fin el hombre—. Hay una clase de magia que está en las palabras, pero no en su grafía, que es la que es y no puede ser cambiada; todo se condensa en su significado, y más que en su significado, en la forma en que son pensadas y después pronunciadas. ¿Por qué, si no, lo que dice alguien seduce y lo que dice otro alguien, aunque haya dicho lo mismo, no conmueve, ni emociona, y mucho menos tiene el poder de concitar, y ni siquiera de convocar o reunir? ¿No te lo has preguntado nunca? Sí, alguien habla y se crea una atmósfera mágica, pero no por lo que dice, sino por cómo lo dice.

—¿Magia en las palabras? —inquirí, tratando de que avanzara y abundara aún más en la teoría a la que acababa de referirse.

—Sé lo difíciles que resultan de explicar en estos momentos de ahora ciertas teorías. Y digo

en estos momentos porque el raciocinio exagerado que pretende adueñarse de todo, tratando de traducir hasta los más íntimos pensamientos, como si solo existiera el orden ya sabido y cada vez más y mejor explicado, casi diseccionado, también parece haber enterrado la fe en la magia y en lo que puede conseguirse utilizándola correctamente. Sin embargo, debes saber que los enigmas, los emblemas, los jeroglíficos, las tablas místicas... forman parte de un todo inmaterial absolutamente inconmensurable, tanto que resulta difícil desarrollarlo y hacerlo entendible en el mundo de hoy, que es tan material y lógico como si nada pudiera explicarse, a no ser que venga precedido de una teoría convenientemente elaborada y razonablemente ilustrada.

Pensé detenidamente en sus palabras, dichas a modo de lección, de la que me creí en el deber de extraer alguna conclusión. El significado de las palabras solo podía ser el que era: el alma de lo quisiera decirse, o solo la esencia si el significado era más mundano, en absoluto tan exquisito como para suponer que mereciera equipararse al alma. Él me dejó meditar, mientras aguardaba entre impaciente y expectante alguna reacción mía que le diera pie a seguir, o a no hacerlo, si como me pareció, pretendía dotar de un misterio excesivo aquello sobre lo que hablaba con tanta familiaridad como si no hiciera otra cosa salvo recrearse en su propia realidad. A continuación, cuando se cansó de esperar, o solo se impacientó por lo que pudo calificar de exceso de prudencia por mi parte, que en realidad fue miedo a lo que supuse que estaba por venir, se refirió de nuevo a *Clavicula Salomonis*, esta vez para confiarme que ya había intentado separarse del libro cuando tomó posesión de la parroquia de Portugalete a la que fue destinado cuando debió abandonar la aldea alavesa.

—Puse mucho empeño en reprimir mis deseos de ir a la búsqueda del conocimiento absoluto, que perturbaban el buen juicio que siempre tuve y del que presumí más de lo debido. Pero hasta mis sentidos más elementales se obnubilaron y me resultó imposible mantenerlos a raya, andando por ahí —como andaba— aquella obsesión que devoraba y estrangulaba mis buenos propósitos, consistentes en hacer lo que fuera más indicado, tratando de contradecir los oscuros anhelos que me dominaban. Hasta que decidí esconder aquel compendio en el jardín, enterrándolo junto al tronco de un árbol entre cuyas raíces me sería fácil localizarlo si decidía utilizarlo. Ni que decir tiene que en muchos momentos de desvarío escarbé bajo el árbol, arañando la tierra con mis propias manos, que algunas veces llegaron a tocarlo, aunque nunca lo desenterré del todo, excepto en una ocasión, cuando las fuerzas me abandonaron hasta el límite de aceptar que no había nada de malo en dedicarle una rápida ojeada; ocurrió justo el día anterior a que se desatara aquella tormenta, la que incendió la iglesia después de descargar sobre ella un rayo que acertó de pleno en el edificio y se propagó tan deprisa como lo haría el fuego griego en una contienda marina. Después me entró miedo, un miedo cerval que nunca antes había sentido, y traté a toda costa de apartarme de las personas y de las cosas que me fueron más amadas, abandonándome absolutamente, hasta que se me ocurrió que podía dedicarme a la labor de rescatar cuantos libros me fuera posible, como si con ese gesto pudiera purgar el pecado de soberbia por el que ya me sentía condenado. Pero no renuncié oficialmente a mi condición de sacerdote, ni siquiera me pareció necesario, aunque interiormente sí renegué de ella, por no haber obrado de parapeto a la hora de protegerme o solo apartarme del camino de desgracias que se cebaron en mí desde el mismo momento en que decidí ayudar a la hija de la señora Elisa, la mujer llamada también Elisa, que sospechó de la condición de bruja de su madre, y no andaba muy desencaminada, debo reconocer, si le había ocurrido lo mismo que me había ocurrido a mí por causas que tenían que ser las mismas o parecidas. No conviene olvidar que *Clavicula Salomonis* era el motor que guiaba todos mis pasos desde que tuve conciencia de lo que era y significaba, y de lo que podía lograr, y

de cada una de mis obsesiones desde que tuve conocimiento de su naturaleza, de igual modo que pudo ocurrirle a ella. Así que me desprendí de cuanto me fue posible y creí que me sobraba, solo conservé a Beltza —lo miró, y casi sentí envidia de esa mirada tan cálida que le dedicó al perro—. Él estuvo conmigo desde el principio de todo, y creí entonces que también se había contaminado, como yo mismo, de esta especie de iluminación perniciosa que me hacía desear ir más allá de lo que es lícito querer alcanzar. Ignoro si ocurrió efectivamente así o solo lo sospeché con tal perseverancia que logré que se hiciera realidad, quién sabe si de forma egoísta, para no sentirme más desamparado de lo que ya me sentía, o porque necesitaba a alguien a mi lado a quien poder explicarle todas las cosas que paulatinamente iban cambiando el sentido de mi vida.

Guardó silencio unos instantes, observó a la monja, que parecía rezar en voz baja, y a continuación se dirigió de nuevo a mí:

—No sé si he aclarado tus dudas. Ni siquiera sé si eres capaz de entenderme. Creo que sí. ¿He dicho *creo*? En realidad debería decir que *quiero* creer que lo haces, por eso no me ha importado que me descubrieras. Es más: me gusta haber podido hablar con alguien más que no sean las monjas, tan temerosas todas ellas del destino que emprenderá mi alma por todo cuanto ha sucedido en mi vida. Como si el porvenir del alma dependiera de semejantes nimiedades.

—¿Nimiedades, dices? —reaccionó la monja—. ¿Dices que son nimiedades? Definitivamente creo que he perdido el sentido de la realidad, o lo has perdido tú.

—Digo bien, madre, y puede usted jurarlo sin temor a condenarse: nimiedades, insignificancias que son prácticamente nada en medio del todo que ocupa cada centímetro de la Naturaleza que pisamos, o solo miramos, aunque sea de lejos.

—¡Dios Bendito! —se santiguó la religiosa—. Será mejor que me vaya. Ya veo que nada puedo hacer para evitar que sigas cayendo irremediabilmente. ¿Tú te quedas?

—Sí —respondí—. Por cierto: quisiera hablar con usted después. —Ya sabes dónde me tienes, hija —concluyó, y me dejó sola con el hombre y el perro.

—¿Por qué no te marchas? ¿Quieres seguir conociendo mis secretos? Mira que te voy a dañar la curiosidad, y cuando se daña la curiosidad se cae en un vacío que ya no se llena después así como así.

—Me arriesgaré.

Y a continuación me habló de cómo empezó a recoger papeles y periódicos atrasados que, después de malvenderlos a un trapero que vivía cerca del descampado, le reportaban los exiguos ingresos que le permitían comer cada día. Más tarde se le ocurrió que también podía pedir libros, para rescatarlos de los dueños que no los tomaban en cuenta, inicialmente con la intención de venderlos después de haberlos leído, cosa que nunca hizo, pues le causaba pena desprenderse de ellos. Y de cómo fue avanzando en el conocimiento de las fórmulas de poder que se esconden en *Clavicula Salomonis*, gracias a las cuales es posible dominar los cuatro elementos de la naturaleza. Se refirió, asimismo, al grado de sabiduría que consiguió abarcar, que por momentos se le confundía con una creciente locura que alcanzó uno de sus estadios más elevados coincidiendo con la gran riada que inundó el Casco Viejo de Bilbao y otras poblaciones que se asientan a ambos lados de la ría. Tampoco me ahorró pormenores referidos a ciertos periodos de sequía inexplicable, o de calor insoportable; ni siquiera a cambios de temperatura que no tenían sentido y mucho menos explicación posibles en el mundo racional del que tanto abominaba.

—¿Sabes que los nombres de las cosas tienen su propio poder? —me dijo, creo que adoptando un pretendido tono misterioso destinado a mantener el interés que ya me había despertado—. Pues lo tienen, ¡vaya si lo tienen! El arte mágico también tiene una lengua, y estas

virtudes se convierten en imágenes de los signos, por eso tienen efecto las invocaciones o abjuraciones, así como las conjuraciones. Después está el alma de las cosas, pues todas las cosas tienen un alma afin a la nuestra: ya sea el mismísimo cielo, ya la maltratada tierra, ya un modesto árbol, ya un pequeño camino, ya las refulgentes y misteriosas estrellas; todo, incluso los fríos números, que precisamente por tener alma poseen el poder de obrar de forma eficaz, benéfica o maléfica.

Me perdí entre aquellas informaciones que por momentos parecían salir de una mente enferma y a continuación adquirirían una verosimilitud absoluta, sobre todo al invocar la fe, pero debía ser una fe inquebrantable, que según él resulta fundamental para que el velo de la magia se difumine, permitiendo que la vista reciba por reflexión el conocimiento de los efectos y las causas.

—¿Sabes? En una ocasión me encontré con un hombre que me recibió en su casa. Cosa extraña, debo decir, pues la gente solía huir de mí.

—¿El que estaba muriéndose?

—El mismo. ¿Cómo lo sabes?

—La madre Esperanza me contó algo.

—¿Y qué te contó, si es posible saberlo? Espero que nada que fuera demasiado malo.

—En absoluto. Todo lo contrario. Y debo decirle que me extraña la actitud que ha tomado ahora, después de lo bien que ha hablado siempre de usted.

—No me trates de usted, ya te lo dije el otro día, me hace sentir viejo, mucho más viejo de lo que ya soy... Pero estabas en lo bien que ha hablado la monja de mí.

—Sí, casi como de un santo.

—¡Oh, cielos!, ¿un santo? ¿Tanto?

Dejé que riera un rato de buena gana. Su risa era rotunda, como de persona satisfecha.

—Un santo —murmuró en voz baja.

—Más o menos. Y siempre ha hecho referencia a su buen corazón, aunque siempre, también, utilizando una coletilla referida a lo que le había pasado, de lo que no quería decir nada, al menos hasta que un día la acorralamos entre Daniel Arana y yo, y ella se vio obligada a contarnos algo.

—¡Ah! Daniel Arana, el poeta maldito... Pero, sigue, sigue, no te detengas ahora.

—Fue cuando yo vi en la sala de subastas de la calle Bidebarrieta, la que está al lado de la biblioteca...

—Sé dónde está esa sala de subastas —me interrumpió—. De hecho, la he visitado no hace mucho. Lo sabes, ¿verdad?, para evitar que se diera una tragedia innecesaria que en otro momento trataré de explicarte. Ahora continúa, por favor.

—Pues eso, que yo vi *Clavicula Salomonis* en la sala de subastas y le pregunté por ese libro a Daniel Arana.

—¿Y por qué preguntaste por ese libro, precisamente ese, y a él?

—No lo sé exactamente. Solo puedo asegurar que me llamó la atención cuando lo vi, y como él es un escritor, pensé que era la persona más indicada para satisfacer mi curiosidad.

—¿Y...? —me urgió.

—Estábamos hablando de eso mismo en la biblioteca cuando nos sorprendió la madre Esperanza, y una cosa llevó a la otra. De alguna manera conseguimos que nos dijera algo referido al incendio ocurrido en la parroquia de Portugalete, que no coincide completamente con lo que me ha contado usted... —me detuve, tratando de sustituir el *usted* por el *tú*, para así evitar hacer viejo a un viejo que en realidad era viejo, aunque quizá solo lo fuera a mis ojos y no tanto a los suyos, o quizá lo era tanto también a los suyos y aún así se negaba a aceptar la evidencia.

—Poco a poco —dijo, y creí que había leído en mi pensamiento, como hacía tan a menudo, si en verdad lo leía como yo suponía que hacía y no se limitaba a utilizar la lógica de la que hablaba con absoluta familiaridad.

—Lo demás lo fuimos hilvanando entre Daniel Arana, Andrés Madariaga y yo misma.

—Así que también Lenin sabe algo.

—También —admití—. Siento haber irrumpido en su intimidad como un elefante en una cacharrería.

—Yo no. Quien lo siente de verdad es la madre Esperanza, obcecada como está en preservar al precio que sea el buen nombre de la Iglesia, y también de la fe que a toda costa se empeña en poner por delante de la lógica. ¿Tú tienes fe?

Agaché la cabeza. No podía decir que no, porque no era absolutamente cierto; tampoco podía decir que sí, porque si lo hubiera hecho hubiera exagerado la simpatía que sentía por el Dios que seguramente existía, a pesar de todo, también de mis dudas, que me iban creciendo conforme aumentaba mi conocimiento.

—Si mi fe, que la tengo a pesar de todo, ya no es tu fe, eso no me importa. Tampoco si los credos que hayamos profesado en otro tiempo han sido dispares o no. No juzgo a las personas por la clase de fe que profesan. Solo he preguntado por preguntar, por saber algo de ti, ya que tú sabes tanto de mí.

De cuando en cuando mis ojos se iban hacia la biblioteca, tan cuidada, en medio del caos que se daba en el resto de la estancia. Él se dio cuenta, pero no dijo nada al principio.

—Estaba diciéndome lo del viejo moribundo —le animé a seguir.

—Es cierto. El viejo moribundo, en cuya casa me recibieron por error, o por el exceso de confianza de un muchachito que le cuidaba a ratos sueltos. Figúrate: le dejaban a cargo de un mocosito, a él, que tenía tanto dinero, el que heredarían los tres hijos que aguardaban su muerte como se aguarda la lluvia en períodos prolongados de sequía. ¡Mal nacidos! Si en mi mano hubiera estado...

—Entonces, si con aquella biblioteca tan valiosa pudo haberse hecho rico...

—Por qué no te dedicaste a la buena vida, ¿no? ¿Quieres decir eso?

—No, exactamente. El dinero no es lo que más me importa.

—¿No? ¡Vaya, qué sorpresa! Una persona que no antepone el dinero a cualquier otra cosa. ¡No lo dirás solo porque tienes bien cubiertas las espaldas! Mira que si es así, no tiene mucho mérito ese arranque tuyo de filantropía. Claro que, bien mirado, son sobre todo los muy ricos quienes siempre desean tener algo más de lo que ya tienen, por eso son ricos y siguen aumentando su riqueza en una equivalencia que resulta idéntica al aumento de su avaricia.

No respondí. Entendí que de cuando en cuando precisaba bordear las orillas de su historia, como si por la continua inmersión en unos hechos que parecían resultarle dolorosos necesitase algún respiro.

—¿Sabes lo que había en aquella biblioteca? —me miró con los ojos muy abiertos, como si pretendiera abarcar con ellos mucho más de lo que había a su alcance en aquellos momentos; y dijo casi con reverencia:— ¡Oro! ¡Oro puro en forma de libros antiquísimos! El hombre había viajado mucho durante toda su vida y su mayor diversión consistía en visitar librerías de viejo. En uno de esos lugares, creo que fue en la ciudad de Viena, encontró el ejemplar curiosísimo de *Opus mago-cabbalisticum*, una obra mencionada en la biografía de Goethe, ya sabes, el autor de *Fausto*. Bueno, pues *Opus mago-cabbalisticum* resultó ser una obra de saber hermético. Me figuro que ignoras de qué te hablo. No importa, en otro momento trataré de explicártelo como mejor

pueda. No, mejor será que lo haga ahora, no vaya a ser que luego me despiste. Las obras de saber hermético deben su nombre a un filósofo egipcio de nombre Hermes, cuyos tratados referidos a todas las ciencias estaban reservados únicamente al estudio de las castas sacerdotales. Los egiptólogos han encontrado algunos fragmentos de esas obras escritos en papiros en carácter hierático, que en la época alejandrina fueron traducidos al griego.

Hizo un alto antes de seguir, sin duda suponiendo que yo no había digerido del todo aquellas informaciones, así que me hizo saber que muchos cientos de años atrás los hombres no estaban encorsetados por las leyes que rigen la lógica, de manera que eran libres para experimentar con todos los elementos que había a su alrededor, y que ahí nacieron los sortilegios, el uso de las malas miradas, la interpretación de palabras secretas y hasta la utilización de las energías que aquellos poderes iban proporcionándoles, por eso llegaron a alcanzar el grado superlativo del saber, circunstancias que pueden ocasionar fenómenos inexplicables. Y volvió a las obras de saber hermético:

—No sé si sabes que Goethe era un apasionado de esta clase de obras, y que durante un largo período de su vida las estudió concienzudamente en compañía de un grupo de amigos interesados en el más allá, a los que se había unido en su deseo de adentrarse en los mundos esotéricos a los que era tan aficionado. Puedes figurarte mi alegría cuando me enteré, porque venía a refrendar lo que yo ya sabía que existía, y a partir de ese momento con mayor seguridad. Pero el poder, que es inmenso, también puede ser destructivo en la misma medida. Baste decir, para que te hagas una idea, que por entonces sucedieron aquellas terribles inundaciones que arrasaron el Casco Viejo de Bilbao, y que a día de hoy nadie se explica, aunque muchos de quienes se autocalifican como expertos desarrollaran unas teorías que en realidad casi nada pudieron aclarar. Algún día, cuando seamos más sabios; cuando hayamos alcanzado un nivel de inteligencia que esté a la altura del cerebro que poseemos, del que utilizamos una ínfima parte; cuando no tengamos miedo de reconocer que la naturaleza tiene un poder extraordinario, se podrán entender muchos de los desastres que han ocurrido en el mundo. Mientras, querida niña, los estudiosos de todo y entendidos en casi nada seguirán haciendo cábalas, mareando a la gente con teorías enrevesadas, pero no llegarán a conclusión alguna que acierte a explicar tantos desastres.

Volví a mirar hacia la estantería repleta de libros, algunos sin títulos visibles en los lomos, y entonces él me dijo:

—Sé que estás deseando ver con detalle lo que guardo ahí. —Es por curiosidad.

—Ahí está la clave de todo: la curiosidad. La curiosidad bobalicona e irresponsable nos pierde. También si ignoramos lo que vamos a encontrar. Uno ve un libro y lo lee, o trata de hacerlo, aunque no sepa en qué lengua está escrito. Y, permíteme decirte que no siempre es bueno dejarse llevar por la curiosidad.

—Pero, es bueno leer.

—Algunas veces, no. Hazme caso. Hay veces que es preferible pasar de largo, también si nos atrae mucho el contenido de un libro. —Me gustaría saber —le confesé.

—¿Para qué? ¿Para aislarte del mundo? ¿Acaso ignoras que saber demasiado obliga frecuentemente a la soledad? Eres muy joven todavía para apartarte de la vida.

—No estoy segura de querervivir la vida que se vive ahora, con la prisa que nos lleva a trompicones por donde le da la gana. Cada vez se hace más necesario el triunfo en lo que sea, de la forma que sea. Y si no ocurre así, uno está perdido, porque se vuelve transparente.

—Si sabes que eso ocurre y aún así quieres seguir por el camino que tú misma te has trazado, olvídate de saber más de lo que sabes, porque ya sabes suficiente, al menos por ahora.



—Pero, algún día...

—No tengas prisa.

—¿Cuándo podré ver esos libros? —insistí.

—Por eso miras con tanta insistencia la estantería, ¿no es así? Pues sí, tienes razón, están ahí, o muy cerca, en cualquier caso, pero pronto dejarán de estarlo. No es bueno que exista una tentación semejante al alcance de cualquiera. Entiéndeme, no creo que tú seas *cualquiera*. Por cualquiera me refiero a cualquier desaprensivo que pretenda utilizarlos en beneficio propio. Fíjate en mí mismo, sin ir más lejos, que no pude reprimir mis deseos de ir a la búsqueda de la *Sabiduría* absoluta. Y después, y eso sí es un grave error, cometí la torpeza de donarlos alegremente junto con los otros que sirvieron para hacer esta casa, sin prever antes el lugar al que irían a parar, ni las manos que los tocarían. No sé si lo sabes, pero la mayor parte de aquella valiosa biblioteca que heredé fue a parar a los fondos de la Diputación, a cambio de mucho dinero, que después se empleó en construir este lugar. Sin embargo, y por eso utilicé antes el término *desaprensivo*, alguien entresacó algún ejemplar, entre ellos los que son tan peligrosos, y empezaron a ocurrir sucesos para los que no hay explicación posible.

—¿La niebla?

—Seguramente. ¿Recuerdas ahora por qué quise hacer hincapié en que durante algún tiempo tuve *Clavicula Salomonis* en mi poder?

Asentí, aunque sin entender del todo por qué quiso desvincularse del libro, o cómo fue que cometió la insensatez de consentir que alguien pudiera descubrir lo mismo que él ya había descubierto. A continuación, sin embargo, me lo explicó, como si en su fuero más interno pretendiera guiarme por todos y cada uno de los secretos acerca de los cuales iba ilustrándome:

—No puedo afirmarlo rotundamente, pero se trata de un fenómeno que es razonablemente sencillo de expandir si se conocen las fórmulas de poder necesarias para atraerla de un modo tan persistente como ha sucedido todos estos meses. Imagino —continuó— que a estas alturas ya no te extrañarás al saber que existe la posibilidad de hacer que se dé casi cualquier fenómeno meteorológico, por extraño o exagerado que parezca. Los cuatro elementos son poderosos en sí mismos, si se conoce el modo de emplear las fabulosas posibilidades que ofrecen. El Aire, que llega allí adonde quiere llegar, se agita y se cuela por cada rincón que le apetezca, une a su antojo lo que mejor le parece, se mete en los seres y contagia influencias que afectan a los sentidos. El Fuego destruye, alumbrando secretos y manifiesta su persistencia merced a la inmensidad que puede abarcar. El Agua es el inicio de la vida conocida, transportadora de todos los gérmenes que acoge por ser viajera en su ciclo vital, manifestado en cualquier circunstancia. Y por último, y no por ello menos importante, la Tierra, que posee todos los gérmenes y los alimenta para que se conviertan en lo que sea menester que acaben siendo.

—Por eso recuperé el ejemplar de *Clavicula Salomonis* de la subasta.

—Sí, por eso mismo. Precisamente por eso. Pero también recuperé *Opus mago-cabbalisticum*, del que nada sabías, pero también estaba en ese lugar, me figuré que después de haber enriquecido o beneficiado de algún modo a quien los hubieran poseído el tiempo suficiente. La suerte es que quien quiera que los haya utilizado acabó cansándose, o solo asustándose por todo lo que puede conseguirse. No me extraña, si resulta, como intuía, que sus poderes se incrementan con el paso del tiempo. Yo mismo me sorprendí apenas recuperé los ejemplares de la sala de subastas, cuando una nimiedad que no entrañaba ninguna dificultad a punto estuvo de revolverse contra mí. La consecuencia, por fortuna, no pasó de una noche más de niebla, considerada una de tantas.

—Solo verlos —le dije—. Un vistazo rápido.

—No ahora. No mientras yo crea que tienes un futuro razonablemente halagüeño esperándote.

—Pero estoy sola, no me espera nadie en ningún lugar. —Está tu familia.

—No quiero saber nada de mi familia.

—¡Oh! No hablo de *esafamilia*, de la que yo tampoco querría saber nada si estuviera en tu piel. Hablo de la familia que será la tuya de verdad cuando la formes.

Estuve a punto de echarme a reír, de no haber mediado para impedirlo la vergüenza que sentía al reconocer mi absoluta incapacidad para relacionarme con gente de mi edad, y menos si esa gente era del género masculino. Me bastaba haber visto un par de veces a Marco para saber que solo podría interesarme por alguien similar a él, ante la inutilidad de hacerlo por él mismo, que ya tenía ocupado el corazón, y parecía que al completo. Solo Marco había hecho rebullir en mí aquello que estuviera destinado a ser movido por esa clase de sentimientos que hacen desear formar una familia, de ahí que sintiera deseos de reír ante la sugerencia planteada por un hombre que nada parecía saber de la vida normal que viven las personas normales a ras de tierra, aunque poseyera tantos conocimientos sobre cuestiones elevadas, de las que son capaces de sacudir los entresijos del mundo.

—Hay muchos chicos por ahí, solo hay que salir a la vida con los ojos bien abiertos para dar con ellos.

—Ya le he dicho que no me gusta el mundo.

—Pero no conoces gran cosa de ese mundo del que reniegas, ¿o sí? No sabes casi nada. Hay montones de sensaciones que aún no has descubierto, y por tanto no has podido experimentarlas como deben experimentarse las emociones.

—Debería saber que soy de natural apocada. Y miedosa. Y que no obtengo placer de casi nada, salvo de hacer mi trabajo, que es muy solitario, y seguramente lo elegí por eso.

—Bien —dijo entonces—, pues será como tú quieres que sea: te explicaré lo que sucede cuando se tiene acceso a la clase de poder por la que suspiras. Mas, déjame preparar lo que he de decirte, para no perturbar tu mente más de lo que ya lo está, y me figuro que lo está mucho.

Me dispuse a tomar asiento junto al escritorio abarrotado de papeles, algunos arrugados, otros alineados cuidadosamente, guardando un orden que parecía dotarlos de una importancia que no tenían los que estaban por ahí, diseminados de cualquier forma, unos estrujados, los otros desordenados o simplemente dejados caer al buen tuntún.

—¡No! ¡No ahora! —exclamó con un énfasis que me sorprendió, tan alejado de la afabilidad con que se había comportado—. Ahora debo pensar. Tu presencia me ha enervado los ánimos en exceso. He recordado situaciones que no tenía el menor interés por traer de nuevo a mi presente y se me han alterado los pensamientos, hasta los más insignificantes.

—Lo siento, lo siento mucho, pero como dijo que le gustaba que hubiera descubierto su secreto, y que le vendría bien confesarse...

—¿Sí, lo dije? Pues entonces sería verdad, al menos hasta que el ejercicio práctico de recordar me ha traído a la memoria algunas situaciones que se han colado subrepticamente y me han agotado en demasía.

Beltza se incorporó de pronto, se situó a mi lado, diríase que pretendiendo escoltarme, y caminó conmigo hasta la puerta, que crujió lastimeramente como tenía por costumbre hacer. Antes de salir le hice una pregunta más al hombre que me miraba con superioridad desde sus ojos acuosos:

—¿No va a salir de aquí ya nunca más?

—¿Salir al mundo, dices? ¿Salir abiertamente? No; de esa manera no. Seguiré paseando por ahí cuando necesite hacerlo. Vagabundeando, más bien, preferiblemente durante las noches, y más si son oscuras, de las que no están alumbradas por la luna embaucadora que todo lo distorsiona para hacer vulnerables a los seres que creen encontrar protección y amparo en el brillo de su luz, pero nunca de otro modo —respondió desde el extremo opuesto de la estancia, que en ese momento me pareció muy grande, mucho más que la primera vez que me adentré en ella, y también más llena de vida, con una calidez que me hizo entender la complacencia que Telmo Barandiarán sentía viviendo allí.

El perro se acercó aún más a mí con actitud zalamera, me lamió una mano y a continuación me empujó las corvas con el hocico. Cuando miré hacia atrás estaba meneando el rabo y entrecerrando los ojos. Me pareció que trataba de hacer una broma que tenía que ver con los empujones que me propinó cuando me obligó a llegar a la casa guiándome a través de la niebla. Y me sobresalté por la gestualidad de su hocico, más propia de un rostro humano.

## XXII

*CAMINÉ POR EL JARDÍN CON PASOS* deliberadamente pausados, mientras recibía la tibieza de los rayos del sol, para entonces instalado en lo más alto del cielo, en un cenit desde el que ya solo podía descender hacia el horizonte que lo engulliría sin remedio, aunque hubiera deseado avanzar lentamente, como hacía yo, querencia imposible en su caso, por el deber que tenía de hacerlo a su justa velocidad, ni más lenta ni más rápida de lo que le era dado hacer, por más que lo pretendiera, por ser esta una capacidad exclusivamente humana, y es una cualidad en la que raramente pensamos las personas, perdidas las más de la veces en pensamientos elevados que solo consiguen hacernos infelices, en lugar de recrearnos en las ventajas que tiene el hecho de gozar de albedrío. Pero ya me recrearía en mi superioridad en otro momento, me dije, así que me froté los ojos con los dorsos de las manos y traté de despertar de aquella pesadilla que a ratos era agradable y a ratos se convertía en una sucesión de incongruencias que a la luz del día me parecían imposibles de narrar de manera ordenada. Y debía hacerlo. No le había pedido permiso para contar su historia a nadie que fuera ajeno a mí o a él mismo, pero él tampoco me lo había prohibido expresamente, no para hacer burla o chanza de nada de cuanto me había confiado, sino para cumplir la palabra que tenía empeñada con Daniel Arana y con Andrés Madariaga. Si en algún otro momento llegué a pensar que lo que era suyo no me pertenecía, aunque me lo hubiera prestado, había cambiado de idea, suponiendo que no sería una deslealtad hacer partícipes de aquel episodio a quienes me habían ayudado a veces a entenderlo y otras simplemente a aceptarlo sin volverme loca.

Finalmente me senté en un banco que quedaba bajo un árbol protegido parcialmente de la fuerza del sol, pensando en cómo relataría aquel asunto —¡tan peregrino, por Dios!— que tenía que ver con la existencia de libros capaces de despertar la sabiduría de las personas, de desencadenar las iras más furibundas de los elementos de la naturaleza y hasta de hacer brotar lo que se esconde tras el alma que posee todo cuanto se conoce, ya sean árboles, ya polvorientos caminos, ya estrellas fulgurantes, ya insignificantes riachuelos, por más modestos que parezcan en comparación con las grandes extensiones oceánicas; todo con su alma propia, tan afín a la nuestra como una gota de agua a otra gota de agua. Y pensé si debía hablarles a mis amigos de magia o solo de fuerzas extraordinarias que se cuelan por los sentidos de quienes así lo desean. ¿O debía asumir, quizá, que, aun no queriendo hacerlo, solo estando cerca, hay *algo* que invade a pesar de todo, y rellena los huecos que no se han ocupado con el conocimiento convencional?

Aquellos dos seres a quienes debía trasladar lo que había averiguado eran, además, y para más abundar en la dificultad a que me enfrentaba, contrarios a cualquier cosa que los separara de la tierra. Uno era un poeta resentido con el mundo, descreído de todo, escéptico en cuestiones espirituales y aún más en las terrenales. El otro, por contra, solo creía en lo que veía, y no siempre estaba seguro de ver lo que le decía el corazón que habían visto sus ojos. El dilema era grande, y más grande aún era mi desconocimiento de casi todo, que me impedía explicar con eficacia aquello que yo misma no estaba absolutamente capacitada para entender cabalmente.

El sonido de un coche aproximándose aplazó mis preocupaciones. Escuché el ronroneo característico del motor cuando desacelera para maniobrar y esperé a que estuviera en la puerta de entrada para saber quién lo conducía.

Marco se apeó y, sin molestarse en empujar la puerta por la que acababa de descender, que

dejó abierta, trotó hasta aproximarse a los escalones de la entrada, tres, que salvó de un salto ejecutado con agilidad, y de nuevo hizo el recorrido a la inversa, esta vez para abrir el maletero del vehículo, del que sacó varias cajas que fue apilando en el suelo. Después abrió una de las puertas traseras y se introdujo dentro dejando medio cuerpo oculto, momento en el que la hermana Lourdes, seguida de la hermana Teresa, apareció por la entrada principal de la casa, lo que me hizo suponer que en su primer acercamiento había aprovechado para llamar al timbre. Entonces Marco debió escuchar los pasos de las monjas, pues abandonó lo que estuviera haciendo en la parte trasera del coche y se dirigió al encuentro de las religiosas, estas con las manos en la cara, como cuando se recibe una sorpresa muy grande o no se sabe bien qué decir a propósito de una buena noticia que se ha recibido. A continuación salió la madre Esperanza, a quien seguían varios de los habitantes del refugio, con la Bella Charito al frente que, pese a liderar al grupo, parecía la más desubicada, como le ocurría siempre. Pensé entonces si la pérdida de la belleza física no será la peor de las pérdidas, por ser la que más se ve y de la que más se disfruta cuando se posee en demasía, si es que es apropiado decir que la belleza llega a ser excesiva cuando es muy extraordinaria en una persona.

Sentí un deseo inmenso de compartir el alborozo que estaba dándose, pero deseché la idea a fin de no perder la esencia de lo que estaba viendo, y era tan normal, tan apegado a la tierra; tan elemental como ver a alguien obsequiar a quienes nada tienen; tan evidente como la necesidad de subsanar carencias ordinarias. La normalidad de la vida, en suma, también si en aquel lugar hablar de normalidad era tan relativo como lo era hablar del sentido de la vida en un velatorio.

Finalmente los bultos fueron introducidos en la casa y con ellos las personas a quienes iban destinados. Solo cuando estaba a punto de cerrarse la puerta se percató la hermana Salvadora, que también había salido un poco más tarde, alertada por tanto alboroto, de mi presencia en el banco, medio escondida entre las casi sombras proyectadas por el escaso follaje del árbol. Caminó hacia mí con parsimonia, venía sonriendo beatíficamente, la falda de la bata arrugada y manchada de cualquier cosa que le hubiera salpicado, y me pareció feliz, aunque no fuera una mujer sabia, ni pudiera llegar a serlo y ni siquiera se lo planteara como un objetivo primordial.

—Se está bien en el jardín en este tiempo. Ya era hora de que la niebla nos dejara en paz —dijo.

—Ya han florecido las hortensias —respondí, mirando hacia los macizos de rosetones azulados que crecían en una isla de hierba salpicada de pensamientos que ocultaban parcialmente las ruedas del coche de Marco.

Y aún seguimos así un rato que se me hizo muy corto, intercambiando frases sin mucho sentido, solo destinadas a hacernos saber la una a la otra que estábamos allí. Ella lo estaba, en realidad, por ser quien más apegada vivía a la cotidianidad. Yo, en cambio, igualmente podría haber estado en cualquier otro lugar, sin que nadie se hubiera percatado de mi ausencia o de mi presencia. Ni siquiera me preguntó dónde me había metido todo el tiempo que medió entre mi llegada a la casa y ese momento. Y, si sabía dónde había estado, no parecía importarle demasiado lo que hubiera podido averiguar, y mucho menos de qué manera me habría afectado o solo influido.

Otro mundo, sí; otro mundo que transcurría paralelo a la realidad de andar por casa, pero tan poco importante para quienestransitaban por la normalidad.

—Te lo dije: que cuando hiciera sol varios días seguidos, aquí daría gusto estar. ¿Te quedas? Yo debo entrar ya, se hace tarde. ¿Cenas con nosotros? Deberías ver todo lo que nos ha traído Marco...

—Está bien que su dinero sirva para algo útil —se me ocurrió decir, y de inmediato supe que

había sido injusta con alguien generoso, también si tenía dinero; el dinero no hace obligatoriamente seres generosos.

—Es un buen chico —respondió ella, como si serlo (buen chico) paliara cualquier desajuste—  
¿Vienes?

Lo dijo como si no hubiera entendido lo que yo quise decir, o si aun entendiéndolo había dado por no escuchado lo que sí dije y quedó flotando en mi ánimo. Aquí estaba, otra vez, la escenificación del desdoblamiento de pretensiones que interesa desigualmente a los actores que representan la vida en dos escenarios diferentes, aunque circunstancialmente ocupen el mismo espacio físico.

Mientras caminábamos en silencio hacia el interior de la residencia, ella admirándolo todo con el hambre en los ojos de quien se siente completamente satisfecha, creí descubrirme un resto de envidia que no supe bien a qué atribuir: si a la satisfacción que ella experimentaba y a mí se me negaba, o solo a mi lastimosa indefensión de mí misma y mis circunstancias. Ya dentro de la casa, en el vestíbulo donde se repartían las puertas de las estancias inferiores y el acceso a la escalera, me di de bruces con el gran revuelo organizado alrededor de las bolsas llenas de ropa que, sobre todo las mujeres —los hombres se comportaban en su mayoría como meros elementos contemplativos—, examinaban con una curiosidad salpicada de sorpresa lo que iban encontrándose. A través de la puerta del comedor, ligeramente entornada, me llegaron a duras penas las voces de la madre Esperanza, de la hermana Teresa y de Marco, débiles murmullos casi inapreciables entre el griterío de quienes se alegraban por lo que encontraban o se enfurecían si habían equivocado la percepción de lo hallado. Me sentí tentada de encaminarme hacia el lugar de donde venían los susurros, pero preferí quedarme allí, parada en medio de ningún sitio, todo el tiempo que me fuera posible, para tratar de robar de aquella escena alguna emoción que me proporcionara una satisfacción semejante a la que me pareció que había sentido la hermana Salvadora hacía unos instantes en el jardín.

Fue muy poco, por cierto, el tiempo de que dispuse, apenas el que necesitó Andrés Madariaga para percatarse de mi presencia, momento en el que soltó lo que sujetaba entre las manos, y tenía mangas, pues de una de ellas estaba tirando cuando lo dejó caer en lo alto del montón de ropa que se había formado, y fue hacia el lugar desde el que Daniel Arana, dándome la espalda, contemplaba lo que estaba sucediendo, como hacía yo misma, quién sabe si también pensando algo parecido, o ni siquiera pensando, solo observando la reacción de las personas cuando reciben lo que creen merecer, aunque nunca acaben de estar conformes con todo lo que reciben y siempre deseen un poco más.

El poeta me observó brevemente y después miró hacia la puerta entreabierta del comedor, para de nuevo volver a mirarme. A continuación se inclinó de costado hacia el lado donde está la escalera y nuevamente me miró antes de deslizarse sigilosamente escaleras arriba y desaparecer de mi ángulo de visión. Estaba a punto de cruzar el vestíbulo para unirme a la tertulia del comedor cuando escuché siseos que me obligaron a levantar la cabeza, para descubrir, en la parte alta de la escalera, al poeta que me hacía señas desde la balaustrada donde se apoyaba, creí que indicándome que subiera, cosa que me disponía a hacer cuando la madre Esperanza reparó en el mí y también me reclamó. Después de dudar unos segundos decidí acudir a la llamada de la monja, no sabía si para evitar desairarla o para ver de cerca el rostro de Marco. Tan distinto ese rostro que me hacía pensar en emociones que en mí no se habían dado y quizá nunca se darían así nunca más, del que tenía Rosalía cuando pasé junto a ella, que asistía desde su silla de ruedas al reparto del botín; acompañándola estaba Carmelo, el músico que ya solo lo era en su corazón y un

poco en la memoria que conservara de los conciertos que nunca más daría, salvo en lo más recóndito de su alma, el único lugar del universo que solo puede ser habitado por uno mismo o por aquello a lo que uno ame más.

—Únete a nosotros, anda. Dejemos que ellos disfruten un rato de las cosas que les ha traído Marco, al que ya conoces, supongo.

—De pasada, ¿no es cierto? Solo nos hemos cruzado alguna vez, pero sin apenas tiempo para intercambiar unas pocas palabras —dijo él, que se levantó con la mano extendida esperando estrechar la mía.

—Esa anomalía se subsanará si Dios quiere —intervino la monja—, ahora que empezamos a gozar de buen tiempo. Con los días más largos y la desaparición de la niebla que nos ha tenido acogotados, todo volverá a la normalidad.

—Sí —me limité a decir, aunque hubiera deseado decir muchas más cosas que se negaron a salir de mis labios, absorta como estaba mirando los ojos azules de Marco, que siguió hablando con las monjas como si yo no estuviera allí.

—Le comentaba a Marco —dijo la hermana Teresa— que no era necesario traer tantas cosas.

Marco sonrió, y, si hubiera conocido algo más de lo que conocía de él y del modo que tendría de expresar las emociones que le anduvieran por dentro, hubiera dicho que halagado. Mientras hablaban yo me aburrí, y creo que me sentí desplazada. En verdad, una conversación no puede forzarse. Tampoco una atracción. Ni siquiera la simpatía que no es posible sentir por quien uno quiera, por mucho que desee hacerlo. Como no lo es dejar de sentir lo que uno siente por quien no lo merece, tampoco si se sabe a ciencia cierta que no lo merece, o aunque lo merezca.

—Bueno —dijo al cabo de un rato Marco—, creo que ya es tiempo de que me vaya. En casa dije que estaría de vuelta enseguida. —¿Tu familia está bien? —le preguntó cortésmente la madre Esperanza.

—Sí, sí, bárbaro. Todos están bien. Muy agradecido por su interés. —Ya sabes que rezamos cada día por ellos.

A continuación se dedicaron otras frases amables a las que yo nada pude añadir, por más que fueran simples fórmulas de cortesía, de esas que se utilizan cuando se quiere manifestar un afecto que de otro modo no se podría hacer llegar a quien se tiene delante, pero con quien solo puede intercambiarse agradecimiento y simpatía, pues nada más hay que sea común a esas personas. Y aproveché que ellas iban con él hacia la puerta de la calle para rezagarme y subir las escaleras lo más deprisa que pude, tratando de no fijarme más en Marco, que no sé si se dio cuenta de cómo le miraba, apenas disimulando la emoción que me producían sus ojos, tan azules como si un frasco de añil los hubiera teñido extraordinariamente.

Encontré al poeta sentado en un sillón de la biblioteca, frente a Andrés Madariaga, que ocupaba un extremo del sofá. Ambos miraban hacia la puerta, como si hiciera mucho rato que aguardaban mi llegada, de ahí que me viera obligada a disculparme inmediatamente por mi tardanza.

—Ya supongo que te retuvo la *sargento mayor* —respondió Daniel Arana a mis disculpas—. No te preocupes, lo entendemos. Y ahora, dinos, esperamos noticias frescas —me urgió.

—No sé por dónde empezar —reconocí.

—Por el principio —dijo—. Siempre se empieza por el principio. —Ojalá supiera dónde está el principio.

—¡Ah! Si la cosa es tan complicada... Pero podemos echarte una mano, si quieres —se ofreció Daniel Arana.

—Empieza por contarnos por qué está escondido —abrió el fuego Andrés Madariaga.

—Por miedo —simplifiqué.

—¿Miedo?

—Miedo, sí. Miedo a sí mismo y a las consecuencias de sus actos. Y porque dice que no le gusta saber todo lo que es capaz de saber sobre las personas con las que se cruza. Es una reclusión impuesta por sí mismo, aunque las monjas están encantadas de no tener que dar explicaciones de los actos con los que ha estado relacionado.

—¿Ha matado a alguien? —preguntó el poeta abriendo los ojos como platos.

—¡No! Claro que no. ¿Cómo creen?

—¿Entonces...?

—¿Saben? Tiene *Clavicula Salomonis*, pero también otro libro de saber hermético que se llama *Opus mago-cabbalisticum*.

—¿Libros de saber hermético? ¿Estás segura? —trató de cerciorarse el poeta de que había escuchado lo que en verdad había escuchado, pues era exactamente lo que yo había dicho.

—Sí, lo estoy.

—¿Y sabes tú qué clase de libros son esos libros? —insistió. —Él me lo explicó —afirmé.

—Muy considerado por su parte. —Se rascó la sien derecha con el dedo índice de la mano del mismo flanco—. Pero seguro que no te dijo que el tal Hermes fue un sabio del que se dice que en un mismo acto se apareció a varios discípulos suyos que se hallaban a distancias considerables unos de los otros. Y que era capaz de hacer oro solamente soplando sobre tierra o plomo. Y más aún, que se hacía invisible y...

—Vale, vale, no la sigas abrumando así —le interrumpió Lenin—. Pero, ¿los has visto? —se dirigió entonces a mí.

—¿A qué se refiere exactamente, a que si los he leído, o solo ojeado? Pues no; no me ha dejado. Dice que no quiere apartarme de la normalidad en que debo seguir viviendo. Y que es un peligro asomarse a ciertas formas de conocimiento.

—¿Pero tú le has dicho que quieres verlos? ¡Porque quieres verlos! ¿Me equivoco? —intervino el poeta.

—No estoy segura. Antes creía que sí. Ahora, sin embargo, lo dudo. Me da miedo adentrarme en mundos extraños.

—¡Pero yo sí quiero hacerlo! Deseo conocer lo que se esconde al otro lado de esta estúpida cotidianeidad que me niego a reconocer como normal. ¡Qué quieres que te diga! No puede ser que todo lo que tenemos a la vista sea lo único que de verdad existe. Hay algo más, tiene que haberlo, yo lo sé, lo siento aquí. —Se golpeó con el puño cerrado a la altura del pecho—. Y él tiene la llave que me permitiría salir de esta tontuna que nos consume como a borregos que solo sirven para comer, beber, dormir, deambular por el mundo como gilipollas al son que tocan quienes nos gobiernan, y otra vez dormir cuando se hace de noche. ¿Verdad que tú también sabes que hay algo más? Dime, por favor: ¿cuál es el secreto?, ¿dónde está el poder que hace grandes a los hombres que son verdaderamente grandes?, y no me digas que todo es cuestión de talento, porque no me lo creo. El talento es preciso, de acuerdo, y también reconozco que imprescindible las más de las veces. Después, sin embargo, hay que contar con la suerte, coquetear con ella, y la suerte no depende únicamente del talento. Uno puede tener mucho talento y pasarlas putas hasta que logra un fin que sea adecuado a sus capacidades Y digo más: si me dan a elegir entre suerte y talento, me quedo con la suerte.

—¿Con la suerte o con el azar? —le interrumpió Andrés Madariaga.



—¡Qué más da! —respondió el poeta, que se hallaba fuera de sí, con los ojos brillantes, no sé si de codicia o solo de emoción.

—No da igual, amigo mío. No puede dar igual. La suerte, según yo lo veo, es una especie de rifa que solo determina quién es el dueño del boleto que ha salido premiado, apenas una casualidad. No hay que hacer nada extraordinario, salvo comprar papeletas. El azar, en cambio, es un compendio de situaciones que hacen que la gente esté en un lugar u otro, pudiendo participar de la elección de ese lugar, quizá en previsión de que algo pueda ocurrir.

—¡Bobadas! Estás explicando con palabras distintas dos situaciones que son iguales, o parecidas, por no decir abiertamente que solo difieren entre sí en la grafía con que se escriben.

La alusión a la grafía de las palabras que hizo Daniel Arana me dio pie para iniciar por algún sitio el relato pormenorizado, o al menos ordenado en la medida de mis posibilidades, de lo que debía contarles.

—¿Saben que el significado de las palabras es muy importante, y también el modo de pronunciarlas? —traté de resumir una máxima que para mí era aún un galimatías incomprendible.

—Sí, seguro que lo es —aseveró Daniel—. Tiene que serlo, de otro modo sería imposible que funcionaran las fórmulas que se esconden en ciertos tratados que en verdad sirven para modificar a placer situaciones que parecerían de lo más normales, si no fuera por el modo en que están dispuestas las palabras.

—Te desconozco —le dijo Lenin—. Desconozco en ti esa mirada de ave de presa que se te ha puesto apenas ella ha mencionado esos dos títulos que parece conocer tan bien. De repente te has convertido en un ser completamente diferente al ser que eras antes de escuchar esos nombres que nombran lo que parece albergar tanto peligro. Seguro que el hombre ese tiene razón, y no deben utilizarse, ni siquiera verse.

—¡Paparruchas, camarada, paparruchas! Él dice lo que dice porque ya sabe todo lo que se puede saber. Para él es fácil decidir que no vale la pena mostrar a nadie lo que esconden esos tratados, verdaderas maravillas que se escribieron hace ya tanto que hasta su origen se pierde en la noche de los tiempos. Pero para mí serían un bálsamo que me ayudaría a curar el alma de tanta insatisfacción como he sufrido. ¡Han sido tantas injusticias! ¿Te imaginas...? ¿Eh? ¿Te imaginas, camarada, que logro cruzar al *otro lado*? ¡Sería como si el destino me pagara la deuda que tiene contraída conmigo.

—Escucha, Daniel. Parece que viene alguien —advirtió en un susurro Lenin.

Cuando la madre Esperanza entró en la biblioteca sentí que un peso muy grande se había desprendido de mi cuerpo. La conversación entablada por los dos hombres estaba horripilándome hasta el punto de desear momentáneamente no haberlos conocido; no haber conocido, en realidad, ese lado oscuro que escondía Daniel Arana. Y quién sabe, en verdad, cuántas personas más, de las que no alzan la voz cuando no tienen argumentos ni poder ni posibilidad de hacerse escuchar por alguien que sirva a sus intereses, o capacidad para hacer valer los suyos.

—Parecéis conspiradores en tiempos difíciles —dijo la monja riéndose.

—Hay que matar el tiempo como se pueda, ¿no le parece a usted? Y usted ya sabe de lo que le hablo, por la práctica que tiene en matarnos a todos nosotros un poco cada día, para sentirse más útil y demostrar así su prodigiosa bondad —respondió el poeta, de pronto tan parecido al ser irónico y mordaz que conocí al principio de todo, incomprensiblemente despojado de la avaricia que apenas acaba de exteriorizar.

—¡Ay, Daniel! No cambiarás nunca.

—Se hace lo que se puede, madre. Yo soy como soy, y usted... usted no es de ninguna forma, ya

que su Dios no le permite otro comportamiento que no sea el del acatamiento y la complacencia en aceptar lo que se tiene, sin aspirar a más, pero espero que tampoco a menos. Qué curioso, ese Dios suyo, que obliga a quedarse con lo que a cada cual le haya correspondido en el reparto tan desigual que hizo él mismo de los dones que depositó en la tierra en el principio de todo.

—No pienso discutir contigo ahora, Daniel, si es lo que pretendes. Ahora no tengo tiempo. En realidad vengo en busca de Maite, que, dicho sea de paso, no sé qué clase de disfrute encuentra en tu compañía. Todavía en la de Andrés, que es bueno...

—¡Madre! ¿Acaso ignora que Lenin es un comunista convencido? ¿Y no es el comunismo un enemigo en sí mismo de Dios y de la Iglesia que se fundó para mayor gloria suya?

—La política no es lo que más me interesa, ya lo sabes, seguramente por ser de lo que menos entiendo. Además, no tengo en cuenta esas pequeñeces a la hora de juzgar a las personas. He dicho que Andrés es bueno y lo mantengo.

Abandonamos la biblioteca y mientras íbamos por el pasillo todavía se escuchaba al poeta, que reía de buena gana, quién sabe si por la gracia que le había hecho la disputa dialéctica mantenida con la monja o por causa de alguna ocurrencia que hubiera tenido nada más dejar nosotras la estancia.

—Si no creyera en su buen fondo no sé qué hubiera hecho ya con él —dijo ella riendo también, y a la legua se veía que disfrutaba con esas pequeñas disputas—. Pero, dime ahora qué querías antes, cuando estábamos...

—¡Oh! Sí, ya... —recordé mi petición con cierto embarazo.

Por alguna razón que se me escapaba había decidido obviar la pregunta que había aplazado mientras estuvimos en el refugio de Telmo Barandiarán, relativa a la manifiesta incompatibilidad existente entre ciertos aspectos referidos al relato que me había contado fragmentariamente sobre las extraordinarias andanzas del cura caído en desgracia, pues entendía que, después de todo, quizá desconocía fehacientemente ciertos detalles, o quizá los había disfrazado voluntariamente para hacérmelos más digeribles. De pronto, y no sé por qué llegué a esa conclusión, sus aclaraciones ya carecían de sentido, teniendo como tenía al protagonista de la historia a mi disposición, y era evidente —al menos así me lo parecía a mí— que su versión de los hechos, así como las circunstancias que lo habían colocado en la situación que ya conocía era, o al menos debía serlo, más exacta y por ello más fiable.

—Pero, tú misma dijiste que querías hablar conmigo —insistió ella.

—Sé lo que le dije, madre. Lo que ocurre es que cada vez son más cosas de las que debo hablarle, por las que deseo pedirle consejo. Tantas situaciones que van apareciendo... Es como un rompecabezas que se complica a cada rato un poco más.

—Imagino lo que está pasando por tu cabeza. Y, la verdad, no sé qué decirte, ni cómo consolarte. Si al menos pudiera orientar tu alma de alguna manera...

—Ojalá yo fuera normal.

—¿Y qué hay en ti, si puede saberse, que no sea tan normal como en cualquiera?

—Me refiero a la vida normal que llevan las personas normales. La gente tiene familia...

—Ya —dijo, como si en verdad comprendiera ella aquello que de ninguna manera podía esbozar yo, y mucho menos explicar con detalle, o solo con un orden que no era capaz de organizar en mi propia cabeza, que estaba a punto de estallar.

Traté, no obstante, de darme por satisfecha con esa aparente comprensión que no sé si después de todo no fue fingida, y procuré dar por concluida aquella conversación.

—Ni por un momento creas que desconozco la clase de dilemas que se te han juntado. Tengo

ojos en la cara, y veo lo que pasa en los corazones de quienes están a mi cargo, o cerca de mí. Será una especie de radar que se me ha desarrollado al cabo de tanto tiempo de andar tratando con seres humanos, por regla general de la clase de los más necesitados.

—Pues si lo comprende, madre, entenderá también que algunas veces ni yo misma sepa muy bien qué hacer o qué decir.

—Solo tú estás en el secreto de los deseos que se esconden en tu corazón. Solo a ti te compete decidir qué hacer con lo que sabes, y de qué modo has de utilizar los conocimientos que te han sido dados, bien sabes que a mi pesar, que deseaba mantenerte alejada de semejantes angustias.

—Han sido las circunstancias, madre. Una cosa ha ido trayendo a la otra. Ya sabe...

Guardó silencio la religiosa, quizá temerosa de enredarse en alguna clase de compungida complacencia tan del gusto de quienes poco pueden hacer a la hora de la verdad, como no sea sumergirse de pleno en las procelosas aguas que circundan a los más desorientados, y no es frecuente que tal implicación se dé con excesiva asiduidad, ni mucho menos con generosidad o desprendimiento. Ni siquiera me preguntó por las intenciones que tenía para las próximas horas. Supuse que le daba igual que me fuera o me quedara, y opté por marcharme, interiormente me dije que para no acostumbrarme en demasía a la compañía que allí disfrutaba y de normal no tenía. No es bueno sentir ajeteo alrededor cuando no se puede gozar de él con normalidad. Sí, sabía que podía recurrir a ese lugar cuando lo deseara, pero siempre serían ratos sueltos, momentos robados a la cotidianeidad, migajas que a la larga se revelarían insuficientes y conseguirían que mis vacíos fueran haciéndose más y más insondables.

Antes de cruzar la calle y enfilarse la pendiente que me llevaría hasta el transbordador, eché un vistazo a la casa, me detuve en la fachada ciega del refugio de Telmo Barandiarán, preguntándome si seguiría él allí en ese momento, o si estaría preparándose para escabullirse como una sombra y deambular por las calles oscuras y desiertas, o si pensaría quedarse estudiando todo lo que necesitaba estudiar para aprender lo que aún no hubiera aprendido.

Cuando estuve al otro lado de la ría me regañé por el valor que nunca tendría para arriesgarme a entrar en el refugio aprovechando alguna de sus excursiones nocturnas. Porque debo reconocer que entonces hubiera dado mi vida entera por ver lo que se escondía en los libros de poder cuyas propiedades habían trastornado de semejante manera a Daniel Arana. Seguramente la ambición que compartíamos tenía que ver con la sensación de inutilidad que arrastrábamos, cada uno a su manera, pero tan parecida como para haber reaccionado de idéntica forma, aunque yo no la hubiera exteriorizado.

## XXIII

*LOS DOS MESES SIGUIENTES* espacié mis visitas a la casa (apenas fueron tres o cuatro, creo recordar), todas para interesarme sinceramente por las personas que allí vivían. Y en ninguna de aquellas ocasiones demostré intención alguna o hice mención de visitar a Telmo Barandiarán. No sé por qué creí que él me buscaría de alguna manera, para decirme todo aquello que sin duda le faltaba por decir, en lo que no quería influir, ni apresurando su declaración ni precipitando el momento que él considerara que era el más apropiado para cerrar el círculo que seguía abierto. Por otro lado, temía importunar su paz interior, como ya me había hecho saber que le había ocurrido. Ni siquiera la insistencia de Daniel Arana cada vez que tenía ocasión de hacerlo, me animaba a cerrar la interrogación que permanecía abierta. Por lo que no me pregunté demasiado fue por el extraño temor que me infundía la posibilidad de acercarme demasiado al conocimiento exagerado, que me parecía inmoral cuando era excesivo; como si creyera que solo Dios tiene derecho a saber todo cuanto acontece sobre las personas y las cosas, bien para acelerar el desarrollo que deban llevar, bien para frenar cualquier aceleración inoportuna que amenace con desencadenar algún acontecimiento que aún no deba darse. El poeta, sin embargo, no perdió ninguna de las ocasiones de que dispuso para cargarme con la responsabilidad de decidir qué es mejor: caminar a ciegas, aun pudiendo hacerlo con toda la luz que nos sea precisa, o encender todas las bombillas, aun a riesgo de hacer estallar el mecanismo de la lámpara por haberla sobrecargado. Que no era decente permitir que la posibilidad de saber se perdiera irremisiblemente, decía, y yo no podía oponer argumentos en contra, ni siquiera ayudada por Andrés Madariaga, que prefería dejarlo todo como estaba, ignoro si por miedo a descubrir lo que había en el otro lado o simplemente porque era partidario de que el misterio formara parte del teatro de la vida.

Ocurrió por entonces que un nuevo ser pasó a ingresar en la comunidad formada por quienes habían perdido todo lo que un día tuvieron. Se trataba de una mujer de edad indefinida, pero relativamente joven todavía, que llegó a la casa en compañía de Marco, que la había visto deambular con cierta frecuencia por la playa de Ereaga, frente a su casa; en realidad el caserón que pertenece a la pudiente familia de su mujer, un palacete ubicado frente a lo que ahora es un edificio de apartamentos de lujo, y que antes de serlo fue la suntuosa residencia del Marqués de Arrigunaga, que mandó construir una pérgola de varios pisos en la pared que discurre ladera abajo, para que paseara por ella su hija inválida con la silla de ruedas de la que no podía prescindir. De hecho, la curiosa construcción sigue circundando la ladera que cae desde la altura del edificio hasta la carretera que pasa junto al mar.

Que estaba sola, es lo único que supe al principio de ella, y que la madre Esperanza acordó que se instalara en una de las habitaciones con menos camas, para que fuera aclimatándose al lugar que sería su hogar a partir de ese momento.

—Acabaremos todos hacinados —dijo Daniel Arana cuando supo de la nueva inquilina.

—Pues habrá que apañarse como buenamente podamos —respondió la monja.

—Será una chalada de las que sufren por algún amor desgraciado, como la Bella Charito —se burló el manco Cecilio, pero ninguno de los que estaban presentes rió la gracia.

—Es muy guapa —reconoció el pianista Carmelo, y se le puso un brillo especial en la mirada.

—Veréis si este idiota no acaba enamorado como un colegial. Claro que, bien mirado, no

estaría mal que le brotara algún estallido amoroso, para desatascarle los sentidos y hacer que le vuelva la inspiración. ¿Verdad que ella podría hacer que volvieras a componer? —apuntó el poeta.

—No seas enrevesado, Daniel —atajó el pianista—. Y trata de ver en ella lo que tú mismo tenías cuando llegaste, que sería nada, como nos ocurrió a todos los demás.

—Es por hablar de algo, hombre —se justificó el poeta—. Aquí ya se ha perdido hasta el sentido del humor. ¡Lo que es ser unos parias apartados de la sociedad! ¡Claro, como fuera de aquí somos considerados menos que nada, también nosotros acabamos por creernos esa nada que somos para los demás!

—Míralo por el lado bueno, poeta, y considérate afortunado —se añadió Sarita a la discusión—, porque la mayor parte de los parias, como tú los denominas, carecen de lo más elemental, en tanto que tú..., y todos nosotros, en realidad...

—¿Qué! ¿Nosotros, qué? Los hay que sí son mucho más afortunados, y no solo por cuestiones crematísticas, que siempre son relativas —respondió él, que me miró como implorándome algo de cuya naturaleza solo yo estaba enterada.

—Y los hay que lo son mucho menos —dije yo, recogiendo el guante, pero sin acercarme al territorio que él quería que pisara—. Cerca de mi casa, sin ir más lejos, hay un pintor que no tiene nada. Anda por el barrio como alma en pena, siempre buscando algún conocido que le convide a una cerveza en el bar que más a mano le venga. Dicen que pintaba muy bien, y que en el pasado hizo muchas exposiciones con críticas bastante favorables.

—¿Y qué fue lo que le pasó, para que se le torciera la vida? —se interesó la hermana Teresa, siempre compungida por la suerte de cualquiera a quien ella considerara susceptible de recibir socorro.

Entonces les conté a grandes rasgos la historia que ya circulaba por el barrio cuando yo me trasladé a vivir al lugar, la que me relataron las primeras clientas que empezaron a frecuentar mi casa para que les cosiera ropa, referida a la mala mujer que se aprovechó del deslumbramiento que produjo en él, que como poseedor de esa clase de alma que es común a los artistas, está incapacitada las más de las veces para ver lo que es más evidente: la maldad apenas disimulada por quienes son muy ambiciosos y no escatiman ardides para lograr sus propósitos al precio que sea. Dijeron que él se prendó de ella, y que ella le juró un amor eterno que solo le duró el tiempo que precisó para limpiar su cuenta corriente, así como la última remesa de cuadros que había pintado y que ya había apalabrado con el dueño de la galería que siempre había organizado sus exposiciones.

—¡Mujeres! —exclamó el manco Cecilio—. Te juran amor eterno y a la primera ocasión que se les presenta te dan la puñalada más traperera que puedan.

—¿Y la Bella Charito? ¿También a ella la engañó una mujer? —salió en defensa de la mujeres la hermana Teresa.

—Lo que le pasó a la chiflada esa tiene que ver con los desajustes que ya había en su cabeza —dijo Ricardo—. ¡Anda que no tenía que estar ya chalada, para quedarse sentada en un banco esperando a que regresara un hombre al que solo había visto una vez, y encima de noche!

—¿A quién se le ocurre, desde luego...! —agregó otro hombre que tenía la mirada torva y las manos siempre crispadas, con el que no había intercambiado nunca palabra alguna, y seguramente no lo haría, por resultarme tan desagradable.

Se escenificó entonces la eterna discusión entre las maldades de los hombres y las maldades más tremendas aún —a decir de los hombres— de las mujeres, por fortuna arbitrada cuando las

voces empezaron a subir de tono por Santi, el ser más imparcial que allí podía encontrarse para mediar al respecto de esa cuestión, en la que parecía imposible que alcanzaran un acuerdo, como pasa cuando se da ese tipo de disputa, sea cual sea el lugar en el que se produzca y la gente que la sostenga. Y cómo ponerse de acuerdo, si cada cual da cuenta de una circunstancia particular de la que no es posible aislarse, mucho menos si las heridas que han quedado son incurables.

—¿Tú no dices nada? —me invitó el poeta a unirme a la disputa.

Me encogí de hombros, ajena por completo a las penas de ese tipo que nadie me había causado. No, al menos, conscientemente, pues Marco ignoraba los sentimientos que había despertado en mí, y en justicia no puede hacerse responsable a nadie de un sufrimiento que desconoce estar causando.

—¡Pues sí que estamos bien! ¡Una pandilla de chiflados discutiendo sobre las locuras que enciende el amor en las cabezas de quienes se enamoran, y resulta que la única persona realmente joven que tenemos cerca, que debería poder refrescarnos la memoria al respecto y arrojarnos un poco de luz sobre la cuestión, desconoce de qué estamos hablando! El mundo al revés —se alejó el poeta dando cabezazos contra el aire.

Y así acabó la disputa que yo hubiera deseado más larga, por los curiosos puntos de vista que daban unos y otros, pero estaba incapacitada para explicarles lo que se sufre cuando ni siquiera se le puede decir a quien amas que le amas; cuando tan insignificante eres como para que la persona que te quita el sueño no repare en ti; cuando el recuerdo de unos ojos hace insoportable la simple contemplación de ti misma en el espejo, porque echas de menos esa clase de mirada que no te han regalado nunca.

—¡Escuchad! —alertó al grupo Andrés Madariaga—. ¿No habéis escuchado esos arañazos en la pared?

El pianista se levantó de un salto y pegó la cara a la pared que da al jardín. Rosa imitó el gesto de Carmelo.

—¡Pero asomaos a la ventana! —sugirió Lenin.

—¡Asómate tú, si quieres! ¿Qué tal si me dan un sartenazo? —respondió Rosa.

Lenin optó entonces por asomarse él mismo a una de las ventanas, para lo cual debió subir la persiana, bajada hasta casi el alféizar a fin de proteger el comedor del sol que calentaba el frente de la casa a esas horas.

Yo me precipité hacia la cocina, por ver si alcanzaba a ver a Beltza en el jardín, pero no para alertar de su presencia, sino para protegerlo de la avaricia que sin duda se desataría en quienes nada tenían, si descubrían lo que se escondía tan cerca de ellos. Por fin había entendido por qué estaban ocultos; ya sabía cuál era la razón de que las monjas protegieran con tanto celo la presencia de Telmo Barandiarán y del perro que lo acompañaba.

—Nada —dije cuando regresé al comedor—. No hay nada ahí afuera. Habrá sido un ruido cualquiera.

Andrés Madariaga me miró con cara de no creer lo que decía, pero calló. Más tarde, cuando hablamos a solas en la biblioteca, como hacíamos siempre que yo acudía de visita a la casa, y a veces sin la presencia del poeta, y tal era el caso, pues Daniel seguía preparando el poemario que no acababa de dar por concluido (se le había pasado hasta el plazo para presentarlo al concurso), me dijo que no entendía por qué me había puesto de su lado.

—¿Del lado de quién?

—De él. Ahora estás del lado de él. Haces causa común con sus intenciones, sean las que sean, y ya no estás de nuestro lado —me dijo, sin poder ocultar la pena que, por lo visto, le

producía mi comportamiento.

—No hay intenciones ocultas —le dije—. Nadie tiene intenciones ocultas, al menos que yo sepa. Solo trato de proteger a quien creo que es vulnerable.

—Estás más seria que antes. Pareces siempre ausente. Y vienes muy poco. Desde que desapareció la niebla casi no te vemos el pelo. —Es por el trabajo. Tengo mucho trabajo —traté de justificarme. —¿Trabajas todo el día? ¿Trabajas todos los días? —preguntó, poniendo un mohín en la boca que le hizo parecer un niño. —Todos. Es un trabajo muy esclavo, del que me resulta muy difícil desprenderme. Y como no tengo otras obligaciones... —Pero antes...

—Antes —le atajé— hacía lo mismo que hago ahora. ¿Olvida que la anormalidad que me hizo asidua de esta casa tuvo como origen la aparición de la niebla? De no haber ocurrido el suceso de la niebla, ni siquiera creo que nos hubiéramos conocido.

—Pues no me importaría que volviera la niebla. Díselo. Dile a ese hombre que vuelva a llamar a la niebla. La niebla hace más acogedora la vida. ¿No te has dado cuenta de que todo es mejor cuando hay oscuridad?

—La oscuridad asusta. Hace vulnerables a las personas —alegué.

—Solo a las temerosas de encontrarse consigo mismas. —Yo le tengo miedo a la oscuridad.

—Pues tendrás miedo de lo que eres —me espetó.

—Solo tengo miedo de lo que no puedo controlar.

—¿Estás segura? Mírate dentro. Mírate dentro y sabrás que el miedo no tiene nada que ver con la oscuridad, sino con el desconocimiento de lo que nos aguarda. Y porque ignoramos tememos.

Esa noche pensé en las palabras de Lenin. Y sí: la oscuridad nos enfrenta con lo que somos y nos hace pensar en lo que no somos y nos gustaría ser. La oscuridad obliga a mirarnos el interior, ya que poco podemos vislumbrar de lo que ocurre en el exterior cuando no existe esa posibilidad. Y porque deben distraerse de algún modo los pensamientos que nos atenazan precisamos de colores, sonidos, palabras y ruido, por eso yo me dormía con la radio encendida, aunque no escuchara casi nada de lo que en ella decían.

Después de todo, me dije, la clave está en el *Saber*, que nunca alcanzamos en grado suficiente como para que se aquiete el espíritu que siempre protesta por lo que desconocemos.

## XXIV

*TELMO BARANDIARÁN NO MOVIÓ* ni un músculo de su anatomía y siguió en su asiento, enfrascado como estaba en la ocupación que lo mantenía pegado a la mesa que le servía de escritorio. Fue Beltza quien me salió al paso, como si tuviera encomendada la misión de recibir a las visitas que en realidad nunca tenían, exceptuando las de las monjas, en absoluto susceptibles de ser consideradas visitas al uso, y, de un tiempo a esta parte, la mía. Su cabeza grande y mullida, como de terciopelo brillante con apariencia de satén, exageradamente levantada, pedigüeña de caricias que resultaba imposible no prodigarle, me hizo sentir en casa. Debía ser porque yo no tenía una casa que en verdad pudiera considerarse esa clase de hogar que inmediatamente le viene a la mente a quien sí la tiene cuando se le menciona esa palabra, y a mí el significado del vocablo *casa* que inevitablemente me acudía a la cabeza era un lugar en el que solo trabajaba, o dormía cuando los ojos se me agotaban hasta el extremo de distinguir apenas los destellos que tornaban erráticas las puntadas que estuviera dando sobre la labor que en esos momentos sostuviera entre manos; o los renglones de los libros que leyera, con las palabras saltando de una línea a la otra, consiguiendo que las ideas dejaran de tener sentido para convertirse en un galimatías que nada tenía que ver con la trama que estuviera dilucidándose en la ficción que me tuviera embrujada.

—Te has hecho rogar mucho —habló por fin el hombre—. Hasta dudé si habrías escuchado la llamada que te hicimos... Que él te hizo —corrigió.

Beltza revoloteó a mi alrededor, sabedor de haber sido mentado, y emitió un ladrido muy suave, asintiendo y dándose por enterado de la referencia que sobre él había hecho su amo.

—Sabía que había sido él —reconocí—, pero cuando me asomé al jardín ya no estaba.

—Ya sabes que es rápido como el trueno.

—Demasiado, algunas veces.

—Creí que existía en ti más interés del que has demostrado tener —dijo a continuación.

—El trabajo... —traté de justificar la excesiva tardanza en visitarlo.

—¿El trabajo? ¿Es que ya no hay descanso para los trabajadores? Creía que a estas alturas ya se había abolido definitivamente la esclavitud.

—Cuando uno depende de sí mismo...

—No te esfuerces más —interrumpió la torpe disculpa que había esbozado—. Soy consciente de que no es fácil luchar contra el miedo. Lo que no sé es por qué tienes miedo. Tú, precisamente, que has estado tan cerca de la entrada que conduce a la Sabiduría. Que has llegado hasta las mismísimas puertas que dan paso al conocimiento más elevado.

Me miró detenidamente, quizá esperando alguna respuesta; quizá solo evaluando el efecto de sus palabras, ignoro si destinado a darme ánimos o bien a arrebatármelos de una vez por todas.

—Antes —siguió diciendo— parecías más interesada por todo lo que desconocías y creías que yo podía explicarte. Es como si de pronto te hubieras abandonado a la monotonía de la normalidad.

Agaché la mirada que no podía seguir fijando en aquel rostro revestido de una autoridad que no había conocido en nadie, ni siquiera en él mismo cuando era mucho más joven y vivía en una casucha construida rudimentariamente con los desperdicios que recogía con regularidad de una fábrica de cocinas.

—Al menos debo reconocer en ti un mérito: el de no haber sucumbido a la tentación de decir



alguna estupidez. ¿Sabes que es muy común en ciertas personas decir tonterías solo para escucharse diciéndolas, también si carecen de algún convencimiento al respecto de lo que estén diciendo? Siempre he dicho que eres lista, muy lista.

Cabeceó ligeramente, se pasó la mano izquierda varias veces por la mejilla contraria y a continuación se levantó de su asiento y se arrodilló ceremoniosamente junto al estante repleto de libros, introdujo su mano en uno de los huecos y después de vaciarlo de los ejemplares que allí había, escarbó con sus dedos en algún lugar que no pude ver con claridad —¿podía ser la propia pared en la que se apoyaba?— por estar él tapándolo con su cuerpo, y entonces el panel con las cuadrículas repletas de ejemplares encuadernados mayoritariamente en tapas duras y cubiertas de lujo, seguramente por ello valiosísimos, pareció avanzar, dejando al descubierto otra estantería de aspecto rudimentario, esta diríase que escavada en las entrañas mismas de la pared. Finalizada la operación de lo que deseaba hacer, empujó nuevamente el estante que normalmente es visible, hasta dejarlo en la posición original y se dirigió hacia mí, llevando ya para entonces una caja manchada de tierra en las manos.

—Aquí están. Puedes verlos, si así lo deseas. No diré que esté de acuerdo con que lo hagas, pero eres libre de hacerlo, si es tu gusto. Y, si lo haces, no solo evitaré juzgarte en modo alguno, si no que te serviré de guía si así lo quieres. Pero también te compadeceré, porque tu vida ya no podrá ser la misma a partir del instante en que pongas tus ojos sobre las palabras que aquí hay escritas, ni siquiera si solo acercas tus manos a ellos.

—Hace calor —dije.

—Sí, lo hace, ciertamente. Y aún lo notarías más, si más te acercaras.

Miré aquella tosca caja de cartón, sin dibujos o anotaciones visibles que pudieran facilitar alguna pista acerca su contenido, y evalué la posibilidad de cubrir la distancia que me separaba de Telmo Barandiarán, como si evaluara las consecuencias de un salto al vacío que estuviera a punto de dar desde algún precipicio cuya altura fuera insalvable. Y, como pretendiendo una vuelta más de tuerca, destinada a la animación definitiva, o por el contrario, a la definitiva renuncia, le pregunté:

—¿Puede hablarme una vez más de lo que le ocurrió a usted?

—Veo que es misión imposible pretender que me hagas sentir joven. Usted para acá, usted para allá... En fin, a lo que vamos. Qué me ocurrió, quieres saber... —carraspeó—. Por dónde iba... A ver si doy con el hilo.

—Lo último que recuerdo es la alusión al rescate de las obras de aquella subasta.

—¡Ah! Es cierto, la subasta. Efectivamente, debí acudir a la sala de subastas, donde supe que estaban los dos libros, que ignoro cómo y de qué manera fueron a parar allí —apretó entonces la caja contra su pecho—. Supongo que me equivoqué cuando consideré que habían quedado bien disimulados, por creer que los había camuflado suficientemente entre los demás que dejé bajo el cuidado de los responsables de la Diputación. La verdad es que confíe en que no hubiera nadie capaz de distinguir entre un montón de letras y otro montón de letras. No creí que hubiera alguien suficientemente versado en tales conocimientos. En fin, la cuestión es que allí estaban, y que debí pagar por ellos una fuerte suma. Pero el dinero no es problema. Ya no. Yo tengo mucho dinero, más del que podría gastar en varias vidas.

Reparó entonces en la expresión que se me dibujó en la cara, que debió acercarse a la estupefacción, si me atengo a lo que sentí y por lo visto no fui capaz de disimular.

—Conseguir dinero deja de ser un problema cuando se sabe dónde hay que buscarlo. El poder del que te hablé lo es con todas las consecuencias, y sirve para hacerse con cualquier cosa que se

necesite.

—Pero, en la casa... —traté de traducir mi preocupación, por si mi gesto no había sido suficientemente elocuente.

—¡Ah! Lo dices por ellos, por sus necesidades... Pues no, no las pasan, en realidad. Nunca las han pasado y nunca las pasarán. Solo se les dice de vez en cuando que es así, para no despertar en ellos la codicia que sin duda tienen dormida, como les ocurre a todos los humanos que he conocido hasta la fecha. Debes saber, sin embargo, que siempre van a tener cubiertas las necesidades que les vayan surgiendo, es un compromiso que no he pensando nunca en abandonar, aunque no niego que me gustaría que pusieran algo de su parte y no se dedicaran a vivir de la sopa boba.

—La madre Esperanza dice siempre que sobreviven gracias a los que pagan, que lo hacen por quienes no pueden hacerlo. Y que los tenderos del barrio ayudan. Y mucha gente, como Marco, que les consigue ropa y materiales para que trabajen en los talleres.

—Supongo que era antes cuando te decía todo eso, cuando no podía confesar la verdad absoluta. Ahora, imagino que ya no te diría lo mismo. ¿Sabes cuánto cuesta mantener este lugar abierto? Seguramente ni siquiera lo imaginas. Y sí, es cierto que quienes tienen posibilidades de pagar lo hacen, pero se trata de una norma que vale sobre todo para hacerles solidarios con mi idea más primitiva de lo que pretendía conseguir que fuera este lugar, en absoluto con intención de que sean ellos mismos quienes mantengan por sí solos la casa a disposición de los que la ocupan ahora y de quienes la ocuparán en el futuro, tanto si tienen como si no tienen algo que dar a cambio.

—Entonces, no van a pasar necesidades...

—No, mientras yo viva, y supongo que lo haré por mucho tiempo. —¿Y sabe cuánto es ese tiempo?

—Mucho. Dejémoslo ahí, por ahora. Aunque imagino que con la ayuda de lo que vaya diciéndote se saciará en algún momento esa curiosidad que tienes acerca de los muchos vacíos que no parece vayan a llenarse nunca.

—Me gustaría poder decir lo mismo.

—¿Sobre qué te gustaría poder decir lo mismo? —preguntó. —Sobre lo de vivir mucho.

—¿Estás segura? —fijó entonces sus ojos en los míos. Y como no respondí, siguió:

—Querida niña: has de saber que la vida tiene dos caras. Una la vemos todos los días y apenas esconde recovecos que puedan considerarse misteriosos, a no ser que se mienta de forma deliberada con la intención de provocar la existencia de algún enigma, en cuyo caso estaremos hablando de un ocultamiento voluntario hecho a la medida que a cada cual más le convenga. La otra, por contra, que es en sí misma un misterio poco proclive a mostrarse abiertamente a los ojos de los humanos, está llena de trampas, pero también de recompensas, que son consecuencia directa de aquellas. Ocurre, sin embargo, que a veces se confunden, y hasta se dan la mano, pero no debemos descuidarnos, para que no nos atrapen las malas artes que esconde la cara oculta.

—¿Y cómo se distingue una de la otra?

—Por los sentidos. Solo las percepciones pueden indicarnos en qué lado estamos, pero hay que ser capaces de diferenciarlas correctamente.

Debió ver mi estupefacción, porque agregó:

—Se trata de saber distinguir lo que en verdad merece la pena de lo que no la merece en absoluto. Dicho así puede parecer una perogrullada, lo sé, pero tiene su enjundia, porque quien no sabe nada nada posee de auténtico valor. En cambio, quien lo sabe todo está exento de ansiar

posesiones que ya está en disposición de reconocer como inútiles.

—Pero las posesiones son importantes para vivir —repliqué, me consta que con cierta inocencia.

—Tú lo has dicho: las posesiones son importantes para vivir, y yo no discuto que efectivamente lo sean, pero precisamente eso descarta a las que solo se tienen por la costumbre misma de tenerlas, es decir, las que se poseen para adornar la grisura de la existencia. De ahí la defensa férrea que hago del saber, ya que, como te he dicho antes, quien lo sepa todo estará libre de ansiar posesiones que para entonces ya sabrá del todo inútiles, pues son válidas únicamente para hacernos esclavos de ellas, simples vacuidades sin fundamento que a nada conducen, salvo a la dependencia que de ellas tengamos, que devendrá más tarde o más pronto en esclavitud. Quien sepa todo cuanto cabe en la inmensidad del mundo podrá visitar libremente cualquier lugar que se le ocurra, y no le hará falta pagar un peaje para viajar a los confines de la tierra, pues una simple evocación de la memoria será suficiente para acercarse a las maravillas que apetezca. A quien posea toda la sabiduría que darse pueda le bastará con mirarse dentro para velar por lo ya conseguido. Los bienes materiales carecerán de sentido, y serán considerados solo estorbos que atender, evitando así desatender el cultivo de uno mismo. Se podrá entrar en las mentes ajenas, jugar a interrogar a quienes pasen por nuestro lado, sabiendo de inmediato si mienten o dicen verdad; si ansían lo que niegan ansiar o si ciertamente se conforman con la vida de mediocridad que llevan. Solo la naturaleza tendrá sentido y solo ella podrá doblegar al hombre, que nada puede en su contra, ya que solo ella está en disposición de decidir qué hacer con quienes molestan sus conquistas, pues si consiente que se haga con ella lo que la mano del hombre cree necesitar es solo hasta que dice basta, y lo hace cuando quiere, porque también ella es sabia. Es tan sabia que está cansada de batallar y se está planteando abandonarse al albedrío de los humanos, que con sus actuaciones la están volviendo en su contra. Después de todo —dijo con un hilo de voz que apenas me dejó escuchar sus palabras—, a la naturaleza tanto le da que exista vida humana como que no lo haga.

De pronto calló. La mano que apretaba la caja se crispó visiblemente y agachó la cabeza. Solo al cabo de unos segundos que pasó con los ojos cerrados continuó:

—Y te digo más aún: la vida y la muerte no son independientes entre sí, solo forman parte de mundos convergentes, separados apenas por una línea imperceptible. Y esa línea, prácticamente un hilillo insignificante, se puede cruzar a placer, a condición de que desee hacerse. Debes saber, sin embargo, que el viaje que va de la muerte a la vida no vale la pena, y los que han muerto ya conocen de sobra la inutilidad de sufrir por las penalidades a que nos someten los cuerpos cuando son tangibles. «¿Para qué hacer alardes que a nada han de conducir?», se dicen los que ya solo son entes que un día poseyeron cuerpos. Además, y esta es una opinión con la que no tienes por qué estar de acuerdo: ¿de qué valen las ayudas que podrían proporcionar a los vivos, si de normal esas ayudas servirían solo para enderezar dilemas o conflictos o disyuntivas que en absoluto lo son, pues es después de la muerte cuando se alcanza el grado de sabiduría que permite reírse de lo que en el mundo de los vivos se considera esencial? Dicho de otro modo: el vivo desconoce por regla general la inutilidad de la vida que lleva, pero se aferra a ella; el muerto, por contra, ya ha alcanzado el grado de sabiduría que le hace despreciar o cuanto menos relativizar lo que ocurre en la vida.

Miré perpleja al hombre que me hablaba de aquella manera, sin duda imbuido por alguna clase de conocimiento que por momentos me parecía absurdo y a continuación me mantenía embelesada, deseando que tuviera razón, y que aquella razón prendiera en mí para hacerme más libre, al menos tanto como él parecía serlo. Y deduje que la pretensión de trasmitirme cuantos

razonamientos le venían a la mente con el fin de enriquecerme no podía proceder de una mente enferma, sino liberada de los prejuicios que hacen callar, por lo general, a quienes no se atreven a expresar cuanto les bulle por dentro. Debí reconocer que solo trataba de responder a mis dudas, y lo hacía con un ímpetu —casi precipitación por momentos—, equiparable a la ansiedad mostrada por mí, que deseaba abarcar cuanto me fuera posible, también si parte de aquellos conocimientos se me escapaban por ser extraños y estar tan alejados de todo cuanto yo conocía. Satisfacía mis deseos, en suma, circunstancia que me hacía sentir temores fundados respecto a si mi grado de acercamiento a la sabiduría no habría ya excedido lo cabalmente recomendable. Si sería ya irremisiblemente pernicioso para mi vida lo que estaba sabiendo porque me estaba siendo contado o si la trasmisión oral no resultaba en absoluto perjudicial. Pero Telmo Barandiarán, ajeno a mis cavilaciones, o dejándolas pasar de largo, por no considerar que fueran merecedoras de atención, prosiguió:

—Te has preguntado en alguna ocasión por el abandono en que te tienen los muertos de tu familia, los que nunca volvieron para cuidar de ti como debieran haber hecho, si tanto te querían; si tanto solicitabas tú su ayuda, y más que su ayuda su compañía, para sentirte amparada. Te preguntas a menudo por qué no sientes su presencia, ¿verdad? Pues he aquí la respuesta: porque lo que tú consideras una necesidad, en realidad, no lo es. Porque para ti es esencial aquello que para ellos solo es una forma de aprendizaje que acabará por enriquecerte. ¿Sabes?, yo ya sé que de los cementerios y de su quietud pueden extraerse muchas y muy juiciosas soluciones. Y te diré algo: no es cierto que los muertos guarden silencio, sino más bien al contrario: no hay nada más ruidoso que un muerto deseando hacerse oír por encima de las voces de los vivos, a los que de normal desprecia por su pequeñez. Y el telón de fondo que se alza entre uno y otro mundo puede atravesarse utilizando las fórmulas de *Clavicula Salomonis*, aun a costa de despertar a la naturaleza, que cuando se desata no conoce límites, mientras que con el *Opus mago-cabbalisticum* se alcanza la perfección a fin de facilitar la comunicación.

Después de hacer una pequeña pausa, me pareció que deliberada, intuí que para calibrar mi reacción, prosiguió:

—¿No es curioso el placer que encuentran ciertas personas en proteger a otras, enseñándoles el mundo que no conocen, guiándolas por senderos desconocidos o solo inexplorados? ¿No resulta sorprendente el interés que se toman ciertas personas por otras a quienes es frecuente que prácticamente ni conozcan, y si acaso lo hacen es solo de pasada, en adiestrarlas al respecto de asuntos en los que ni siquiera quienes se benefician de esa ayuda o tutela o guía habían pensado? Dime: ¿no te lo has preguntado nunca?

—Pues no —le respondí, guardándome de añadir que difícilmente podía preguntarme sobre algo que ignoraba, o en lo que no había pensado, hasta que él me había abierto los ojos al respecto.

—No, ¿eh? —respondió a su vez, creí que orgulloso del golpe de efecto que había conseguido—. Pues debes saber que nadie convenientemente instruido debería extrañarse de la presencia de esas almas caritativas de apariencia inocente que salen al paso como por casualidad, que en realidad se sirven de los tutelados para hacer que hagan lo que acaso a ellos no les sea posible hacer, tal vez por no poder materializarse, al no ser ellos mismos seres dotados de envoltura física.

Abrí los ojos como platos, tratando de traducir lo que acaba de escuchar, pero no fue necesario, él lo hizo por mí:

—No sabes cómo ponerle nombre, lo sé, lo sé, pero lo has intuido: me estoy refiriendo a los

seres de naturaleza mefistofélica en potencia, o simples ayudantes, cuando no el mismo Mefistófeles en persona, cosa poco frecuente, por otro lado, si el *utilizado* no conoce nada del poder que en realidad se esconde en todas y cada una de las cosas que comúnmente le son visibles, ya sea una piedra, ya las aguas de un río, o las hojas de los árboles, que se obstinan en moverse aun cuando no exista el menor rastro de brisa con capacidad para mecerlas. Cualquier objeto, preferiblemente ornato, sirve para materializar fuerzas que no son apreciadas por los hombres, tan ciegos en su egoísmo que no le conceden posibilidad alguna de poder a nada que les sea ajeno o solo desconocido. De nada servirá que yo, o cualquiera de quienes han tenido acceso al Poder verdadero, explicáramos de qué modo obran las cosas vivas en la mente de las personas. ¡Ah, cuántos de quienes en el transcurso de la historia fueron quemados, o tomados por locos, o solo apartados del mundo para que no estorbaran la lógica de la razón imperante, estaban en posesión de la verdad más absoluta! Justo lo contrario de quienes son tan pequeños, tan míseros en sus emociones, y aun en sus ambiciones, que para no verse más empequeñecidos buscan de las formas más viles posibles el modo de deshacerse de quienes en verdad tienen las fórmulas de poder que los hacen más sabios, más poderosos y por ello temibles. ¿Quieres saber más? Estaba asustada y me sentía menguar por momentos. Hasta temí volverme invisible, de tanto como me pareció ir decreciendo.

—Acaso de este modo pueda explicarse la progresiva desaparición de la magia, tan denostada últimamente, y hasta de quienes en la antigüedad se complacían en la práctica de la alquimia, que por saber tanto llegaron a ser muy infelices, y no sabían dónde ocultarse para esconder su poder del interésdesmedido de aquellos que no supieron utilizarlo adecuadamente y solo pretendieron aprovecharse de él. Tal vez eso aclare por qué los poderes se ocultaron deliberadamente de los ojos de las personas que querían ir siempre más allá del lugar en el que ya estaban, ansiando lo que no siempre les era dado poseer.

—El peligro de saber...

—El peligro de saber, querida niña, sigue despierto, por eso deben desaparecer de nuevo estos libros.

—¿Y si se destruyen? —propuse.

—Ojalá pudiera hacerse. Pero solo pueden esconderse, ocultarse de los ojos humanos que no sabrían interpretarlos. ¿Sabes en quién estoy pensando? En Daniel Arana, tan ansioso por recuperar el prestigio que perdió, revés del que nunca se curó. ¿Crees que él estaría capacitado para utilizar lo que se esconde en esta clase de obras de saber hermético? ¡Oh! seguro que sí, de igual modo que supo hacerlo la señora Elisa cuando las halló en el lugar en el que estuvieran escondidas, dato que desconozco, aunque no me extrañaría que hubiera sido en el bosque, donde acaso las ocultó alguien que las poseyó y por esa razón sabía lo que podía hacerse con ellas, y también por eso se asustó; es solo una suposición, al no llegar siquiera a intercambiar palabra alguna con ella, solo con la hija también llamada Elisa, la que creía que su madre era bruja, y seguro que en verdad lo fue, aprovechando lo que llegó a saber; bien es cierto que no me sería difícil averiguarlo, solo bastaría... ¡no! Mejor ahorrar más incursiones por esos mundos escondidos, de las que no resultaría nada bueno. Del contacto con los muertos no es recomendable abusar. Ya te dije lo que piensan de los vivos, cómo nos consideran. En fin, que algunas veces prefiero que exista algún misterio. Pero, no; no puede ser, estoy desvariando. O, tal vez sí, a lo mejor podría acercarme a lo que..., porque quizá solo se dejó morir cuando entendió que el hecho de saber le reportaba más perjuicios en forma de sufrimientos que beneficios que no sabría cómo administrar... ¡Quién sabe! El alma humana es extraña, y tal vez no pudo soportar... Sí que lo es —

detuvo en seco aquella argumentación, expresada con tanta vehemencia como si la dijera con el fin de persuadirse a sí mismo al respecto de algo que ni siquiera a él parecía convencerle—. Decía que quizá el tal Daniel Arana, por ejemplo, sería capaz de hacer funcionar las fórmulas, en cuyo caso...

Yo desconocía si Daniel Arana sabía tanto como para activar obras de esa clase. Pero temía que así fuera, por si la ambición que creí percibir en él conseguía despertar unas capacidades que no podía asegurar que no utilizaría para lograr lo que más ansiaba, posibilitando al mismo tiempo que la naturaleza se insolentara quién sabe de qué manera, quizá de forma irremediable. Por otro lado, decliné hacer comentario alguno sobre el sufrimiento que le había adivinado cuando se refirió a la señora Elisa. ¿Llevaba el saber forzosamente una dosis de sufrimiento, y quería evitar que yo padeciera? ¿Cuando hacía un momento había desvariado a propósito del acercamiento a los muertos, se había referido a la posibilidad de contactar con ella, para así averiguar aquello que se le había escapado? Seguramente fue así, y en su interior calibró esa posibilidad. De cualquier modo, nada me dijo al respecto, pues en nada pareció quedar aquella intención cuya realización me erizaba la piel.

—¿Y enterrarlos? —aporté como posibilidad, obviando completamente cualquier otra alusión a la señora Elisa.

—No es bueno que estas fuerzas estén alimentando la tierra, dado que el peligro seguiría latente si así fuera, y me atrevo a decir que mucho más que estando al descubierto aunque convenientemente escondidos. En algún momento, cuando no era del todo consciente del poder que tenía en mis manos, sí creí que el mejor modo de neutralizar ocasionalmente sus consecuencias sería ponerlos bajo tierra, pero erraba en mis apreciaciones, como poco después llegué a comprobar. Por eso se me ocurrió hace ya tiempo un lugar que considero adecuado para esconderlos de la avaricia humana, siempre insaciable, pero necesito la ayuda de alguien en quien pueda confiar ciegamente. Comprenderás que no es fácil encontrar a ese alguien, y más para mí, que tengo un trato tan escaso con el mundo.

—Porque no quiere —resolví—. Porque se ha negado esa posibilidad.

—O me la han negado. Las circunstancias que te he explicado deberían hacerte entender ya a estas alturas que así es, y por qué es así. El saber no se logra en balde, siempre hay un precio que es necesario pagar por todo lo que se consigue, y es mucho más elevado ese precio conforme aumenta el valor de la recompensa.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —pregunté, creyendo que debía ofrecerme, más por darle opción a seguir discutiendo que por creer que en efecto podría yo serle de utilidad.

—Verás: hay un lugar en el que bien podrían quedar ocultos los libros. Hace tiempo que lo pensé, pero me resultaría difícil llegar a él, debiendo esconderme, como sabes que es preceptivo que haga. Una cosa es aventurarme por los alrededores de este lugar, incluso llegar hasta Bilbao, si es preciso, y otra muy distinta emprender una excursión de la envergadura que requiere llegar hasta allí.

Esperé a que mencionara el lugar.

—Se trata de la biblioteca que hay en Azpeitia, en el monasterio de Loyola, a la que solo tienen acceso unos pocos religiosos, la mayoría de ellos ya retirados, y algunos estudiantes a los que se les permite el uso y contemplación de los espléndidos ejemplares que alberga.

—Religiosos y estudiantes —dije—. Solo religiosos y estudiantes, luego habría de ser un religioso o un estudiante, en su defecto, quien los llevara.

—Deja esa cuestión de lado por el momento y vayamos a lo que de verdad importa, que es el

traslado.

—Si finalmente fueran depositados allí, quizás alguien podría descubrirlos —le advertí.

—No todas las dependencias les están permitidas a los estudiantes que tienen acceso al lugar. Hay escondrijos, lugares secretos y ocultos, restringidos, en suma. No se me oculta que también los jesuitas conservan algún tipo de obra de saber hermético, que guardan ciertas similitudes con las que yo tengo en mi poder.

—¿Aceptarían?

—Lo harían. Es más, se sentirían encantados del poder que de pronto les sobrevendría.

—Y que utilizarían, tal vez.

—Los miembros de la Compañía de Jesús son de fiar, siempre lo han sido ¿Crees que tendrían todo lo que tienen, incluso la consideración de que gozan, y también el temor que inspiran, no lo niego, si hubieran difundido cómo y de dónde han obtenido tantas influencias? ¿Acaso no sabes que cuando estuvieron en América también ellos descubrieron ciertos secretos de otras culturas que nunca han desvelado?

—Se dice de ellos que son falsos, taimados, intrigantes...

—Sí, lo sé, y seguramente tiene que ver con el hecho de no haber desvelado de dónde viene su poder. No dejes que las habladurías malintencionadas te corrompan el alma, ni te hagan desconfiar de quienes no descubren todos sus secretos, pues tal vez no lo hacen porque no pueden hacerlo, quizá por no resultar conveniente, igual que no se le dice a un moribundo que está muriéndose por una cuestión de caridad. Qué sería del mundo si todos fuéramos diciéndonos las verdades unos a otros, así, sin precauciones ni prevenciones de ninguna clase, solo para que no desconfiaran de nosotros ni dijieran que somos taimados, crueles, falsos o intrigantes.

Calibré las revelaciones que me hizo Telmo Barandirán y después de un rato de meditación di en resolver que quizá estaba en lo cierto al pretender hacer desaparecer esos libros que se me iban representando obras endemoniadas, ideadas por alguien deseoso de poner a prueba a quienes las poseyeran, quizá para sopesar la fuerza que tiene el Mal cuando se enfrenta al Bien.

—Creo que sí; creo que sería bueno llevarlas a la biblioteca ésa —resolví.

—¿Ya no quieres verlas?

—Pues claro, aunque solo sea por el placer de saber que las he visto, y aunque no comprenda nada de lo que dicen, pero ya no lo creo conveniente.

—En ese caso —dijo— deberías llevarlas tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Nadie repararía en alguien como tú que visita una biblioteca.

«Alguien como tú», dijo. Alguien como yo, me dije. ¿Y cómo era yo a sus ojos, si podía saberse?

—Quiero decir con tu aspecto de ser inocente —agregó—. Alguien en quien se puede confiar al primer golpe de vista.

Me abstuve de pedirle disculpas por haber desconfiado; por creer que había menospreciado mi capacidad intelectual, la que era evidente que no poseía, fueran cuales fueran las causas que me habían impedido tener la preparación de la que yo mejor que nadie sabía que carecía.

—No sabría cómo llegar hasta allí, y eso por no hacer mención a que ni siquiera podría entrar en ese lugar —añadí en voz alta, aunque igualmente podría comunicarme con él, o eso creía, si solo pensaba lo que deseaba decir.

—Sabrías. Yo te diría cómo hacerlo. En cuanto a lo del acceso a la biblioteca...

Y añadió al cabo de un rato de meditar en silencio algo que por lo visto ya había pensado decirme:

—El muchacho podría acompañarte.

—¿El muchacho?

—El llamado Íñigo —concretó—. No sería una excursión propiamente dicha, solo un corto viaje de placer, destinado a ensanchar el pequeño mundo en el que habitas a diario. Además —prosiguió— él sí tendría el acceso franco al lugar. Él es estudiante, y lo es en una universidad que les pertenece, porque estudia en la Universidad de Deusto, ¿no? Y quizá, después de todo —añadió bajando la voz, como si ese detalle no fuera relevante o, si lo era, no resultara determinante—, ni siquiera sea necesario entrar en la biblioteca...

—Entonces habría que preguntarle si querría acompañarme. —Querría. ¿No has visto que es bueno? ¿Es que todavía no has mirado bien en su interior? —y añadió, al ver que yo no respondía—: Quizá es porque aún no te has fijado con detenimiento en sus ojos, que parecen estar revestidos de nácar, y ningún ser tiene los ojos nacarados si no es esencialmente bueno —aseguró, y recordé entonces un pensamiento muy similar que tuve yo misma, pero no fui capaz de precisar esa cualidad de «nacarados» que él había apreciado en los ojos de Íñigo, y me quedé en un simple «irisados», lo que para mí equivalía a estar revestidos de alguna pátina que los hacía parecer especiales y para Telmo Barandiarán consistía en dotarlos de una característica sin duda extraordinaria—. Por cierto, que esto me sirve para decirte algo que te incumbe y a lo que quiero referirme hace ya algún tiempo, con el debido respeto, si me permites la disculpa anticipada, pues siento que quizá esté metiéndome en honduras que no sé si me corresponden.

Me puse en guardia, esperando recibir alguna enseñanza que me haría más complicado el enfrentamiento a la vida que ya de por sí me resultaba tan dificultoso.

—No temas —dijo él, que dibujó en su rostro una sonrisa enigmática, de las que me hacían temblar por sentirme traspasada hasta lo más recóndito de mi ser—. Debes buscar en tu corazón y luchar por lo que quieres, pero sin cerrar los ojos a los remordimientos que tratan acertadamente de ahogar tus pretensiones. Ya sé que amas al muchacho que viene de visita de vez en cuando. No al jovencito, el llamado Íñigo, el mismo que te acompañará en el desempeño de la misión que te he encomendado, sino al otro, al llamado Marco. Pero también se pueden corregir los amores equivocados. Él no es para ti, y no lo digo porque no lo merezcas. Lo digo porque hay alguien que necesita de él mucho más que tú. Es verdad que estás sola, no lo olvido, y que eres merecedora de mejor suerte de la que por el momento disfrutas, pero, créeme si te digo que hay quien está en peores condiciones. Al menos tú sabes dónde estás, de dónde vienes y cuál es la razón de tu soledad. Tú estás, en suma, en condiciones de conocerte y quererte, y lo harás a no mucho tardar. Ella, en cambio, no lo sabe. Ella es vulnerable, y no tan lista como tú, y por ser más débil le necesita más.

Cuando me sobrepuse al sonrojo que me produjo aquella mención a los sentimientos que me había despertado Marco, solo pude hacerle una pregunta que después me pareció bastante estúpida, pero fue la única que se me ocurrió:

—¿Quién es, y por qué sabe tanto de ella?

—¡Oh! ¿Saber, dices? No es tan importante cómo lo he sabido. Pero no ignoras, supongo, que ando por ahí, escucho conversaciones, y dispongo de medios para acceder a mundos que no están a la vista. Sí te diré que ella es una mujer que un día se perdió y tardó mucho tiempo en encontrarse. Y fue él quien logró que se encontrara y se salvara de los peligros que la hubieran engullido sin misericordia si él no hubiera aparecido. Por eso te digo que dejes de mirar en esa dirección. Al final sufrirías, y son los sufrimientos los que hacen vulnerables a las personas, que para evitar la punzada del sufrimiento ponen en peligro sus principios y hasta su orgullo. El dolor



extremo suele ser la causa de que se transgreda el comedimiento.

Cómo había sabido aquello que me concernía tan íntimamente se lo preguntaría en otro momento, cuando ya no me afectara tanto reconocer aquella verdad que me hería mucho más que la soledad de la que ni siquiera sabía cómo curarme.

## XXV

*LA DESCUBRÍ SENTADA EN EL BANCO* más escondido del jardín, desde el que no era posible ver ninguna de las puertas de entrada a la propiedad. De inmediato alabé su elección, por gustar también yo de esconderme en los rincones a los que no es fácil que tengan acceso otras personas, para evitar distraerme con presencias que solo dispersan mis pensamientos. Al primer golpe de vista fue una sombra que me inquietó, sin duda por estar ya prevenida al respecto de las presencias que tenemos alrededor, algunas visibles, otras solo presentidas y las más ni tan siquiera advertidas. Pero ella, porque según fui acercándome supe que era una mujer, no parecía pertenecer a ninguna de las categorías de presencias anteriormente mencionadas; ella solo trataba de estar sin querer estar, como si se molestara a sí misma, y por ende fuera consciente de que cabía la posibilidad de que además molestara a otros. Ni siquiera sé si me vio al principio, ni si supo que alguien iba acercándosele, porque no hizo nada, salvo seguir ocultándose dentro de sí misma, pues así parecía estar: escondida, casi recogida en su interior.

Tan resuelta iba a su encuentro, tratando de hacer alguna buena obra, que no reparé en su llanto hasta que fue demasiado tarde. Debí haber prestado más atención a los sollozos que eran perfectamente audibles a una distancia considerable, si no hubiera estado tan segura de hacer lo que debía, también si mi ayuda acababa por resultar un incordio más que otra cosa. Me detuve a escasos pasos del banco y pensé en la rabia que estaría sintiendo aquella mujer, que además de hallarse despojada de todo lo que es accesorio también lo estaba de su intimidad, esa habitación inviolable que nadie debería poder atravesar, pues cuando alguien lo consigue se desbarata hasta el orgullo más elemental de quien sufre la invasión.

—Como te he visto cuando me iba... —empecé a decir cuando ya estaba tan cerca que creí más acertado continuar aproximándome que darme la vuelta.

—¿Que me has visto? Pero... si creí que desde aquí nadie podía verme.

Evité, naturalmente, decirle que salía del refugio de Telmo Barandiarán, del que ella nada conocía, y seguramente tampoco tenía la menor sospecha de su existencia, a no ser que hubiera sido socorrida por él, o guiada de alguna manera, como sé que hacía con algunas personas cuando creía que así debía proceder. Imposible saberlo a ciencia cierta, así que opté por ni siquiera tratar de averiguarlo.

—Y no puede verte nadie, efectivamente. Pero yo te buscaba intencionadamente —mentí, pero dudo de que ella, en su estado, se percatara de aquella mentira que además era una incongruencia, por haberle dicho al principio que me iba cuando reparé en ella y a continuación pretender hacerle creer que la buscaba—. Me dijo la hermana Salvadora que andarías por el jardín, el lugar que más te gusta, tengo entendido. A mí también me gusta el jardín.

—Pues a mí no me gusta nada —me desarmó—. No me gusta la luz, ni el sol, ni siquiera me gusta que se haga de día.

—¿Entonces?...

—Es por la soledad. Me gusta estar sola, y ahí dentro es imposible conseguir un poco de privacidad. Agradezco mucho que me hayan acogido así, sin precauciones, sin saber siquiera si soy buena o mala. Figúrate por un momento que soy una peligrosa criminal, y así y todo me han abierto las puertas de esta casa.

—Ahí ya entraría tu conciencia, creo —preferí no mencionar la influencia que habría tenido

Marco en el hecho de que hubiera sido bien recibida, incluso sin la seguridad de que fuera una buena persona, para ni siquiera deber nombrarlo en voz alta—. Las monjas no pueden examinar escrupulosamente a la gente, solo ayudarla. Y si la gente a la que ayudan no es merecedora de esa ayuda, ellas no son responsables de la confianza que le hayan brindado.

—Era una forma de hablar. Era por decir algo —dijo, dibujando en sus labios una tímida disculpa, además corroborada por sus ojos.

—¿Hablar para no llorar?

—Algo así —aceptó.

Tras unos segundos de espera, volvió la cabeza y yo me quedé parada junto al banco, sin saber si debía marcharme o quedarme. —Ya nos veremos otro día —le dije, y empecé a caminar. —¿Te marchas? —me dijo cuando ya me había alejado unos metros— ¿Hoy no te quedas a cenar?

—Tengo mucho trabajo atrasado. Hay prendas que debo entregar y no puedo perder más tiempo.

—Es una suerte poder hacer algo. Debe de ser muy agradable saber que alguien depende de uno, y que le esperan, y que es útil aquello que hace —dijo, y me pareció que se había arrancado a hablar solo para no quedarse sola, aunque antes hubiera alardeado de sus preferencias por la soledad.

—También es agradable pasar la tarde en el banco de un jardín como este, sabiendo que a la caída del sol uno entrará en la casa en la que habita y estará acompañado, recibiendo cariño y todo cuanto es necesario para vivir —respondí, fundamentalmente para colaborar al consuelo de sus desgracias, cualesquiera que fueran.

—Nunca estamos conformes con lo que tenemos, ¿verdad? —dijo, haciendo un gesto que pretendió ser una sonrisa y se quedó en una mueca.

—Eso va por días. Hay días en los que estoy conforme con casi todo y otros en los que no lo estoy con casi nada. Algunos días me parece que el mundo entero se confabula contra mí y otros me dan ganas de echarme al suelo para besar hasta los cantos que he pisado para agradecer todo lo que tengo.

Mientras yo hablaba ella parecía no prestarme excesiva atención, por ser consciente, me figuro, de la vacuidad que había en mis palabras. Al cabo de un rato, sin embargo, dijo:

—Me gustaría ver las cosas que haces. He visto algunos de los trajes que les has cosido a ellos —señaló hacia la casa—, y me parece que tienes mucho talento.

—Solo es trabajo. Uno aprende a hacer una cosa y si persevera llega a hacerla razonablemente bien.

—¿Volverás pronto? —me preguntó.

—En cuanto pueda. Pero seguro que no tardará en venir Marco —se me escapó su nombre—. Porque Marco viene a verte, ¿no? Y te hará compañía. A lo mejor también se acerca un día de estos Íñigo, si ya ha terminado los exámenes en la Universidad.

—Ojalá. Pero Marco ya ha hecho lo que creyó conveniente que debía hacer y no se ha molestado en más. Yo le comprendo, no creas que no lo hago. No va a estar eternamente pendiente de mí. Ya hizo suficiente acercándose cuando yo andaba por la playa sin rumbo. Nadie más lo hizo, y eso que muchos de los que pasean habitualmente por el lugar sabían que me quedaba a dormir por allí cuando se iba todo el mundo.

—¿Te quedabas a dormir por allí, por dónde?

—Por allí, sin más. Me quedaba donde podía. Algunas veces andaba por el paseo marítimo y después subía las escaleras de piedra que van al Puerto Viejo y me refugiaba en un portal grande que hay, desde donde se ve un trozo inmenso de mar. Otras veces me quedaba sentaba en algún

banco del paseo, cerca de alguno de los restaurantes que hay, para tener con qué distraerme...

—¿Tú sola? ¿No hay nadie a quien puedas recurrir?

—No —dijo secamente, y entendí que no me diría nada más al respecto.

—Yo también me quedé sola —le dije, pretendiendo animar su desánimo.

—¿En la calle?

—No. En la calle no, pero sola sí. No tenía a nadie a quien pedir amparo.

—Pero sí un lugar en el que dormir. Y comías todos los días... —Eso sí.

—Pues yo no.

—¿Qué te pasó?, si puede saberse —me atreví por fin a preguntarle.

—Algún día te lo contaré —y se giró dándome la espalda para marcharse a ese lugar de su interior que parecía quedarle tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, pero rápidamente regresó y volvió a mirarme con aquellos ojos de color marrón claros, casi amarillos, tan apagados como si no hubiera en ellos ni siquiera un recuerdo agradable que llevarse a la memoria de las retinas.

Yo asentí, prefería molestar lo menos posible, y fingí que no me importaba lo que sí me importaba, pero no podía decirle que estaba impaciente por saber cómo a su edad, esa edad en la que parece que todo está por hacer, se puede acabar en la calle, viviendo de limosnas y durmiendo al raso o refugiándose en los lugares que más a mano le vengan a uno. Que siempre había algún agarradero para evitar semejante desarraigo, estuve a punto de decirle, olvidando por un momento todos los ejemplos que ya había conocido y tenía tan cerca. Sin duda lo olvidé, o simplemente lo obvié, seguramente porque ella era mucho más joven que cualquiera de las personas que habitaban aquella casa, y me parecía más improbable que la desgracia se cebara con alguien así.

—Tuve un hermano, ¿sabes? —dijo de pronto, como si aquel hecho que parecía ser ya solo un recuerdo, conformara su posesión más preciada—. Una vez fuimos al cine. Al Astoria. Echaban *La Misión*, aquella película tan bonita de Jeremy Irons y Robert de Niro, la de los misioneros jesuitas que están en una aldea de América, en plena selva...

—Sí, sí, sé cuál es.

—Bueno, pues cuando volvimos a casa, nuestro padre parecía un basilisco. Dijo que si no nos daba vergüenza gastarnos el dinero en ir al cine, en lugar de comprar una buena botella de vino para la cena, o en invitarlo a tomar unos *txikitos* por ahí. Mi madre no dijo nada, pero le dio la razón, aunque no le gustaba que él bebiera. Mi hermano era bueno, pero mis padres no. Recuerdo esa película como si la estuviera viendo ahora mismo, con la música tan bonita de llenar el alma, cuando las canoas surcan aquel río que transcurre por mitad de la selva, y aquella cascada...

—¿Dónde está tu hermano? —interrumpí aquella evocación que en realidad me pareció un conglomerado de recuerdos que le hacían más daño que otra cosa, aunque ella creyera que la consolaban.

—No lo sé. Yo me quedé aquí, pero él se marchó antes del desastre, no sé si porque algo presentía. Al principio estuvimos en contacto, pero después perdimos la casa en la que vivíamos, por culpa de mi padre y sus deudas de juego, así que nos quedamos en la calle. Yo intenté ayudar, pero no ganaba mucho dinero entonces, además ya era tarde cuando supe la gravedad de las deudas contraídas, así que no pude hacer nada. Entonces llegaron el desalojo, la calle y el desarraigo, por este orden. Durante los inviernos dormíamos en los refugios que habilitaba el Ayuntamiento, el último en el frontón de La Esperanza, pero me cansé de que casi todos los hombres quisieran meterme mano. Con la excusa del frío muchos se querían aprovechar arrimándose, decían que para procurarnos calor mutuamente, y cuando coincidía con mis padres, que también andaban dando tumbos por ahí, no me defendían, ni hacían nada por evitar aquellas

situaciones, incluso me decían que me aprovechara mientras tuviera algo que ofrecer a quienes me requerían, y que quién sabe si no daría con alguno que pudiera sacarme de aquel agujero a poco que le sobreviniera un golpe de suerte.

Casi nada podía hacer, salvo seguir escuchando lo que aquella mujer me contaba a grandes rasgos sobre cómo llegó a aquella situación... ¿para mejor consolarla, si acaso había algún consuelo? Por eso no dije nada, solo aguardé a que deseara continuar. Pero ya no quiso hacerlo. De pronto se levantó y dijo:

—Se hace tarde. Tú tienes cosas que hacer. Y yo también. Mirar atrás no conduce a nada.

Se restregó las mejillas con el dorso de las manos, tratando de enjugarse las lágrimas que ya se le habían secado hacía rato y emprendió el camino hacia la casa.

—Ahora estoy en un lugar al que quizá pueda pertenecer algún día, y ya no diré que no pude hacer nada por mejorar lo que tengo, como pasó cuando perdimos la casa. Ahora puedo arrimar el hombro para conservar lo poco que poseo. Hay mil cosas que hacer en este lugar, montones de posibilidades que ayudaré a desarrollar como buenamente pueda.

Telmo Barandiarán me dijo, cuando le relaté aquella conversación unos días más tarde, que por fin había alguien que entendía la razón de que existiera aquel lugar, en el que la mayoría de sus habitantes solo veían un refugio que les resultaba cómodo y barato, cuando no absolutamente exento de gastos. No se refería a quienes habían entregado todo lo que tenían a cambio de la compañía que recibían, sino a quienes no teniendo nada y nada pudiendo aportar por tanto, se dedicaban a compadecerse de sí mismos, permitiendo que el maná les librara de la engorrosa tarea de buscarse el sustento diario.

También Íñigo era partidario de dignificar la estancia en aquel lugar, y dotar a sus habitantes de tareas que redundaran en beneficio de la comunidad. Y hasta la madre Esperanza estuvo de acuerdo cuando le hice llegar las palabras de Telmo Barandiarán, aunque alegó una imposibilidad por su parte para convencer de lo contrario a quienes se creían solo un puñado de estorbos en el mundo del que procedían y al que no se sentían capacitados para regresar. Así pues, solo faltaba convencer a quienes se sentían inútiles para desempeñar cualquier tarea que les resultara provechosa de que la mejor forma de salir adelante se escondía en ellos mismos y en el ímpetu que pusieran en los cometidos que pudieran llevar a cabo. Pero no debo obviar que el empuje definitivo lo puso El Capellán, así apodado Miguel Garay, el pintor de mi barrio al que su mujer dejó en la ruina más absoluta, con el que un día tropecé andando por la calle, y digo que tropecé porque lo hice de forma literal, dando él como consecuencia del traspie con los huesos en el suelo, circunstancia que aproveché para informarle del lugar que se había construido en el descampado de Portugaleta gracias a la iniciativa de un alma caritativa, ocultando deliberadamente el nombre de Telmo Barandiarán, pues así quería él que fuera. Y el pintor, después de mirarme como se mira a un mosquito que ha chocado contra el parabrisas de un coche, me dijo que no era ningún desheredado, ni mucho menos un mendigo, y menos aún alguien necesitado de nada que no pudiera él conseguirse por sí mismo; y en esa actitud perseveró, hasta que le hice saber que no se trataba de lo que él necesitara, sino de lo que alguien como él podía hacer por gentes con menos fortuna y por tanto menos preparación, que se sentían inferiores a cuantos les rodeaban, y que mucho bien podía él hacer si llegando hasta ese lugar les demostraba que nunca está una persona tan fuera de la circulación como para negarse a comenzar de nuevo, una y otra vez, cuantas veces sean necesarias, aunque para ello se requiera de un golpe de mano dado de la manera que más convenga, también si se necesita cierta dosis de energía, obviando la idoneidad de los métodos empleados.

La satisfacción de Telmo Barandirán cuando supo cómo se habían sucedido los acontecimientos ya fue completa, pues también para entonces yo le había comunicado que aceptaba llevar los libros al santuario de Loyola, más concretamente a la biblioteca que hay junto a la casa torre de la familia de san Ignacio de Loyola, junto a la que se edificó la basílica a él dedicada.

—Ahora podré descansar en paz.

Me pareció que se estaba despidiendo. Es cierto que unos días atrás me había dicho que pretendía vivir mucho, cuando se refirió a que los habitantes de la casa nunca pasarían necesidades mientras él viviera, y que tenía previsto hacerlo durante un tiempo que no parecía ser finito, pero aquellas palabras me sonaron a despedida.

—No pienses mal —atajó los pensamientos que bailaban en mi cabeza—. Es solo una forma de hablar. Digo descansar porque por fin descansaré, no le des al simple descanso al que aludo el significado de muerte. Además, es mi deber seguir apartado de las intrigas y de los juicios de quienes creen saber qué comportamiento debe observarse en todo momento. No estoy para pamplinas y rutinas que me descomponen. Me he convertido en un espécimen de la peor calaña y no quiero cambiar nada a estas alturas de mi vida.

Sonrió él maliciosamente y sonreí yo también, más aliviada. Y siguió:

—Recuerda que no debes abrir los libros bajo ningún concepto —me recomendó una vez más.

—¿Y tocarlos?

—Sería preferible que tampoco los tocas.

La gravedad de mi gesto no debió inquietarle, pues continuó con sus instrucciones:

—Allí te encontrarás con un religioso retirado, pues ya es anciano, que sabrá qué hacer con ellos.

—¿Debo preguntar por él?

—No es necesario. Estará esperando en la entrada de la basílica de San Ignacio vuestra llegada.

—¿Sabe él todo lo que debe saber?

—Lo sabe.

—¿Y si me pregunta algo?

—Pues le respondes. Sabes hablar, ¿verdad? Pues le hablas, si debes hacerlo.

—Me refiero a esa clase de preguntas que no sé si debería responder.

—Te he dicho que sabe, ¿no? Pues hazme caso. Si *sabe*, y tú ya sabes lo que quiero decir, no hay más que hablar.

No me hallaba absolutamente satisfecha, así que volví a la carga: —¿Y si me interroga acerca de cuestiones comprometidas?

—Entonces echaré de menos no haber emulado a Pitágoras, que exigía a todos y cada uno de sus discípulos que hubieran guardado al menos cinco años de silencio antes de admitirlos a discutir sus doctrinas. Y echaré igualmente de menos no haber sometido a mi entrometida amiga a un entrenamiento de meditación y discreción, a fin de lograr que se hiciera en ella la luz del conocimiento.

Hubiera reído con ganas si la misión no me preocupara seriamente, también si Íñigo había aceptado de buen grado acompañarme, o más bien llevarme utilizando el coche que su padre había accedido a prestarle.

—No olvides que las ciencias herméticas han de ser estudiadas con infatigable celo y total perseverancia, como si de un momento a otro fuera a aparecer la piedra filosofal ante los ojos de quien ha llevado a cabo el estudio.

Miré al hombre con cierta curiosidad. Beltza imitó mi gesto y además gruñó ligeramente, quizá

pretendiendo que ambos siguiéramos siendo instruidos sobre las enseñanzas que trataba de inculcarnos, tal era su modo de hablar últimamente, pareciendo que de cada frase quería extraer una lección con la que aumentar los conocimientos que intentaba transmitirme.

—Es por si te asalta la curiosidad. O le asalta al muchacho. Nunca se sabe cuándo aparecerá el insano deseo de saber, que de normal sobreviene a destiempo.

—¡Ah! Es por eso. Pero si ya le he dado mi palabra...

—Sí, lo sé, y creo en ella, de lo contrario no estaría a punto de depositar en ti estos valiosísimos ejemplares. Pero, hazme caso cuando te digo que hay tentaciones incontrolables, por lo que más quieras, es para que no se te rompa la vida. Cuánto mejor no es la vida cuando se transita por ella sin pretender atajos que nos hagan conocer el final antes de hora. Mírame a mí, sin ir más lejos.

Le miraba, claro que le miraba, y porque le miraba envidiaba su situación de hombre libre en el más amplio sentido de la palabra; tan al cabo de todo cuanto es menester conocer, pero evité expresarlo en voz alta, por si desconfiaba de ese sentimiento de envidia que quizá, a su juicio, me llevaría a romper la promesa dada, a pesar de todo. No debía contarle que solo el miedo me impedía cambiar de opinión y pedirle que me enseñara el otro lado de la existencia, quizá el mismo miedo que me hacía taparme con las mantas de la cama cuando rezaba pidiendo que alguno de mis muertos viniera en mi auxilio; cuando creía que, acaso por alguna carambola, alguien escucharía mis súplicas y quizá le diera por aparecer en forma de luz a quien me hubiera escuchado, si es que, en efecto, los espíritus se aparecen rodeados de luz, en el caso de que no sean ellos mismos solo una luz.

Olvidaba con demasiada frecuencia que no era necesario que emitiera sonido alguno para que él conociera hasta los más íntimos pensamientos que me rondaban. Y quién sabe si por saber tanto y por haber llegado tan lejos en el conocimiento que de mí tenía, se decidió a explicarme lo que sigue:

—¿Sabes lo que se decía en otros tiempos que era *Clavicula Salomonis*? ¿Lo sabes, en realidad? ¿No lo sabes aún? No, no lo sabes. Veo que sigues sin entender completamente, a pesar de todo lo que ya te he dicho.

En efecto, no sabía casi nada todavía, por más que hubiera estado tan atenta como me fue posible a cuantas explicaciones me dedicó.

—Pues se decía —pasó a informarme inmediatamente, después de verme en la cara el gesto que retrataba mi ignorancia— que era nada menos que el método que utilizaba Salomón para obligar a los espíritus rebeldes a admitir sus pactos. Eso es de lo que trata, en esencia, este libro. Y de *Clavicula Salomonis*, que como ya te he dicho enseña a hacer pactos, se alimenta fundamentalmente otro libro llamado *Gran Grimorio*, que, te diré de forma muy sucinta, para que te hagas una idea, es la verdadera magia que Dios dictó a David, a Aarón, a Moisés, a Salomón, así como a otros profetas. No se trata, como ves, de ningún juegucito inocente de magia, sino de Magia verdadera, de la auténtica Magia, la que no admite vuelta atrás, la que capacita para hacer hablar a los muertos y descubrir tesoros ocultos.

En ese momento Beltza se echó a mis pies, como protegiendo el miedo que creyó ver en mis ojos, y si lo vio existió, eso es seguro, pues ni siquiera habiendo llegado a este punto me era posible admitir que tales poderes pudieran darse en verdad en semejantes proporciones.

—En *Clavicula Salomonis* se esconden los verdaderos nombres de los principales espíritus infernales, así como las diversas funciones para las que están capacitados específicamente. Y se les puede llamar, a condición de conocer sus nombres y sus cargos, pues también en ese mundo

existen jerarquías, para pactar con ellas si así se desea, y, claro está, si se conocen esos nombres y esas jerarquías, imprescindibles ambas informaciones para hacer los pactos.

—Entonces... —intenté hacerle alguna pregunta, pero no me atreví a seguir.

—Así es —dijo, como si hubiera adivinado la clase de pregunta que le hubiera hecho, de haber tenido valor—. Así es. No me enorgullezco de ello, pero soy humano, y débil, por tanto. ¿Y quién, después de todo, que teniendo a su alcance semejante poder no lo habría utilizado, o al menos se hubiera asomado a él? Por eso sé lo que es conveniente y lo que no lo es. Y sé, igualmente, que preservándote de cuanto podrías llegar a saber estoy protegiendo tu vida y, lo que es más importante: la paz de tu alma, y el alma es lo que en esencia somos, ni más ni menos, y ya es mucho, créeme.

Durante el viaje que finalmente hicimos a Azpeitia, al Santuario de Loyola, traté de explicarle a Íñigo lo que había en la caja que iba en el asiento de atrás, pero no creo que me entendiera completamente. Que se fiaba de mí, me dijo, y que si había que ir, pues se iba, y que la razón sería buena, si yo la aprobaba, porque yo misma era la prueba de que el bien existía en el mundo. En efecto, el chico era una buena persona, decidí entonces, y cuando hallamos al viejo religioso de la Compañía de Jesús ya retirado, del cual me había descrito Telmo Barandirán los rasgos físicos más elementales —vana tarea, por inútil, siendo un viejo como los otros viejos, vestido de negro como corresponde a un viejo que además es religioso, tocado con una boina para más señas— ni siquiera quiso acercarse al principio, por si se inmiscuía en alguna conversación privada, dijo.

Estaba sentado el hombre en una bancada de piedra, similar a un escaño, que hay delante del atrio que antecede a la entrada principal al santuario. No había ni un alma por los alrededores a esa hora de la mañana. Era, supongo, una hora poco propicia para peregrinaciones a ese lugar que sin embargo tantos visitantes recibe el día 31 de julio, cuando se conmemora la festividad dedicada a san Ignacio de Loyola. Curiosa actitud, por cierto, la de los fieles devotos de ese santo —y de otros—, que solo acuden al lugar de su devoción cuando también acuden otros fieles, como si temieran que las plegarias solo fueran escuchadas si las hacen en compañía; o como si temieran que las plegarias de los otros fueran a ser escuchadas en su ausencia, y por eso acuden todos en tropel, a ver quién se hace con más favores del santo de su devoción. Yo creía que una visita a un lugar de estas características tendría más mérito si se hacía un día cualquiera, sin que hubiera un motivo concreto, más allá de la necesidad personal que guiara a cada cual, y que entonces el santo tendría más en cuenta la petición.

El viejo religioso parecía adormilado, como anestesiado por el tibio sol que a esa hora trataba de hacerse un sitio por entre una maraña de nubes, diríase que dispuestas en idéntica proporción tanto a descargar la lluvia que portaban consigo como a marcharse por donde habían venido sin que nada de lo que anunciaban hubiera sucedido.

—Buenos días, ¿es usted...? —empecé a decir, pero el hombre que parecía dormir no me dejó concluir.

—Soy yo, en efecto, a quien buscáis. Os estaba esperando —elevó la cabeza, que me enseñó un rostro arrugado, casi apergaminado, en el que los ojos estaban prácticamente cerrados.

Su voz firme y poderosa no se correspondía en absoluto con su presencia, de apariencia débil, como de alguien enteramente retirado no solo de la que hubiera sido su actividad, sino también de la vida. Era esa voz, sin embargo, una muestra de que no todo es lo que parece, y que siempre en el fondo hay algo más de lo que parece haber en la superficie. Abrió los ojos con cierta dificultad, ignoro si porque le molestaba la claridad o porque tenía algún defecto que se lo impedía, y al hacerlo le descubrí una mirada acuosa, similar a la de Telmo Barandirán, tan enigmática como si



viera más allá de lo que tenía delante.

—¿Y el muchacho? —me preguntó—. Dile que se aproxime él también.

—¡Íñigo! —grité, para llamar su atención.

—Íñigo —dijo el hombre—. Qué nombre más apropiado para este lugar. ¿Sabías que san Ignacio se llamó Íñigo en su nacimiento, pero que lo cambió por Ignacio estando en Italia, para hacerlo más pronunciable para los labios que tenían que pronunciarlo, y audible para los oídos de quienes entonces tenían que oírlo? —Observó a Íñigo mientras este se acercaba llevando consigo aquella expresión de persona enteramente confiable—. ¡Ah! aquí estás ya. Ahora sí está completa la encomienda. Porque, supongo que traéis algo que debéis entregarme.

Extendí mis manos, poniendo al alcance de las suyas la caja de cartón, y al hombre se le salieron de los ojos un par de lágrimas que emborronaron las arrugas de su rostro. Pareció haber hallado algo que ya hubiera tenido en otro momento, quizá en otra circunstancia, tal vez en otro tiempo. Aquella fue la impresión que me dio: de ser alguien encontrando algo que hubiera perdido. O poseyendo, por fin, aquello de lo que hubiera tenido referencias, quién sabe si muy lejanas o quizá demasiado cercanas.

—¿Habéis visto lo que contiene?

—No —respondí.

—¿Tampoco tú? —se dirigió a Íñigo.

—Tampoco —respondió él.

—¿Puedo estar seguro de vuestra palabra?

—Lo está la persona que nos envía, ¿le parece suficiente? —dije.

—Debo asegurarme —se excusó—. Los demonios acechan la debilidad de las almas que parecen carecer de protección. Buscan los puntos débiles de quienes no se han protegido debidamente y atacan sin piedad por todos los flancos que creen ver desgarnecidos.

Me pareció que deliraba, y no solo por el tono de sus palabras, casi apocalípticas, pero expresadas con la pretendida apariencia de quien se siente en el deber de pronunciarlas, bien porque sabe la importancia de proteger a quienes van dirigidas, bien porque se cree en el sagrado deber de hacerlo, aunque en verdad no haya necesidad de que lo haga, y mucho menos en esos términos. Íñigo, por su parte, miraba al hombre como si se tratara de alguien de repente iluminado; bien se veía que no había escuchado a Telmo Barandiarán, este sí, lleno de pensamientos capaces de helar la sangre del interlocutor que tuviera delante. Solo al cabo de un rato de contemplación silenciosa se atrevió a hacerle la pregunta que no había querido hacerme a mí, ni siquiera cuando le ofrecí tal posibilidad:

—¿Qué puede ser tan peligroso y, sin embargo, viajar dentro de una simple caja custodiada por nosotros, que no sabemos nada y que casi nada hubiéramos podido hacer para proteger algo que parece ser tan valioso?

—La vida —dijo el hombre escuetamente—. Es la vida con todos sus secretos auestas. La vida con el plano incorporado de todos los tesoros que esconde.

Íñigo me miró, no sé si sorprendido o solo preocupado. —Tú, por lo que veo —se dirigió a mí el viejo—, sí sabes de qué hablo. Tú sí sabes qué es lo que hay aquí.

—Por referencias. Solo por referencias que alguien me ha dado, pero no he visto nada que no debiera ver.

Las puertas de entrada a la basílica se abrieron entonces. Salió del interior un religioso entrado en años que se asomó al exterior y después de comprobar lo que necesitase comprobar, se apresuró a cerrarlas de nuevo, pero de inmediato volvió a salir, esta vez acompañado de otro

religioso más joven que miró hacia el grupo que formábamos, pero sobre todo hacia la caja que sostenía el padre Ángel en sus manos.

—Si queréis, podéis entrar a la basílica a orar un poco —sugirió entonces el viejo, que se incorporó, me pareció que con la intención de llegar él mismo hasta el templo—. Un poco de oración no le viene mal a nadie.

—¿Qué hará con la caja? —quise saber.

—Lo que me han pedido que haga. No sé si tú conoces las instrucciones, pero eso no importa demasiado, en cualquier caso. —¿Podemos ver el interior de la biblioteca? —preguntó Íñigo. —¿Te interesa ver el lugar que ocuparán estos ejemplares? No tengas cuidado, estarán bien protegidos de miradas indiscretas.

Recelé entonces sobre la conveniencia de dejarle la caja al hombre que en ese momento la apretaba entre sus brazos, me pareció que esqueléticos, a pesar de la holgura del jersey negro que llevaba puesto —o precisamente por eso—, a juego con la boina que cubría su cabeza y con los pantalones, también negros, que le colgaban de las caderas y descansaban en los zapatos de cordones formando más pliegues de los que serían aconsejables a juicio de un erudito en cuestiones de elegancia. Claro que, me dije, a quién le importa en un lugar así lo que se diga al respecto de la elegancia, si los religiosos retirados que viven en la residencia del complejo, separada unos metros de la basílica construida en torno a la casa torre de la familia de Ignacio de Loyola, apenas necesitan una muda que les permita resguardarse de los rigores de la intemperie y mantener el decoro de la higiene.

Cuando entendí que el padre Ángel —así nos dijo que se llamaba— consideraba finalizada la operación de transacción, le sugerí a Íñigo que debíamos marcharnos, pero con ciertas reticencias que le oculté a mi acompañante, a pesar de las palabras de Telmo Barandiarán referidas a que el hombre que guardaría los libros *sabía*. En todo caso, pensé, me hubiera gustado ver dónde ibana descansar desde ese momento en adelante aquellos libros de saber hermético. De alguna manera, los consideraba un poco míos, aunque no los hubiera visto siquiera, salvo en fotografía, y solo uno de ellos, *Clavicula Salomonis*. Que me daba pena desprenderme de aquellos tesoros, supe, y que siempre recordaría aquel momento y los otros momentos que pudieron haber servido para conocer lo que en ellos se decía, que quizá hubieran cambiado la grisura de mi vida.

## XXVI

*UNA MIRADA VACÍA*, como si estuviera ausente, guiaba los movimientos resueltos de aquella mujer de edad incierta, diríase que estancada en alguna cifra indeleble que el tiempo, quién sabe por qué clase de finta imposible, se había abstenido de variar. Se fijaba en todas las personas que ocupaban el comedor, poniendo en aquella modesta tarea una devoción propia de la absoluta abnegación que parecía gobernar su vida, a fin de cubrir todas y cada una de las necesidades que creía percibir en el prójimo. Era la suya de esa clase de miradas que no admiten la indolencia a su alrededor y mucho menos la falta de compasión, actitud esta que detesta por no entender cómo se puede andar por la vida escondiéndose de los duelos, aunque sean ajenos, que tan frecuentemente se presencian a poco que uno abra los ojos y decida mirar alrededor.

He olvidado decir que ya estamos en los días previos a la Navidad. Y que otra vez, como entonces, como siempre, las calles se han iluminado exageradamente, los escaparates de las tiendas exhiben sus mejores productos con el tradicional escaso decoro con el que pretenden engatusar a los incautos, y el espíritu festivo de la gente se ha elevado por encima de lo que les gustaría, aunque no lo confiesen por temor a parecer raros; nadie quiere parecer raro, para no asustar al prójimo y propiciar su alejamiento. Siempre me ocurre lo mismo: que cuando por fin pasan esos días edulcorados y llenos de expectación por lo que está por llegar, olvido lo pronto que regresan de nuevo con su inevitable carga de nostalgia, preñados de pena y melancolía por quienes se fueron y me dejaron sola. Porque casi puedo asegurar que la más que probable razón de mi odio a la Navidad tiene que ver con las pérdidas que he sufrido, irremplazables, por más que diga mi tía Delfina.

Mi tía Delfina, con quien el otro día me encontré por casualidad, y que se deshizo en alabanzas hacia la fortaleza que, a su juicio, siempre he demostrado, incluso en las circunstancias más dolorosas que me han tocado vivir. Nos cruzamos en el metro, cuando yo iba a la residencia a dejar algunos de los trajes que lucirán las mujeres en la cena de Nochebuena y ella a resolver algún asunto por el que ni siquiera me interesé tanto como para darle pie a que me lo contara.

La encontré mayor, acomodada más bien, asentada en la seguridad que siempre había perseguido. Ya no cose, dice que no piensa seguir dejándose las pestañas en una tarea que no lleva a ningún sitio; que su marido reclama su atención enteramente. Hasta me recomendó que empezara a buscar un novio con el que casarme cuanto antes, para no estar sola el día de mañana. Me hubiera reído a carcajadas de su ocurrencia, si no hubiera sentido lástima por la pobreza de espíritu que demostró; si no sabe que es ahora cuando en verdad estoy sola, y que cuando se aprende a convivir con la soledad se le hace a uno un callo en el corazón, y que llegados a este punto ya no vale la pena tratar de escaparse de la tristeza, es mejor no explicárselo. Para qué, si cuando le hablé de la residencia ella solo dijo que esos sitios llenos de viejos deprimen y angustian, y yo le dije que es porque representan todo lo que de normal trata de esconderse de las miradas hipócritas y pretendidamente castas que no pueden tolerar la desgracia ajena.

Cuando por fin nos despedimos, ella me repetía sin parar lo guapa que estaba, me recordaba lo mucho que siempre me había querido, como cuando de pequeña me hacía bailar en sus rodillas al son de aquella canción que cantaba Marisol: «Chiquitina, chiquitina, te dicen los soldados al verte pasar, y la pobre chiquitiiiiina, la trenza de tu pelo quién la cortará», o algo así, a mí me pareció que todo cuanto pasó en mi vida antes del ahora que estoy viviendo ha sido un mal sueño

del que solo quisiera despertar para encontrar a mis padres y preguntarles por qué han estado ausentes tanto tiempo.

Quién me ha robado la Navidad, me pregunto a menudo; quién me ha robado las escenas que contemplo desde mi soledad, las que detesto porque no me corresponde estar en ellas. Pero esta que está por llegar pinta de otra forma, quizá hasta sea un poco alegre. Me dispongo a celebrarla con mi nueva familia, tan numerosa, tan variopinta, formada por quienes también se quedaron solos y se encontraron en el lugar común que ha acabado por ser la residencia, que, por cierto, ha sufrido una ampliación en forma de nave, construida a continuación de la casa, por el lado contrario al refugio de Telmo Barandiarán, que se negó a moverse del espacio que había hecho suyo. Bien mirado, no era necesario que lo hiciera, habiendo tanto espacio disponible, y estando él, como es el caso, acostumbrado al sitio que ya le es tan propio.

La estancia, que tiene la apariencia de un amplio y confortable salón, está equipada con los materiales necesarios para que los diversos talleres que se han puesto en marcha funcionen, y se ha convertido en un lugar repleto de actividades que permiten a los habitantes de la casa estar ocupados y además sentirse útiles, una aspiración que se esfuma muy fácilmente cuando se pierde la autoestima. Miguel Garay, *El Capellán*, al que rápidamente pasaron a llamar «Cape», se ha encargado de las cuestiones relacionadas con la pintura, y elabora cuadros que algunas veces pinta él mismo y otras ayuda a que los pinten quienes más dotados están para el desarrollo de esa rama del arte. También escriben cuentos que inventan quienes de ellos tienen más propensión a la fantasía, o ponen en orden las ideas que les sugiere Daniel Arana, el poeta, que así pretende inculcar en sus compañeros esa parcela del arte de la que tan orgulloso se siente. De la confección de prendas sencillas de ropa me encargo yo, para las cuales facilito materiales y cuantas instrucciones son necesarias, ayudada por Santi, que encierra un diseñador tardío en el alma de *dandy* desubicado que aún late en su pecho. Hacen, además, diversos trabajos manuales consistentes en tejer alfombras de lana o en la fabricación de pequeños objetos de madera, esta ocupación dirigida por Clara, la mujer que rescató Marco del frío que hace en la calle, que se ha revelado como una experta en poner en orden los pequeños detalles que hacen que todo funcione sin estridencias, gracias a su habilidad para ensamblar con paciencia y cariño cualquier cosa que requiera ordenarse. Sin olvidar que las personas del pueblo o de otros lugares que están solas o solo se sienten solas, ya pueden acudir al centro durante el día, de manera que el sueño de Telmo Barandiarán prácticamente se ha cumplido.

El germen que plantó el viejo del carrito, el mismo que Clara ayudó a que creciera, sirvió, además, para que quienes más desamparados se sentían volvieran a creer en las segundas oportunidades y hasta en las terceras o las cuartas, que no siempre saben aprovechar quienes tienen casi de todo al alcance de la mano. Así es como ha adquirido este lugar la vida que le faltó en los albores de su existencia, posibilitando que muchas más personas se beneficien de la acogida que al principio de todo ya se brindaba, pero entonces solo a quienes lo necesitaban con mucha desesperación. Y sigue sin ser en modo alguno un asilo, y mucho menos un desguace donde se esconden seres humanos a los que se les trata de recomponer lo que traigan roto, sino un lugar de encuentro en el que siempre tendrán cabida cuantas personas lo necesiten, aunque no estén absolutamente desamparadas, como es el caso de quienes carecen de un techo bajo el que cobijarse. Así, durante el día ya pueden pasar por allí también quienes siguen viviendo en sus casas, pero necesitan un poco de compañía, o solo quieren colaborar en algún trabajo, o distraerse, o simplemente ayudar a quienes sí viven allí desde el principio de todo. Incluso han empezado a idear la elaboración de diversos productos alimenticios que piensan vender cuando

perfeccionen la conservación que precisan para ser comercializados. Alguien se enteró de la existencia de un mercadillo en el que desde hace un tiempo ya participan religiosas de varios conventos, así como un par de residencias de ancianos y otras dos más en las que hay acogidos jóvenes de diferentes procedencias que por distintos motivos carecen de arraigo y hasta de un futuro previsible, estos recogidos por las instituciones. Un conglomerado de seres humanos, en suma, que se han inscrito en el tablón de anuncios de la vida útil, dicen que para sentir que son de algún provecho. Incluso se han planteado ceder parte de los beneficios que obtengan a quienes lo necesiten más que ellos. Se ve que han aprendido mucho de necesidades reales, y eso que ignoran la promesa de Telmo Barandirán de cuidar del lugar mientras le aguante el cuerpo, y parece dispuesto a aguantarle mucho tiempo, para eso se cuida, o quizá lo hace sobre todo para seguir aprendiendo, comprendiendo el orden de las cosas y las razones que tiene el universo para comportarse como se comporta. Algún día me contará más cosas de las que ya me ha contado, y yo temo ese momento en el que quizá mis conocimientos llegarán a ser tantos como para no permitirme la vuelta atrás. Él sospechaba, al principio de todo, cuando nos conocimos, que mi curiosidad acabaría dañándome de alguna forma; no es bueno, dice, traspasar ciertos límites; que las personas impresionables no deberían asomarse a ciertos ventanales, pero aún así me ha prometido instruirme, aunque sin salir abiertamente de su refugio, dice que no dispone de tanto tiempo como para perderlo tontamente, y cuando le digo que mejor haría en socializarse incorporándose al grupo, se defiende aludiendo al espacio que necesita, tanto físico como mental, imposible de conseguir en las habitaciones compartidas, habitualmente ruidosas y poco adecuadas para el aislamiento que precisa para su crecimiento interior.

Por cierto, que hoy amaneció con niebla. Será, por tanto, imposible discutirle el nombre de *año de la niebla* que ya se ha quedado adherido al número de su identificación. Todo se repite, como un ciclo que tiene principio y final, y después empieza de nuevo y acaba de nuevo. Un año ya, por eso he recordado a la mujer de la que he hablado anteriormente a propósito de su mirada vacía y de su edad incierta, tan parecida al grupo de miradas que descubrí la primera vez que estuve en este lugar. Por eso y porque desde que la vi atendiendo el comedor hace un par de semanas, cuando se dio aquella fiesta para inaugurar los nuevos servicios de la residencia, supe el porqué de aquella extraña forma de mirar, y de caminar, diríase que flotando sobre las personas y apenas tocando las cosas, haciéndose imprescindible para quienes la miraban y solo con ese gesto la atraían hacia ellos: porque está sola con el dolor que le dejó la muerte de su único hijo adolescente, ya hace varios años, no quiere decir cuántos, pero sí que se quedó parada en aquel momento, sin atreverse a seguir con su vida, por si él regresaba y la encontraba alterada. De otros familiares no ha querido hablar, ni siquiera se sabe que los tenga o que no los tenga, solo del hijo que no está ha hablado, y por eso quiere ayudar a los que no tienen nada, pero ella sí parece tener de todo cuanto hace falta para amueblar una existencia por dentro, aunque no quiera reconocerlo porque se sabe y se siente sola, y cuando se ha caído en el pozo de la soledad el rescate parece una entelequia.

Daniel Arana, el poeta, me dijo cuando le hice reparar en ella y en la pena que parecía arrastrar, que había gente imposibilitada para convivir con el dolor, que es lo más difícil de admitir, de ahí la necesidad de proteger a los más desfavorecidos. Del poemario que lleva preparando los últimos meses nada concreto sé, salvo que me ha preguntado en varias ocasiones si le haría el favor de asistir al acto de presentación, si es que por ventura llegara a presentarse la obra por fin. En realidad, le gustaría que asistieran todos sus compañeros, a los que desprecia en voz alta solo por el gusto de hacerlo, creyendo que por observar un comportamiento de genio

malhumorado mantiene la pose de intelectual contra el mundo que tanto admira en sí mismo. Teme, sin embargo, que si la cosa se dilata en exceso algunos no lleguen a verlo en la cima del éxito. Y será la ley de la vida, dice, pero qué jodida es la ley de la puta vida.

Ahora estoy esperando a Íñigo, que ha prometido llevarme a la casa en el coche de su padre, para poder cargar con todos los trajes que aún me faltan por entregar, no sea que necesiten arreglos para los que ya no habría tiempo si dejo que se eche encima el día señalado. También llevaré una caja con adornos navideños que conservo de cuando era niña, los mismos que mi madre me ayudaba a colgar en el árbol que compraba mi padre en el mercado de Santo Tomás. Hasta he rescatado del fondo de un armario un nacimiento bastante completo, y de inmediato pensé que los arquitectos de *belenes* me lo agradecerían especialmente, supongo, pues así no discutirán por la distribución de adornos que ya tendrán en abundancia, y no necesitarán componer un mural a base de pegar las alegorías que ellos mismos hayan pintado sobre una cartulina.

Sigue sin gustarme la Navidad, pero ahora tengo una razón para pasar por alto ese pequeño detalle, en realidad muchas, cada una con su nombre propio, algunas también con un apodo que los hace más reconocibles por su pasado que por su presente. Siento no saber confeccionar sombreros, o gorros, para regalarle uno a Andrés Madariaga, *Lenin*, el niño de la guerra que aún recuerda cuando debía llevarlos de continuo para protegerse del frío de la Unión Soviética que le obsequió una clase de vida y le robó otra, porque aquí se le cuece la cabeza si se la cubre, y no entiende a la Bella Charito, que se toca de continuo con la gorrita que la hace parecer la dama del perrito, según dice Daniel Arana, el poeta que ha recobrado la esperanza; todos los han hecho: recobrar la esperanza. Solo Telmo Barandirán sigue enrocado en las miserias que se esconden en la vida.

Íñigo me preguntará por el contenido de la caja que llevamos al Santuario de Loyola, lo sé. Ya lo intentó el otro día, cuando nos encontramos en el barrio y debí disculparme inventando una prisa que en absoluto tenía en aquel momento de la tarde. No sé por qué le ha entrado la curiosidad de pronto. No sé qué voy a contarle... Quizá podría empezar diciéndole que existen el Bien y el Mal, convenientemente delimitados y escenificados; también que se puede ir más allá de lo que es evidente; o que la Magia no ha muerto del todo, y que solo está aletargada en las mentes de quienes no saben hacerla revivir con los fastos de que gozó en el pasado; y quizá podría decirle, también, que las obras de saber hermético son algo más que una quimera de la que se habla en el mismo tono burlón y equivocado que se emplearía para hacerlo de algo tan abstracto como la piedra filosofal. No sé por qué le ha dado por querer saber, con lo bien que se vive en la ignorancia, pendiente solo de la esperanza de la que cada cual haya podido proveerse. No sé por qué quiere abandonar tan temprano la ingenuidad, que sin duda le desaparecería cuando se le revelase la verdad que se oculta en la trastienda de la existencia que para las personas como él debería seguir siendo idílica y llena de esperanza, como lo era para mí antes de que supiera todo lo que llegué a saber, y eso que Telmo Barandirán no consintió que lo supiera todo...

Pero ahí sigue el padre Ángel, el nuevo custodio de los libros, y quién sabe si también de alguno más, por eso su mirada me resultó tan parecida a la de Telmo Barandirán.

Quizá convendría hacerle alguna visita a su retiro, ese hermoso lugar que respira magia cuando sopla el viento y se escucha un leve murmullo que parece venir de las hojas en movimiento de los árboles, y sin embargo suena como sonarían las palabras expresadas por alguien. Le preguntaría, entonces, por aquel afable religioso argentino que lo visitó coincidiendo con la entrega que le hicimos de los libros, que se comportó como si hubiera estado esperando, él también, la llegada de aquellas obras que parecían despertar emociones tan hondas y temores tan

insondables; el que dijo con voz suave y sin embargo suficientemente audible como para que hasta nosotros llegaran sus palabras: «Ahora sí, por fin, tenemos la seguridad de que está próximo el momento de restablecer el tiempo del amor». Tal vez así sabría quién era ese hombre con el rostro bondadoso, que parecía tan lleno de paz, del que no me quiso hablar Telmo Barandiarán, aludiendo a que en un espacio de tiempo no demasiado lejano, un giro cualquiera del destino se encargaría de explicar mi curiosidad.